



se

MARK FROST

SEGUNDO OBJETIVO

Lealtad y traición en una novela fascinante de principio a fin

De Polizeibehörde
Abteilung III (Sonder- und Dienstverordnungen)
Der SA und Abteilungsprotokoll

Deutsches Reich

Lectulandia

Invierno de 1944. Por primera vez desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, un rayo de luz aparece en los cielos de la Europa Occidental: los Aliados llegan a la frontera alemana y la victoria parece próxima. Pero, como parte de una última ofensiva desesperada, Hitler encomienda a una compañía de comandos alemanes anglófonos una misión secreta: son dos mil hombres unidos por un juramento de sangre, adiestrados en secreto, convertidos en una eficaz unidad y enviados a cumplir un objetivo como parte de un asalto que significa, con toda certeza, la muerte segura. Esa es la parte fácil, ya que, de entre los miembros de la brigada, hay que seleccionar un segundo grupo. A ellos se les dará un segundo objetivo: un asesinato que podría cambiar el curso de la historia.

Frost teje una extraordinaria historia alrededor de dos soldados de esta escuadra de élite: uno, nacido en Brooklyn de padres alemanes y obsesionado por su pasado norteamericano; el otro, un psicópata carismático, miembro de las depravadas SS. Les sigue la pista un veterano detective de Homicidios de la Policía de Nueva York, convertido en investigador de la Policía Militar, que pronto tendrá que enfrentarse a una elección imposible.

Lealtad y traición, identidad y honor, locura y salvación... se cuestionan y ponen a prueba hasta límites insospechados, creando en esta novela de acción trepidante una intriga inolvidable.

Lectulandia

Mark Frost

Segundo objetivo

ePub r1.0

Titivillus 20.09.18

Título original: *The Second Objective*
Mark Frost, 2007
Traducción: Magdalena Palmer
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Lynn

Prólogo

La Guarida del Lobo, Rastenburg, Prusia Oriental
22 de octubre de 1944

El teniente coronel Otto Skorzeny salió del búnker media hora después de la medianoche. Descendió solo por el pasillo exterior, sepultado seis metros bajo tierra, desolador bajo la luz artificial. El aire, apenas ventilado, seguía oliendo a tierra y a cemento húmedo. El Führer había bautizado su nuevo cuartel general, una de las diez estructuras comunicadas por pasadizos subterráneos, *Die Wolfsschanze*: La Guarida del Lobo. En ese momento, Skorzeny se sentía más bien en una tumba.

Skorzeny observó la medalla que sostenía en la mano, la cruz gamada de oro. Acababa de recibir la condecoración más importante del Reich por su operación paramilitar más reciente, un golpe incruento que había reemplazado al regente de Budapest por una nulidad fascista. Tan solo un año antes, Skorzeny había saltado a la fama con su primer éxito, el arriesgado rescate del dictador italiano Benito Mussolini de su prisión en la remota cima de una montaña italiana. Desde entonces había dirigido a su brigada de operaciones especiales, preparadas personalmente por él, en media docena de misiones suicidas; eran temidos y conocidos en toda Europa como «el comando de Hitler».

La orden que acababa de recibir hacía que tales misiones pareciesen un ejercicio de entrenamiento.

«Una locura. Es una locura».

El Estado Mayor le diría después que nadie había visto a Hitler tan animado desde hacía meses. Por fin parecía haber superado los problemas de salud y la depresión que arrastraba desde el atentado organizado por un cuadro de oficiales de la aristocracia alemana, que casi le había costado la vida el pasado julio.

«Las anfetaminas estarán funcionando», pensó Skorzeny, que no se hacía ilusiones ni con Hitler ni con ningún otro ser humano.

El entusiasmo de Hitler no parecía guardar relación alguna con la realidad. En menos de seis meses, el ejército alemán se había retirado desde las costas de Normandía hasta prácticamente sus propias fronteras. Con los soviéticos avanzando por el este y los Aliados preparados para atacar desde el oeste, la mayoría de los líderes militares consideraba, en privado, que la guerra ya estaba perdida. Todo lo que le quedaba a la Wehrmacht era enfrentarse a un brutal repliegue defensivo hacia Berlín.

Sin embargo, ahora que su imperio se desmoronaba era cuando Hitler se proponía llevar a cabo la ofensiva más ambiciosa de toda la guerra. Acababa de presentar a

Skorzeny su plan secreto, un contraataque feroz contra los Aliados occidentales. Lanzaría las divisiones que le quedaban contra un sector mal defendido de Bélgica y Luxemburgo. El ataque, llamado Operación Niebla de Otoño, pretendía abrir una cuña entre los ejércitos norteamericano y británico por el oeste hasta el Atlántico. Si conseguían aislar a los británicos al norte de Amberes y atraparlos en un segundo Dunkerque, el Führer creía que los ingleses pedirían la paz y que los americanos no se atreverían a invadir Alemania en solitario. Solo entonces podría concentrar toda su maquinaria de guerra en Rusia y destruir la amenaza bolchevique, a la que consideraba el verdadero enemigo de la civilización occidental.

«El genio comparte una frontera común con la locura —reflexionó Skorzeny—. Él la ha cruzado desde la última vez que lo vi».

El teniente esperó a que terminase la disertación. Hitler puso las manos en la mesa y se inclinó hacia él. Su piel parecía icterica bajo la enfermiza luz de los fluorescentes. Tomó aire y se le formó un poso de saliva en las comisuras de la boca; cuando levantó la mano izquierda para retirarse un mechón rebelde, Skorzeny advirtió en ella un temblor violento e involuntario. El Führer se le acercó arrastrando los pies, con el paso de un anciano y una mano extendida en busca de apoyo. De pronto toda su vitalidad se había esfumado y solo quedaba una frágil cáscara.

«Sí, anfetaminas. Ya es el momento de otra dosis».

Instintivamente Skorzeny le tendió la mano. Hitler se agarró al inmenso brazo derecho del gigante rubio y pareció cobrar fuerzas de él. O quizás esa debilidad no fuese más que un ardid para ganarse la compasión de Skorzeny. En cualquier caso, reavivó la lealtad del hombre al que había llevado de la oscuridad a la gloria.

—¿Cómo puedo ayudar? —preguntó el teniente.

Cuando supo cuál sería su papel en la Operación Niebla de Otoño, Skorzeny se quedó sin habla.

De entre todas las fuerzas armadas alemanas, tenía que reclutar una nueva brigada para que participase en la invasión: dos mil hombres con una característica específica en común. Ninguno conocería la verdadera naturaleza de la misión hasta la noche previa a su inicio. Todos debían prestar juramento de sangre bajo pena de muerte, recibir instrucción en secreto, transformarse en una unidad de comandos eficaz y salir a cumplir un objetivo que prácticamente implicaba una muerte segura.

En un plazo de seis semanas.

Eso no era todo. De entre esa brigada debía seleccionar otro grupo de hombres, no más de veinte de los más capacitados que encontrase.

A quienes se daría un segundo objetivo.

Grafenwöhr, Baviera, Alemania
3 de noviembre de 1944

Bernie Oster llegó a Nuremberg tras viajar toda la noche solo, en un tren de pasajeros. Llevaba consigo órdenes clasificadas y selladas, que el día anterior le había entregado su oficial al mando en Berlín. Le habían dicho que no hiciera el equipaje y que se vistiese de civil antes de que los soldados le escoltasen directamente de la reunión hasta el tren. Tras mostrar sus papeles a los oficiales de las SS de la estación de Nuremberg, le condujeron a una sala de espera vacía, donde le abandonaron sin más explicaciones. Al mediodía, después de que una docena de hombres se hubiera unido a su aislamiento, les hicieron subir a la oscura parte trasera de un camión de transporte.

Les ordenaron que guardaran silencio. Los hombres apenas intercambiaron miradas recelosas y algún cabeceo de asentimiento. Aunque ninguno de sus compañeros de viaje iba uniformado, Bernie dedujo, por su aspecto y su actitud, que todos eran soldados o marinos. Sentado solo en una esquina, encadenó un cigarrillo tras otro mientras se preguntaba de dónde procederían los otros hombres y qué tenían en común. Su oficial no le había dado detalles durante la sesión informativa; solo que Bernie se había «presentado voluntario» (sin que le diesen otra opción) para una misión especial que requería su traslado inmediato. Quince horas y cientos de kilómetros más tarde, se hallaba en una zona de Alemania totalmente desconocida para él.

Poco después de que iniciasen el trayecto en camión, el pasajero más inquieto articuló las preguntas que todos se formulaban en silencio:

—¿Qué hacemos aquí? ¿Qué quieren de nosotros?

Bernie no contestó. El riesgo de que cualquiera de los otros fuese un topo de las SS infiltrado para supervisar sus conversaciones —o provocarlas con sus preguntas— era demasiado elevado. Ya tenía motivos suficientes para temer por su vida. Quizá lo mismo sucediese con los otros; nadie respondió.

Echó un vistazo entre las costuras de la lona y vio que la carretera cruzaba un paisaje gris y desolado: árboles desnudos, campos en barbecho, páramos desiertos. Durante la segunda hora del trayecto, el camión torció por un camino alejado que cruzaba un bosque. Transcurrido medio kilómetro, alcanzaron la entrada de un recinto rodeado de alambradas y puertas de acero, que se extendía entre los árboles hasta perderse de vista.

Parecía un campo de prisioneros. Guardias vestidos con uniformes desconocidos

patrullaban los parapetos y blocaos. En las torres había ametralladoras con los cañones apuntando al interior. El estómago le dio un vuelco.

«Es eso, entonces. Me han descubierto».

El camión frenó ante las puertas. La lona que cubría su parte trasera se abrió y dos guardias armados indicaron a los pasajeros, cegados por la luz tras el largo viaje en penumbra, que se apeasen a punta de bayoneta. Un oficial de las SS los escoltó a través de las puertas. Bernie advirtió que todos los guardias apostados en los muros y en las torres tenían anchos rasgos eslavos. Oyó un intercambio de palabras entre dos de ellos en una lengua gutural y desconocida. Las puertas se cerraron a su espalda. Bernie se preguntó si las habían instalado para mantener fuera al enemigo o para encerrarles dentro.

El complejo parecía haberse construido con propósitos militares. Había profundas huellas de tanques en el barro y, a lo lejos, un campo de tiro. Los guardias los llevaron a unos barracones de techo bajo construidos con troncos recién cortados, donde habían dispuesto sándwiches y botellas de cerveza para ellos. Los recién llegados se sentaron en toscos bancos de madera y comieron en silencio, vigilados por los guardias. Tras un breve descanso, les condujeron, uno a uno, a otro edificio situado al otro lado del recinto. Ninguno regresó. Bernie fue uno de los últimos hombres convocados.

Dos oficiales de las SS, un teniente y un capitán, aguardaban tras un escritorio en la única estancia del edificio, ante una silla vacía. Granaderos de las SS, armados con metralletas MP40, hacían de centinelas en la puerta.

El teniente ordenó a Bernie que vaciase el contenido de los bolsillos en la mesa, la identificación y los documentos del traslado incluidos.

—También la cartilla militar —añadió.

El teniente metió los objetos en un sobre, que guardó en un cajón del escritorio. Sin ellos, Bernie sabía que, en lo que al ejército concernía, él había dejado de existir. Tenía el corazón desbocado y estaba seguro de que el miedo que intentaba dominar se le transparentaba en el rostro. Había temido aquel momento durante meses: descubrimiento, tortura, ejecución.

El capitán no alzó la vista de sus notas para mirarle. El teniente le ordenó que se sentara y empezó a interrogarle en alemán, siguiendo las notas de un *dossier*.

—Soldado de primera Bernard Oster.

—Sí, señor.

—¿Cuál es su unidad?

—División 42 *Volksgranadier*, señor. Brigada motorizada.

—¿Su trabajo allí?

—Soy mecánico de la flota motorizada, señor. Dependo del cuartel general de Berlín. Me encargo de los vehículos de los oficiales.

—¿Es esa su única responsabilidad?

«Aquí viene», pensó Bernie.

—No, señor. Durante este último mes he trabajado en el gabinete de radio. Como traductor.

El teniente mostró algo del *dossier* al capitán. Este alzó la vista para mirar a Bernie por primera vez. Un hombre esbelto de treinta y pocos años, cabello negro brillante y ojos color gris acero que penetraron en Bernie como rayos X. Con un gesto, indicó al teniente que se hacía cargo del interrogatorio.

—Usted nació en Estados Unidos —dijo el capitán en un nítido inglés.

—Sí, señor —respondió Bernie, intentando no parecer sorprendido.

—Sus padres emigraron allí a principios de los años veinte, después de la última guerra. ¿Por qué?

—Por lo que sé, entonces apenas había trabajo en Alemania. Problemas económicos.

—Su padre es químico industrial. Trabajó para Pfizer, en Long Island.

—En efecto.

—Usted creció y se educó en Nueva York.

—Brooklyn. En efecto, señor.

—¿Cuándo regresó su familia a Alemania?

—En 1938. Yo tenía catorce años.

—¿Por qué?

Bernie titubeó.

—Por la misma razón por la que nos marchamos de aquí. Mi padre perdió su empleo durante la Depresión. No tenía medios para mantener a su familia. Como científico y como ciudadano alemán, recibió una oferta del nuevo gobierno para regresar y trabajar aquí.

El capitán no mostró reacción alguna. A juzgar por su expresión, parecía saber la respuesta de cada una de las preguntas que formulaba. Aquella mirada fija e impasible le provocaba escalofríos. Cuando las SS se interesaban por alguien, la persona en cuestión solía desaparecer, aunque no tuviese nada que ocultar. Bernie advirtió que tenía las axilas empapadas en sudor.

—Su padre trabaja para IG Farben, en Frankfurt.

—Sí, señor.

—¿Alguna vez ha hablado de su trabajo con usted?

«¿Es eso de lo que se trata? ¿Mi padre? ¿No de lo que pasó en Berlín?».

—No, señor. Creo que es un asunto clasificado.

—Usted empezó el servicio militar hace dieciséis meses, cuando cumplió los dieciocho años. No intentó alistarse antes.

—Aún estudiaba, señor...

—Ni tampoco se afilió a las *Hitlerjugend*.

El capitán lo taladró con la mirada. Bernie se sintió penetrado en lo más profundo de su ser; sin duda, aquel hombre podía leerle los pensamientos que intentaba apartar de su cabeza. ¿Sabía el capitán que, unos meses después de haber regresado a la

Alemania nazi, los jefes de IG Farben habían advertido a su padre que matarían a su familia si intentaba marcharse? ¿O que el odio que Bernie sentía por los nazis no había hecho más que aumentar desde su alistamiento? Había regresado a Alemania en contra de su voluntad, con su escepticismo de adolescente norteamericano intacto, inmune a las fantasías nacionalistas de los nazis. La obsesión por la pompa y el ritual hacía que los considerase vulgares y cómicos. Poco después, él y su familia habían comprobado, horrorizados, cómo esos mismos nazis doblegaban a toda Europa.

La cabeza de Bernie pasó a ocuparse de lo que realmente le importaba: ¿Sabía aquel hombre que, cuando se enteraron de su don de lenguas y le pasaron al departamento de radio, había alterado dos veces la traducción de los informes interceptados a los norteamericanos sobre los movimientos de tropas, con la intención de confundir a sus superiores? Llevar a cabo su propia resistencia en solitario era probablemente ineficaz y sin duda temerario. Había tardado un mes en probarlo de nuevo, convencido de que le espiaban. Aquel segundo intento había tenido lugar tan solo una semana antes.

¿Habían estado esperando a que asomase de nuevo la cabeza? ¿Por qué otra razón le habrían llevado allí?

—Cuando volvimos de Estados Unidos ya había sobrepasado la edad obligatoria. Mi padre quería que terminase mi educación.

El capitán se puso en pie y rodeó la mesa.

—¿Por qué su padre nunca se ha afiliado al Partido Nacional Socialista?

—Me temo que eso deberá preguntárselo a él, señor...

—¿Es él un patriota?

—Siempre se consideró, ante todo, alemán. Por eso volvimos a casa en cuanto se presentó la oportunidad...

El capitán desenfundó la pistola y la apoyó en la frente de Bernie.

—¿Y usted qué se considera, soldado?

Bernie tragó saliva antes de responder.

—Digno hijo de mi padre.

—Tiene la nacionalidad norteamericana.

—Tengo doble nacionalidad, alemana y norteamericana.

—¿Y si tuviera que elegir?

—Nunca me han dado la oportunidad...

—Se la brindo ahora.

Bernie no apartó sus ojos de los del capitán, convencido de que el menor desliz le haría apretar el gatillo.

—Hable con mis superiores si cuestiona mi lealtad.

El capitán lo observó fijamente. Bernie permaneció atento, la vista al frente, temblando.

—Hemos hablado con ellos. ¿Hay algo que quiera decirme?

Bernie le miró directamente a los ojos.

—No, señor.

El capitán bajó la pistola y la enfundó. Bernie había pasado la prueba. Las rodillas casi cedieron bajo su peso.

—Se ha presentado voluntario para formar parte de una nueva brigada. El conocimiento de la lengua inglesa es uno de los requisitos. Su inglés, por razones obvias, es excelente. ¿Podría afirmar que también conoce la cultura norteamericana? ¿Estrellas de cine? ¿Béisbol? ¿Sucesos cotidianos?

—Me marché hace seis años, señor.

—Lee los periódicos, ¿no es así? Estados Unidos le sigue interesando. Puede responder con sinceridad, hijo; es natural, fue su hogar durante catorce años.

Bernie vio la trampa que se ocultaba en la pregunta y preguntó con indiferencia:

—¿Por qué, señor?

—Su experiencia puede sernos útil durante la instrucción. Puede que recurramos a sus conocimientos.

—Ayudaré en todo lo que pueda, señor.

—Soy el capitán Stielau. Estará directamente bajo mis órdenes. Parece aliviado.

—¿Ah, sí? Supongo que lo estoy, señor.

A Stielau pareció divertirle la reacción de Bernie; después se volvió hacia el teniente.

—Categoría Uno.

El teniente escribió el nombre de Bernie en una lista de cuatro columnas. Bernie vio que el suyo era el primer nombre que anotaba en la primera columna.

—¿Puedo preguntarle cuál es el propósito de nuestra nueva brigada, señor?

—Sí —respondió Stielau.

Bernie titubeó unos instantes.

—¿Cuál es el propósito de nuestra nueva brigada, señor?

—He dicho que podía preguntar, no que le fuese a responder. Puede retirarse, soldado Oster.

Grafenwöhr
Noviembre de 1944

Bernie intentó sepultar su miedo perdiéndose en la rutina del campamento. A lo largo de la semana siguiente, llegaron unos dos mil hombres de todos los rincones del Reich. Bernie colaboró en las entrevistas iniciales formulando preguntas para determinar el nivel de competencia en inglés, tanto en comprensión como hablado. Después se clasificó a los candidatos en cuatro categorías. Uno: inglés fluido y conocimiento del argot norteamericano. Dos: fluidez sin conocimientos específicos de los modismos norteamericanos. Tres: comprensión general y capacidad para llevar a cabo conversaciones limitadas. Cuatro: comprensión mínima; personas con estudios de inglés que no han aplicado al mundo real.

Bernie pronto advirtió que la mayoría de los voluntarios había exagerado sus aptitudes. A finales de la semana, cuando llegaron los últimos hombres, no había seleccionado ni a veinte para que se le unieran en la Categoría Uno. Había cincuenta en la Categoría Dos. La tercera categoría contaba con una centena de hombres y la cuarta unos doscientos. En cuanto al resto, unos dos tercios de los hombres convocados en Grafenwöhr, su inglés se limitaba a respuestas de una palabra. Bernie se alojaba con los componentes de las categorías Uno y Dos; los Tres y Cuatro pasaron a ocupar los barracones del otro lado del patio y el resto se trasladó al área más alejada del recinto.

Se entregaron a los hombres uniformes neutros, color verde oliva, sin insignias. Todas las graduaciones previas se esfumaron y los oficiales no recibieron un trato preferente. Comían juntos en la misma cantina, donde las raciones sobrepasaban las habituales del ejército. El contacto con la familia o los amigos estaba prohibido. Todos los hombres firmaron un voto de silencio y las cartas pasaban la estricta revisión de los censores. Se administraban libremente medicinas y fármacos genéricos para prevenir enfermedades, pues no estaba permitido que nadie saliese del campamento para visitar a un médico. Este ambiente tenso disparó los rumores y las especulaciones sobre la razón de ser de la brigada, que recorrían todo el campamento y se modificaban a diario. El verdadero propósito seguía siendo un misterio.

Les ofrecieron la primera explicación un amanecer en que Bernie y el resto de la brigada fueron convocados a una asamblea general. El capitán Stielau tomó la palabra. Ahora formaban parte de la 150.^a Brigada Panzer, dirigida por el coronel Otto Skorzeny. La mención de aquel nombre levantó murmullos en el patio; Skorzeny era, sin duda, la figura más célebre de las fuerzas armadas alemanas. Stielau les dijo

que su misión se denominaba «Operación *Greif*» y que se les prepararía para defender Colonia cuando los Aliados cruzaran el Rin. Parecía plausible, pero a Bernie no le cuadraba con la instrucción que estaban recibiendo.

Esta empezaba todas las mañanas con lecciones de inglés, con especial atención al inglés de Estados Unidos y a la eliminación de los acentos nativos. Bernie ayudó a organizar un curso acelerado de cultura norteamericana en que se utilizaron periódicos, revistas, secciones deportivas y cómics. Se realizaban exámenes diarios para que dicha información quedase grabada en la memoria a largo plazo. Los hombres tenían órdenes de usar únicamente el inglés; cualquiera a quien se oyese hablar en alemán era castigado con la reclusión en celdas aisladas.

Todas las tardes se sometían a la instrucción de comandos de Skorzeny: demolición, comunicaciones, reconocimiento, armas especiales, artillería ligera, combates nocturnos tanto en el bosque como en el entorno urbano, combate cuerpo a cuerpo. Les enseñaron a leer mapas, los movimientos esenciales en condiciones de combate, técnicas de camuflaje y comunicaciones. Se les instruyó en la conducción y el mantenimiento de *jeeps* norteamericanos, vehículos de reconocimiento, semiorugas y tanques. A todos los hombres de las categorías Uno y Dos se les suministró un fusil M1. La munición escaseaba para realizar prácticas de tiro, pero aprendieron a transportar, desmontar y mantener los fusiles con el mismo rigor que cualquier soldado americano.

Después de cenar, se reunían en la cantina para escuchar la radio de las fuerzas armadas de Estados Unidos. Se servía cerveza y se les animaba a cantar los temas que interpretaban los artistas norteamericanos. Algunas noches veían películas en inglés, con instrucciones de observar e imitar los manierismos de los actores americanos. La visión de aquellos rostros familiares, las primeras estrellas de Hollywood que veía en años, hizo que Bernie se sintiera profundamente nostálgico. Los temores respecto al verdadero objetivo de la instrucción de Skorzeny crecían cada día que pasaba, y solo el cansancio extremo conseguía que no llegasen a obsesionarle.

A finales de la segunda semana, aquellos que hablaban inglés con fluidez, unos ochenta hombres, pasaron a depender directamente del capitán Stielau. Excepto en las comidas, pasaban el resto del tiempo apartados de los otros y el aprendizaje del idioma se intensificó. En cuanto llegaba un nuevo cargamento de material aliado — uniformes, botas, armas—, los hombres de Stielau eran los primeros en recibirlo. Bernie sospechó que los futuros objetivos de los dos grupos, fueran cuales fueran, habían empezado a bifurcarse.

Bernie coincidió en la Categoría Uno con otro oriundo de Estados Unidos, un desertor llamado William Sharper. Había servido en el ejército norteamericano hasta después de la invasión de Normandía. Sharper desempeñaba un papel importante en la instrucción, pues enseñaba a los hombres conductas específicas de los soldados norteamericanos; en qué posturas se relajaban, cómo masticaban chicle o abrían un paquete de cigarrillos con la uña del pulgar, o el arte de soltar tacos. Bernie se

mantuvo apartado de él, turbado por la violencia que percibía en la mirada de aquel hombre. Otros componentes del grupo eran antiguos miembros del cuerpo diplomático alemán que habían aprendido inglés en embajadas extranjeras. El resto provenía de la marina mercante; eran marinos itinerantes que habían trabajado en barcos ingleses o norteamericanos. Uno había sido mozo de equipajes en el *Queen Mary*. El aislamiento, la intensa instrucción física y el tenso ambiente de secretismo lograron que se vincularan rápida e íntimamente como unidad.

A inicios de la tercera semana, se asignó un nombre norteamericano a cada uno de los componentes de la unidad de Bernie. Se les suministraron placas de identificación con el nuevo nombre y una nueva graduación, y se les ordenó que los utilizaran a partir de entonces para hablar entre sí. Se les indicó que inventaran y memorizaran una historia norteamericana: lugar de nacimiento, familia, educación, historia de su localidad, mascotas preferidas, novias que dejaron atrás, equipos de béisbol, geografía local. Bernie decidió que el único modo de crear una historia personal que pudiese recordar bajo presión era que fuese lo más parecida posible a la suya. Un neoyorquino de Brooklyn, hijo de inmigrantes: se convirtió en el soldado James Tenella.

Ese martes Bernie fue convocado a la sala de entrevistas. Allí, un recién llegado bromeaba con el teniente de Stielau, mientras esperaba que empezase el proceso de evaluación. A diferencia de los cientos de hombres que le habían precedido, seguía vistiendo su uniforme alemán: la pulcra camisa negra de un teniente de las *Waffen-SS*. Tendría poco más de veinticinco años; era fibroso y compacto, de cabello rubio muy corto y sonrisa rápida y resplandeciente.

El teniente de Stielau indicó a Bernie que entrase en la habitación.

—Soldado Tenella, le presento a nuestra última incorporación, el *Untersturmführer* de las SS Erich Von Leinsdorf.

Von Leinsdorf se puso en pie, le estrechó la mano y le miró a los ojos.

—Es un placer. Me han dicho que usted logrará desalmidonar mis pomposos tonos británicos.

Von Leinsdorf hablaba un inglés perfecto, con acento británico de clase alta.

—Cueste lo que cueste, señor —replicó Bernie.

El teniente de Stielau tendió la carpeta a Bernie y salió de la habitación. Von Leinsdorf se sentó en el borde de la mesa y abrió una pitillera de plata de ley con sus iniciales grabadas.

—Supongo que tendré que empezar a fumar Lucky Strikes; se acabaron los Player ingleses.

Encendió el cigarrillo con un encendedor de plata a juego y volvió a sonreír. Fumaba como una estrella de cine, o como alguien que hubiese estudiado cómo fumaban las estrellas de cine. Pese a su encanto despreocupado, Bernie sintió un recelo visceral hacia él. Parecía apropiarse de más espacio del que ocupaba físicamente. Sus aires de superioridad eran típicos de alguien de su clase, pero Bernie

estaba reaccionando a algo más crudo que el aristocrático «Von» de su apellido. Echó hacia atrás la silla que hasta entonces había ocupado Von Leinsdorf y se sentó frente a él.

—¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó Bernie.

—Espantoso —respondió Von Leinsdorf con una sonrisa, sin hacer esfuerzo alguno por seguir la conversación.

—¿De dónde proviene, teniente?

—¿De dónde es usted, si no le importa que le pregunte? Su inglés es asombroso.

—Soy de Nueva York. Brooklyn.

—¿Es eso cierto? Fascinante. ¿Nacido y criado allí?

—En efecto. ¿Y usted?

—Munich pero, como habrá supuesto, pasé mis años de formación en Inglaterra. Mi padre estaba en el cuerpo diplomático y le destinaron a la embajada de Londres. Nos trasladamos en 1928, yo tenía diez años. Mi padre me inscribió en la escuela privada de Westminster. Todos esos incestuosos árboles genealógicos de la aristocracia son terreno abonado para crear memos degenerados. Y allí aterricé yo, armado únicamente con mi inglés de escuela. Es casi un milagro que sobreviviera.

—Espero que la educación recibida valiese la pena.

—Oh, me educaron bien, por supuesto. ¿Dónde estaba usted a los diez años, Brooklyn?

—Quinto curso. Escuela pública 109.

—Por supuesto. Qué encantador.

—¿Así que en el colegio solo hablaba inglés?

—No solo en el colegio, muchacho. En casa, en el parque, en el cuarto de baño con mi institutriz inglesa. Incluso en las cenas familiares. Mi padre no quería que ninguna consonante gutural alemana turbase a nuestros invitados.

—¿Cuándo regresó a Alemania?

—Cuando empezaron los desacuerdos, esas bolsas de té nos echaron sin miramientos. Imagínese el disgusto de mi padre. Se había pasado la mayor parte de su vida intentando penetrar en su acorazado velo de cortesía. Jamás advirtió que esa es la razón de la obsesión inglesa por las formas: una capa de barniz que oculta su odio hacia todo lo extranjero. Y parecen tan educados, hasta que uno acaba por conocerlos... —Von Leinsdorf esbozó una sonrisa y se levantó para dirigirse a la ventana—. Así que ambos regresamos a Alemania a la misma edad. Es extraño sentirse extranjero en el propio país, ¿verdad?

«No te lo puedes ni imaginar», pensó Bernie.

—Por cierto, ¿dónde diablos estamos? Tenía la esperanza de que me llevaran a Berlín. ¿Alguien le ha explicado de qué va todo esto?

—Ni una palabra.

—Mucho secretismo, ¿no cree? ¿No han dejado caer ningún detalle de por qué estamos aquí, Brooklyn?

—Todo lo que nos han dicho es que el coronel Skorzeny maneja el cotarro.

Von Leinsdorf se volvió como un resorte.

—¿Le ha visto? ¿Ha estado aquí?

—No, ¿por qué?

—El año pasado intenté que me transfirieran a su unidad de comandos.

—¿Dónde ha estado destinado hasta ahora?

—Dachau —respondió Von Leinsdorf despreocupadamente, mientras arrojaba el cigarrillo al suelo.

Bernie había oído hablar del suburbio de Munich que las SS utilizaban como centro de adiestramiento. Por todo Berlín circulaban historias escabrosas de su campo de concentración, pero Bernie se guardó mucho de preguntar. Había aprendido que nunca se pregunta nada a un hombre de las SS.

—Anotaré en el informe que su inglés es excelente. Probablemente le pondrán en la Categoría Dos —dijo Bernie.

Von Leinsdorf se inclinó para echar un vistazo a las notas de Bernie.

—Eso suena como una degradación, ¿por qué no Categoría Uno?

—Esa categoría es para los que dominan el argot norteamericano.

—Pero usted puede enseñarme, ¿no es así?

—Si eso es lo que ellos quieren...

—Eso es lo que yo quiero —espetó Von Leinsdorf. Luego suavizó el tono y volvió a mostrarse encantador—. Solo entre nosotros, no soporto pensar que no soy lo bastante bueno para la mejor categoría. Pura vanidad, en realidad.

—Eso no depende de mí.

—No pido mucho. No querrá que los oficiales piensen que no está dispuesto a ayudar a un compañero de armas. Con todo este misterio, seguro que a usted le vigilan mucho más que al resto de nosotros... Estoy convencido de que sospechan de todo aquel que no pueda demostrar una lealtad absoluta.

Bernie sonrió, intentando no dejarle ver que ya conocía, e incluso había escuchado, esa amenaza.

—Claro que intentaré ayudarle, no te jode.

—¿No te jode?

—La palabra más popular entre los soldados norteamericanos. Joder con esto, joder con aquello. Joder con el campamento...

—Joder con los alemanes...

—Ahora lo has pillado.

—¿Y eso qué significa, joder?

—Significa que lo has captado, que vas por buen camino, que estás en ello.

—Vale. Entonces, digamos que Categoría Uno. Te recompensaré, Brooklyn, haré que te asignen a mi escuadra. Tenemos que seguir juntos, no te jode.

—Claro, tío.

Ambos se echaron a reír. Bernie no pudo evitar que aquel hombre le gustase, pese

a sus recelos iniciales.

—¿Por qué has tardado tanto en llegar aquí? —preguntó—. A todos nosotros nos trasladaron hace dos semanas.

—No tengo ni idea. Supongo que hubo algún error burocrático.

—Una cagada.

—¿Qué?

—Una cagada, que la metieron hasta el fondo, que la pifiaron.

—Sí, brillante. Una cagada, en efecto. Verás, Brooklyn, la verdad es que me enteré de esta historia hace tan solo dos días. Estábamos a punto de acabar un proyecto crucial y no querían que me fuese.

—En Dachau.

—Así es —respondió Von Leinsdorf, sonriendo mientras encendía otro pitillo.

—¿Y lo acabasteis? Me refiero al proyecto.

—Aún queda por hacer. Me temo que tendrán que seguir sin mí.

Von Leinsdorf indicó a Bernie que le siguiese y salieron al anochecer rumbo a la cantina. Von Leinsdorf arrojó el cigarrillo que tenía a medias y pidió a Bernie uno de sus Lucky Strike.

—¿Te importa? Tengo que acostumbrarme a estos.

—Sírvete.

Von Leinsdorf extrajo el cigarrillo del paquete con los labios y lo encendió.

—¿Cómo les llaman? ¿Cigarros?

—Cigarros, clavos.

—¿Clavos?

—Clavos de ataúd. Pitos, colillas.

Von Leinsdorf asintió, antes de dar una calada y examinar el pitillo.

—¿Para qué nos entrenan, Brooklyn? Todos me dan una respuesta distinta.

—Dicen que vamos a defender Colonia cuando los Aliados invadan...

—Vamos, eso son sandeces. ¿Todas estas molestias para cavar una trinchera y esperar a que Patton cruce el Rin? Esta es una misión de Skorzeny. El comando de Hitler. Empecemos por el nombre: Operación *Grief*. El grifo mitológico. ¿Recuerdas su aspecto? Es mitad águila alemana, mitad león aliado. Nuestra misión está en esa imagen. Vamos a cruzar la línea enemiga haciéndonos pasar por una brigada norteamericana. Un ataque sorpresa. Algo que asombrará al mundo.

—Puede que tengas razón —replicó Bernie, fingiendo despreocupación mientras sus peores temores se hacían realidad.

—Estoy seguro. Y creo saber cuál será nuestro objetivo.

Bernie percibió un resplandor metálico por encima de ellos, entre la oscuridad, procedente de una torre de vigilancia situada precisamente sobre el patio.

—Hay alguien ahí arriba —dijo.

Von Leinsdorf se volvió a mirar. Un oficial alto y robusto vestido de uniforme se había inclinado hacia delante para encender un cigarrillo y su rostro era visible

gracias a la llama del mechero que sostenía un soldado.

—Es él.

—¿Quién? —preguntó Bernie.

—Skorzeny está aquí.

Grafenwöhr

20 de noviembre de 1944

A las seis y media de la madrugada, la 150.^a Brigada a Panzer al completo fue convocada en el patio, antes del almuerzo. Bernie, Von Leinsdorf y el resto del comando del capitán Stielau formaron en las primeras dos filas de cara al comedor, mientras una leve bruma caía del cielo nublado. Al cabo de cinco minutos, toda la brigada se cuadró cuando vio aparecer a la plana mayor del campamento, seguida del coronel Skorzeny. Aunque iba uniformado, no llevaba abrigo como el resto de los oficiales; lucía una sonrisa segura que parecía indiferente a las inclemencias del tiempo y a cualquier otra adversidad. Skorzeny se detuvo y observó a sus hombres durante casi un minuto, estudiando los rostros, antes de pronunciar palabra. La Cruz de Hierro le colgaba del cuello almidonado, entre los relámpagos de las SS y la insignia de su graduación. Su mirada astuta y sus rasgos afilados sugirieron a Bernie la imagen de un zorro hiperinteligente.

—No estamos aquí para convertirnos en soldados —dijo en inglés, con una voz que atronó en todo el patio—. Ese era el trabajo de otros; si fracasaron, nada podemos hacer ahora por vosotros. Tampoco es el momento de entrenaros adecuadamente como comandos; la urgencia de nuestra misión es demasiado grande. Es responsabilidad de cada hombre hacerlo lo mejor que pueda con lo que les suministramos. Vuestras armas principales serán la inteligencia, el ingenio y la astucia.

»Lo que espero de ustedes es lo siguiente: la voluntad de cambiar por completo vuestras pautas de comportamiento. La nacionalidad, la raza y la cultura son cualidades que expresáis inconscientemente en vuestros instintos, hábitos y actitudes. Están mucho más arraigados en vuestro cuerpo y en vuestra mente de lo que creéis. En lo que concierne al mundo exterior, estas cualidades, las “características alemanas”, deben cambiar para que tengan opciones de sobrevivir a lo que nos espera. De nada os sirve vestir de verde oliva y aprender inglés americano si dais un taconazo y os cuadráis como un granadero prusiano en cuanto un oficial os grite una orden.

Hizo una demostración cómica, parodiándose como si fuera un muchacho de la tropa, lo que provocó las carcajadas de los allí reunidos. Bernie miró de reojo a Von Leinsdorf; observaba a Skorzeny con una devoción casi religiosa. Skorzeny sonrió y esperó que las risas se apagaran con la experimentada actitud de un comediante.

«Se los ha metido en el bolsillo. Morirían por él ahora mismo».

—Nunca antes, en la historia bélica, se ha intentado llevar a cabo una operación de esta envergadura. No voy a minimizar el peligro al que os enfrentáis, pero les aseguro que el Führer os ha encomendado una gran responsabilidad, de la que depende el futuro de nuestro país. Tenéis todo su apoyo y su absoluta confianza. No me cabe duda de que no le fallaréis, ni tampoco a Alemania. El resto, dejémoslo en manos de Dios y del azar. ¡*Heil* Hitler!

Skorzeny se volvió con un taconazo y se alejó, seguido de sus ayudantes y oficiales. Irradiaba dominio y una confianza de hierro, templados por su empatía hacia las tropas y un humor paródico. Von Leinsdorf y todos los que le rodeaban resplandecían de celo patriótico, como si estuvieran a punto de echarse a cantar.

Aquella mañana, Skorzeny observó en el campo de entrenamiento las maniobras de la división militar de la brigada: dos tanques americanos Sherman capturados y doce Panther alemanes, reequipados para asemejarse a los Sherman. Por la tarde, el comando de Stielau dirigió una operación de sabotaje, la voladura de un puente ficticio contrarreloj. Skorzeny pareció satisfecho de su actuación.

Skorzeny regresó a la residencia de oficiales al anochecer. Su ayudante le esperaba fuera:

—Señor, un teniente de la compañía de comandos solicita hablar con usted.

—Ahora no tengo tiempo para eso.

—Es un SS —dijo el ayudante, bajando la voz—. De una familia del cuerpo diplomático.

Skorzeny alzó la vista hacia la siguiente habitación, donde esperaba un joven muy erguido de cabello rubio cortado a cepillo.

—Bien, déjenos.

Skorzeny se aproximó al hombre, que se cuadró y le saludó.

—*Untersturmführer* Erich Von Leinsdorf, señor. Es un honor conocerle.

—¿Qué puedo hacer por usted, teniente?

—Señor, al ser como usted oficial de las SS, me tomaré la libertad de hablar sin rodeos. Por el campamento circulan los rumores más descabellados respecto a la naturaleza de nuestra misión. Cuando los hombres supieron que usted estaba al mando, su imaginación se desbocó.

—Póngame un ejemplo.

—Vamos a cruzar toda Francia para liberar a la guarnición atrapada en Brest. Algunos creen que vamos a cruzar el Canal para invadir Londres. Incluso hay quien afirma que cruzaremos el Atlántico en submarino y atacaremos a Roosevelt en la Casa Blanca.

Skorzeny, divertido, meneó la cabeza.

—¿Y usted qué cree, teniente?

—Creo conocer el verdadero objetivo de la 150.^a Brigada Panzer, señor.

El hombre irradiaba tal convicción que, por un instante, Skorzeny se preguntó si sus segundos, desobedeciendo órdenes, se habrían confiado al teniente. Se sirvió una copa y, de pie ante al fuego, se dispuso a escuchar la teoría de Von Leinsdorf. Skorzeny meció la copa de coñac sin demostrar asombro ante lo que el hombre le decía: un gran maestro disponiéndose a mover un peón que, de pronto, se había vuelto útil. Guardó silencio cuando Von Leinsdorf terminó, permitiendo que se sintiera violento.

—Compartiré algo con usted —dijo por fin—. El Führer nos ha dado un objetivo militar específico, cuyos detalles no puedo revelar.

—Lo comprendo, señor.

—Hay también un segundo objetivo —añadió Skorzeny, aproximándose—. Nadie más lo conoce, ni siquiera sus superiores, teniente. No importa cómo, pero usted lo ha descubierto con toda exactitud. Deje que le explique mi problema, teniente...

Von Leinsdorf se tensó.

—No pretendía causarle ningún problema...

Skorzeny levantó la mano para indicarle que guardara silencio.

—Llevo cierto tiempo buscando a un oficial capaz de dirigir esta fase de la operación. He encontrado al hombre que necesitaba.

—Me siento honrado, señor.

—Elija a algunos hombres de su compañía. Los que mejor hablen inglés, tres hombres, cada uno de ellos cualificado para dirigir una pequeña escuadra. ¿Le viene alguien a la cabeza?

—Sí, señor.

—Confíeles lo que crea conveniente, pero sin entrar en detalles. Que cada uno de esos hombres organice su propio equipo de cuatro hombres. Entonces considere este objetivo meticulosamente y trabaje los detalles tácticos usted mismo.

—¿Qué directrices puede darme, señor?

—Ninguna. El resto depende de usted. No quiero limitar la iniciativa de un joven oficial de talento. Entretanto, para levantar los ánimos, introduzca un rumor en nuestro propio campamento. Tres comandos americanos, vestidos con uniformes alemanes, fueron capturados recientemente cerca de Aquisgrán. Pocos días después, las SS les dieron un pase para que pudieran regresar sanos y salvos a las líneas americanas.

—¿Es eso cierto?

—Claro que no. Fueron ejecutados de inmediato —Skorzeny le abrió la puerta—. Nos veremos de nuevo en la víspera del ataque y concluiremos los detalles de su plan. Buena suerte a todos.

—Puede confiar en mí, señor.

Von Leinsdorf saludó, dio un taconazo y salió de la habitación. El ayudante de Skorzeny entró poco después.

—Tráigame el *dossier* de ese hombre. Y que venga el capitán Stielau.

Skorzeny esperó, mirando el fuego, mientras sentía que los hilos de tres tejidos distintos se unían en un todo satisfactorio. El ayudante y Stielau regresaron juntos. Skorzeny examinó rápidamente el *dossier* de Von Leinsdorf, con Stielau a su lado.

—¿Cómo ha acabado aquí? Su padre tenía un cuarto de sangre judía.

—Sí, por parte de madre. Según los estándares del partido, eso le hace un mestizo, un *Mischlinge*.

—¿Y era la mano derecha del embajador Von Ribbentrop en Londres? —preguntó Skorzeny—. Recuerdo haber oído algo al respecto. Un escándalo de escasa envergadura.

—Von Ribbentrop lo destinó a un oscuro puesto en Suecia. La madre enfermó, regresó a casa y murió poco después. Cuando el padre se suicidó al cabo de unos meses, el hijo, Erich, pasó a la tutela del Estado.

—¿Cómo se suicidó?

—La sogá. La muerte de un cobarde. Adecuada para un judío.

Skorzeny leyó algo en el *dossier*.

—Erich encontró el cuerpo.

—Sí. Lo enviaron de vuelta a Alemania y se enroló en las Juventudes Hitlerianas. Sobresalió tanto en todos los programas juveniles en que le incluyeron —la Escuela de Hitler, el Instituto Político— que fue transferido a los *Ordensburgen*. Solo van allí los jóvenes nacional-socialistas más fanáticos. Intensa disciplina física, instrucción militar, formación en ciencias raciales y la cuestión judía... todo bajo el mando de las SS.

—Pese a su sangre judía.

—La línea materna era pura aria, por lo que solo tiene un octavo de sangre judía, poco más del doce por ciento. En casos especiales, puede argumentarse que la sangre aria es más dominante. Con todo, él parece decidido a erradicar la herencia de su padre. La creatividad del teniente en Dachau ha sido, cuando menos, asombrosa.

Skorzeny conocía el programa de exterminio de Dachau y de otros campos de la muerte, pero no hizo comentarios. Los oficiales superiores que no participaban directamente en la Solución Final nunca discutían lo que sabían en ningún modo que requiriese expresar una opinión. Stielau interpretó su silencio como desaprobación.

—En cualquier caso, si le supone un problema, haremos que le ejecuten mañana —añadió.

—No, Stielau, me ha malinterpretado por completo. Él es perfecto.

—Si me permite la pregunta, ¿en qué sentido, señor?

—Está muy bien eso de enviar a nuestra pequeña brigada al otro lado de las líneas enemigas. Si las estrellas se alinean y los sorprendemos en plena siesta, tenemos incluso una pequeña probabilidad de éxito.

—Señor, considero que está descartando una oportunidad muy buena, que nos permitiría cambiar el curso de la guerra...

—Aprecio su entusiasmo, capitán Stielau, y su devoción hacia nuestra causa. Pero

el realismo es la disciplina más dura. La perspectiva a largo plazo sugiere que a todos nos espera un futuro desolador, independientemente de nuestros esfuerzos transitorios.

Stielau no respondió y Skorzeny se arrepintió inmediatamente de su franqueza.

—Sin embargo, somos soldados —añadió, cerrando el *dossier* de Von Leinsdorf — y jugamos las cartas que tenemos en la mano. Y puede que este hombre sea un comodín.

Bernie advirtió el cambio producido en Von Leinsdorf tan pronto como regresó a los barracones con la mirada endurecida y la mandíbula apretada. Reclutó a sus dos primeros jefes de escuadra esa misma noche: un compañero oficial de las SS, el *Untersturmführer* Gerhard Bremer, y un traductor de la Inteligencia del ejército llamado Karl Heinz Schmidt. Bernie observó estas conversaciones y cuando Von Leinsdorf regresó a su litera, le preguntó qué sucedía pero no obtuvo respuesta. «Está siguiendo nuevas órdenes, del mismo Skorzeny», pensó.

Von Leinsdorf reclutó al tercer jefe de escuadra la mañana siguiente, el antiguo sargento del ejército norteamericano William Sharper. Tras pasar cuatro años como soldado en el Norte de África y Francia, Sharper había desertado a la Wehrmacht hacía tres meses, después de casi matar de una paliza a su oficial superior durante una partida de póquer. Había pasado esos meses bajo la custodia de la Inteligencia alemana, antes de que le liberaran para formar parte de la presente misión. Von Leinsdorf veía a Sharper como un *hooligan* de clase trabajadora, más adecuado para la vida del soldado de asalto nazi que para el conformista ejército norteamericano. Autorizó a los tres hombres a que reclutasen su propio equipo de cuatro soldados. Cuando Karl Schmidt insistió en conocer detalles del «segundo objetivo», Von Leinsdorf le dijo que permanecería clasificado hasta la noche anterior a la misión.

Esa noche Von Leinsdorf pidió a Bernie que se uniera a su escuadra, junto a un comerciante de mediana edad llamado Marius Schieff y un antiguo empleado de banco de Viena, Gunther Preuss, ambos hombres de Categoría Dos. Von Leinsdorf no les explicó nada de su nueva misión, pero Bernie supo con certeza que su estatus dentro la brigada había cambiado a peor. Ya no temía que descubriesen lo que había hecho en Berlín. El camino por el que le llevaba Von Leinsdorf le parecía mucho más peligroso.

Una semana antes del inicio de la ofensiva, Otto Skorzeny acudió a una última sesión informativa con el Estado Mayor en la Cancillería del Reich en Berlín. Skorzeny repasó el papel de su brigada en la invasión y se acordaron procedimientos para proteger a sus comandos del ataque alemán. Sus tanques americanos llevarían dos triángulos amarillos dentro de la insignia de la unidad estampada en el blindaje.

Si otras tropas regulares o comandos de la Wehrmacht se encontraban en el campo de batalla a la luz del día, los hombres de la Operación *Grief* debían quitarse los cascos americanos y sostenerlos en alto sobre sus cabezas. De noche, si se cruzaban con fuerzas del ejército alemán, dispararían bengalas con pistolas Verey para revelar su identidad.

Skorzeny fue informado de que las condiciones meteorológicas para el día elegido eran favorables: un cielo densamente nublado que neutralizaría la superioridad aérea de los Aliados. Todas las señales eran positivas.

La contraofensiva en Bélgica y Luxemburgo conocida como Operación Niebla de Otoño empezaría el amanecer del 16 de diciembre.

*Grafenwöhr**10 de diciembre de 1944*

El 10 de diciembre, poco después del anochecer, los hombres de la Operación *Grief* dejaron el campamento de Grafenwöhr y subieron a un tren especial de transporte. Bernie vio que los vagones estaban camuflados para parecer un cargamento de árboles de Navidad destinados a las tropas del frente occidental. Sus vehículos, recién pintados y con accesorios americanos, se cargaron en plataformas cubiertas en la parte trasera del tren. Los hombres de Skorzeny, vestidos con uniformes norteamericanos, tenían prohibido abandonar los atestados vagones durante los días de trayecto. Un destacamento de la Gestapo subió a bordo para proteger el tren y desviar las preguntas de los extraños acerca de su evidente secreto. Bernie también sabía que la Gestapo, fuertemente armada, estaba ahí para impedir la desertión de los miembros de la brigada.

La 150.^a Brigada Panzer se apeó del tren poco antes a de la medianoche del 12 de diciembre, cerca de un campo de instrucción de la infantería en Wahn, al sudoeste de Colonia, donde se alojaron para pasar la noche. Para evitar el contacto con unidades regulares de la Wehrmacht, permanecieron confinados en los edificios durante todo el día siguiente. Al caer la noche, con el campamento a oscuras, la brigada subió a sus propios vehículos para dirigirse a Münstereifel, treinta kilómetros más cerca de la frontera belga. El grupo de Stielau continuó quince kilómetros más al oeste, hasta los alrededores de Stadtkyll. Durante el trayecto, la lona de camuflaje resbaló de un semioruga frente al vehículo de Bernie y reveló su estrella aliada de cinco puntas. Una patrulla de la Wehrmacht intentó interceptar lo que parecía ser una columna de vehículos norteamericanos. Fue detenida por la Gestapo y no se la volvió a ver.

Los comandos pasaron el resto de la noche junto a una apartada caseta forestal, organizándose en unidades de patrulla y cargando combustible, munición y los suministros de última hora. Con la llegada del amanecer, Bernie empezó a vislumbrar los vastos búnkeres y murallas de la frontera occidental de Alemania. Desde su llegada a Wahn, había observado en los alrededores de la frontera un incremento masivo de tropas de la Wehrmacht, que dejaba pequeña a su brigada.

A las seis de la madrugada llegó Otto Skorzeny y la compañía se reunió ante la caseta. Skorzeny, el único soldado presente con uniforme alemán, ordenó que le rodearan en círculo, de manera informal, como hacían los americanos. Les dijo que su aspecto y su actitud reflejaban una transformación completa y convincente: Ahora eran soldados norteamericanos. Temblando en el glacial aire del amanecer, Bernie se

enteró por primera vez del verdadero alcance de la Operación Niebla de Otoño y cuál era su principal objetivo. No tan malo como se temía, pero sabía que Von Leinsdorf se reservaba algo mucho peor. Skorzeny intentó animarles con relatos sobre la larga historia de victorias alemanas en las Ardenas y la precariedad de la actual situación de los Aliados. Les pidió prudencia en el uso del combustible y que gorreasen todo el que pudiesen sobre el terreno. Debían evitar a toda costa cualquier hostilidad con el enemigo.

—Todas las patrullas deben permanecer en contacto por radio con el mando. Nuestra misión depende de la información que puedan transmitir. Tomen nota de todo cuanto veáis u oigáis. Confiad en su preparación. Procurad no correr riesgos innecesarios.

Un hombre formuló una pregunta que estaba en la mente de todos:

—¿Nos tratarán como espías si nos capturan?

—Lo he consultado con expertos en derecho internacional. Si sois capturados, pero lleváis el uniforme alemán debajo u os cambiáis con antelación, creemos que gozaréis de la misma protección que un prisionero de guerra.

Antes de darles tiempo a cuestionarlo, Skorzeny les deseó buena suerte y estrechó la mano de todos los hombres. Detrás de él, su ayudante entregó a cada soldado un encendedor Zippo plateado. Bernie notó que emitía un leve aroma a almendras amargas. Les dijeron que todos los encendedores contenían un vial de cristal de ácido prúsico y que el veneno podía utilizarse ofensivamente, para someter a un oponente. Con lo que insinuaban que se esperaba que lo utilizaran ellos mismos si la captura era inevitable.

Skorzeny convocó al capitán Stielau y al teniente Von Leinsdorf al interior de la caseta. Indicó a Von Leinsdorf que le resumiera su plan para llevar a cabo el segundo objetivo; escuchó con discreción, hizo algunas sugerencias y pareció satisfecho con la estrategia global. Luego pidió a Von Leinsdorf que hiciese entrar a los jefes de escuadra que había seleccionado y charló brevemente con cada uno de ellos, llamándoles por sus nombres norteamericanos.

El ayudante de Skorzeny entregó a cada jefe de escuadra un paquete de documentación falsificada que incluía documentos de identidad del ejército de Estados Unidos, pases de seguridad norteamericanos de alto nivel, visados de tránsito y mapas detallados de varias ciudades francesas. También recibieron un alijo de armas, explosivos y municiones personalizadas, elaboradas por el Instituto Técnico Criminal de Berlín a petición de Skorzeny. Entre ellos había garrotes de cuerdas de piano, cuchillos camuflados y una novedad tecnológica: un silenciador metálico que se acoplaba al cañón de su pistola americana. A continuación, Skorzeny dirigió su atención hacia un mapa de la frontera belga que su ayudante extendió sobre la mesa.

—Vuestros equipos serán los primeros en cruzar por estos huecos entre sus líneas —les indicó, señalando puntos de infiltración—. Iniciad las tareas de reconocimiento. Vuestros informes serán esenciales durante las primeras horas. Eviten la captura a

toda costa.

Entonces, por primera vez, Skorzeny detalló su segundo objetivo. Cuando hubo terminado, nadie habló. La reacción de sorpresa de los hombres le confirmó que Von Leinsdorf, siguiendo órdenes, no había discutido la misión con ellos.

—¿En qué punto se espera que lo intentemos, señor? —preguntó Karl Schmidt.

—Lo explicaré cuando el coronel se marche —dijo Von Leinsdorf para acallararlo.

—Preferiría oírlo de boca del coronel —replicó un desafiante Schmidt.

—Vuestras órdenes están perfectamente claras —dijo Skorzeny—. Durante los dos días siguientes, reconocimiento y apoyo de la invasión. A medianoche del día diecisiete, independientemente de que nuestra brigada haya alcanzado o no su primer objetivo, procederemos al segundo.

—¿Qué debemos decir a los hombres de nuestras escuadras? —preguntó Schmidt.

—No les digáis nada —contestó Skorzeny—. Hasta que sea imprescindible.

—Ese fue también mi consejo —terció Von Leinsdorf, dejando patente su irritación.

—¿Qué clase de apoyo tendremos por parte del resto de nuestra brigada? —quiso saber Schmidt.

—Eso depende del progreso de toda la ofensiva —respondió Skorzeny, haciendo un gesto a su ayudante en que mostraba su impaciencia por irse.

—No más preguntas —dijo Von Leinsdorf.

—¿Pero debemos esperar su ayuda, señor? —insistió Schmidt, haciendo caso omiso de Von Leinsdorf—. ¿Hay alguien más involucrado o actuamos solos?

—Si todo sucede según lo planeado, la ayuda estará esperando cuando se acerquéis al objetivo.

—¿Cuánta ayuda? —preguntó Schmidt.

—Una quinta escuadra —respondió Von Leinsdorf.

—Ahí lo tiene —añadió Skorzeny, con una sonrisa—. El apoyo se presentará cuando más lo necesitéis. Por otra parte, como siempre digo a mis hombres, no esperéis nada y os evitaréis decepciones.

Skorzeny les deseó buena suerte y salió rumbo al coche que le esperaba, seguido de su ayudante. El vehículo estaba aparcado en el borde del claro, cerca de donde se revisaban y repostaban los veinte *jeeps* americanos de los comandos. La insignia de la unidad pintada en los *jeeps* todavía estaba húmeda.

—No guarde documentación del encuentro —ordenó Skorzeny a su ayudante—. En lo que concierne a la Operación Niebla de Otoño, esta reunión nunca se ha producido.

Acto seguido subió al vehículo donde le esperaban sus guardaespaldas y partió rumbo al norte.

En la caseta, de pie ante los mapas de Bélgica y Francia desplegados en la mesa, Von Leinsdorf repasó por última vez el que sería el recorrido de sus primeros dos días.

—El día diecisiete contactaré con vosotros por radio. Si no tenéis noticias mías, asumid que seguimos con el plan y abrid camino hacia el sur. Organizaremos la operación desde allí, la noche del día diecinueve.

Señaló una ciudad célebre por su catedral, situada a hora y media del noreste de París.

—Necesitamos un punto de encuentro —añadió—. ¿Alguna sugerencia?

—Estuve un par de semanas destinado allí —dijo William Sharper, el norteamericano.

—¿En qué ejército? —preguntó Schmidt.

—Que te jodan, Schmidt. Hay un viejo cine ahí, en una vieja plaza en la orilla este del canal —explicó Sharper, indicando la zona—. La Wehrmacht pasaba películas durante la ocupación. Ahora lo usan los americanos.

—Marcadlo en vuestros mapas. Nos encontraremos en este cine entre las nueve y las doce de la noche del diecinueve. Ese es el plazo máximo de espera; si resultáis ser el único equipo que queda, continuad a iniciativa propia —ordenó Von Leinsdorf.

Estrechó las manos de todos sus hombres antes de que salieran de la caseta e iniciaran caminos separados. Puso una mano en el hombro de Schmidt para retenerle.

—Soy consciente de que en nuestros antiguos puestos teníamos la misma graduación. Y que tú llevabas algo más de tiempo con la tuya —dijo cuando se quedaron a solas.

—Así es.

—Pero resulta que el coronel Skorzeny me ha confiado el mando de esta misión. Me tomo muy en serio esa responsabilidad. Si vuelves a cuestionar mi autoridad, te mataré.

Von Leinsdorf miró fijamente a Schmidt hasta que reconoció en sus ojos el terror que durante años se había acostumbrado a ver en hombres en posición más débil; luego se marchó.

Los hombres de su equipo: Bernie Oster, Marius Schieff y Gunther Preuss, le esperaban cargando material en su *jeep*.

—Buenas noticias, caballeros. Cruzamos esta noche —anunció Von Leinsdorf.

*Noreste de Bélgica**14 de diciembre de 1944, 20:40 horas*

Temblando bajo un cielo cuajado de estrellas, los tres soldados americanos que atendían el control fronterizo encendieron un fuego en un viejo bidón de petróleo, violando las órdenes que prohibían la iluminación nocturna. Su cabaña de techo de chapa no les protegía del aire ártico que había seguido al frente tormentoso. El invierno no había empezado oficialmente, pero la primera tormenta de la estación había dejado quince centímetros de nieve la noche anterior. Aunque estaban a unos cinco kilómetros de la frontera alemana y ocasionalmente oían vehículos que aceleraban en esa dirección, solo algunas escaramuzas esporádicas habían interrumpido la calma en las semanas que llevaban allí destacados. Por tanto, todas las noches encendían un fuego detrás de su cabaña y se turnaban para calentarse las manos, mientras los otros se quedaban dentro jugando a cartas, a la luz de un farol Coleman.

Eran reclutas inexpertos —un sargento y dos soldados—, llamados a filas en los últimos seis meses y entrenados precipitadamente. Su 99.^a División de Infantería se había desplegado en las Ardenas solo un mes antes, junto con otras unidades demasiado verdes para el combate y veteranos demasiado agotados para seguir luchando. El regimiento de los hombres, el 394, había cavado, a lo largo de un perímetro de treinta y dos kilómetros paralelo a la frontera belgo-alemana, una zanja rocosa y boscosa entre dos crestas del macizo. Situados a intervalos de novecientos metros, los soldados del Regimiento 394 pasaban los días y las noches en gélidas trincheras, mirando el bosque silencioso, protegidos de los elementos únicamente por una techumbre de ramas de pino.

En comparación, a estos tres hombres de la Compañía Rifle F, escuadra «D», les había tocado una misión de lujo, guardar un control fronterizo en una vieja pista forestal a kilómetro y medio de la aldea de Elsenborn. A quince kilómetros por detrás, su campamento base ofrecía comidas calientes y duchas, películas de Hollywood y bandas de *swing* que tocaban semanalmente en bailes organizados por la USO, donde abundaban las agradecidas muchachas belgas. En los barracones se había extendido la convicción de que la guerra estaba prácticamente acabada. Un mes de noches gélidas, agazapados en las trincheras de Losheim, parecía una forma fácil de contribuir al esfuerzo bélico. Incluso era posible que les devolviesen a casa sin haber disparado un solo tiro.

—Sargento —dijo el soldado Anderson, desde detrás de la garita.

—¿Qué pasa? —respondió Mallory en el interior.

—Algo se acerca.

Los faros de un vehículo bañaron la ventana de la garita. El sargento Vincent Mallory, del sur de Boston, cogió su carabina Garand M1; el soldado Jack Ellis le siguió, apartando la sábana que colgaba en el umbral de la puerta. El soldado de primera Chick Anderson se situó en la barrera, junto al brazo de madera a rayas que cruzaba la sucia carretera.

Un único vehículo se aproximaba por la carretera de Kalterherberg, una encrucijada situada seis kilómetros al norte, cerca de la frontera alemana. Mallory reconoció los faros redondos y la tirante caja de cambios; un *Jeep* Willys, la mula de carga del ejército norteamericano. Avanzó unos pasos y movió la linterna, indicando que se detuvieran. Ellis preparó el fusil y flanqueó a su sargento en la carretera, diez metros por delante de la barrera.

El *jeep* aminoró la marcha a medida que se aproximaba; llevaban la capota subida y el parabrisas en alto. Un soldado norteamericano, que ocupaba el asiento del copiloto, se puso en pie y empezó a agitar frenéticamente los brazos en dirección a Mallory.

—Qué cojones... ¿qué demonios es esto?

Cuando el *jeep* se detuvo a escasa distancia, Mallory vio que se trataba de un soldado raso. Flaco, nervioso, de poco más de veinte años, cabello negro rizado asomando del casco echado hacia atrás. El conductor mantenía la cabeza gacha y la mirada fija en la carretera.

—¿De dónde vienen? —preguntó Mallory.

—Joder, no tengo ni idea. Llevamos conduciendo un montón de tiempo... ¿Cuántas horas, teniente?

Se volvió hacia el oficial que ocupaba el asiento trasero. Mallory enfocó con la linterna.

Había cuatro hombres en el *jeep*.

El teniente, con la insignia al cuello, se inclinó hacia delante: compacto, rubio, guapo, de unos veinticinco años, un hombretón seguro de sí mismo con una encantadora sonrisa de universitario.

—¿Y se supone que tú eres el copiloto? —se burló el teniente—. Muéstrales el pase, idiota.

—Toda la jodida noche así —dijo el soldado histérico, tendiendo los pases a Mallory antes de volverse hacia Ellis—. ¿Tienes un cigarro, tío?

Mallory leyó la documentación, que parecía en orden, y luego examinó los distintivos de la unidad estarcidos en la capota del *jeep*.

—Están muy lejos del 12.º Ejército, señor.

—Y que lo diga —respondió el teniente, con un leve gangueo sureño—. Salimos del cuartel general de Luxemburgo hace ocho horas y teníamos que empalmar con el 106 en Vielsalm a las seis de la tarde.

Mallory devolvió el pase mientras observaba cómo el cuarto hombre, sentado junto al teniente en el asiento trasero, desplegaba un gran mapa.

—Se han pasado de largo, señor. Vielsalm está a treinta y dos kilómetros al sudoeste de aquí —informó Mallory.

—Esa es una jodida buena noticia —se lamentó el soldado raso, mientras Ellis le tendía un cigarrillo—. Intenté decírselo, señor, tendríamos que haber girado a la derecha hace dos horas. Oh, gracias. ¿Tienes fuego?

—No irás a encender eso aquí, hijo —dijo Mallory.

—Claro, mierda, ¿dónde tengo la cabeza? —El soldado se metió el cigarrillo detrás de la oreja; Mallory advirtió que le temblaban las manos.

—Ni tampoco deberían llevar los faros encendidos. ¿No tienen instrucciones de evitar la iluminación nocturna?

—¿Por eso nos ha hecho parar, sargento? —preguntó el teniente.

—Esto es un control de carretera, señor. Tenemos órdenes de parar a todo el mundo.

—Bien, pues me alegra que lo haya hecho. Quizás así pueda darle al soldado Alcornoque algunas indicaciones para leer el mapa.

—Eso si consigo que me lo devuelvan... ¿me permite que vea eso? —pidió el soldado al cuarto hombre, que acababa de encender una linterna, tenía la cabeza sepultada en el mapa y no mostraba el menor interés en entregarlo.

—Vienen de las líneas alemanas —dijo Mallory.

—Sí, joder. ¿Por qué cree que hemos dado la vuelta? Olía a jodida escalopa vienesa —replicó el soldado.

—No es habitual ver a cuatro hombres en un *jeep* —dijo Mallory.

—Escoltamos al capitán Conway, aquí presente —respondió el teniente, señalando con la cabeza al hombre que tenía al lado—. Es el nuevo oficial de inteligencia del 106.

—Capitán —Mallory saludó al superior, que no respondió; seguía concentrado en el mapa, que alumbraba con la linterna.

—¿No se supone que tiene que pedirme la contraseña, sargento? —Preguntó el teniente rubio.

—En efecto, si no estamos seguros de los hombres.

—¿Y qué hace si alguien no la sabe? Ni yo mismo la sé, joder.

—No se preocupe. La contraseña es «Betty Grable». Se la pedirán en la siguiente garita, en las afueras del pueblo.

—Me gustaría hacer una pregunta a estos muchachos... por favor, señor, ¿me devuelve eso? —inquirió el soldado al oficial de espionaje.

Mallory pensó que aquel muchacho se pasaba de la raya hablándole así a un oficial, e indicó a Anderson que alzara la barrera. Entonces advirtió casualmente que el conductor del *jeep* no llevaba ninguna insignia de su unidad en el hombro del uniforme.

—¿En qué unidad estáis? ¿Eh, colega? —preguntó al conductor.

El chófer se volvió hacia él, pero no respondió. Era mayor de lo que Mallory había supuesto. De rostro curtido y surcado de arrugas, contaría unos cuarenta años. El chófer sonrió y le respondió con un gesto, pero parecía una respuesta ensayada y furtiva, como si no hubiera entendido lo que le preguntaban.

«Este tipo no encaja», le susurró algún instinto primordial.

Mallory sintió que le subía la adrenalina. Su dedo índice se reconectó al gatillo de la M1.

—Compañía de radio del cuartel general de campaña —dijo el teniente rubio, sonriendo de nuevo—. ¿Le importaría echarnos una mano con el mapa?

El conductor hizo un gesto extraño y dio la espalda a Mallory para volver a fijar la vista al frente. Con un ágil movimiento, el teniente se puso en pie y le arrebató el mapa al soldado raso que, a su vez, acababa de quitárselo al oficial de espionaje.

—Por supuesto, señor. Oiga, tenemos la radio estropeada. ¿Quizás alguno de ustedes podría echarle un vistazo?

—Ya vamos muy atrasados...

—Será solo un momento, señor. Si la arreglan, podríamos contactar con el 106 y hacerles saber dónde se encuentran.

Ningún hombre se movió. El teniente observó a Mallory durante largo rato; luego volvió a sonreír.

—Soldado Tenella, saque su juego de herramientas.

El teniente saltó por un lado del *jeep*, aterrizó como un gato y se detuvo para plegar el enorme mapa hasta lograr un tamaño manejable. Mallory intentó llamar la atención de Ellis, pero este ayudaba al soldado a recoger unas herramientas de la parte trasera del *jeep*.

—Betty Grable —dijo el teniente, meneando la cabeza, mientras pasaba ante Mallory en dirección a la garita—. ¿Qué se les ocurrirá a continuación?

—No lo sé. ¿No es increíble que ese pedazo de mujer se haya casado con Mickey Rooney? —preguntó Mallory.

—Oí el rumor, pero no me lo creí.

Mallory realizó un último reconocimiento visual del conductor, que buscaba algo en el asiento delantero. Con el dedo firme en el gatillo, iba a levantar el cañón contra la espalda del teniente cuando este se volvió inesperadamente hacia él.

Mallory solo vio un mapa que se acercaba directamente a su rostro. Un estallido apagado, y las líneas y contornos de Bélgica reventaron. La primera bala le alcanzó debajo de la oreja derecha; le destrozó la mandíbula, rebotó en el hueso y acabó saliendo por el otro lado de la boca. Ahogándose con su propia sangre y con los dientes rotos, soltaba el fusil para llevarse las manos a la garganta cuando Von Leinsdorf disparó de nuevo, alcanzándole en el hombro derecho. La fuerza del impacto le hizo girar sobre sus talones.

El oficial de espionaje, Gunther Preuss, se levantó y golpeó la cara del soldado

Ellis con la linterna. Bernie dejó caer su caja de herramientas y se apartó del *jeep*.

El chófer salió del *jeep* y corrió hacia Anderson, que se encontraba junto a la barrera.

Armado con un cuchillo, Preuss se abalanzó sobre Ellis. Ambos cayeron al suelo con un golpe seco. El soldado soltó un gruñido cuando todo el peso de Preuss se le vino encima.

Anderson vio que el conductor, a una distancia de tres metros, se acercaba rápidamente armado con un subfusil. Levantó su fusil y ambos dispararon simultáneamente: Anderson dos disparos, el chófer vació su cargador.

Von Leinsdorf disparó una vez más contra Mallory mientras este se desplomaba y después se volvió sin un gesto, como si le aburriese la conversación. Preuss había clavado el cuchillo en las costillas de Ellis y con la mano izquierda forcejeaba con el cañón del arma del soldado norteamericano, que le apuntaba al pecho. Jadeando por el esfuerzo, Ellis no soltaba el arma e intentaba apretar el gatillo. Con expresión desencajada, Preuss alzó la vista hacia Bernie, que estaba de pie a menos de un metro de distancia.

—*Das Gewehr! Erhalten das Gewehr!* —gritó Preuss.

Bernie no se movió. Von Leinsdorf se acercó rápidamente, apuntó a la cabeza de Ellis con su pistola, un largo cañón con un silenciador acoplado a la boca, y disparó dos veces. Cuando el americano aflojó, Preuss apartó el fusil de un manotazo y se libró del cuerpo, respirando con dificultad.

Bernie estaba conmocionado. Nunca había visto morir a alguien. No podía pensar; no podía moverse.

—¿Qué es esto? ¿Pero qué mierda es esta? —susurraba.

—Contrólate —ordenó Von Leinsdorf. Después se volvió hacia Preuss—: Arrastra los cuerpos hasta el bosque.

El teniente se encaminó a la barrera. El soldado Anderson yacía muerto, tendido boca abajo en el barro, sangrando por media docena de heridas. El chófer —el marino mercante Marius Schieff, de Rostock— había logrado apoyarse en la base de la barrera y, pistola en mano, observaba la mancha oscura que se extendía por la chaqueta de su uniforme.

Von Leinsdorf se arrodilló a su lado y preguntó con delicadeza:

—¿Marius? ¿Es muy grave? ¿Podrás caminar de vuelta hasta nuestras líneas?

—¿Caminar ocho kilómetros? —respondió Schieff, con una sonrisa desoladora.

—No podemos regresar, amigo —dijo Von Leinsdorf.

—*Ich weisse*. Continúad, dejadme aquí, quizás alguien me encuentre...

Von Leinsdorf se puso en pie y, sin titubear, disparó dos veces a la cabeza de Schieff. Desenroscó el silenciador mientras echaba una rápida ojeada a la garita, después enfundó el arma y regresó junto al *jeep*. Gunther Preuss ya se había incorporado y gruñía mientras arrastraba dificultosamente el cadáver de Ellis hacia el bosque cercano. Bernie corrió hacia Von Leinsdorf.

—Dios, ¿pero qué coño has hecho? —le espetó.

—Te he dicho que te tranquilices. Recoge sus identificaciones, saca los cuerpos de la carretera...

—Sabes cuáles son las órdenes, maldita sea; no tenemos que combatir, alguien podría haber oído los disparos...

Von Leinsdorf se dirigió hacia el cuerpo de Mallory, encendió el mechero y prendió un Lucky Strike mientras miraba al americano muerto.

—¿Quién está casado con Betty Grable? —preguntó a Bernie.

—¿Betty Grable, la estrella de cine? Y yo qué coño sé...

—¿Mickey Rooney?

—No, no es él. Espera, deja que piense... ¿No es Harry James, el director de esa banda de música? ¡Pero qué más da!

—Le respondí de forma equivocada. Nuestro sargento iba a hacer algo heroico — Von Leinsdorf cogió las piernas de Mallory y fulminó a Bernie con la mirada—. ¿Vas a quedarte ahí parado, Brooklyn?

Bernie agarró a Mallory por los brazos y lo arrastró hacia el bosque.

—¿Pero cómo lo has sabido? ¿Cómo has podido saberlo? —inquirió Bernie.

—No hay radio en la garita.

Gunther Preuss, el antiguo empleado de banco vienés con sobrepeso, se cruzó con ellos cuando regresaba del bosque en dirección a la barrera del control.

—*Was sollten wir mit Schieff tun?* —preguntó.

—Quédate con su placa, vacíale los bolsillos y ponle con los otros —dijo Von Leinsdorf.

—*Kann ich seine Aufladungen nehmen?*

—Por el amor de dios, Preuss, el cuerpo ni siquiera está frío...

—Mía... no van bien —replicó Preuss con dificultad.

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre? Pareces un jodido Frankenstein —protestó Bernie.

—Quédate entonces con las botas de uno de los americanos —terció Von Leinsdorf.

—*Danke, Unterstürmführer...*

—Y habla inglés o cierra el pico, pedazo de inútil, jodida bola de sebo.

Preuss bajó los hombros y echó a trotar torpemente. Von Leinsdorf dirigió a Bernie una sonrisa taimada.

—¿Qué te parece? Estoy mejorando mi argot americano, ¿verdad?

Bernie le fulminó con la mirada.

—Has dicho «juego de herramientas».

—¿Y qué?

—Un americano no diría «juego», sino «caja de herramientas».

—Es verdad. No te jode.

—¿Y lo de elegir a Preuss? Estás como una puta cabra, ¿lo sabías? —dijo Bernie.

Von Leinsdorf se echó a reír y exhaló humo, muy divertido. Tras internarse veinte metros en el bosque, dejaron el cuerpo de Mallory junto al de Ellis, cerca de un grupo de árboles. Una ráfaga de viento movió las ramas, que dejaron caer pedazos de nieve sobre sus cabezas.

—¿Por qué tenías que matar a Schieff?

—Estaba herido en el vientre, no habría durado ni una hora.

—Podríamos haberle curado o llevarlo donde pudieran ayudarlo...

—Él conocía los riesgos. Además, ya has oído lo que ha dicho nuestro amable sargento —dijo Von Leinsdorf, dando un golpecito a la bota de Mallory—. Los norteamericanos viajan de tres en tres en los *jeeps*. ¿No crees que nuestros valientes líderes deberían haberse percatado de ese pequeño detalle, Brooklyn?

Von Leinsdorf se agachó, les abrió la camisa y arrancó las placas de Mallory y Ellis.

—Cubre los cuerpos —ordenó, arrojando las placas a Bernie—. Quítales los documentos, chaquetas, armas, todo lo que pueda servirnos. Tú conduces.

Bernie se guardó las placas en el bolsillo. Su pesadilla se había hecho realidad; tenía las manos manchadas de sangre norteamericana. Cuatro hombres muertos en menos de cinco minutos. Y a Von Leinsdorf parecía gustarle. Casi estaba canturreando. ¿Pero cuánto tardarían en ser ellos los cazados?

Mientras forcejeaba con la chaqueta de Mallory, advirtió un movimiento reflejo en un pie del sargento. Se inclinó y comprobó que Mallory aún respiraba.

Cuando Von Leinsdorf ya no estaba a la vista, Bernie extrajo del bolsillo un paquete de sulfamida, vendas y una ampolla de morfina y se arrodilló junto al sargento gravemente herido.

Suroeste de Lieja, Bélgica
14 de diciembre, 21:00 horas

Earl Grannit se asomó a la ventanilla de la locomotora y miró hacia atrás, al tren de transporte del ejército de Estados Unidos, formado por once vagones de carga, que tomaba una amplia curva. Observó la suave luz lunar que se asomaba al río Mosa entre los árboles y luego echó una ojeada a su reloj, iluminado por la bombilla desnuda del vagón. Echó más carbón a la caldera mientras esperaba que el maquinista acabase de hablar por radio.

—¿Estamos cerca? —preguntó Grannit, entre el ruido de las máquinas, cuando la llamada hubo concluido.

—Seis kilómetros. La próxima estación es Clermont —respondió el maquinista.

—¿Y qué pasa con nuestros refuerzos?

—Dicen que están en su sitio. Listos para partir.

—Parecen las últimas palabras de un famoso.

—¿Crees que van a actuar, Earl?

—Echaré un vistazo.

Grannit se descolgó por la barandilla, buscó apoyo para el pie y se desplazó por el lateral del vagón. Una vez alcanzado el primer vagón de carga, subió la escalerilla hasta el techo, se aseguró el equilibrio y miró hacia delante, siguiendo las vías. A lo lejos, iluminando la noche, se veían las luces de la estación de Clermont. Entonces, en un cruce más próximo, vio dos coches que daban luces al tren que se aproximaba. La máquina ya había empezado a aminorar la marcha. Poco después oyó el chirrido de los frenos.

Apenas faltaba un kilómetro para llegar a la estación.

—Mierda, mierda, mierda.

Cuando Grannit consiguió regresar a la locomotora, el tren se había detenido casi por completo.

—Esa era la señal, ¿verdad? —preguntó el maquinista, con los ojos como platos—. Se supone que debía parar, ¿no?

—Sí, Ole. Se supone que debías parar.

Cuatro hombres avanzaban hacia ellos por las vías, alumbrándose con linternas. Grannit agarró un farol y saltó del tren para recibirlos.

—Hola, ¿cómo van las cosas por ahí? —dijo el hombre que iba delante.

Los otros que le acompañaban se demoraron atrás. Dos vestían trincheras con los cuellos alzados; sus gorras de plato se recortaban negras contra el cielo. Oficiales.

El hombre que se había adelantado se situó bajo la luz del farol de Grannit. Era bajo y enérgico, masticaba una bola de chicle y tenía el acento monótono y áspero de Jersey o Filadelfia. Grannit echó un vistazo a su insignia: cabo, batallón de intendencia.

—Eddie Bennings, Compañía C —anunció, mientras le estrechaba efusivamente la mano—. ¿Eres nuevo en la unidad?

—Hace solo una semana. Ole y yo —respondió Grannit.

—Bienvenidos al 724. Deja que te diga algo, tío: has aterrizado en lo mejorcito. ¿Ya has estado en nuestro acantonamiento de París? —Grannit negó con la cabeza—. Ya verás. No nos llaman el equipo del millón de dólares por nada, ¿comprendes?

—Algo hemos oído.

—Así que os han metido en el trayecto regular de Matelot, ¿eh?

Bennings hizo señas a los oficiales para hacerles saber que la situación estaba controlada.

—¿Quiénes son los peces gordos? —preguntó Grannit.

—Partes interesadas. En el 724 cuidamos los unos de los otros. Es lo que los gabachos llaman «es-prit de corpse». Explicaré el procedimiento... ¿cómo te llamas?

—Earl Grannit. Como he dicho, ese es Ole. Ole Carlson.

—Bien, Earl, a tu derecha, a unos cien metros, tienes un carril lateral. Ahí cambiaremos. Lleva todo el aparato a esa vía lateral, desengancha la carga a partir del vagón ocho y luego sigues hacia la estación.

—¿Abandonarlos sin más?

—Así es. A partir de aquí nos encargamos nosotros.

—¿Y si en suministros nos hacen preguntas cuando terminemos el turno?

—No habrá ningún problema...

—Podrían decirnos que hemos vuelto con tres vagones menos...

—Te estoy diciendo que no habrá ningún problema —insistió Bennings—. Estáis cubiertos, ¿comprendes? Este no es nuestro primer pícnic.

Earl Grannit removi6 el barro con la puntera de la bota, pensativo.

—¿Entonces qué sacamos nosotros, Eddie?

—Escúchate, de pronto es todo negocio. Esto no va a llevar mucho tiempo. Engancharemos después en el andén; todo saldrá bien. Tirado. Más fácil que Betty Crocker.

—Todo a partir del vagón ocho.

—Lo has captado, tío. —Dijo Bennings, dándole unos golpecitos en el brazo y estrechándole la mano de nuevo. Embutió en el bolsillo de la camisa de Grannit un fajo de billetes de veinte dólares, enrollado en un par de paquetes de Chesterfield, y le tendió una caja de puros—. Esto es solo un aperitivo. Espera a ver el montaje de París. El 724 cuida de los suyos, amigo. Nuestro Jonesy irá con vosotros en la máquina, para controlar que todo sale bien.

Bennings bajó de la vía y retrocedió hacia los oficiales. Grannit oyó que

encendían los motores de sus coches. El cuarto hombre del cruce, Jonesy, un suboficial corpulento de mirada vigilante, caminó detrás de Grannit hacia la locomotora. Grannit subió a la cabina delante de él y metió los objetos de contrabando en el tónder.

—¿Lo has oído todo? —preguntó Earl en voz baja.

—Los vagones del economato militar —dijo Ole Carlson.

—¿Señales a la estación?

—Están al menos a cinco minutos de aquí.

Jonesy subió a la cabina. Grannit se volvió hacia él.

—Ole. Jonesy —les presentó.

Carlson hizo un gesto de asentimiento y se dispuso a estrechar la mano de Jonesy. Pero este se metió un palillo en la boca y se llevó una mano a la cadera, descubriendo el 45 de culata nacarada que guardaba en la pistolera del cinturón. Toda una demostración de que no estaba allí para charlar.

—Vamos allá —dijo Grannit.

Ole Carlson tiró de la palanca y dejó que el tren se deslizara a ocho kilómetros por hora. Pasaron al cabo Bennings, que estaba junto a las agujas del cruce y les saludó con desenfado cuando le dejaron atrás para entrar en la vía lateral. Grannit se asomó y comprobó el cargamento que transportaba. Hizo señas a Carlson para que frenase de nuevo en cuanto el último vagón hubo salido de la vía principal.

—¿Quieren que digamos a la estación que llevamos retraso? —preguntó Grannit.

Carlson acababa de coger el transmisor cuando otros dos soldados salieron de las sombras junto a la locomotora, armados con ametralladoras Thompson. Jonesy le arrebató el transmisor a Carlson y lo devolvió a su sitio.

—Dejaremos que se preocupen. Vamos a trabajar.

Grannit saltó de la cabina y se encaminó hacia el final del tren, con Jonesy siguiéndole a unos pasos de distancia. Pronto se vieron rodeados por una docena de hombres uniformados salidos del bosque, que también se dirigían a la cola del tren. Dos camiones de carga se detuvieron junto a los últimos vagones y los hombres empezaron a subir las lonas de la parte trasera, listos para cargar.

«Como buitres. Como si pudieran olerlo», pensó Grannit.

Los primeros ocho vagones contenían armamento de artillería. Aquellos hombres sabían exactamente dónde empezaban los vagones de intendencia. Para cuando Grannit alcanzó el enganche, los hombres ya habían forzado los cerrojos y apartado las tablas, entraban en masa y empezaban a remover las cajas y los paquetes en busca de cigarrillos, licor, chocolate, jabón, café. Destinado a los batallones que luchaban en el frente, Grannit sabía que aquel cargamento desaparecería, al despuntar el día, en los florecientes mercados negros de París y Bruselas. Durante los últimos meses, cientos de soldados aliados habían desertado para unirse a esta nueva fiebre del oro, un negocio en que se desvalijaban trenes militares para vender su contenido a los franceses, los belgas e incluso a los alemanes con efectivo atrapados en territorio

aliado. Con la llegada de los norteamericanos a París, la situación se había descontrolado del todo. Se estaban amasando verdaderas fortunas. Se decía que los capos del negocio vivían lujosamente en la orilla izquierda del Sena, al estilo de Al Capone y Dutch Schultz. Ya en diciembre, el cuarenta por ciento de los productos de lujo que llegaban a Normandía, artículos básicos para mantener la moral de las tropas, no llegaban a los soldados que luchaban en el frente.

Por lo que Grannit veía ante él, un batallón norteamericano al completo se había contagiado y sus miembros pululaban por el tren como una plaga de langostas, bajo la atenta supervisión de sus oficiales. Grannit había presenciado con tal frecuencia la imperfección humana que eran pocas las variaciones que le sorprendían, pero aquello le sentó como un puñetazo en el estómago.

Extrajo una pesada palanca de enganche que estaba encajada entre los listones de los vagones. Cuando la introducía entre las juntas para desenganchar los vagones, oyó el silbato a vapor del tren: tres silbidos cortos, tres largos, tres cortos.

Ole enviaba un SOS. Si lo oían, los refuerzos de la estación se apresurarían en llegar.

Grannit miró a Jonesy. Este se había vuelto hacia la locomotora e intentaba decidir lo que significaba el silbido y si debía preocuparse al respecto.

Grannit cubrió los cinco pasos que les separaban y utilizó la palanca para golpear a Jonesy en la parte trasera de la rodilla, haciéndole caer sobre la otra. Acto seguido le asestó un segundo golpe en el hombro derecho, paralizándole el brazo antes de que pudiese alcanzar la pistolera. Le empujó y Jonesy cayó al suelo, gimiendo de dolor e intentando levantar el hombro herido. Grannit se apropió del Colt de Jonesy y se abalanzó sobre él, agarrándole del cuello e hincándole una rodilla en el riñón.

—Quédate en el suelo, Jonesy —le ordenó.

—¿Por qué me golpeas, joder?

—Estás arrestado, gilipollas. Pon las manos al frente y la cara en el barro o te vuelvo la cabeza.

Jonesy obedeció. Grannit se sacó del bolsillo una cachiporra de fabricación casera (un calcetín negro relleno de munición del calibre 12) y le golpeó detrás de la oreja. Jonesy perdió el sentido. Grannit se puso en pie y echó a andar hacia los vagones de intendencia. No parecía que el silbato del tren hubiese alarmado a los carroñeros ni nadie le había visto reducir a Jonesy en la oscuridad, pero eran varios los que miraban en su dirección. Grannit divisó junto a los camiones a los dos oficiales que había visto antes con Eddie Bennings; ellos parecían mucho más preocupados.

Se les acercó directamente, sosteniendo el revólver a un lado. Los dos oficiales y Bennings se encaminaron a su vehículo, que estaba aparcado en los alrededores. Cuando encendieron el motor, Grannit alzó el 45 y disparó a la rueda delantera izquierda. El ruido taladró la noche. Llegó hasta el asiento del conductor, destrozó la ventanilla con la culata del Colt, metió el brazo y sacó las llaves del contacto. El hombre que estaba al volante, un capitán, le miró con el rostro encendido e

indignado, mientras hacía un débil ademán de golpear la mano de Grannit.

—¿Pero qué demonios cree que hace, soldado?

Grannit agarró al capitán por el cuello de la trinchera, le sacó la cabeza por la ventanilla y le obligó a apoyar la nuca en el borde de la capota, de forma que se le cayó la gorra. Ahora ya había atraído la atención de toda la unidad; algunos soldados corrían hacia él con las armas desenfundadas, mientras que otros se dispersaban. Eddie Bennings salió con dificultad del asiento trasero y se quedó mirando a Grannit como si hubiera visto un fantasma.

—Tranquilo, Earl, colega...

Grannit embutió el Colt en la mejilla del capitán y le habló al oído.

—Nombre y graduación.

—Capitán John Stringer.

—Capitán, ordene a sus muchachos que lo suelten todo y se echen al suelo ahora mismo.

—¿Quién coño eres?

—Policía militar. —Stringer, ojos como platos, no respondió. Grannit se le acercó más—. División de investigación militar.

—¿Y qué coño es eso?

—Malas noticias para la Compañía C. —Por el rabillo del ojo, Grannit vio que Bennings intentaba escabullirse—. Al suelo, Eddie... y todos los hijos de puta del millón de dólares.

Grannit disparó un tiro al aire y otros dos al camión más próximo, que rasgaron una llanta y destrozaron el retrovisor del conductor. Eddie se arrojó al suelo y muchos de los que le rodeaban le imitaron. Unos pocos huyeron hacia el bosque.

Entonces se oyeron, a lo lejos, los silbatos de la policía militar y los pasos de veinte hombres que corrían por los bloques de cemento. Ole y sus refuerzos.

—¿No podríamos llegar a un acuerdo? —preguntó Stringer.

—Claro, ¿qué le parecen veinte años? —replicó Grannit.

Elsenborn, Bélgica

14 de diciembre, 21:30 horas

—Betty Grable —dijo Erich Von Leinsdorf.

El joven policía militar que atendía el control profusamente fortificado de las afueras del pueblo dirigió un vistazo superficial a los tres hombres del *jeep*.

—¿Puedo ver sus pases, señor?

—Por supuesto.

Von Leinsdorf dio unos golpecitos a Bernie en el hombro; este tendió la falsificación inmaculada de un pase militar norteamericano que detallaba su itinerario de la ciudad de Luxemburgo a Vielsalm. La mancha de una huella dactilar emborronaba la tinta donde aparecían el día, la fecha y el sello de autorización.

El policía militar iluminó el pase para intentar descifrarlo.

—¿Son del 12.º Ejército, cuartel general?

—Correcto —dijo Bernie.

—No pretendo ser gilipollas, pero le hacemos un recado al viejo Bradley, que es muy sensible en cuestiones de puntualidad —intervino Von Leinsdorf.

—Sigán —indicó el policía militar, devolviéndole el pase.

—Que pase una buena noche.

Bernie arrancó y cruzó una muralla de sacos terreros que protegía una ametralladora automática de calibre 50 y un tanque destructor M-10. El pueblo, de una única calle, era un hervidero de ruidosos soldados norteamericanos, algunos de ellos borrachos. La nieve se había convertido en un granizo sucio. Bernie aminoró la marcha, pues tenía delante a dos hombres que arrastraban un abeto recién cortado por el centro de la calzada. Se dirigían a una taberna bien iluminada en el centro de la población, donde los soldados se apelotonaban ante la puerta.

—¿Podemos parar a comer? —preguntó Preuss.

—No serás tan estúpido como para decirlo en serio, ¿verdad? —espetó Von Leinsdorf—. Pon cierta distancia entre nosotros y ese control.

Bernie dio un frenazo cuando otro soldado se interpuso ante el *jeep*. Llevaba una botella descorchada de vino y golpeó el capó en cuanto el *jeep* se detuvo, a medio metro de distancia.

—¡Eh, cuidado! —exclamó el hombre.

Bernie se disculpó con un gesto. El soldado se tambaleó hacia el *jeep* y se apoyó en el lado del copiloto, dispuesto a hablar con Preuss.

—¿Sabes ya lo de la última campaña para animar a las tropas? —preguntó el

norteamericano—. Frankie Frisch, Mel Ott, un montón de estrellas del béisbol y algunas nenas del cine, como esa alemana...

—Marlene Dietrich —dijo Von Leinsdorf.

—Esa misma. Están por todas partes, visitan a los heridos y mierda así...

Bernie se inclinó desde el asiento del conductor, intentando que el borracho se centrara en él y no en Preuss.

—Mel Otto, no veas. Oye, amigo, ahora tenemos que movernos...

El borracho se acercó más a Preuss, que tenía una necia sonrisa petrificada en la cara. Bernie vio por el rabillo del ojo que Von Leinsdorf desenfundaba la pistola y la apoyaba contra el respaldo del asiento de Preuss. Listo para disparar si el alemán los descubría.

—Pero ya sabes lo que significa eso, ¿no? —dijo el borracho—. Si la gente importante se acerca a primera línea, es que los alemanes están acabados. Kaput.

—No estés tan seguro —replicó Bernie.

—Con un poco de suerte, todo habrá acabado por Navidad y pronto estaremos de vuelta en casa. Salud, amigo.

El borracho ofreció su botella a Preuss, que se lo quedó mirando con cara de incompreensión. Von Leinsdorf se inclinó hacia delante y aceptó la botella.

—Por unas Navidades en Connecticut —brindó, antes de tomar un buen trago.

—Sí, señor, teniente —replicó el borracho, intentando cuadrarse al advertir que trataba con un oficial—. No le había visto.

Von Leinsdorf le devolvió la botella. El borracho le saludó y casi se cayó de culo. Von Leinsdorf observó cómo se alejaba, tambaleándose. Luego miró a los bulliciosos soldados que se agolpaban ante la taberna, la mayoría con botellas descorchadas en la mano.

—Ahí tienes a tu ejército norteamericano de civiles, Brooklyn. Apestando a alcohol, en uniforme, casi en el frente. Unos jodidos aficionados.

Los dos soldados, que por fin habían logrado sacar el abeto de la calzada, se detuvieron para alzar su botella y dedicar un brindis a los tres hombres del jeep.

—¡Feliz Navidad, capullos!

—Salud, cabrones —respondió Von Leinsdorf con tono neutro.

—¡Caprones saludos! —gritó Preuss, incorporándose en su asiento.

Von Leinsdorf tiró de Preuss para obligarle a sentarse.

—Tendría que matarte ahora mismo.

Bernie miró de reojo a Gunther Preuss: rostro macilento, respiración jadeante, le chorreaba la frente y estaban a veinte grados. Von Leinsdorf dirigió una mirada de exasperación a Bernie, y este supo que ambos pensaban lo mismo: «este gilipollas va a conseguir que nos maten».

—Oye, tú lo elegiste —comentó Bernie.

—En el campamento, un soldado modelo; sobre el terreno, un imbécil. —Von Leinsdorf dio un cachete a Preuss en el cogote y se reclinó de nuevo en su asiento—.

Sácanos de aquí.

Ocho kilómetros después cruzaron el río Warche y entraron en Butgenbach. Por primera vez desde que habían penetrado en las líneas aliadas, sus ruedas pisaron una calzada de dos carriles. En aquella población, mucho mayor que Elsenborn, todo estaba cerrado y no se veía ni un alma. Una densa niebla envolvía las calles vacías. Tan solo las luces de los pulcros negocios que pasaban resplandecían tenuemente.

—Estos carteles están en alemán —observó Bernie.

—Esto es Alemania. Más de dos mil kilómetros cuadrados. ¿No conoces tu historia? —preguntó Von Leinsdorf.

—Este no es mi barrio —replicó Bernie.

—Esto nunca formó parte de Bélgica; simplemente se lo dieron. Versalles, 1920. Compensaciones, ese fue el eufemismo que utilizaron. Un momento de orgullo para Occidente, poner a los alemanes en su sitio. Trocearon el Imperio Germánico como si fuera un pastel de cumpleaños. El Sarre para Francia, el corredor polaco, el Tirol meridional. Arruinaron nuestra economía y castigaron a una raza, a un pueblo inocente por los crímenes de una monarquía corrupta. Esa es la idea de juego limpio que tienen los Aliados. —Von Leinsdorf sopesó la reacción de Bernie—. ¿Eso no estaba en tus libros de texto americanos, Brooklyn?

Bernie la dejó pasar.

—¿Aún hablan alemán?

—En efecto. Cuando recuperamos el territorio en 1940, salieron a las calles entre vítores; ya volvían a formar parte de la patria.

—¿Ah, sí? ¿Y qué dijeron cuando entraron los americanos? ¿Heil Roosevelt?

Bernie miró por el retrovisor a Von Leinsdorf, que no abandonó su sonrisa presuntuosa.

—Ironía. Como sabrás, Brooklyn, es un rasgo bien conocido de los judíos.

Bernie no respondió. Cuando llegaron al centro de la población, se cruzaron con la carretera internacional que se dirigía al oeste desde la frontera alemana. Von Leinsdorf indicó a Bernie que parase y, desde el asiento trasero, examinó la calzada desierta en ambas direcciones.

—Los panzer pasarán por aquí. Ochenta kilómetros desde la frontera al río y nada que se interponga, a excepción de una panda de muchachos borrachos. Dios, el plan funcionará.

«No, si puedo decir algo al respecto», pensó Bernie.

—¿Seguimos? —preguntó.

—Siguiente pueblo —dijo Von Leinsdorf.

Cinco kilómetros al oeste entraron en Waimers. Von Leinsdorf indicó a Bernie que aminorase la marcha, antes de sacar su cuaderno de notas y hojear las páginas.

—¿Qué buscamos? —quiso saber Bernie.

—Hay toque de queda, no podemos pasar mucho tiempo en esta carretera.

—*Ich bin hungrig* —dijo Preuss, las primeras palabras que pronunciaba desde

Elsenborn.

—No he oído eso —espetó Von Leinsdorf.

—Estoy hambre —dijo Preuss.

—Tengo hambre —corrigió Bernie.

—Sí. También yo —dijo Preuss.

—Vuelve a hablar en alemán y te daré a comer tu propia pierna —amenazó Von Leinsdorf.

El teniente examinó los edificios a medida que avanzaban entre la niebla. Un cartel en forma de gigantesco cerdo rosado apareció a la derecha. Von Leinsdorf indicó a Bernie que aparcase junto a la carnicería que anunciaba. Preuss miró el cartel y se animó sobremanera.

—Ahora comemos —anunció.

Von Leinsdorf golpeó la puerta del comercio, mientras Bernie se asomaba al cristal del escaparate. Dentro apareció una figura inmensa que se situó tras la puerta, farol en mano.

—Nosotros cerrado —dijo una voz de mujer.

—*Das Phoenix steigt. Der Pfeil fliegt* —recitó Von Leinsdorf.

El Fénix se eleva. La flecha vuela.

La mujer se dirigió a la ventana arrastrando los pies y alzó el farol para examinarlos. Medía más de metro ochenta y vestía una bata barata. Bernie retrocedió instintivamente ante aquella aparición.

Tenía una cabeza gigantesca, oblonga y deforme, y la piel salpicada de ronchas irregulares color escarlata. Un rostro de campesina, sin el aura saludable del trabajo al aire libre. Por detrás de su protuberante frente simiesca asomaban unos ojillos brillantes; el pelo parduzco le caía en matojos ralos y grasientos. La mujer los calibró, con la punta de la lengua brotando de entre unos gruesos labios sensuales. Después desapareció y abrió la puerta.

—*Gekommen* —saludó.

—Aparca el *jeep* en la parte trasera —dijo Von Leinsdorf a Bernie.

Von Leinsdorf y Preuss la siguieron al interior de la tienda. La mujer olía a cebolla y carne frita. Con cada paso, oleadas de grasa se desplazaban, vibrantes, espalda abajo. Pasaron un almacén situado detrás del mostrador y entraron en un pequeño matadero, en cuyo suelo de cemento abundaban las manchas. Dos bombillas desnudas eran la única iluminación. La carcasa de un animal sacrificado colgaba de un gancho de acero suspendido de una cadena conectada a un cerrojo del techo. A juzgar por la forma, Von Leinsdorf pensó que podría ser un perro. Un intenso olor a sangre y menudillos espesaba el aire. La mujer se volvió de lado para embutir la barriga tras la tabla de despique. Abrió una compuerta oculta en la pared y extrajo un pequeño estante, donde reposaba un receptor de radio de onda corta.

—*Für zu verwendende Sie* —dijo la mujer a Von Leinsdorf.

—Por favor, *fräulein*, ¿podemos hablar en inglés? —preguntó Von Leinsdorf,

señalando a Preuss—. Mi amigo necesita practicar.

—Los *Amis* vienen aquí, pero nunca encuentran esta radio. Hablo con mi contacto cada día. Ellos me dicen que vienen ustedes.

—Bien; eso es lo que se suponía que debían hacer. La *Abwehr* también tenía que dejarnos un paquete. ¿Lo tiene usted?

—Ningún paquete. Nadie viene.

—¿Contactaron con usted acerca de eso?

—No. Ningún *Abwehr* viene. Los *Amis* se llevan toda la comida, de todo el pueblo. Ellos me dejan nada. —La mujer cogió un enorme cuchillo de carnicero de entre un surtido de instrumentos cortantes que había en la tabla de despique, que estaba cubierta por la masa de un órgano interno a medio picar—. Ellos no dicen que ustedes visten como *Amis*.

El cuchillo planteaba tanto una pregunta como una amenaza. Von Leinsdorf intentó mantener la atención de la mujer concentrada en él y no en Preuss.

—Y usted tampoco debe decírselo a nadie, *fräulein* —dijo el teniente, poniéndose decididamente encantador—. Es *fräulein*, ¿verdad?

La enorme mujer se sonrojó; las ronchas encarnadas de sus mejillas resplandecieron como ascuas.

—*Frau. Frau* Escher.

Bernie entró en la casa por la parte de atrás, después de haber aparcado el *jeep*, y se encontró frente a frente con *Frau* Escher, cuchillo en mano.

—Pero qué coño...

Von Leinsdorf indicó a Bernie que mantuviese la calma y preguntó:

—¿Cuál es su nombre de pila, querida?

—Lisolette —respondió la mujer, sonriendo con coquetería.

—Qué bonito nombre. ¿Y puedo preguntarle dónde está *Herr* Escher?

—Ejército alemán. Cuatro años. Le veo última vez hace dos años.

«Después de mirarla un rato, debió de correr sin parar hasta el frente ruso», pensó Bernie.

—Cuatro años sin su esposo es un sacrificio terrible —afirmó Von Leinsdorf—. Estamos orgullosos de usted, de que trabaje para nuestra causa, de que nos proporcione información con su radio. De que arriesgue su vida durante la ocupación americana. Ha hecho un gran servicio a su país.

Ella volvió a ruborizarse.

—Muy amable por decir.

Bernie no sabía si era una loca o una simple. Posiblemente ambas cosas.

—Otro favor, *Frau* Escher —añadió Von Leinsdorf—. Nos dijeron que podría darnos algo de comer. Y cobijo para pasar la noche.

—Estar encantada —respondió; pero entonces frunció el ceño y volvió a sujetar con fuerza el cuchillo—. ¿Pero por qué visten como los *Amis*?

—Una misión de alto secreto —dijo Von Leinsdorf, que añadió con un susurro—:

Órdenes del mismísimo Führer.

—No.

—Se lo juro, es verdad.

—*Mein Gott*. Yo voy ahora. Ustedes comen.

Frau Escher dejó el cuchillo, dirigió una parodia de sonrisa de colegiala a Von Leinsdorf y salió con paso torpe a la habitación delantera. El teniente indicó a su equipo que la siguiera, mientras él se concentraba en la radio. Manipuló los botones, cuyas ranuras estaban impregnadas de grasa animal coagulada.

Asqueado, sacó un pañuelo y limpió los mandos. Sintonizó la frecuencia de su puesto de comandancia, situado a veinte kilómetros al este de la frontera. Habló en el código preestablecido; emitió durante menos de un minuto e informó al cuartel general de que habían cruzado y estaban a salvo. Insistió en que los otros *jeeps* debían evitar la carretera de Elsenborn, pero no mencionó el tiroteo en el control. También les hizo saber que el paquete que esperaban de la *Abwehr* no había llegado a Waimes. Tras una pausa, se le respondió que regresara al día siguiente a la carnicería y lo intentara de nuevo.

Aquel informe positivo animó al coronel Skorzeny a desplegar las escuadras de comandos restantes. Antes del amanecer, nueve equipos más de la Operación *Greif* se infiltrarían en las líneas norteamericanas.

Entonces solo faltaban veinticuatro horas para el inicio.

Spa, Bélgica

15 de diciembre, 2:00 horas

Poco después de que Earl Grannit y Ole Carlson arrestaran al capitán John Stringer y su escuadrón de ladrones cerca de la estación de Clermont, dos secciones de la policía militar entraron en los barracones del 724 en Lieja y echaron las redes al resto de la Compañía C. La policía militar reunió a los sospechosos en la sala de baile del hotel Britannique. Enclavado en la cima de un macizo al norte del paso de Losheim, esta meseta pantanosa de los alrededores de Spa había sido inhabitable hasta que los romanos descubrieron los baños termales naturales que se filtraban a través del yermo suelo sulfúrico. A lo largo de los siglos, a medida que la ciudad de Spa crecía para acomodar a los ricos viajeros que iban a solazarse en sus aguas beneficiosas, el topónimo se transformó en el término genérico que designaría a aquellos templos de placer. Desde principios de octubre, todos sus lujosos establecimientos del siglo XIX estaban bajo el control del Primer Ejército.

Cuando llegó al hotel, Grannit comprobó, complacido, que unos noventa soldados norteamericanos esperaban nerviosos en la sala de baile. Los dos oficiales, más otros tres que habían apresado en los barracones, entre ellos el comandante del batallón, estaban confinados en habitaciones de las plantas superiores. Grannit y Carlson rellenaron el papeleo en el ostentoso vestíbulo del hotel, fumaron cigarrillos y pidieron café y bocadillos a la cocina, mientras esperaban la llegada de sus superiores y homólogos de la Inteligencia Militar.

—¿Qué demonios es esto, fiambre de cerdo? —preguntó Carlson, examinando el contenido de su sándwich.

—Paté —dijo Grannit.

—Pues parece fiambre de cerdo —replicó Carlson, sin apartar la vista del interior del sándwich.

—Estoy seguro de que usan algunas partes comunes.

—¿De qué?

—De lo que metan en el fiambre. Cerdo, vaca —aclaró Grannit, tomando un bocado.

Observando la pasta de carne con desconfianza, Ole se decidió a olfatearla una vez, a modo de exploración.

—No va a morderte, Ole —le tranquilizó Grannit.

—Huele raro.

—Pero tú comes fiambre de cerdo, ¿no?

—Pues claro. El fiambre de cerdo es genial. Como desayuno, almuerzo y cena. De catorce formas distintas.

—Créeme en esto: cualesquiera que sean las partes de los cerdos y vacas que meten en el fiambre, las que hay aquí vienen de más arriba.

Ole cerró el sándwich, dio un cauto mordisco y lo paseó un rato por la boca.

—Tienes razón, Earl. Esto es mucho más sabroso que el fiambre.

Llevaban juntos tan solo unas semanas. Carlson había sido investigador de aseguradoras y bombero voluntario en su hogar de Sioux Falls. Grannit apreciaba que ambos trabajos le hubieran preparado tanto para las acciones rápidas e impredecibles como para las aburridas secuelas del trabajo policial. Ole se había formado como policía militar antes de ser transferido a la División de Investigación Criminal, donde se especializó en falsificaciones y documentos, su área de fraudes en las aseguradoras. Ole era religioso, iba a la iglesia todos los domingos y rezaba sus oraciones, pero nunca hacía comentarios al respecto. A Grannit le gustaba Ole por su voz monótona y vacilante del medio oeste, por su cabello rubio cortado a cepillo que coronaba una cabeza de lanzador de peso y por su naturaleza franca y directa.

—Me gusta este café francés, tiene algo especial —dijo Carlson—. Hace que quieras levantarte y saludar.

—Es café belga —replicó Grannit.

Ole solo asintió con un gesto. Miraba a dos policías militares uniformados que escoltaban a un nuevo grupo de soldados sospechosos por el vestíbulo.

—¿Dirigirás el interrogatorio de esos muchachos?

—De tantos como me permitan —dijo Grannit.

—¿Este es el tipo de trabajo que hacías en Nueva York, Earl?

—Así es, Ole.

—Ladrones y asesinos y violadores...

—No rechazábamos a nadie.

—Oh, qué increíble. La vida en la gran ciudad —Ole reflexionó unos instantes—. ¿Puedo verte interrogar a esos tipos?

—Eso no depende de mí.

—Supongo que podría aprender mucho. Del trabajo de detective y todo eso.

—Nada personal, ¿vale? Esto no es una escuela nocturna. Solo mantén los ojos bien abiertos y la boca bien cerrada. Lo que hagas después con eso es asunto tuyo.

—Sí, de acuerdo. Pero está claro que estás enojado. A mí también me sulfuran esos ladrones de trenes. Cuando pienso en lo que hacían...

—Que no te quite el sueño.

Grannit se acabó el sándwich, se desperezó en el sofá, se cubrió los ojos con el sombrero y cruzó los brazos. Carlson, que ya había sido testigo de estas cabezaditas, suponía que aprovechar cualquier oportunidad para echarse una corta siesta era un viejo truco de los detectives. Decidido a intentarlo, se revolvió en una butaca

excesivamente acolchada para ponerse cómodo. Grannit entreabrió un ojo y miró cómo Ole decidía si podía poner las botas sucias de barro sobre una mesa de profusos dorados. Luego se levantó, desplegó en la mesa un ejemplar de *Barras y estrellas*, se sentó de nuevo y puso una bota, después la otra, sobre las páginas.

Grannit volvió a cubrirse con el sombrero. También había ciertas cosas de Ole que le ponían de los nervios.

Un joven capitán y un teniente de Inteligencia aparecieron a las cinco de la mañana, haciéndose notar mientras sus ayudantes corrían de un lado para otro en busca de café y donuts. Cuando los oficiales empezaron a lamentarse de lo mucho que tendrían que trabajar para evitar que el sucio asunto del batallón de ladrones de trenes apareciese en el *New York Times*, Grannit les volcó una mesa encima.

—Acabamos de destapar el mayor caso criminal de la guerra y contribuir a mejorar la moral de nuestro frente, así que me importa una mierda que sea un problema de relaciones públicas para algunos capullos de la retaguardia. ¿Lo captáis?

Sus superiores de Investigación Criminal aparecieron a tiempo de oírlo y dejaron caer que el teniente Grannit llevaba quince años en robos-homicidios del Departamento de Policía de Nueva York. Los ases de Inteligencia parecieron tener prisa por recoger sus papeles y marcharse.

Al amanecer, durante el desayuno, los fiscales de Investigación Criminal expusieron lo que esperaban oír de los sospechosos antes del consejo de guerra. A Grannit le gustó lo que le explicaron acerca del proceso en un tribunal militar; en tiempos de guerra se exigían menos pruebas, lo que implicaba menos rollos legalistas por parte de los abogados de la defensa. Pero el mando supremo quería limpiar aquel desastre y tirarlo a la basura, sin que la prensa derramara ni una gota de tinta con la guerra encaminándose a su fin. La moral del frente civil estaba alta y nadie quería estropear la cena del domingo a los padres de los combatientes con sórdidos detalles de esos gilipollas codiciosos.

—¿Cómo lo hacemos, Earl? —le preguntaron.

—Necesitan confesiones —dijo Grannit.

—Por lo que sabemos, ninguno de ellos quiere cooperar —dijo uno de los policías militares de más graduación.

Nadie tenía una solución. Grannit se contuvo, recordándose que la División de Investigación Criminal era una unidad reciente, con menos de cuatro meses de funcionamiento, organizada para ocuparse de los delitos graves cometidos por los soldados norteamericanos contra otros soldados o contra civiles. Con un tiempo tan limitado para ponerse en pie, apenas habían tenido la oportunidad de imprimir manuales, o mucho menos de formar al personal. Para mantener la paz en casa cuando estalló la guerra, el Tío Sam había entregado a todos los polis norteamericanos en activo una exención de reclutamiento. Grannit había intentado alistarse durante las primeras semanas de la guerra, pero sus superiores del Departamento de Policía de Nueva York lo consideraban demasiado valioso para

dejarlo ir. Veintisiete meses y un caro abogado más tarde, conseguía salir de la policía y entrar en el ejército sin renunciar a su pensión. Al día siguiente lo enviaban a la base de entrenamiento de la nueva División de Investigación Criminal en Michigan.

Sus actuales superiores no habían trabajado un solo día en el mantenimiento de la ley y el orden civil. Eran soldados que habían hecho carrera en la policía militar y que eran tan rígidos como sus corbatas reglamentarias. ¿Había que controlar el tráfico en una zona de estacionamiento de tropas, sofocar una pelea portuaria o mantener la cadena de custodia de los prisioneros de guerra? Ese era el terreno de la policía militar —logística, disciplina y seguridad—, las dotes de los policías que patrullaban la calle; sin embargo, no estaban preparados para el trabajo de investigación criminal. En menos de una semana, los hombres que intentaban dirigir la División advirtieron que Grannit sabía más que ellos sobre cómo organizar un cuerpo de investigación criminal. El caso del tren se había resuelto en seis semanas y Grannit había dirigido el trabajo. Ahora ellos esperaban que pasara a la siguiente jugada.

—Lo que tenemos aquí es una inmensa operación mafiosa. Crimen organizado, como el que había en los muelles de Brooklyn —empezó Grannit.

—¿Trabajaste esos casos?

—Un par de ellos.

—¿Cómo les hiciste hablar?

—Hay que pescar un pez pequeño. El pez pequeño delatará a un pez mayor. Y así sucesivamente, hasta llegar al primero de la fila.

—El cuartel general necesita que esto se solucione hoy —dijo el alto cargo de Investigación Criminal.

—Entonces, como entrante, déjenme hablar con ellos —replicó Grannit.

Grannit paseó por la zona acordonada de la sala de baile, escrutando los rostros. Seleccionó a seis hombres, entre ellos el cabo Eddie Bennings. Los llevaron a la cuarta planta y los metieron en una habitación. Siguiendo instrucciones de Grannit, algunos policías militares se habían llevado los muebles, apagado la calefacción y habían abierto las ventanas que daban al balcón. Dejaron que los sospechosos sufrieran el frío gélido durante una hora, con órdenes de guardar silencio. La primera vez que los policías militares que les custodiaban oyeron una palabra, entraron en la habitación y les retiraron las cerillas y los cigarrillos. Cuando uno de ellos se adormilaba, los policías lo espabilaban de una patada.

Dos horas más tarde, Grannit entró en la habitación seguido de los tres policías militares más grandes de la unidad, armados con porras. Grannit vestía un traje de civil sin distintivos ni insignias. Explicó a los prisioneros que durante los siguientes quince minutos iban a escribir y firmar una confesión que detallase su participación en las operaciones de estraperlo del batallón. Depositó papel y plumas en el suelo, en el centro de la habitación, y encendió un cigarrillo. Los seis hombres le miraron y se

miraron entre sí, pero nadie se movió hacia el papel.

Grannit apuró el cigarrillo, caminó hacia el tipo de aspecto más duro del grupo, le golpeó la cabeza contra la pared y procedió a trabajarle los riñones. Cuando hubo terminado, el hombre se orinaba encima y cuatro de los otros cinco sospechosos tenían la pluma en la mano. Se escoltó a cada uno de ellos a una habitación privada y caldeada del fondo del pasillo, donde se les dijo que les servirían una comida caliente y un cóctel de su elección en cuanto acabasen las confesiones.

Grannit se quedó en la habitación fría con Eddie Bennings, el único que no había cogido una pluma.

—¿No vas a escribir una declaración?

—Que te jodan —respondió Bennings.

Grannit ordenó a los policías militares que salieran de la habitación y encendió otro cigarrillo.

—¿Te conozco de algo, Eddie?

—¿De qué coño iba yo a conocerte?

—¿Te han fichado alguna vez en una comisaría de Nueva York? Eduardo DiBiaso, ese es tu verdadero nombre, ¿no es así?

—¿De dónde has sacado eso?

—De aquí mismo, de tus papeles, Eduardo. ¿Qué ha pasado, te lo cambiaste en la oficina de reclutamiento, para quitarte la peste a ajo? ¿O para evitar una orden de arresto?

Bennings entrecerró los ojos y se esforzó en demostrar lo poco que le importaban aquellas palabras. Desde el momento en que le había puesto la vista encima, Grannit supo que aquel miserable tenía antecedentes; era estrictamente un bribón de poca monta, un gánster de pacotilla que había pasado el tiempo suficiente entre la mafia para perder el rumbo moral.

—¿Tienes esposa e hijos en casa, Bennings?

—Tengo esposa.

—¿Era ahí donde enviabas el dinero? ¿A casa, con la mujer? —No hubo respuesta—. Lo que la convierte en cómplice encubridora. También podríamos ir a por ella; enviar a la poli a su puerta. ¿Cuánto has pellizado hasta ahora, cinco mil? ¿Diez?

—No diré nada hasta que vea a un abogado.

—¿Un abogado? ¿Dónde coño te crees que estás, Hoboken? Aquí no hay un sistema de justicia. No hay ningún capo de barrio que vaya a cuidar de tu familia si mantienes la boca cerrada. Los tribunales militares no funcionan así. Esto no es un problemilla de poca monta, no es como afanar unas cajitas de ron de un camión de Seagram. Estos son crímenes de guerra, amigo. La gente va a la cárcel o se enfrenta a un pelotón de ejecución. Te tenemos; si no cooperas, no volverás a ver a tu mujer.

—Gilipollices.

—¿Y cuando corra la voz de que robaban a su propias tropas en el frente? La vida

en chirona te va a resultar bastante jodida.

Apareció una primera grieta en la fachada de tipo duro de Eddie.

—¿Y qué?

—Sabemos que te relacionabas con los oficiales que dirigían el cotarro. Traías cierta experiencia de casa y confiaban en ti porque hacías que el negocio funcionase. Eras un hombre clave para ellos. ¿O quieres contarme algo distinto?

Eddie no quiso.

—Ayúdanos a encerrar a esos peces gordos y el sistema te tratará mejor. Eso es sentido común. Tus muchachos son soldados, no gánsteres, así que nadie irá a por ti si largas; es posible que incluso te ahorres el juicio. Quizá te impongan un castigo simbólico. Te transferirán a otra unidad sin pasar por la cárcel.

—¿Para que me maten en el frente? Gracias, pero no, gracias.

—Vale, Eddie. Iremos a por la opción tres.

Grannit apagó el cigarrillo, agarró a Eddie por el cuello y la muñeca y le hizo cruzar las puertas del balcón.

—¿Qué es esto? ¿Qué coño haces?

—Me volví durante una décima de segundo, y tú estabas tan abatido que te arrojaste por la barandilla. Una trágica pérdida. Ni paga por defunción, ni estrella dorada en la ventana, ni bandera doblada para tu señora...

—Espera un momento, espera un momento...

—¿No crees que ya estoy bastante cabreado? Haría un favor a todos a los que joderías la vida si vivieras para contarlo...

Temiendo por su existencia, Eddie se agarró con ambas manos a la barandilla de hierro forjado, mientras Grannit intentaba empujarle al vacío.

—Vale, Vale, escribiré, escribiré, cooperaré...

—¿Estás seguro? —preguntó Grannit, tirando de él.

—Estoy seguro, estoy seguro, ¡por Dios!

Grannit le soltó en el suelo del balcón; Eddie jadeaba como un cachorro y estaba empapado en sudor.

—Quince minutos —advirtió Grannit, antes de salir de la habitación.

A las seis de la tarde, la necesidad de confesar se había extendido por todo el batallón 724 como si fuera una religión ancestral. Siempre que Earl Grannit regresaba a la sala de baile, le esperaban más voluntarios dispuestos a subir. Lo había visto antes: el pánico que se extiende entre una panda de granujas a través de una silenciosa transmisión animal. A media tarde ya no era necesario que hablase con los sospechosos personalmente y los dejó en manos de oficiales de rangos inferiores faltos de experiencia, como Ole Carlson. A medida que las confesiones se amontonaban en sus despachos, los dirigentes de la inteligencia militar empezaron a mirar a Grannit como si hubiese transformado el agua en vino.

Aquella noche, la plana mayor de la División de Investigación Criminal organizó una cena para sus investigadores en el comedor privado del hotel. Aunque Grannit dejó claro que no quería grandes celebraciones, no había duda de quién era el homenajeado. La división había solucionado su caso más importante y Earl Grannit lo había hecho posible.

Durante el plato principal, el centro de comunicaciones de la planta baja recibió un mensaje radiado para el oficial al mando de la división. Tres soldados norteamericanos del regimiento 394, destacados en un control de las afueras de una aldea llamada Elsenborn, habían desaparecido durante la noche. La policía militar local se dirigía al control para investigar; el radiooperador no consideró el asunto lo bastante importante para interrumpir la cena.

Al cabo de una hora, el operador irrumpió en el comedor durante el café y los postres con un segundo parte: habían encontrado los cuerpos de los soldados desaparecidos en el bosque, a kilómetro y medio de la población.

Carretera al Mosa, Bélgica
15 de diciembre, 7:00 horas

Los otros tres comandos que estaban a las órdenes de Erich Von Leinsdorf penetraron en Bélgica antes de la medianoche y cruzaron las líneas norteamericanas sin incidentes. El equipo de Gerhard Bremen pasó la noche con una familia de simpatizantes de Alemania en la población de St. Jacques. El equipo del desertor americano William Sharper, haciéndose pasar por una avanzadilla de la unidad de reconocimiento del Quinto Ejército, alcanzó su piso franco en Ligneuville. El comando de Karl Schmidt se perdió y acabó siguiendo un convoy de vehículos norteamericanos que se dirigía al oeste, cuya formación abandonó después de medianoche para pasar el resto de la noche oculto en el bosque. Antes de las primeras luces del día, los tres equipos ya estaban de nuevo en la carretera, rumbo al oeste.

El equipo de Von Leinsdorf pernoctó en el suelo de la sala de *Frau* Escher, que vivía encima de su carnicería en Waimmes. Bernie Oster pasó la noche en duermevela, perturbado por la persistente visión de su anfitriona entrando en la habitación armada con el cuchillo de carnicero. Cada vez que un tablón del suelo crujía, sentía en las entrañas una subida de adrenalina similar a un petardo. A las cinco de la mañana, Bernie ya no podía seguir acostado y bajó a orinar.

La mujer trabajaba en la trastienda de su negocio. Bernie distinguió su sombra distorsionada reflejada en la pared más alejada y oyó el chirrido seco de un cuchillo de cortar hueso. Salió silenciosamente al glacial aire de la mañana, los pies crujiendo sobre la costra de hielo enfangado. El *jeep* estaba a la vuelta de la esquina. La carretera internacional se extendía ante él. El impulso de salir disparado fue tan intenso que se le cortó la respiración.

¿Pero hacia dónde huir? ¿De vuelta a las líneas alemanas, a las fauces de la ofensiva que estaba a punto de desencadenarse? No mientras Erich Von Leinsdorf tuviera acceso a una radio; le fusilarían por desertor o le confundirían con un soldado norteamericano y le matarían en cuanto le viesan. Quizá, si se ocultaba durante un día y se ponía ropas de civil, podría colarse al otro lado antes de que se iniciara el ataque. Pero las probabilidades de regresar a su hogar en Frankfurt sin papeles ni pasaportes eran escasas. Aunque intentaba no pensar en ello, tras meses de bombardeo de saturación aliado, lo más probable es que sus padres hubiesen muerto.

No, lo que tenía que hacer era internarse en las líneas americanas, intentar unirse a una de sus unidades y explicar que los alemanes estaban a punto de invadirles. ¿Se lo tragarían? ¿No era para eso que lo habían entrenado durante tres meses, para

hacerse pasar por americano? En el fondo de su corazón, en su alma mortal, él seguía siendo un muchacho de Nueva York que quería volver a su antigua vida. ¿Pero si flaqueaba en el interrogatorio y se descubría la verdad?

¿A quién engañaba? ¿Jugarse la vida poniéndose en manos del ejército norteamericano con los alemanes a punto de atacar? Le someterían a un consejo de guerra y le ejecutarían sin pérdida de tiempo. ¿Cómo podía advertirles sin morir en el intento?

Se le ocurrió otra posibilidad. Habían metido sus uniformes de la Wehrmacht en cuatro bidones, que llevaban atados al *jeep*. Podía escapar en el *jeep*, cambiarse a su uniforme alemán, dirigirse al este con una bandera blanca y rendirse como un desertor que acabara de cruzar las líneas. Luego les contaría todo lo que sabía del ataque que se avecinaba y viviría lo que quedaba de la guerra como prisionero de los Aliados. Aquella era la mejor opción, pero solo hasta la hora cero. En cuanto empezaran a silbar las balas, su baza de negociación perdería todo valor. ¿Pero qué sabía de la ofensiva, aparte del papel de su brigada? Incluso sus conocimientos al respecto eran fragmentarios; Von Leinsdorf les mantenía en la ignorancia.

El hilo de sus cavilaciones se atascó en una pregunta definitiva: ¿Valía la pena arriesgarse a que Erich Von Leinsdorf tuviese un motivo para cazarle?

—¿Te ha servido el desayuno?

Bernie se volvió como un resorte. Von Leinsdorf estaba dos metros detrás de él.

«Dios, ni le he oído llegar».

Bernie se esforzó en borrar de su rostro los pensamientos desleales que había estado acariciando. Von Leinsdorf echó una meada con despreocupación soberana y un cigarrillo en los labios.

—No, joder —respondió Bernie—. Y menos después de la cena que nos dio. Me apuesto el huevo izquierdo a que en este pueblo faltan algunos gatos.

Von Leinsdorf se rio por lo bajo y se abrochó los pantalones.

—Ve a decirle a Preuss que nos vamos.

—¿Ella dijo que los americanos se llevaron toda su comida? Dios, ¿cómo estaba de gorda antes de que empezara la guerra?

—Ve a por Preuss.

Por unos instantes, Bernie se temió que aquel hombre le hubiese leído el pensamiento.

—¿Qué? ¿Acaso tú tampoco quieres verla otra vez?

—No, joder —dijo Von Leinsdorf, con una sonrisa maliciosa.

Bernie encontró a Preuss encorvado sobre la mesa de la cocina, zampándose un parco huevo frito y otro plato de salchichas del expositor de carnes misteriosas de *Frau Escher*. La mujer, sentada sobre un taburete en un rincón, abrillantaba las nuevas botas de soldado americano de Preuss.

—Vaya, esto sí que es una imagen entrañable de felicidad doméstica —dijo Bernie.

Preuss alzó la vista para mirarle, con comida a medio masticar en la boca, la mandíbula floja y cara de incomprensión. *Frau* Escher ofreció a Bernie un plato, pero el estómago le dio un vuelco solo de pensarlo. Empujó a Preuss, todavía con las botas en la mano, hacia la salida trasera, donde Von Leinsdorf había acercado el *jeep*.

La mujer les despidió con la mano desde el umbral. Preuss le devolvió el saludo. Bernie vio que *Frau* Escher se enjugaba los ojos con un pañuelo.

—Ha puesto los ojos en ti, Preuss —dijo Von Leinsdorf.

—¿Ojos? ¿Qué?

—Que anda en busca de marido.

—¿Quieres ocupar ese puesto, Preuss? —preguntó Bernie.

—Me gusta cómo cocina —dijo Preuss.

Bernie maulló como un gato.

—Aquí, gatito, gatito... ven aquí, gatito —se burló Von Leinsdorf.

—No lo aprecio —dijo Preuss, ruborizándose—. No lo aprecio.

Bernie y Von Leinsdorf se echaron a reír.

A medida que avanzaban hacia el oeste, la carretera se fue llenando del tráfico rutinario de la mañana. Las medidas de seguridad de los Aliados se relajaron y el trayecto fue cobrando el aspecto y la sensación de un día corriente, con los ciudadanos ocupándose de sus asuntos y los soldados de los suyos. Pasaron una encrucijada importante en las afueras de Malmédy y luego siguieron en dirección sudoeste, cruzando Stavelot, en dirección a los puentes del río Ambleve en Trois-Ponts. El Ambleve era el último obstáculo geográfico antes de que el terreno descendiera suavemente hacia el valle del río Mosa. Bernie vio que Von Leinsdorf tomaba notas codificadas en su bloc, detallando cada una de las posiciones defensivas que pasaban. Cuanto más se internaban, más animado parecía el teniente; los Aliados no sabían lo que se les venía encima.

A última hora de la tarde, cuando empezaba a oscurecer, divisaron el río Mosa y el puente de Amay. Salieron de la carretera por un despeñadero sobre el río y se internaron en el bosque. El cielo se nubló mientras montaban su campamento; unas nuevas condiciones climáticas que rebajaban la altura máxima de vuelo y reducían la visibilidad, tal y como se había pronosticado. La aviación aliada, tanto los aviones de ataque como los de reconocimiento, quedaría neutralizada por esos cielos. Preuss abrió unos paquetes de comida que habían pertenecido a los soldados muertos. Bernie activó su transmisor y ajustó la antena hasta asegurarse una señal. Preuss se le acercó para enseñarle una de las raciones de comida.

—Mira esto, ¿no es increíble?

—Es solo una loncha de queso, Preuss.

—No, mira, dentro hay bacón —insistió Preuss, señalando el queso y dándole un mordisco—. Bacón de verdad, prueba.

Bernie le dio un mordisco para seguirle la corriente. El queso estaba duro, seco y tan insulso como la cera, pero conservaba un persistente tufo a cerdo rancio.

—Está bueno, Preuss.

—Una ejército que poder hacer esto... Queso *mit* bacón —dijo Preuss, meneando la cabeza con admiración.

Von Leinsdorf se subió a un terraplén cercano, desplegó un mapa y estudió con unos prismáticos el puente que tenía debajo. En ambas direcciones discurría un tráfico fluido, del que la mitad eran militares norteamericanos. En la orilla oriental, unos sacos de arena protegían un puesto de artillería antiaérea y una única ametralladora, controlados por lo que parecía una única sección. No vio militares en la orilla occidental. Bernie se reunió con Von Leinsdorf mientras Preuss se sentaba cerca, cuaderno y pluma en mano. Formado como oficial de reconocimiento de su patrulla, empezó a esbozar los detalles del puente en un mapa dibujado a mano.

—¿Por eso estamos aquí? ¿Por este puente? —preguntó Bernie.

—Nuestro primer objetivo —respondió Von Leinsdorf—. Lo tomaremos y lo retendremos, así como otros dos entre aquí y Namur, antes de que los americanos puedan destruirlos o defenderlos.

—Solo tú, yo y esa bola de sebo.

—Toda la compañía de comandos. Mañana, después de nuestro reconocimiento. Los equipos de Bremer, Schmidt y Sharper se están ocupando de los otros dos.

Bernie reflexionó unos instantes.

—Has dicho primer objetivo.

—¿Ah, sí?

—¿Significa eso que hay un segundo?

Von Leinsdorf no le miró. Intuyendo que le ocultaba algo, Bernie lo intentó de nuevo.

—Después de todas esas historias increíbles que corrían por el campamento... ¿Pasamos por tanta instrucción solo para tomar un par de puentes y sentarnos a mirar?

—¿Qué estás preguntándome?

—Ya lo sabes. ¿Se supone que tenemos que hacer algo más?

De nuevo, Von Leinsdorf guardó silencio.

—No hace falta ser un genio para sospecharlo —continuó Bernie, intentando disimular su preocupación—. Skorzeny te dio otra misión. Tú elegiste los otros equipos.

—¿Y qué, si lo hizo?

—Entonces cuéntamelo, o al menos dime que no estoy equivocado.

Von Leinsdorf se inclinó sobre la radio para transmitir un informe codificado de sus progresos.

—Cuando nuestros tanques crucen este puente, todo lo que les separará de la costa de Amberes serán 113 kilómetros de carretera abierta. Cuando hayan llegado aquí, nosotros pasaremos a otro asunto. Y eso es todo cuanto puedo decir.

Dirigió una severa mirada a Bernie antes de volverse a la radio.

«Vale, cabrón; guárdate el secreto. Pero pienso descubrir de qué se trata».

Este de Elsenborn

16 de diciembre, 1:00 horas

—Su relevo se presentó, según lo previsto, a las catorce horas, ayer por la tarde; pero la posición de la escuadra no pudo precisarse de inmediato —explicó el policía militar.

—Quiere decir que no estaban en su puesto —dijo Grannit.

—Eso es, correcto, señor.

El policía militar guio a Grannit desde el *jeep* hasta la garita de cemento ligero. El joven soldado, con excesivos deseos de agradar, había sido el primero en llegar a la escena unas horas antes. Una vez descubiertos los cuerpos, allí se había congregado una multitud. Grannit vio de inmediato la magnitud del desastre: dos docenas de soldados pisoteaban la escena del crimen. Lo que quedaba de la nieve se había derretido y luego había vuelto a congelarse durante la noche. Grannit cogió un palo y lo arrastró en línea recta por el suelo.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Chester Brosh, señor.

—Bien, Chester; toma aire, sopla por el silbato y haz que toda esa gente venga cagando leches detrás de esta línea que acabo de marcar.

—¿Ahora mismo, señor?

—Sí. Ahora mismo.

Chester tocó el silbato. El tráfico que había frente a la garita tardó cinco minutos en despejarse. Grannit hizo que los conductores aparcasen todos los vehículos en un semicírculo y encendieran los faros. Una vez tuvo la garita iluminada y protegida, recorrió y estudió la escena desde distintos ángulos, se arrodilló para comprobar huellas de neumáticos, señaló las zonas que quería que procesaran Ole y los otros policías militares, y luego dijo a Chester que le llevara hasta los cuerpos.

Grannit usó una linterna para observar el suelo durante el trayecto hasta el bosque. Bajo una densa arboleda de abetos, muchas de cuyas ramas seguían cargadas de nieve, tres cuerpos yacían juntos. Estaban tiesos por el frío y el *rigor mortis*. A todos les habían quitado las chaquetas y las placas de identificación. A uno le faltaban las botas.

—¿Alguien los ha identificado? —preguntó Grannit.

—Los hombres de su escuadra dicen que este es el soldado Anderson y ese el soldado Ellis —refirió Brosh, señalando al hombre sin botas—. Había un tercer hombre con ellos, el sargento Mallory, pero no lo hemos encontrado.

—¿Entonces quién demonios es este tipo?

—No lo saben, señor.

Grannit miró al tercer hombre. De unos cuarenta años, rostro curtido y quemado por el viento, manos de trabajador. Estudió su mano derecha, luego examinó las heridas. Un único disparo en el torso izquierdo, con gran herida de salida por la espalda, probablemente de bala de fusil. Herida de bala de doble cañón en la cabeza, pequeño calibre y a corta distancia, igual que Ellis. El hombre tenía un pequeño tatuaje en el hombro derecho, un ancla y una maroma. Grannit le examinó la boca y luego sacó una bolsa de plástico y la ciñó alrededor de la mano derecha del desconocido.

Prendió un cigarrillo y se puso en cuclillas. Los tres hombres habían sido asesinados en la carretera; después, a juzgar por las huellas de las botas, tres norteamericanos los habían arrastrado hasta la arboleda. Al examinar el terreno, advirtió una débil línea en el barro que se internaba en el bosque a partir de aquel punto. La siguió alumbrándose con la linterna. A unos cuarenta y cinco metros, entre los árboles, el haz de luz iluminó otro par de botas. Grannit desenfundó su pistola y se apresuró hacia allí.

Un cuarto hombre se había alejado a rastras, había excavado una pequeña depresión para conservar el calor y se había cubierto con ramas caídas que Grannit retiró apresuradamente. El soldado aún vestía su chaqueta de campaña y estaba inconsciente y hecho un ovillo. Grannit le buscó el pulso.

—Este hombre está vivo.

Llamaron a un médico, que tapó al sargento Mallory con mantas y le bombeó cuatro unidades de sangre mientras lo trasladaban al hospital de campaña de Malmédy, a quince kilómetros de allí.

A las cinco de la mañana Grannit completó el examen del puesto de control. Los otros soldados no le habían sido de ninguna ayuda, pero Ole Carlson había reunido ocho casquillos en los alrededores de la barrera, seis de pequeño calibre y dos balas de M1 con camisa de cobre. A menos de diez metros de la barrera, donde Grannit había encontrado huellas de neumáticos en el barro, aparecieron tres casquillos más de pistola. Grannit también embolsó un cigarrillo roto, un Lucky Strike sin fumar. Localizó asimismo varias manchas de sangre (una en la misma base de la barrera) y unas cuantas huellas de bota, todas ellas del ejército regular de Estados Unidos.

Antes de proceder a retirar los cuerpos, Grannit pidió al médico que, una vez en el hospital, extrajeran todas las balas de los cadáveres antes de enterrarlos. Las necesitaba como pruebas forenses y, si no era mucho pedir, también quería sus autopsias. El médico dijo que lo intentaría y que fuera al hospital de campaña más tarde esa misma mañana, cuando ya tendrían una idea más clara del estado del sargento Mallory. Grannit estuvo de acuerdo. Si Mallory lograba sobrevivir, Grannit quería estar presente cuando recobrase el sentido.

Ole Carlson le trajo una taza de café de un carrito de abastecimiento y ambos

permanecieron en las inmediaciones de la garita, golpeando el suelo con los pies para mantener el calor.

—¿Qué crees que ha pasado, Earl?

—Llegaron hasta aquí en un Willys desde el norte, por la pista forestal. Se detuvieron cerca de la barrera. Los soldados jugaban a cartas dentro; salieron para interrogar a los recién llegados. Fuese cual fuese el problema, empieza aquí, cerca del *jeep*. A Mallory, Ellis y al tercer hombre les dispara el mismo tirador. Es otro el que mata a Anderson, junto a la barrera. Al tercer hombre le alcanza primero un segundo tirador, en el pecho, con un M1. Luego le disparan en la cabeza, como a los otros. El tercer hombre es el único que ha descargado su arma.

Carlson se le quedó mirando, boquiabierto.

—Dios, ¿crees que mató a los otros dos?

—No, Ole —replicó Grannit pacientemente—. Le dispararon igual que a Ellis, ¿no? En la cabeza.

—Sí.

—Creo que el tercer tipo corrió hacia la barrera y disparó a Anderson, que tiene seis balas de pequeño calibre dentro, y Anderson respondió con el M1. No lo sabremos con certeza hasta que vea las balas, si no la joden en el hospital, lo cual es muy probable.

—Vale, así que tenemos a soldados americanos que disparan a soldados americanos. Puede que sea un robo. Quizá se conocían entre sí. Quizá los asesinos condujeron hasta aquí para ajustar cuentas, o por una deuda de juego...

—Primero, hechos; las teorías, después —Grannit avanzó y se plantó en la escena—. Nuestro tercer hombre llegó en el *jeep* con los otros tres. Uno de esos hombres es el principal tirador.

—¿Les dispararon, arrastraron los cuerpos, los dejaron en el bosque y simplemente se largaron?

—Así es. Uno de ellos, con un par de botas nuevas. Pregunta a la policía militar de Elsenborn si anoche pasó por allí algún *jeep* que encaje en el perfil. Comprueba si algún soldado de infantería atrincherado en los alrededores oyó algo. El rastro ya está frío.

Carlson corrió hacia los otros policías militares. Ante Grannit pasaron los soldados que transportaban los cuerpos, cubiertos con mantas, en tres camillas. Grannit les pidió que se detuvieran. Destapó al tercer hombre y observó una vez más el tatuaje del brazo y su dentadura. Luego examinó las botas. Las llevaba sin polainas, algo que contravenía las reglas de uniformado pero no era extraño en campaña. Introdujo la mano y encontró una pequeña fotografía embutida en la pantorrilla de la bota derecha; la sostuvo en alto, iluminándola con la linterna. Una instantánea Kodachrome con los bordes festoneados, probablemente tomada con una Brownie, de una mujer en la treintena que posaba en un muelle, cerca del agua. Una morena del montón, con algo de sobrepeso y los brazos tímidamente cruzados en la

cintura, que dirigía una sonrisa forzada a la cámara. El brillante sol del mediodía le obligaba a entrecerrar los ojos.

La esposa o la novia del hombre en algún lugar de vacaciones, probablemente las últimas que habían pasado juntos. A la derecha, una hilera de edificios alineados en la orilla y, detrás de la mujer, un par de vendedores callejeros algo desenfocados. El sello del revelador, en el dorso de la fotografía, estaba borroso, pero parecía rezar «agosto 1944». Grannit la observó fijamente. Algo en la imagen no encajaba, pero no lograba averiguar qué era.

Alumbró su reloj con la linterna: 5:30. Todavía quedaba una hora para el amanecer. Por el rabillo del ojo percibió un intenso resplandor de luz al este, a kilómetros de distancia. Cuando alzó la vista, aparecieron más puntos de luz, como si se hubiera encendido un inmenso panel de bombillas. La densa capa de nubes que cubría el horizonte empezó a brillar; parecía que una luna llena acabase de aparecer en el cielo.

En aquella décima de segundo, pensó que las últimas horas habían transcurrido en silencio, sin que se oyeran las pequeñas escaramuzas habituales cerca del frente. Ni siquiera el ladrido de un perro.

Grannit echó a correr hacia el círculo de vehículos, llamando a Carlson. Buscó su *jeep*, saltó detrás del volante y le dijo a Ole que subiese.

Entonces un estruendo como el de cien tormentas estalló en la noche por el este, interrumpiendo el silencio con una serie de detonaciones cada vez más próximas en intensidad.

Y el fuego de artillería arrasó el tiempo.

Las primeras bombas silbaron sobre sus cabezas y chocaron contra los árboles más altos. Luego una lluvia de proyectiles aterrizó y detonó en un radio de mil metros, haciendo que la tierra temblase. Grannit vio una cadena de explosiones y llamas que ascendía por el este, cerca de la frontera, y arrancaba de raíz hileras de árboles entre erupciones de fuego. Más arriba, con una frecuencia cortante y superpuesto al fragor de la artillería, oyó el gemido mortal de los misiles V1. Y, por encima, los motores de los aviones que volaban bajo en dirección oeste, emitiendo un sonido que no había oído nunca en un avión. Flores blancas, cientos de diminutas nubes sólidas, surgieron como hongos de entre las nubes grises. Grannit tardó unos instantes en registrar que contemplaba un cielo lleno de paracaídas.

El detective pisó el acelerador tan pronto como Carlson saltó al *jeep*. Mientras derrapaban para entrar en la carretera, una bomba cayó donde Grannit había estado treinta segundos antes y derribó la garita de cemento.

Stavelot, Bélgica

16 de diciembre, 6:30 horas

El equipo de Erich Von Leinsdorf llevaba tres horas en la carretera, regresando del Mosa, cuando empezó el fuego de artillería en el este. Von Leinsdorf dio unos golpecitos a Bernie, que estaba al volante, y le mostró la hora. La Operación Niebla de Otoño se había iniciado según el horario previsto. Con la ofensiva en marcha, su misión aquel primer día era entorpecer la reacción norteamericana. Durante el trayecto de vuelta ya habían invertido o retirado varias señales de tráfico en las intersecciones clave, para confundir a las tropas aliadas que pronto se lanzarían sobre las fuerzas invasoras. También habían cortado tres líneas principales de teléfono y telégrafos entre Spa, Lieja y el frente norteamericano.

Encorvado sobre el volante, Bernie era incapaz, desde la mención de la noche anterior, de quitarse de la cabeza la idea de un «segundo objetivo». Iban a intentar herir o matar a más norteamericanos y aquello le ponía enfermo. Imaginarse lo que le haría Von Leinsdorf si intentaba interferir le paralizaba.

El fuego de artillería se interrumpió bruscamente a las 06:30 horas. Bernie sabía que aquella era la señal para que los tres grupos armados empezaran a avanzar por Bélgica y Luxemburgo. Si todo transcurría según el plan, tropas de asalto y paracaidistas alemanes estarían entrando en masa por el paso de Losheim, abriendo brechas en las defensas aliadas y facilitando el paso de los tanques.

Delante de ellos, en un claro de la carretera, apareció una luz. Bernie aminoró la marcha. El cielo nublado había empezado a volverse gris con la llegada del atardecer y pudo distinguir lo que parecía ser un niño campesino, que mecía un farol a un lado de la carretera.

—Guarda distancias —dijo Von Leinsdorf.

Bernie detuvo el *jeep* a unos quince metros del muchacho, que agitó de nuevo los brazos y echó a andar hacia ellos.

—¿Americano? —gritó el muchacho—. ¿Americano?

—Eh, quédate ahí. ¿Qué quieres, chico? —preguntó Bernie.

—Americano, ¿sí?

—Eso es. ¿Qué quieres?

El muchacho miró con nerviosismo a su izquierda, hacia un seto crecido y enmarañado. Algo se movía entre sus ramas. Von Leinsdorf cogió el fusil y se echó al suelo del asiento.

—¡Avanza, avanza! —gritó.

Bernie pisó el acelerador y se agachó en el preciso instante en que el cañón de un rifle surgía de las ramas. Oyeron dos fuertes disparos. El *jeep* coleó en el barro, luego se enderezó y patinó hacia delante. El muchacho de la carretera sacó una pistola y apuntó al parabrisas, pero el morro derecho del *jeep* le golpeó en la pierna y lo derribó al suelo antes de que lograra disparar. Von Leinsdorf se incorporó del suelo del asiento disparando su M1, del que vació todo un cargador en el seto.

—¡Para!

Bernie dio un frenazo. Von Leinsdorf saltó del *jeep* y echó a correr entre los árboles, mientras metía otro cargador en su fusil.

—¡Atrapa al chico!

Bernie desenfundó su pistola, saltó del *jeep* y lo rodeó. El muchacho del suelo se retorció de dolor, gemía e intentaba alcanzar la pistola caída a escasa distancia en la nieve. Bernie corrió hacia él y alejó la pistola de una patada. El muchacho le dirigió una mirada fulminante; el dolor y un odio intenso le deformaban el rostro.

—¡Amis, que te jodan!

—Tranquilo —dijo Bernie—. Cálmate, pequeño cabrón. ¿Estás bien?

El muchacho le escupió.

—Ami, odio jodidos amis. Que te jodan.

Von Leinsdorf salió de detrás del seto arrastrando por el cuello del abrigo a un segundo muchacho armado con una vieja escopeta y, no sin cierta dificultad, lo depositó en el suelo junto al otro chico. Al caer al suelo, el abrigo del muchacho quedó en manos de Von Leinsdorf. Este vio algo que le hizo echarse a reír.

—¿Qué es tan divertido? —preguntó Bernie.

Von Leinsdorf se hizo a un lado y Bernie descubrió que el muchacho llevaba en el brazo izquierdo un brazalete rojo con la esvástica. Bernie le sacó el abrigo al otro muchacho tendido en el suelo; también llevaba una.

—Maldita sea. Las jodidas Juventudes Hitlerianas.

—Ya te dije que esto era más Alemania que Bélgica. —Von Leinsdorf se dirigió a los chicos en alemán—: *Meine kleine Hitlerjugend*. ¿Así que se enteraron de que la invasión estaba a punto de empezar y querían eliminar algunos americanos con la escopeta de sus padre, *nicht wahr*?

Los muchachos lo miraron asombrados. Von Leinsdorf abrió la vieja escopeta y sacó los cartuchos gastados.

—¿Tú eres alemán? —Chapurreó el segundo chico en inglés.

—En efecto. No es que no aprecie tu entusiasmo, pero casi me has arrancado la cabeza de un disparo —dijo Von Leinsdorf.

—¿Sois soldados de verdad? —preguntó el muchacho herido.

—¿Quién eres tú, el tonto del pueblo? —espetó Bernie.

—¿Dónde está tu padre? ¿En el ejército? —preguntó Von Leinsdorf.

—Lo mataron. En Rusia.

—Estaría orgulloso de saber que su hijo es un patriota. Incluso aunque no sepas a

qué lado disparas.

Oyeron un rumor de vehículos pesados que se acercaban por la misma carretera. Los faros centelleaban a través del bosque. Von Leinsdorf tiró del joven herido y lo levantó del suelo.

—Idos a casa, largaos de aquí. Los que vienen ahora son americanos de verdad.

—Y pensadlo dos veces antes de disparar al primero que pase, si quieren vivir hasta la cena —dijo Bernie.

El segundo muchacho pasó un brazo por su amigo herido y le ayudó a alejarse cojeando entre los árboles.

—Y no os olvidéis el trabuco —gritó Von Leinsdorf, arrojándoles la vieja escopeta. El muchacho la recogió y ambos desaparecieron.

Bernie y Von Leinsdorf se apresuraron de vuelta al *jeep*, donde Preuss, desplomado en el asiento trasero, los miraba con expresión avergonzada y temerosa; estaba demacrado. Se sujetaba el hombro derecho con la mano izquierda y le manaba sangre entre los dedos.

—Oh, mierda —masculló Bernie.

—Déjame ver —ordenó Von Leinsdorf.

Apartó la mano de Preuss de la herida. El uniforme estaba rasgado por la insignia de la unidad y la carne del hombro acribillada por el balazo. La marca de otros perdigones se extendía por el cuello y el lado derecho de la cara. Las tres zonas sangraban copiosamente.

—Maldita sea —dijo Von Leinsdorf.

—Por favor, Erich —rogó Preuss, con lágrimas corriéndole por las mejillas—. No me matas. No me matas.

Bernie vio que Von Leinsdorf sopesaba la posibilidad y que su mano se dirigía a la pistola.

—No es nada grave —dijo Bernie.

—Sal del *jeep* —ordenó Von Leinsdorf.

—Puedo hacerle una cura. La herida no va a matarle, no hará que nos atrasemos...

—Aparta. Sal del *jeep*, Preuss.

Von Leinsdorf alargó el brazo para tirar de Preuss. Bernie le sujetó la mano.

—No lo hagas.

—Suéltame la mano, Brooklyn.

Antes de que empezaran a forcejear, ambos quedaron iluminados por los faros del convoy; ocho vehículos —*jeeps*, camiones de transporte y un cañón anticarro que llevaban a remolque— aparecieron en el claro, detrás de ellos. Von Leinsdorf se quitó de encima la mano de Bernie y avanzó hacia los vehículos agitando los brazos. Bernie distinguió a una compañía de fusileros encorvada tras las lonas, en la parte trasera de los camiones.

El primer *jeep* se detuvo junto a Von Leinsdorf. Un capitán norteamericano se

levantó en el asiento trasero.

—¿Por qué habéis parado?

—Alguien nos ha disparado; uno de mis hombres está herido.

—Vamos a echarle un vistazo. ¡Traed un médico aquí! —gritó el capitán a la retaguardia. Un hombre saltó de uno de los camiones y corrió hacia el *jeep*—. ¿Eran alemanes?

—No los hemos visto. Respondimos al fuego, creo que han huido.

—¿Sois una unidad de reconocimiento?

—Así es, señor.

—Bien, no vayan tras ellos, ahí delante se ha armado la de Dios...

—Oímos artillería. ¿Qué pasa?

—¿Quién demonios lo sabe? Nos han llegado informes de que han empezado a atacar en masa en cuanto acabó la artillería. La radio dice que hay paracaidistas alemanes a lo largo de todo el macizo...

—¿En serio?

—Tenemos unidades desplegadas por toda la carretera; vamos todos de culo. Quieren que cerremos filas y formemos una línea en Malmédy...

El médico abrió su mochila y saltó a un lado del *jeep* para examinar a Preuss. Bernie se puso a su lado.

—Ni siquiera puede hablar —comentó—. Creo que está muy malherido.

Preuss cogió el capote que le tendía Bernie y echó la cabeza hacia atrás entre gemidos, mientras el médico cortaba la manga de su chaqueta y tanteaba la herida. Preuss no respondió a ninguna de las preguntas del médico; Bernie lo hizo en su lugar.

—Se rumoreaba que habría escaramuzas —dijo Von Leinsdorf.

—¿Joder, no ha oído esos aviones y los V1? Nos lo han echado todo encima, esto no es una puta escaramuza...

—Necesita ir al hospital —dijo el médico, espolvoreando el contenido de un sobre de sulfamida en el hombro de Preuss.

—Íbamos de camino a Vielsalm —dijo Von Leinsdorf.

—A la mierda con eso, se vienen con nosotros —dijo el capitán—. 291.º Batallón de Ingenieros. Tenemos órdenes de arrastrar a todo cuerpo viviente que podamos reunir. Síganos, teniente. Estamos a unos ocho kilómetros de Malmédy.

El médico saltó al *jeep* junto a Preuss y desenrolló una venda. Bernie buscó la mirada de Von Leinsdorf, que le indicó que subiese al volante. Bernie puso el *jeep* en formación, detrás del vehículo del capitán, y los siguieron carretera abajo.

—Vaya mañanita, ¿eh? —dijo el médico a Von Leinsdorf.

—Y que lo digas, amigo.

Malmédy, Bélgica

16 de diciembre, 6:30 horas

El *jeep* de Grannit cubrió el kilómetro y medio que le separaba de Elsenborn a toda velocidad, abriéndose paso entre un muro móvil de vehículos mientras el fuego de artillería seguía tras ellos. La aldea estaba sumida en el caos y soldados resacosos recién levantados corrían en todas direcciones. Ciudadanos desesperados bloqueaban las carreteras, pertenencias en mano, evacuando la ciudad en dirección oeste. Grannit se detuvo junto al control que había en el extremo de la población, hizo señas a uno de los jóvenes policías militares que intentaba controlar el tráfico proveniente del este y le mostró sus credenciales de la División de Investigación.

—¿Estabas de servicio anoche, hijo? —preguntó Grannit.

—Eso creo, señor.

—Entre las nueve y la medianoche cruzó un *jeep* con tres hombres. ¿Te viene algo a la cabeza?

—Habría unos diez así, señor.

—Tan solo busco uno. Piénsalo. ¿Algo fuera de lugar?

Otra explosión de bomba, cerca de la aldea, a menos de cien metros de donde habían aparcado. El policía militar se agachó; Grannit ni se inmutó.

—Sí, puede ser. Pasó uno del cuartel general de Bradley, 12.º Ejército. Parecían un poco desorientados.

—¿Quién había en el *jeep*?

—Un par de oficiales. Creo que yo hablé con un teniente. Conducía un soldado.

—¿Estaba su pase en orden?

—Eso creo.

—¿Adónde se dirigían?

—A algún lugar al sur de aquí.

—¿Algún nombre?

—Lo siento, teniente, eso es todo lo que recuerdo. —Otra bomba estalló más cerca y el policía militar se agachó de nuevo—. Dios, ¿qué demonios pasa?

—Una guerra es lo que pasa.

Dejaron atrás el control y se quedaron atascados en el tráfico y el barro de la carretera principal, en el centro de la aldea.

—Nunca me habían bombardeado antes —dijo Carlson—. ¿Y a ti?

—No. Y con una vez me basta.

—Sí, a mí tampoco me hace falta volver a pasar por esto.

—En cuanto puedas hacerte con una radio, llama al 12.º Ejército; pregunta si tienen patrullas en este sector que respondan a esa descripción —dijo Grannit.

Carlson tomó nota.

—¿Adónde nos dirigimos, Earl? ¿Vamos tras ellos?

—¿Hemos cambiado de trabajo en los últimos diez minutos?

—Creo que no.

—Esos son unas malas piezas, Ole.

—Vale, pues vamos tras ellos. ¿Cuál es el siguiente paso?

—¿Recuerdas la localización del hospital de campaña donde han llevado al sargento Mallory?

—Creo que lo anoté —respondió Ole, hojeando sus notas.

—Era Malmédy, ¿verdad?

Entonces Carlson lo encontró en su libreta.

—67.º de Evacuación.

67.º Hospital de Evacuación, Malmédy

16 de diciembre, 8:00 horas

Cuando el fuego de artillería se inició al amanecer, nadie del hospital prestó demasiada atención. Cuando terminó, una hora más tarde, las bombas habían empezado a caer cerca de Malmédy y corría la voz de que los alemanes habían abierto una brecha en las líneas norteamericanas y que las colinas hervían de paracaidistas, a menos de cinco kilómetros de distancia. La sala de operaciones, que durante la calma anterior había estado funcionando a un tercio de su capacidad, se hallaba en estado de máxima alerta.

Al cabo de pocos minutos llegó una marea de ambulancias; soldados del frente con traumatismos y heridas de metralla. Muchos habían sufrido heridas de punción cuando las bombas habían estallado en árboles que, a su vez, habían escupido astillas en todas direcciones. Varios civiles habían resultado heridos cuando un cohete cayó cerca de la catedral medieval de la ciudad después de la misa de domingo, derribando un muro y haciendo sonar las campanas.

Earl Grannit y Ole Carlson entraron en la enorme carpa de las afueras de Malmédy poco después de las siete y media de la mañana. Pasaron entre una multitud de soldados heridos amontonados en la zona de preoperatorio, localizaron la sala de cirugía y encontraron a la enfermera jefe de servicio, Dorothy Skogan, en la sección de posoperatorio. Grannit le mostró sus credenciales y preguntó por el sargento Vincent Mallory. Skogan desconocía el nombre, pero lo reconoció por la descripción de Grannit.

Les dijo que Mallory había ingresado esa noche, sin placas de identificación, poco después de las tres de la madrugada, acompañado por un médico y un par de policías militares. Le habían disparado tres veces y la complicada operación quirúrgica había durado dos horas. Cuando terminaron, el soldado estaba estabilizado y la grave pérdida de sangre se había paliado con transfusiones. El equipo quirúrgico salía de la sala de operaciones cuando empezaron a caer las bombas.

—¿Cuál es su estado? —preguntó Grannit.

—Crítico, pero estable. Grave pérdida de sangre, *shock* e hipotermia. Heridas de

bala en el hombro derecho y la cadera izquierda. Tiene la mandíbula destrozada y casi todos los dientes fracturados.

—¿Está consciente?

—No. Y no es probable que lo esté durante horas, como muy pronto.

—Bien. Es importante que hablemos con él.

—Eso será difícil, teniente. La bala le arrancó la lengua y tuvimos que coser lo que le quedaba de mandíbula a una placa. Ni sabía su nombre hasta que usted me lo ha dicho; no llevaba identificación.

Grannit, frustrado, miró a Carlson. Explicó rápidamente a la enfermera que a Mallory le habían disparado y abandonado para que muriese con otros tres hombres, veinticuatro horas antes de que le encontrasen.

—¿Hay algo respecto a él que le haya parecido fuera de lugar?

—Durante el preoperatorio, encontré una ampolla vacía de morfina en la chaqueta de su uniforme. Había sulfamida en las tres heridas. También tenía vendas comprimidas contra las heridas de la cadera y el hombro, que impidieron que se desangrara.

—Los médicos se ocuparon de él durante el traslado —dijo Grannit.

—No, eso es lo curioso. El médico de la ambulancia dijo que lo habían encontrado así.

—Nosotros fuimos quienes lo encontraron —aclaró Grannit, perplejo.

—¿Y no lo advirtieron?

—No. ¿Está diciendo que alguien le proporcionó primeros auxilios antes de que llegásemos?

—Eso es lo que dijo el médico —replicó la enfermera—. No creo que el sargento estuviese en forma para hacerlo él mismo, ¿verdad?

Habían llegado a la litera de Mallory, en la tienda de recuperación. Tenía la parte inferior de la cara y el cuello encajonados en una férula de vendas, un gota a gota intravenoso conectado al brazo y tubos de oxígeno instalados en la nariz. Su rostro estaba hinchado como un balón de fútbol. Skogan escribió el nombre de Mallory en una tira de papel y la pegó a su litera.

—Al menos ahora sabemos su nombre —dijo la enfermera—. Tuvo suerte de que esa bala le diese en la mandíbula. Iba dirigida al cerebro.

—¿No habrá guardado las balas?

—Ahora mismo estamos algo ocupados.

—Es importante. Ole le echará una mano.

—¿De dónde es usted, Dorothy? —preguntó Carlson mientras se alejaba con ella.

—De muy lejos de aquí, muchacho. Madison, Wisconsin.

—¿En serio? Yo soy de Sioux Falls.

Grannit se aproximó a Mallory para mirarlo con más detenimiento. Estudió el ángulo de las heridas y lo visualizó en el puesto de control, intentando recrear lo sucedido.

«Él estaba detrás de ti. Te volviste y él disparó a quemarropa. Creyó que el primer disparo había acabado contigo. El segundo y el tercero se le ocurrieron después, mientras te desplomabas. Luego dirigió su atención a los otros hombres y dio por hecho que estabas muerto. Mató al soldado Ellis, mientras el segundo tirador se encargaba de Anderson. Después mató al segundo tirador, su propio hombre».

¿Por qué?

«Porque estaba herido. El soldado Anderson devolvió los disparos y le hirió antes de morir. Herida de M1 en el torso. Posiblemente fatal, pero no de inmediato. Así que nuestro hombre no quería correr riesgos y dejar atrás a uno de los suyos».

Dos disparos en la cabeza. Sin dudarle. Mata a su propio hombre. Arroja su cuerpo junto a las otras víctimas, les quita las placas de identificación y asume el riesgo de que alguien note la presencia de un extraño entre ellos. Continúa rumbo a Elsenborn.

Dos oficiales y un soldado que conduce el *jeep*. Un teniente que es quien habla y probablemente quien dispara. Desde tan lejos como el 12.º Ejército, en el cuartel general de Bradley en Luxemburgo; a más de ciento cincuenta kilómetros al sur.

«¿Entonces quién trató las heridas de Mallory antes de que llegásemos?».

Grannit meneó la cabeza para mantenerse despierto y se frotó los ojos, desbordado por la fatiga. Llevaba cuarenta y ocho horas seguidas de persecución y, de pronto, le era difícil seguir el hilo de sus pensamientos.

A la mierda. El rastro estaba frío. Ahora los alemanes lanzaban su ofensiva. Eso lo echaba todo por tierra. Ahora ya no podría llegar al fondo de aquel asunto.

La idea le disgustaba profundamente. Nunca había abandonado un caso en que estuviera metido. ¿Por qué allí tenía que ser diferente? ¿Porque la vida valía menos? ¿Eso hacía menos importantes aquellos asesinatos?

«Vincent Mallory postrado, su existencia pendiente de un hilo, su vida destrozada. Alguien le hizo esto. Descubre quién fue».

No había excusas para no acabar el trabajo. Hizo esa promesa mucho tiempo atrás y la había cumplido desde entonces.

Su mente siguió trabajando pese a la fatiga. «No abandones. Hay más de lo que puedes ver».

Necesitaba café. Salió en su busca.

El capitán Hardy, del 291.º Batallón de Ingenieros de Combate, entró con su pequeño convoy en Malmédy a las ocho menos cuarto de la mañana. Encontraron la carpa del 67.º Hospital de Evacuación en las afueras de la población. Bernie aparcó fuera, junto a una hilera de ambulancias. Hardy detuvo su *jeep* al lado y empezó a gritar órdenes.

—Haced que ingresen a vuestro hombre. Nuestro punto de reagrupación está cerca de la catedral, en el acceso oriental.

—Allí estaremos —aseguró Von Leinsdorf, cuadrándose.

El *jeep* de Hardy prosiguió su marcha. El médico ayudó a Bernie a apearse a Preuss del Willys.

—Lo llevaremos adentro. Gracias por su ayuda.

El médico subió en marcha a la parte trasera de uno de los camiones. Preuss se tambaleaba y Von Leinsdorf le sujetó por el otro brazo. Entre ambos lo arrastraron entre la multitud que congestionaba la entrada de la carpa. Preuss gemía, semiinconsciente, con la mente nublada por la morfina.

—¿Qué demonios hacemos? —preguntó Bernie.

—No podemos dejarlo aquí. Por razones obvias —respondió Von Leinsdorf.

Dos enfermeras apostadas en la entrada se apresuraron a ayudarles.

—¿Dónde le han dado? —inquirió una de ellas.

—Hombro derecho —contestó Von Leinsdorf.

—Tráiganlo por aquí.

Sosteniendo a Preuss entre ambos, siguieron a las enfermeras al interior y lo depositaron en la camilla de una sala de espera atiborrada de heridos. Una enfermera que pasaba junto a ellos se arrodilló para echarle un vistazo.

—Ya ha recibido primeros auxilios —dijo Dorothy Skogan.

—El médico nos ayudó durante el trayecto —aclaró Von Leinsdorf—. ¿Cuál es el procedimiento?

—Nos haremos cargo, pero tendrá que esperar. Hay muchos heridos delante de él.

La enfermera se incorporó enérgicamente y continuó adelante. Le seguía un joven policía militar, de cara redonda y cabello rubio cortado a cepillo, que observó, de pasada, a Von Leinsdorf y Bernie. Von Leinsdorf lo miró con expresión de profunda preocupación, que el policía militar, Ole Carlson, interpretó como inquietud por su amigo herido. Preuss gimió de nuevo y meneó la cabeza de un lado al otro, desorientado entre nubes de morfina.

—*Schiesse... Schiesse...*

Bernie se arrodilló a su lado y posó una mano sobre la boca de Preuss.

—Tranquilo, tranquilo, no hables.

—Se pondrá bien, amigo —dijo Carlson.

—Gracias —respondió Bernie, bajando la cabeza.

Carlson se alejó tras la enfermera. Von Leinsdorf se arrodilló junto a Bernie.

—Quítale las placas —le ordenó.

—¿Qué?

—Ponle estas —indicó, sacándose otro juego de placas del bolsillo. Quítale la identificación y cualquier otra cosa que pueda relacionarnos con él.

Bernie introdujo la mano bajo la camisa de Preuss y le arrancó las placas de identificación mientras Von Leinsdorf vigilaba. Luego le metió el segundo conjunto de placas en el bolsillo y le retiró el documento falsificado de identidad de la chaqueta.

—¿Dónde está su encendedor? —preguntó Von Leinsdorf, mientras se guardaba el documento.

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Encuétralo.

Bernie comprendió lo que le pedía.

—No pienso hacerlo.

—Entonces espera fuera.

—Sé para qué lo quieres. No voy a permitir que hagas...

Una joven enfermera de admisión se acercó con un sujetapapeles.

—Necesito cierta información antes de que lo entremos en sala.

Von Leinsdorf alargó el brazo por delante de Bernie para meterlo en el bolsillo de Preuss, de donde sacó las placas que acababa de dejar allí. Se las entregó a la enfermera.

—No está con nuestra unidad. Paró nuestro *jeep* y se desmayó, así que lo trajimos aquí.

La enfermera examinó las placas y anotó el nombre.

—Sargento Vincent Mallory.

—Ya ve, ni siquiera sabíamos su nombre —dijo Von Leinsdorf, sin dejar de rebuscar en los bolsillos de Preuss—. Quizás encontremos algo más que le sea de ayuda.

Entonces extrajo un Zippo y un paquete de cigarrillos.

—No creo que necesite esto durante una buena temporada, ¿verdad? —añadió.

—¿No saben nada más de él?

—Usted sabe tanto como nosotros —dijo Von Leinsdorf, metiéndose el encendedor en el bolsillo.

La enfermera apuntó el nombre en un pedazo de cinta adhesiva blanca y lo pegó a la camilla.

—Le han hecho un gran favor trayéndole hasta aquí —afirmó antes de hacer señas a un par de celadores, que alzaron la camilla de Preuss y lo trasladaron a la tienda contigua.

—¿Adónde lo llevan? —preguntó Bernie.

—Al preoperatorio. Si no conocen a este hombre, no hay motivos para que esperen, tardará un buen rato.

La enfermera se marchó detrás de la camilla.

—Mierda. Cuando despierte, empezará a llamar a su *Mutter* —dijo Von Leinsdorf.

—Larguémonos de aquí.

Von Leinsdorf echó un vistazo a su alrededor antes de responder.

—Espera aquí.

Siguió a Preuss al interior de la siguiente tienda. Al entrar, se hizo con un sujetapapeles que colgaba junto a un tablón de anuncios, fingiendo que lo estudiaba

mientras seguía la trayectoria de la camilla. Los celadores dejaron a Preuss en el concurrido preoperatorio, donde esperaban dos docenas de heridos separados por mamparas, atendidos por una fila ordenada de enfermeras y celadores.

Desde un despacho de enfermería que había junto a la entrada de los quirófanos, Von Leinsdorf vio que retiraban la chaqueta y la camisa de Preuss y le inyectaban suero intravenoso. Poco después tuvo que enterrar el rostro en el sujetapapeles, cuando Dorothy Skogan se acercó al escritorio con Ole Carlson y un celador supervisor.

—Ahora no tengo tiempo para esta mierda —dijo el celador.

—Solo quiere las balas que extrajimos de la maxilofacial de esta mañana —replicó Dorothy.

—Tenemos cien personas acribilladas, ¿a qué viene tanta prisa?

—Investigación Criminal —dijo Carlson, mostrando su placa—. Hay una forma más difícil de hacer esto, ¿quiere probarla?

El celador suspiró.

—¿Nombre del paciente?

—Mallory, Vincent Mallory. Le ingresaron anoche, bastante tarde.

Von Leinsdorf iba a moverse hacia Preuss cuando oyó el nombre y se detuvo a escuchar.

—¿Dónde está ahora?

—En recuperación. Tengo que volver al trabajo —respondió Dorothy.

—De acuerdo, ya me hago cargo de esto. Muchas gracias por su ayuda, Dorothy —dijo Carlson.

Skogan se marchó a la sala de operaciones. El celador empezó a examinar una montaña de documentos, en busca de los de Mallory.

—No tiene muchas posibilidades. Solemos tirarlo todo cuando limpiamos.

—Apreciaremos muchísimo cualquier cosa que pueda ofrecernos —declaró Carlson, sonriendo pacientemente.

Ninguno de ellos vio a Von Leinsdorf salir de la tienda de preoperatorio y preguntar a una enfermera que se cruzó en su camino:

—Busco a un hombre de mi unidad que acaba de salir de cirugía, ¿dónde puede estar?

La enfermera le señaló una tienda adyacente. Sujetapapeles en mano, Von Leinsdorf chapoteó en el barro y abrió las puertas de la tienda de recuperación. Allí había más calma y menos luces, en pronunciado contraste con el caos de la sala de operaciones. Los pacientes descansaban en catres, dentro de cubículos confeccionados con cortinas. Dos enfermeras se desplazaban de un paciente a otro, tomando notas y monitorizando la medicación. Von Leinsdorf se puso una bata blanca, se mantuvo concentrado en su sujetapapeles y no llamó la atención al pasar. Miró en cada cubículo, leyendo los nombres de las cintas adhesivas pegadas al pie de los catres.

Encontró el nombre de Mallory, pero no reconoció al hombre del catre como el sargento al que había disparado en el control. Tenía la cara hinchada por la cirugía y cubierta de vendas. Había otro hombre a la derecha de la cama; tenía los brazos cruzados y la vista puesta en Mallory. Hombros anchos, alto y delgado, curtido; un tipo duro, fue la expresión que le vino a la cabeza. Vestía uniforme reglamentario sin insignia. Podría tratarse de un privilegio de oficial, pero aquel hombre tenía el aura correosa de un suboficial experimentado. Von Leinsdorf pasó de largo y entró en el cubículo de un paciente dos camas más abajo.

Desde allí reconstruyó las piezas de lo que hipotéticamente habría sucedido. Alguien encontró a Mallory donde lo habían dejado, en el bosque. Vivo, contra todo pronóstico. Quizás hubiera hablado del tiroteo, pero su estado sugería lo contrario. Von Leinsdorf había aprendido de los matices de la muerte más de lo que ningún ser vivo querría conocer. Sabía exactamente cómo calibrar su llegada, cuándo estaba lista para el abrazo final.

La vida de ese hombre pendía de un hilo. Un simple susurro le empujaría a los brazos de la muerte.

El hombre que permanecía en pie junto a Mallory se frotó el rostro y se encaminó a la salida. Casi toparon y Von Leinsdorf le cedió el paso. En cuanto el otro se hubo marchado, el oficial alemán se situó junto al catre de Mallory y sacó el Zippo del bolsillo. Con una navaja, extrajo la mecha y la piedra para retirar un pequeño vial de cristal de la cavidad. Utilizó la navaja para abrir una hendidura en la bolsa de suero conectada al brazo de Mallory. Partió el vial y, a través de la ranura, vertió el contenido en la bolsa. Una enfermera entró en la sala. Von Leinsdorf se guardó el vial en el bolsillo y se fue sin mirar atrás. Al salir de la tienda, tiró la ampolla al suelo y la aplastó contra el barro.

Un minuto después, Grannit regresó a la tienda con una taza de café. Vio que Mallory respiraba trabajosamente y sacudía las piernas, retorció los brazos y agitaba la cabeza de un lado a otro. Llamó a las enfermeras, mientras intentaba con todas sus fuerzas contener a Mallory en el catre. El hombre abrió los ojos, sus pupilas fijas y ciegas. Un chorro de sangre color cereza empezó a manarle de la boca y la nariz. Cuando llegó el equipo de traumatismos, las extremidades de Mallory ya estaban rígidas y había dejado de respirar. Grannit retrocedió unos pasos y les dejó trabajar.

Bernie estaba sentado sobre su casco, junto a un árbol de Navidad próximo a la entrada de la tienda de ingresos. Cada vez que pasaba un oficial, sufría lo indecible por no decidirse a llevárselo a un lado e identificar a Von Leinsdorf como un espía. Una vez tuviesen al alemán bajo custodia, él podría mezclarse entre el caos y desaparecer. Pero la idea de un segundo objetivo le contenía. Von Leinsdorf no hablaría ni aunque le torturasen, de eso estaba seguro; aquel hombre se burlaría despectivamente del pelotón de fusilamiento cuando le vendasen los ojos. Bernie no

sabía a cuántos miembros de su brigada se les había asignado el segundo objetivo, por lo que, a menos que averiguase de qué se trataba, nada podía hacer para evitarlo. Hasta entonces, necesitaba a Von Leinsdorf vivo y libre. Pero ¿a cuántos más mataría entretanto? Esa era la ecuación con la que Bernie tenía que vivir. Ahora que el ataque había empezado, intentar rendirse solo le llevaría al fusilamiento. Así que mantuvo la cabeza gacha, tomó un periódico e intentó encogerse en el rincón. Era el periódico de las fuerzas armadas norteamericanas, *Barras y estrellas*. Un titular de la primera página llamó de inmediato su atención.

LOS ALIADOS BOMBARDEAN IG FARBEN

El gigante industrial alemán próximo a Frankfurt queda gravemente afectado.

La maquinaria de guerra nazi acusa el golpe de las incursiones diurnas.

Su padre todavía trabajaba en IG Farben. Bernie no había tenido contacto con su familia desde que salió para Grafenwöhr en octubre, momento en que sus padres seguían con vida. Ahora ya no estaba tan seguro.

La mirada de Bernie vagó hasta posarse en el improvisado árbol de Navidad: gasas haciendo de cintas y pinzas y tijeras quirúrgicas como adornos. Aquel exiguo intento de alegría navideña, su propio peligro y el creciente número de heridos que llegaban para curarse le llevaron al borde de las lágrimas. Una ayudante de enfermería le ofreció una taza de café. Bernie la rechazó y su expresión desdichada atrajo las simpatías de la joven.

—Es difícil estar lejos de casa en esta época del año, ¿verdad? —preguntó ella.

Bernie alzó la vista. Era una muchacha falta de atractivo, de poco más de veinte años, dientes torcidos y sonrisa ladeada.

—Supongo que sí.

—Me encanta la Navidad. Nunca antes había pasado una así. ¿De dónde eres?

—Brooklyn —respondió Bernie, sorprendido al oírlo surgir de su boca.

—¿En serio? Hicimos escala en Brooklyn durante la travesía, hace unas semanas. Te alegrará saber que sigue allí. Yo soy de Wichita; eso está muy lejos de Nueva York. Puede que incluso esté más lejos de esa ciudad que de donde nos encontramos ahora.

—No creo que se pueda estar más alejado de nada que aquí.

—No te preocupes, pronto volverás a casa.

La enfermera le dio unos golpecitos reconfortantes en la espalda. Aquella amabilidad le hizo difícil añadir algo más. Divisó a Von Leinsdorf que se aproximaba, vestido con bata de médico, y se puso en pie.

—Sube al *jeep*. Mantén el motor en marcha —le ordenó el teniente alemán.

—¿Adónde vas?

—Asegúrate de que el *jeep* esté encarado a la carretera —respondió Von Leinsdorf, mientras se quitaba la bata y volvía a la tienda de preoperatorio.

—Quiero una autopsia —dijo Grannit—. Necesito saber qué le ha matado.

—Puede haber sido una infinidad de causas —replicó el cirujano que había intervenido a Mallory, poco dispuesto a colaborar—. Trauma posoperatorio, reacción retrasada a la anestesia...

—Solo sus heridas ya bastaban para matarle —terció un segundo médico.

—Nos dijeron que había sobrevivido a la operación y que se recobraría —insistió Grannit.

—La verdad, teniente, es que estas cosas no son predecibles —dijo el cirujano—. Lo vemos todos los días, a todas horas. Cada hombre tiene sus límites. El sargento Mallory alcanzó el suyo.

Grannit observó a los agotados doctores, con sus batas empapadas de sangre; hombres decentes, formados para curar, no para matar. La suya no era una reacción inesperada. ¿Qué era un soldado muerto más? Después de ver perder la vida a tantos jóvenes, ¿qué podían hacer, más que desentenderse?

Una enfermera que pasaba oyó el nombre.

—¿Han dicho Mallory?

—Eso es —respondió Grannit.

—Pero si todavía no le han intervenido.

—Sí que lo han hecho; estaba en posoperatorio.

—¿Cuándo le han operado?

—Anoche, cuando le ingresaron.

—Pero si acabo de admitirle hace quince minutos.

—¿Cuál es su nombre de pila? —preguntó el cirujano, consultando su gráfico—. No puede tratarse del mismo Mallory.

—Se llama Vincent. Vincent Mallory —dijo Grannit.

—Sargento Vincent Mallory, es él —confirmó la enfermera de admisiones—. Acabo de anotar esa información de sus placas de identificación...

—¿Dónde está ahora?

—En la tienda de preoperatorio.

—Muéstreme el camino —urgió Grannit.

Se apresuraron hacia la tienda, abrieron las cortinillas y buscaron entre las hileras de enfermos, seguidos por los médicos.

—¿Vino solo? —inquirió Grannit.

—No, le trajeron un par de soldados...

La enfermera apartó la cortina que aislaba el cubículo. Gunther Preuss yacía en el catre, con un gota a gota en el brazo; sufría convulsiones y un reguero de sangre color rojo vivo le manaba de la boca y la nariz.

La enfermera y los doctores corrieron a su lado, pidiendo ayuda. Por el rabillo del ojo, Grannit divisó a un oficial en uniforme que corría hacia la salida, a contracorriente. Grannit salió tras él, con el Colt desenfundado y en alto, para que todos lo viesen.

—¡Apártense!

El gentío le abrió paso y algunas personas, alarmadas, se echaron al suelo. El oficial oyó el grito y, sin volver la vista atrás, salió de la tienda a todo correr. Grannit saltó sobre un catre, esquivó a un par de soldados y salió tras él.

Un *jeep* partía de la zona de aparcamiento, sus ruedas resbalaban en el barro. A bordo, dos hombres. Grannit había visto subir al vehículo al oficial al que seguía. Un resplandor plateado en el cuello de la chaqueta. Un teniente. Ninguna barra en la chaqueta del conductor. Un soldado raso.

Grannit les persiguió hasta el límite de la zona de aparcamiento, apuntando con la pistola, pero sin tener visibilidad para disparar. Hizo señas a un motorista, le mostró las credenciales y sacó al conductor de la motocicleta para subirse de un salto. Dio media vuelta, cambió de marcha para ganar potencia y partió hacia la carretera que entraba en Malmédy. Divisó el *jeep* a medio kilómetro de distancia; cruzaba un puentecillo para entrar en la población. Grannit cambió nuevamente la marcha y dio gas.

—Sigue en dirección sudeste —dijo Von Leinsdorf a Bernie.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Preuss?

—Haz lo que te digo —zanjó Von Leinsdorf, mirando hacia atrás.

Bernie cruzó el centro de la ciudad, un laberinto de calles estrechas y ancestrales, evitando las colisiones, sorteando obstáculos y haciendo caso omiso de las señales de tráfico. Las aceras estaban atestadas de civiles que huían del avance alemán cargados de maletas y bolsas, o que arrastraban carros con sus posesiones. En dos ocasiones Bernie estuvo a punto de atropellar a los civiles que cruzaban la calle inesperadamente; uno de ellos llevaba en una jaula un loro de color verde intenso. Llegaban al estrecho puente que conducía a la salida de la población cuando apareció un semioruga en dirección contraria. Bernie dio un bandazo a la derecha sin aminorar la marcha y aceleró, evitando el choque por tan solo unos centímetros; el lateral del *jeep* sacó chispas al rozar contra el muro de piedra.

Tras ellos, Grannit sorteaba el tráfico que avanzaba en dirección contraria, abriéndose paso entre automóviles y camiones más lentos. Al cruzar el primer puente de entrada en la ciudad, torció en una intersección y estuvo a punto de chocar con un carro. Giró bruscamente a la derecha, se subió a la acera, tocó el claxon y gritó a la gente que se apartara de su camino. Esquivó a un grupo de soldados aliados que organizaban la defensa en el perímetro oriental del pueblo, cerca de un segundo puente. Estaba cruzándolo cuando tuvo que frenar en seco ante el avance de una columna de vehículos americanos que entraban a toda velocidad. De pie en la motocicleta, Grannit miró hacia delante y avistó el *jeep* al otro lado del puente,

entrando en una recta que cruzaba los campos. Algunos policías militares saltaron de un *jeep* para instalar un control de carretera y dirigir el tráfico.

—¡Despejen este puente, maldita sea! —les gritó Grannit, mostrándoles su placa.

Los policías se abrieron paso entre el tráfico y le despejaron el camino. Entonces los soldados que entraban en el pueblo le gritaron que no siguiera en dirección este. Los paracaidistas habían tomado todos los pueblos y columnas de panzers llegaban tras ellos.

Cuando el *jeep* dejó atrás las afueras de la ciudad, Bernie tuvo que conducir por el arcén. Vehículos militares norteamericanos atestaban el carril dirección oeste; transportaban soldados en el capó de los *jeeps* y otros colgaban de los laterales de los camiones. Los hombres tenían la mirada atormentada de la fatiga de guerra y muchos estaban heridos. Oyeron por el este el fragor de la artillería y el tableteo de las pequeñas armas. Von Leinsdorf encendió un cigarrillo, sin poder sacarse la sonrisa del rostro.

—Vaya panorama, Brooklyn. Tu ejército americano de aficionados; ¿qué te había dicho? «Retirada» es una palabra demasiado digna... Se largan como pueden, y solo han pasado cuatro horas.

Bernie no respondió, alarmado por la imagen que le mostraba el espejo retrovisor. En cuanto los policías militares le abrieron paso, Grannit aceleró y cruzó el puente a toda velocidad, en dirección contraria a la columna norteamericana en retirada. Volvió a divisar el *jeep* en lo alto de un cerro, a un kilómetro de distancia, donde la carretera cruzaba un tramo de sinuosas colinas. Bernie intentó dar más velocidad al *jeep* mientras subía otra loma.

—Alguien nos sigue —dijo.

Von Leinsdorf miró hacia atrás y vio que la motocicleta superaba la colina anterior. Agarró el fusil. Cuando alcanzaron la cima siguiente, la moto había reducido la distancia a medio kilómetro.

—¿Quién es? —preguntó Bernie.

—No lo sé. Quizá se nos ha olvidado pagar la cuenta del hospital —se burló Von Leinsdorf, acoplando una mira telescópica al fusil—. Para al pie de la siguiente colina.

Cuando alcanzaron la base de la colina, Bernie salió de la carretera y se ocultó en el camino de entrada a una granja, que quedaba escondido entre unos pinos. Una vez fuera de vista, apagó el motor. Anochecía. El silencio del campo permitía oír el zumbido de la motocicleta que se aproximaba. Von Leinsdorf apoyó el cañón del arma en la parte trasera del parabrisas y esperó. El zumbido se hizo más intenso. Miró por la mirilla y enfocó la cima de la colina.

Un estruendo de platos rotos proveniente de la granja hizo que Bernie se volviera precipitadamente. Por la ventana apareció el rostro de un policía militar, luego la puerta se abrió y un grupo de seis jóvenes soldados echó a correr hacia ellos.

—¡Santo Dios, apartaos! —gritó uno de ellos—. ¿Pero qué demonios hacen?

Von Leinsdorf apartó la vista del punto de mira y les miró con fastidio.

—¡Están ahí arriba, apartaos! —insistió el soldado.

Se oyó un rumor que hizo temblar la tierra, seguido del chirriar del acero contra el acero. Al este, en el extremo más alejado del bosque, aparecieron tres tanques panzer que se detuvieron en lo alto de la loma. A su lado y por detrás les seguía, en formación de combate, una columna de soldados con chaqueta negra. Bernie vio que llevaban en el cuello el doble relámpago de los *Panzergranadiers* de las SS.

En la motocicleta, Grannit alcanzó la cima de la colina y frenó en seco en cuanto vio los tanques en la cresta siguiente, a menos de medio kilómetro de distancia. Detrás de ellos, extendiéndose hasta donde le alcanzaba la vista, había una sólida columna de soldados, artillería montada y semiorugas llenos de infantería. Abajo, en un declive, distinguió el *jeep* al que perseguía. Una escuadra de soldados norteamericanos corría hacia ellos desde una granja cercana.

Von Leinsdorf encontró a Grannit en su punto de mira y lo encuadró en el centro del objetivo. Estaba a punto de disparar cuando Bernie tiró del cañón, apartándolo de su diana.

—Creo que es uno de los nuestros, teniente —gritó para que lo oyesen los soldados que se aproximaban.

Von Leinsdorf le fulminó con la mirada, pero no respondió. Bernie se negó a soltar el fusil.

—No querrá que los alemanes sepan que estamos aquí abajo, ¿verdad?

Los soldados de la granja llegaron junto al *jeep*. Todos tenían la edad de Bernie o eran más jóvenes; estaban asustados y confundidos.

—Tiene que sacarnos de aquí —dijo uno de ellos.

—¿Quién coño sois? —espetó Von Leinsdorf.

—Compañía de fusileros, 99.^a de Infantería —recitó su sargento—. Estábamos minando una pista forestal cerca de las colinas cuando los alemanes empezaron a salir de la nada. Nuestro *jeep* fue alcanzado. Llevamos horas esquivándolos e intentando volver a nuestras líneas.

—Están por todas partes. ¿Qué hacemos, teniente? —preguntó otro.

Uno de los jóvenes norteamericanos, que llevaba una pierna vendada, empezó a llorar. Todos miraban a Von Leinsdorf en busca de apoyo, como un grupo de desorientados *boy scouts*. Von Leinsdorf apenas podía ocultar su disgusto.

—Aún no nos han divisado. Vamos, subid al *jeep* y escaparemos —propuso Bernie.

Los seis soldados se apretujaron en el asiento trasero y se subieron a los estribos mientras Bernie encendía el motor.

En el valle que se extendía a sus pies, Grannit vio que el oficial al que venía persiguiendo desde el hospital se levantaba de su asiento y alzaba el fusil. Sus miradas se cruzaron y el hombre saludó desenfadadamente, mientras el *jeep* daba media vuelta y se internaba en el camino de la granja.

La torreta de uno de los tanques estaba girando en su dirección. Grannit dio media vuelta y aceleró colina abajo, hacia Malmédy. El primer proyectil le pasó silbando junto a la cabeza y estalló al lado de la carretera.

*67.º Hospital de evacuación
16 de diciembre, mediodía*

El cuerpo desnudo de Gunther Preuss yacía en una mesa de acero inoxidable detrás de unas cortinas, cerca de la parte posterior de la carpa de cirugía, en un improvisado depósito de cadáveres. El cadáver de Vincent Mallory, que ya habían examinado, yacía en otra superficie, cubierto con una sábana manchada de sangre. Earl Grannit había conseguido que el cirujano jefe con quien había hablado antes examinase los cuerpos de ambos hombres. Mientras el médico los abría, Grannit se sentó a un lado y encendió un cigarrillo para aliviar el hedor, una técnica que había aprendido durante sus visitas al depósito de cadáveres de Nueva York.

En cuanto hubo regresado al hospital, Grannit fue en busca de un oficial superior para darle una descripción detallada del batallón alemán que había visto en la carretera, al este de Malmédy. Después, de vuelta a su misión, comprobó que Ole había precintado la escena, aislado las pruebas antes de que las tirasen y que había recogido las declaraciones de los testigos. De entre las pruebas, Grannit mostró especial interés por las dos bolsas de suero intravenoso. Ambas se habían cortado siguiendo el mismo patrón.

El doctor llamó a Grannit y señaló unas membranas mucosas anormales, de color rosa intenso, que cubrían la garganta y los pulmones del muerto. Pese al cigarrillo, Grannit percibió un débil olor a almendras amargas que emanaba del cuerpo.

—Ambos fueron envenenados. Alguna toxina causó la hemorragia que destruyó todo su tejido blando —dijo el médico.

—¿Qué cree que fue?

—A juzgar por el olor, si recuerdo correctamente mis rudimentarias nociones de química, ácido hidrocianico. Prúsico, o cianuro.

—Algo que puede verterse en una bolsa de intravenoso.

—Se dispensa en forma líquida. Es una sustancia transparente, de modo que nadie la notaría.

—¿Era una dosis grande?

—Tan solo se requieren unas gotas... no se acerque demasiado con ese cigarrillo, teniente, o notará un sabor desagradable en la boca; esta sustancia forma un mal compuesto con el tabaco.

Grannit retrocedió.

—¿Tienen cianuro aquí, en el hospital?

—No, señor —el médico se quitó los guantes y le miró con severidad—. Usted es

policía, ¿no es así? O lo era, allá en casa.

—En efecto.

—¿Le importaría decirme qué sucede? Como si la matanza no fuera suficiente, ¿algún hijo de puta ha venido a mi hospital a asesinar soldados heridos? ¿Cómo es posible que pase algo así?

—Podré decírselo más tarde.

—Debo volver al trabajo. Se rumora que tenemos un problema gordo ahí fuera. ¿Eso es lo que ha visto?

—«Problema gordo» no lo describe del todo.

—Se dice que quizá tengamos que retirarnos, si el maldito ejército no reacciona antes de que se nos echen encima. Mi personal no puede salvar vidas en un campo alemán de prisioneros.

El doctor le dejó a solas con los cuerpos. Grannit apagó el cigarrillo y observó con detenimiento al falso Vincent Mallory. El segundo soldado muerto sin identificar en dos días. Con insignias de capitán. Manos sin callosidades, anillo de casado. Un nuevo par de botas, arrebatadas a uno de los soldados muertos en el control.

Este era el segundo oficial que el policía militar vio en el *jeep*, en Elsenborn.

«¿Por qué mataste a este, teniente? ¿Le disparan durante el trayecto y, de pronto, también es prescindible? ¿Un oficial superior? Esta no era una herida fatal, como la de tu otro hombre... perdigones en el hombro y el cuello... pero, de todos modos, te lo cargas».

«Entonces, ¿por qué correr el riesgo de llevarle a un hospital? Si lo querías muerto, ¿por qué traerlo aquí, en lugar de dispararle en una cuneta?».

«A menos que persiguieras al verdadero Mallory. ¿Es eso lo que te trajo aquí, necesitabas terminar el trabajo? Pero ¿cómo podías saber que Mallory había sobrevivido? En el estado en que lo dejaste, ¿qué probabilidades tenía? ¿Y por qué ibas a dar sus placas de identificación a tu hombre, a menos que creyeras que Mallory estaba muerto?».

«Porque el sargento superviviente era un cabo suelto y no sabías que lo habías dejado hasta que llegaste aquí y tu amigo ingresó con la placa de identificación de Mallory. Una vez dentro, descubriste lo que sucedía y los asesinaste a ambos».

Podía dejar los motivos para más tarde. Grannit había visto al hombre que había hecho aquello. El teniente rubio. De pie en el *jeep*, saludándole.

«Cinco asesinatos en dos días. Un asesino que tiene la sangre fría de cortar la bolsa de suero de Mallory, verter veneno dentro y luego hacerle lo mismo a su propio hombre de camino a la salida, antes de que Mallory haya muerto».

Una lente de aumento montada en un soporte atornillado a la mesa de autopsias llamó la atención de Grannit. Luego recordó la fotografía que había encontrado en la bota del otro hombre, lo que le llevó a las botas de este, que estaban debajo de la mesa. Rebuscó en su interior, sin encontrar nada; después, siguiendo una corazonada, sacó una navaja y hurgó en los tacones.

El derecho se desprendió en su mano. Oculto en su interior encontró un trozo de papel plegado. Era el mapa trazado a mano de un río y el puente que lo cruzaba; detallaba las carreteras de acceso a ambas orillas y los puestos defensivos. Había unas palabras garabateadas apresuradamente en los márgenes, pero Grannit no pudo identificarlas. Unas flechas señalaban hacia ambos lados de otros dos puentes solo esbozados, sin detallar.

Ole Carlson entró rápidamente en la tienda, sosteniendo una bolsa de plástico.

—Llevó algo de tiempo, pero las he encontrado, Earl. Estas son las balas de Mallory. Del Mallory verdadero, no del falso.

—Comprendo, Ole.

Carlson fijó la vista en el cadáver que reposaba en la mesa de autopsias y la apartó como si le hubieran golpeado en el estómago, súbitamente pálido. Después abrió los ojos y miró a Mallory, que yacía en la otra mesa.

—Oh, Dios mío.

—¿Te encuentras bien, Ole?

—Pues no mucho, la verdad.

—Cierra los ojos y respira.

—Lo haría, pero el olor me supone un pequeño problema.

—En eso no puedo ayudarte.

Grannit colocó las balas bajo la lente de aumento. Una estaba muy dañada y era poco más que un bulto informe; probablemente procedía del disparo que había destrozado la mandíbula de Mallory. Las otras eran balas de pistola y, a simple vista, supo que eran del calibre 45 y que procedían de un Colt, el arma de los oficiales estadounidenses. Pero también tenían un estriado peculiar, como si hubieran pasado por un cañón anormalmente largo.

—Sacaron algunos perdigones del falso Mallory —dijo Carlson, esforzándose en no vomitar y evitando mirar los cadáveres—. Es raro, ¿no crees? ¿Quién diantres utiliza escopetas ahí fuera? No es temporada de caza, que yo sepa. Maldita sea, esta peste puede tumbar a un toro.

—¿Quieres un cigarrillo?

—No, gracias; con un cigarrillo seguro que vomito.

Grannit extrajo la fotografía que había encontrado en el primer desconocido y la sostuvo bajo la lente.

—Por cierto, finalmente conseguí hablar con el 12.º Ejército —comentó Carlson—. Las líneas telefónicas no funcionan, creen que es cosa de los alemanes. Así que comuniqué con ellos por radio; los alemanes también se les echan encima...

—¿Preguntaste por la patrulla?

—Sí. El Doce no tiene constancia de que haya ninguna patrulla en este sector que responda a esa descripción.

—Hay un motivo para eso.

—¿Cuál?

Grannit le indicó que mirase a través de la lente la fotografía de la mujer en el muelle.

Entre las estructuras que flanqueaban el muelle había un edificio administrativo, probablemente las aduanas del puerto. Esculpida en el entablamento de piedra de la entrada, en el centro de una corona de laurel atrapada en los talones del águila imperial alemana, se veía una trabajada esvástica.

—Son alemanes —respondió Grannit.

Versalles, Francia

16 de diciembre, 15:00 horas

Dwight Eisenhower se recuperaba de la resaca del champán que había bebido esa misma mañana. Su ayuda de cámara, un antiguo botones llamado Mickey McKeough, acababa de casarse con su novia y sargento del ejército femenino en la capilla dorada de Luis XIV del palacio Trianón, dentro del recinto de Versalles. Eisenhower había comentado a un amigo que los diminutos novios estaban tan guapos que podrían decorar su propio pastel de bodas. El convite se había prolongado hasta primera hora de la tarde y, cuando se acabó el champán, habían sacado más de la bodega privada del general. A tan solo nueve días de la Navidad y con el frente firmemente controlado por los Aliados, eran pocos los agotados miembros del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Expedicionarias Aliadas que necesitaban una excusa para desahogarse, aunque desear lo mejor a Mickey y su esposa era una de las más apropiadas.

El general Eisenhower tenía un motivo de celebración más personal. Aquella mañana había llegado un telegrama con la noticia de que el presidente Roosevelt había presentado al Congreso su nominación para el puesto de capitán general del ejército. Esta nueva graduación suponía la llegada de su quinta estrella y convertirse en la única autoridad de todas las fuerzas armadas aliadas en Europa. Desde la Primera Guerra Mundial no se había conferido tanto poder a un único soldado. Tras pasar dieciséis años como comandante en trabajos de despacho, Eisenhower había ascendido de teniente coronel a la graduación más elevada del ejército en poco más de tres años. El afable hombre de Kansas, de cincuenta y cuatro años de edad, había planeado celebrarlo aquella noche con una cena privada y algunos compañeros de copas, entre ellos uno de sus mejores amigos y colegas, el general Omar Bradley. Bradley había conseguido que les enviaran, desde la costa normanda, una caja de las ostras favoritas de Ike. Sus recientes éxitos en campaña hacían que, por primera vez en dos años, Eisenhower sintiera que podía librarse brevemente del peso de la guerra.

Eisenhower, Bradley y otros cuatro oficiales se encontraban en el salón de baile Clemenceau del palacio Trianón de Versalles, que utilizaban como sala de mapas. Celebraban una relajada reunión sobre cómo acelerar la instrucción y la llegada de soldados de reemplazo desde Estados Unidos. Eisenhower bebió café, fumó un cigarrillo tras otro, se metió un puñado de aspirinas en la boca y tomó un gran almuerzo para intentar librarse del dolor de cabeza ocasionado por el champán

matinal, antes de enfrentarse al *whisky* de la noche. Ya se medicaba la tensión alta y el estrés. Su rodilla izquierda, afectada por un esguince desde hacía dos meses y que se recuperaba lentamente, le dolía por la llegada de un frente frío. En el exterior, cercanos ya los días más breves del año, empezaba a oscurecer.

La reunión se vio interrumpida por la llegada del ayudante del general de brigada británico Kenneth Strong, que era el jefe de Inteligencia de Eisenhower. Con semblante serio, el recién llegado hizo salir a Strong de la sala. Eisenhower vio la misma expresión en el rostro de Strong cuando este regresó y le pidió que compartiera las noticias. El responsable de Inteligencia se dirigió a uno de los grandes mapas que adornaban las paredes.

—Estamos recibiendo informes fragmentarios de que esta mañana el enemigo ha contraatacado en un amplio frente. Aquí, en las Ardenas, sector del Primer Ejército, y hacia el sur hasta Luxemburgo.

Eisenhower miró a Bradley, cuyo cuartel general se encontraba en la ciudad de Luxemburgo.

—¿Qué sabes de esto?

—Ayer estaba en Spa con el general Hodges, pero no vi nada.

—¿Tampoco oíste nada, Brad?

—Cuando nos íbamos, llegaron algunos informes. Lo primero que pensé es que se trataba de simples escaramuzas; y es lo que sigo creyendo. Intentan dificultar nuestro avance por el Rin.

Eisenhower se puso en pie para acercarse al mapa y señaló el paso de Losheim. A este sector lo denominaban el «Frente Fantasma» porque apenas se había producido acción en él desde el asalto a París de Hitler, cuatro años antes. Eisenhower recordaba que ese tranquilo pasillo de once kilómetros había sido el carril rápido de las primeras invasiones alemanas de Francia en 1914 y 1870. Al concentrar sus efectivos al norte y al sur, tras expulsar a los alemanes de Francia, los Aliados habían asumido que, en invierno, el terreno difícil y las malas carreteras de las apenas defendidas Ardenas no ofrecían ninguna ventaja estratégica o tentación táctica al maltrecho ejército nazi.

—Nuestra presencia en la zona es escasa, ¿verdad, Brad?

—Cuatro divisiones.

—Y están muy verdes, ¿no?

—Dos de ellas son reemplazos; las otras, veteranos sacados del frente después de duros combates.

—Así que mitad guardaría y mitad asilo.

—Ese es el riesgo que hemos asumido.

—¿Cuántas divisiones tienen? ¿Tenemos un recuento?

—Aún no —respondió Strong—. Pero Jerry ha establecido una concentración estable al otro lado de la Sigfrido, diez divisiones ya...

—E Inteligencia siempre ha indicado que era una línea puramente defensiva, en anticipación a nuestro avance contra ellos —dijo Bradley, levemente irritado.

—Pues bien, ahora ya no es defensiva.

—Tiene que tratarse de un ataque local, para distraer el avance de Patton por el Rin.

A todos les había sorprendido la noticia, pero Eisenhower fue el primero en recuperarse. Su dolor de cabeza había desaparecido, barrido por la inquietud y la lucidez.

—Este es nuestro punto más débil. ¿Por qué atacarían nuestro punto más débil con tantos efectivos?

—Desconozco la respuesta —admitió Bradley—. No tienen un objetivo territorial, ese terreno no vale nada.

—Esto no es una maniobra de distracción. No con esos efectivos.

—¿Entonces qué clase de ataque es? —preguntó Bradley.

—Aún no lo sé, Brad; pero no voy a esperar a descubrirlo. El Primer Ejército no tiene reserva, nos han pillado con los pantalones bajados.

—Estoy convencido de que, a estas alturas, Hodges nos habría informado...

—Quizá no puede. Moviliza la 7.^a Acorazada, que a salga de Holanda y que marche hacia Spa por la mañana. Y quiero tres divisiones más en alerta para apoyar el sector hasta que el asunto esté solucionado —determinó Eisenhower—. ¿Qué tenemos disponible?

—Tenemos la 82 y la 101 acampadas cerca de Reims —respondió Strong.

—Todavía las están reequipando —terció Bradley.

—Cancela todos los permisos, que vuelvan al campamento y estén listos para partir en veinticuatro horas. Patton tendrá que cedernos una de las suyas para la tercera —dijo Eisenhower.

—Eso va a repercutir en su avance por el Sarre. A George no va a gustarle —objetó Bradley.

—George no dirige esta maldita guerra —replicó Eisenhower.

Hasta el día siguiente no sabrían que el general Courtney Hodges, comandante del Primer Ejército con sede en Spa, llevaba toda la mañana intentando alertar al cuartel general aliado de Versalles, pues las tropas alemanas estaban barriendo sus posiciones avanzadas.

Todas las líneas telefónicas estaban cortadas.

El mal tiempo en las Ardenas empeoró durante la noche. Soplaron vientos fríos y un frente muy nuboso descargó tormentas de aguanieve y nevadas esporádicas. Al otro lado del canal de la Mancha, las nefastas condiciones meteorológicas azotaron toda Inglaterra, lo que obligó a permanecer en tierra a los cazas y bombarderos aliados que podrían haber frenado el avance alemán inicial. Los C-47 de transporte no pudieron despegar de las bases británicas, lo que dejó sin refuerzos ni nuevos suministros a las tropas asediadas en un frente que se hacía cada vez mayor.

Al amanecer, las inconexas comunicaciones que recibía el Mando Supremo Aliado habían acabado por dar forma a la alarmante realidad: el sector más débil del

frente estaba siendo atacado por treinta y seis divisiones, más de medio millón de hombres, la mayor ofensiva alemana de toda la guerra.

Las Ardenas

16 de diciembre, 22:00 horas

Bernie conducía el *jeep* por una pista forestal, al abrigo de un bosque cercano. Al oír que las tropas alemanas avanzaban en esa dirección, salieron de la pista y los seis jóvenes de la 99.^a de Infantería cubrieron el *jeep* con las ramas que había derribado el fuego de artillería. Bernie, Von Leinsdorf y los americanos esperaron en silencio a que la línea avanzada de la infantería alemana y los vehículos de reconocimiento, visibles a veinte metros de distancia, al borde del bosque, pasaran de largo. Von Leinsdorf tuvo que ordenar a los excitados ingenieros que se estuvieran quietos y en silencio. Aquellos eran veteranos alemanes listos para la batalla; si esos muchachos inexpertos provocaban que abriesen fuego, estaban todos muertos. Cuando los alemanes dejaron el camino despejado —Von Leinsdorf los identificó como una compañía de reconocimiento—, se subieron de nuevo al *jeep* y se internaron cautelosamente en el bosque, rumbo al este.

Una hora después del anochecer encontraron una cabaña de leñadores abandonada. Bernie aparcó el *jeep* en un pequeño cobertizo de la parte trasera y cerró las puertas. Corrieron las cortinas para cegar la cabaña de una sola habitación, encendieron una lámpara de queroseno y se instalaron para pasar la noche. Bernie curó las heridas del soldado con el botiquín del *jeep*. Las detonaciones de la artillería, los cohetes que silbaban sobre sus cabezas y los chasquidos de las armas continuaron toda la noche. Los fusileros compartieron con ellos sus raciones, que comieron frías. Von Leinsdorf sonsacó a los americanos todo cuanto pudo de su compañía y de sus movimientos durante el último día. Estaba claro que el ataque alemán había tomado totalmente por sorpresa a los Aliados.

Von Leinsdorf asignó turnos de guardia para el resto de la noche; el primer hombre se situó en su puesto junto a la puerta, mientras el resto se acostaba. Después dijo al sargento del pelotón que le gustaría echar un vistazo a sus mapas y los desplegó en la rudimentaria mesa de la habitación. Sosteniendo la lámpara cerca, intentó localizar su posición.

Uno de los muchachos americanos, un soldado con cara de bebé, se arrastró hacia donde estaba Bernie, le ofreció un cigarrillo y se lo encendió, ahuecando las manos para ocultar la llama.

—Eres de Nueva York, ¿no? —preguntó el muchacho.

—Sí.

—Eso me pareció. Te lo noté en la voz. Yo también; Charlie Decker.

—Jimmy Tenella —dijo Bernie.

—Un placer conocerte, Jimmy. Yo soy del Bronx, ¿conoces Grand Concourse, cerca de Van Cortland Park?

—¿Fan de los Yankees?

—Solo de nacimiento.

—Yo soy de Brooklyn.

—De los Dodgers, peor para ti. —Se dieron la mano con cierta incomodidad—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí, Jimmy?

—Demasiado —respondió Bernie. Advirtió que Von Leinsdorf les observaba desde el otro lado de la habitación.

—¿Viniste con los primeros? Desde el día D, ¿eh?

—Parece como si hiciera más tiempo.

—Guau. Nosotros llevamos aquí tres semanas. Recién salidos de la balsa —dijo Charlie, intentando parecer curtido e indiferente—. Acabé el instituto hace seis meses. Antes nunca había estado en ninguna parte.

—Ahora lo estás.

—Vosotros, tíos, sabéis cómo manejarse. Habréis visto hasta el fuego del infierno, ¿me equivoco?

Bernie lo miró fijamente.

—He visto algunas cosas.

—Seguramente también les dieron formación elemental. A nosotros apenas nos enseñaron nada; y luego van y nos dejan aquí, diciéndonos que no entraremos en acción... Ni siquiera llevo los calcetines correctos.

Charlie sonrió y meneó la cabeza lentamente. Con su rostro sin líneas de expresión y sus grandes ojos, parecía tomarse su difícil situación con una indiferencia sobrecogedora. Bernie sintió la necesidad imperiosa de alejarse de él.

—¿Tienes chica en casa, Jimmy?

—No, la verdad es que no. ¿Y tú?

—Ann Marie Possler. Una chica encantadora. El otro día recibí carta suya. Finalmente, anoche escribí la respuesta. —Se sacó una carta de la chaqueta, sonriendo mientras la miraba—. Ella está en Queens. Me gustaría que le entregaras esto.

—Solo mantente a cubierto y todo saldrá bien.

—Voy a morir hoy.

Bernie no supo qué responder, pero la expresión vacua del rostro de Charlie le produjo un escalofrío.

«Puede que lo sepa. Puede que tenga razón».

Charlie señaló al soldado herido del otro extremo de la habitación:

—Fíjate en Bobby Dugan; hoy le alcanza algo de metralla, ¿se cae a pedazos? No, llegará a viejo y morirá en la cama. —Entonces señaló con un gesto a dos más de sus hombres—. Rodney y Patchett. Ellos tampoco volverán a su casa.

—Vamos, para ya; ¿cómo puedes saberlo?

—He oído las palabras del Profeta. Incluso un corazón de piedra puede convertirse en un corazón de carne, si no rechaza las enseñanzas. La nueva alianza será indestructible. Estará escrita en el corazón. La redención está cerca.

Charlie le tendió el sobre. Bernie vio locura en sus ojos.

—Pronuncia la palabra, limpia tu alma de pecado y sanarás; y tendrás una nueva vida —dijo Charlie; sin cambiar de expresión, añadió—: Asegúrate de que esto llega al correo, ¿vale?

—Fijo, Charlie. Me encargaré de eso —respondió Bernie, metiéndose la carta en el bolsillo.

—¿Tienes una Biblia, Jimmy?

—No la llevo encima.

—Me gustaría que te quedaras la mía. Toma, quédátela.

—Mejor te la quedas tú.

—Envía la carta. Tengo un buen presentimiento respecto a ti —dijo Charlie, echándose de nuevo en su petate.

Bernie se alejó de él y se quedó junto a la puerta, intentando sacarse de la cabeza la voz del muchacho. Cuando Von Leinsdorf terminó en la mesa, se reunió con Bernie fuera, para fumar. El aire estaba tan quieto como un lago helado. Se apartaron de la cabina para que nadie pudiera oírles. La niebla se espesaba y la nieve caía silenciosamente a su alrededor.

—¿Has hablado con esos tipos? —susurró Bernie—. Al menos uno de ellos es un puto lunático.

Von Leinsdorf consultó su reloj.

—Dentro de unas horas tenemos que estar en otra parte.

—¿Dónde, para qué?

—Para recoger algo que necesitamos.

—¿Tiene que ver con el puente o con lo otro?

—Con lo otro —replicó Von Leinsdorf, fulminándole con la mirada—. Y ellos no vienen con nosotros.

—Déjalos aquí. Diles que vamos a buscar ayuda...

—No he pedido sugerencias.

Von Leinsdorf puso un nuevo cargador en su arma.

—Pues envía señales a una de nuestras patrullas, identifícanos... tenemos señales para eso, ¿no? Deja que se rindan.

Von Leinsdorf metió una bala en la recámara.

—Te estás poniendo sentimental, Brooklyn.

—Oye, ellos no tienen ni idea de quiénes somos o de lo que hacemos. ¿Qué pueden decir que vaya a causarnos problemas? No tienes por qué matarlos.

—Si no quieres colaborar, lo haré yo solo.

Oyeron que la puerta de la cabaña se abría a sus espaldas. Uno de los fusileros

salió a orinar. Von Leinsdorf alzó el arma instintivamente, pero el hombre no miraba en su dirección y no dio muestras de saber que estaban allí. Bernie se interpuso entre Von Leinsdorf y su blanco.

—Necesito saber qué coño estamos haciendo —susurró Bernie—. ¿Qué tenemos que recoger?

—Pases de seguridad. De la *Abwehr*.

Ante la mención del servicio de inteligencia alemán, el corazón de Bernie dio un vuelco.

—¿Por qué no nos los dieron antes de irnos?

—Tenían que estar en casa de la mujer gorda, la noche que cruzamos. Estarán ahí ahora.

—¿Y para qué coño los necesitamos?

—No puedo contarte más. ¿Vas a ayudar o esperas aquí fuera?

—No podemos dispararles. ¿Y si hay una patrulla en la zona?

Como respuesta, Von Leinsdorf sacó el silenciador y lo enroscó en la pistola.

Bernie vio que el fusilero regresaba dentro.

—Al menos deja que primero se duerman. Entonces será más fácil.

—No, si somos dos. —Von Leinsdorf vio la expresión de Bernie y cedió—. De acuerdo. Esperaremos a que estén dormidos.

Bernie le siguió al interior. Le dijo al soldado de la ventana que descansara, él haría la última guardia. El americano se reunió con sus compañeros en el suelo. Tres ya dormían; los otros dos jugaban a cartas a la luz del farol. Bernie miró a Von Leinsdorf. Ambos encendieron un cigarrillo y esperaron.

Mientras la nieve se acumulaba en el exterior, la niebla redujo su campo de visión a menos de veinte metros; un blanco vacío rodeaba la cabaña. Las primeras luces del amanecer ya se dibujaban en el cielo cuando los soldados apagaron el farol y se acostaron. Von Leinsdorf desenfundó su pistola e hizo señas a Bernie. Bernie cogió el fusil que estaba apoyado en la puerta y bajó la vista hacia Charlie Decker, que dormía a sus pies.

«Podrías disparar a Von Leinsdorf».

«No. No sin saber en qué consiste su misión». Pero tampoco podía disparar a esos soldados.

Von Leinsdorf apuntó a la cabeza del primer hombre. Bernie oyó un ruido fuera y movió la mano para detenerle. Entreabrió la ventana e indicó a Von Leinsdorf que se acercara.

El débil borboteo de motores diésel. Poco después, ambos oyeron gritos distantes, cada vez más próximos. Charlie Decker despertó al oír las voces y vio a Bernie y a Von Leinsdorf en la ventana.

—¿Quién es? ¿Quién está ahí fuera? —preguntó.

Von Leinsdorf le hizo gestos urgentes de que guardase silencio. Esperaron. Más gritos, más cerca, seguidos del crujir de pasos corriendo fuera, en la nieve. Unos

disparos aislados, luego ráfagas de fuego automático. Después vino el inconfundible chirrido de los engranajes pesados. Bernie reconoció el sonido característico: se aproximaban tanques alemanes.

—Son los nuestros —dijo Bernie a Von Leinsdorf, antes de que pudiese censurarse.

Creyendo que se refería a los americanos, Charlie Decker abrió la puerta de par en par y corrió fuera antes de que Bernie lograra detenerle.

—¡Eh! ¡Eh, chicos! ¡Eh, somos americanos! ¡Estamos aquí!

De algún lugar de la niebla, una ráfaga de balas del calibre 50 barrió la fachada de la cabaña; abatió a Charlie Decker en la misma puerta, abriéndole el torso. Charlie cayó hacia atrás y estaba muerto antes de tocar el suelo, a los pies de Bernie. Todos en el interior corrieron a ponerse a cubierto. Bernie bajó la vista hacia Decker: una leve sonrisa en su cara de niño, su mirada cada vez más vidriosa.

Poco después, soldados norteamericanos surgieron entre la niebla frente a la cabaña, un pelotón en precipitada retirada, la mayoría sin armas, que corría para salvar la vida. Una bala de tanque golpeó secamente la cabaña, pero no detonó; un proyectil defectuoso, cuya nariz quedó asomándose entre dos maderos. Al verlo, dos de los fusileros se precipitaron hacia la puerta trasera, enloquecidos por el miedo. Se inició un fuego más pesado, las balas perforaron las paredes de la cabaña, se oyeron gritos detrás.

Von Leinsdorf y Bernie se echaron al suelo, mientras más balas silbaban sobre sus cabezas. El muchacho norteamericano herido se arrastró hasta la pared trasera y empezó a gritar, llamando a su madre, mientras las balas volaban por la habitación.

Bernie gateó a la puerta abierta y la empujó hasta casi cerrarla. Una hilera fantasmagórica de paracaidistas alemanes, vestidos con parkas blancas y camuflaje de invierno, se materializaron de entre la niebla, disparando sus metralletas. Detrás de ellos apareció la boca de un panzer blanco y, poco después, el enorme cuerpo del tanque, pintado de blanco fantasmal. Von Leinsdorf se arrastró al lado de Bernie.

—Te dije que tendríamos que haberlos matado —le susurró al oído.

El panzer avanzó hacia la cabaña, mientras los paracaidistas pasaban trotando ante el edificio, en busca de los supervivientes que corrían ante ellos. Von Leinsdorf se arrastró junto al muchacho herido y le tapó la boca con la mano. Apoyados contra la base del muro, los últimos dos fusileros miraban a Von Leinsdorf esperando órdenes, a punto de venirse abajo y echar a correr con los otros. Von Leinsdorf les indicó que no se movieran.

Bernie vio la parka de un soldado alemán que asomaba por la ventana de la cabaña. El paracaidista apretó la cara contra el grueso cristal para intentar vislumbrar el interior y su respiración se condensó en el vidrio. Los norteamericanos se apiñaron justo debajo de la ventana, aterrorizados. Manteniendo la mano en la boca del soldado herido, Von Leinsdorf sacó el cuchillo y lo llevó a la garganta del muchacho. Un momento después, el soldado alemán se alejó. Bernie se puso de rodillas y se

asomó a la misma ventana. Lo que vio le hizo echarse al suelo, lo más lejos posible de la pared.

El cañón del panzer perforó la ventana y penetró hasta el centro de la estancia. Se detuvo un momento y luego viró violentamente a la derecha, volcando muebles y derribando estantes. Bernie se aplastó contra la pared más próxima al tanque, lejos de donde estaba montada la ametralladora. Oyó que la máquina engranaba mientras el cañón viraba a la izquierda. Del interior del tanque le llegaron unos murmullos apagados. Alguien cargó la ametralladora.

Los americanos, aterrorizados, corrieron hacia la puerta trasera. Bernie se volvió a tiempo de ver a Von Leinsdorf cortándole el cuello al soldado herido. Oyó que la dotación del tanque introducía otro proyectil en la cámara y corrió hacia la puerta, justo cuando el cañón disparaba. La detonación reventó la pared trasera de la cabaña, mientras Bernie y Von Leinsdorf salían por la puerta. Bernie sintió la onda expansiva desde atrás, en todo el cuerpo; el estruendo de la explosión le dejó sordo.

Cayó de bruces sobre la nieve. Se volvió y miró hacia arriba, aturdido, perdido en un mundo blanco y silencioso. Desorientado, se incorporó a gatas e intentó recordar dónde se encontraba. Un tono agudo, como una campanada, surgió del profundo silencio y le perforó la cabeza. Sintió que alguien le tiraba de la manga, le obligaba a levantarse —Von Leinsdorf— y le empujaba hacia la niebla. Bernie vio que las orugas de tanque se apartaban de la reventada pared de la cabaña. Una bota aterrizó en la nieve ante él, con la pierna aún dentro. Sintió algo húmedo en el rostro, se pasó la mano para limpiarlo y la retiró llena de sangre, rojo intenso contra blanco.

Avanzaron a trompicones entre la nieve, Bernie detrás de Von Leinsdorf, intentando no perderle de vista. Sabía que gritaba, pero no podía oír su propia voz. Von Leinsdorf desapareció ante él, en la niebla. Bernie volvió la cabeza para buscarlo y un árbol apareció de la nada. No tuvo tiempo de detenerse ni de variar el curso del movimiento; una rama baja le golpeó en el cuello y todo oscureció.

Malmédy

17 de diciembre, 8:00 horas

La orden de abandonar el 67.º Hospital de evacuación llegó poco después de las 7:30, procedente del cuartel general del Primer Ejército de Spa. La situación en el este había empeorado progresivamente durante la noche, a medida que llegaban nuevas oleadas de heridos a las instalaciones. La confirmación de que divisiones panzer de las *Waffen-SS* avanzaban hacia Malmédy aceleró la decisión de retirarse; las historias de sus atrocidades con las prisioneras les precedían. Se ordenó a médicos y enfermeras que lo dejaran todo y llevaran consigo únicamente lo que pudieran cargar. El cirujano jefe del hospital solicitó un grupo de cinco voluntarias para que se quedaran a atender a los escasos hombres demasiado graves para ser transportados. Todas las enfermeras alzaron la mano, por lo que tuvieron que echarlo a suertes.

Earl Grannit y Ole Carlson habían trabajado toda la noche con una máquina de escribir prestada, atando los cabos de la investigación hasta lograr condensarla en cinco páginas. Tras intentar repetidamente llamar por las deterioradas líneas de Spa y Lieja, finalmente Grannit logró contactar con un oficial de reconocimiento en el cuartel general de Spa, poco después del amanecer.

—Hay una centena de malditos ríos en esta parte de Bélgica —dijo Grannit—. Intentamos averiguar cuál es el que tenemos delante.

Tras describir detalladamente el mapa del río que había encontrado en la bota del alemán muerto, Grannit esperó al otro lado de la línea mientras el oficial consultaba sus gráficos.

—Parece que es el Mosa —respondió finalmente el oficial—. Hay tres puentes al sudoeste de Lieja: en Engis, Amay y Huy.

—¿Qué distancia los separa?

—Intervalos de treinta kilómetros. ¿Tenéis algún mapa?

Carlson tendió uno a Grannit; estaba plegado por aquella sección del río.

—Lo tengo delante. ¿Cuál es su importancia táctica?

El oficial reflexionó unos instantes.

—Si los alemanes pretenden cruzar el Mosa, ese es un lugar perfecto para intentarlo...

—¿Por qué? ¿De qué puede servirles cruzar tan al sur? —preguntó Grannit.

Se oyeron interferencias y la línea se cortó. Grannit zarandeó el auricular, pero no pudo restablecer la conexión. En el exterior, otra bomba estalló cerca. Ole se agachó instintivamente, pero Grannit ni se movió, concentrado en sus pensamientos.

—¿Earl?

—Vamos —dijo finalmente Grannit—. Trae los mapas.

Una flota de camiones y ambulancias se alineaba detrás de las tiendas para escoltar a los pacientes y al personal hasta Lieja. Los misiles V1 y los aviones alemanes seguían silbando sobre las nubes, en dirección oeste. En las cubiertas de lona de los vehículos se pintaban apresuradamente cruces rojas; con ello, el personal esperaba protegerse de los ataques aéreos.

Grannit se sentó al volante del *jeep* y se abrieron camino entre la congestión que rodeaba el hospital. Se dirigieron al oeste, esquivando a una brigada de blindados americanos que iban a Malmédy. Su oficial al mando, de pie en un Willys al final de la columna, les pidió indicaciones a gritos. Grannit le señaló Malmédy, apartó el *jeep* a un lado del arcén y siguió conduciendo.

—Estaba pensando... ¿no tendríamos que explicar a alguien lo que sabemos? —preguntó Carlson.

—¿Qué es lo que sabemos, Ole?

—Pues lo de los alemanes y los asesinatos y... —Ole titubeó unos instantes.

—¿Y qué?

—No sé. Pero alguien del cuartel general debería oírlo.

—Lo hemos intentado, Ole. Nadie responde al maldito teléfono.

—Bien, pues deberíamos ir a decírselo.

—Ya tienen bastante trabajo. Por lo que sé, es posible que ni siquiera sigan ahí.

—Pero esos tipos están matando soldados, Earl.

—Hoy hay mucho de eso por aquí.

—Pero son alemanes...

—Lo sé, Ole; verás, lo explicaremos en cuanto sepamos qué demonios hacen aquí. Ese es ahora nuestro trabajo. Primero, entenderlo.

Grannit dio un bandazo cuando una bomba aterrizó al lado de la carretera.

—Hoy todo el mundo tiene su trabajo y nosotros tenemos el nuestro, ¿de acuerdo? Y, por cierto, el mío no incluye el tener que alegrarte el día.

Encrucijada de Baugnez, Bélgica

17 de diciembre, 13:00 horas

—¡Soldado Tenella! ¡Soldado Tenella!

Cuando Bernie volvió en sí, estaba echado en el gastado suelo de madera de un pequeño café. Un sargento norteamericano le miraba; tenía sus placas de identificación en una mano y le zarandeaba el hombro con la otra. La voz del hombre sonaba apagada, como si Bernie tuviese algodón metido en las orejas. Tardó unos instantes en relacionarse con el nombre que pronunciaba el sargento. Intentó responder, pero su propia voz surgió como un graznido seco que no pudo oír. Sentía

punzadas de dolor en la zona del cuello que se había golpeado contra el árbol y la cabeza le palpitaba a un ritmo quebrantado y punzante. Cuando se incorporó para mirar a su alrededor, advirtió que tenía la frente vendada.

Al menos había otros treinta soldados norteamericanos amontonados en la habitación, agachados o sentados. Ninguno llevaba armas. Dos médicos americanos se trasladaban de un hombre a otro, atendiendo a los heridos. Bernie creyó reconocer algunos rostros, luego echó un vistazo a los parches del hombro y comprendió que formaban parte de la misma unidad con la que se habían encontrado de camino a Malmédy, tan solo un día antes: el 291.º de Ingenieros de Combate. Entonces Bernie vio la media docena de chaquetas negras, los granaderos de las SS armados con metralletas junto a las puertas. Su oficial al mando, un capitán alto y enjuto, estaba cerca, hablando airadamente con un civil de mediana edad.

—¿Dónde estamos? —preguntó Bernie con un áspero susurro.

—¿Y quién coño lo sabe? —replicó el sargento—. Baja la voz; no hables, por lo que más quieras. Gemías demasiado alto. Acaban de darle una paliza a un tipo por mucho menos.

—¿Cómo he llegado hasta aquí?

—Te encontramos en el bosque, a poco menos de un kilómetro de distancia, y te trajimos aquí dentro. —Bernie tuvo que concentrarse en leer los labios del sargento para entenderle—. Estábamos a punto de largarnos cuando esta gran columna de tanques alemanes se nos echó encima; fue todo tan rápido que ni pudimos presentar batalla.

—¿Ha visto a mi teniente? Yo estaba con alguien...

—Lo siento. Solo tú y un puñado de soldados muertos, muchacho. Baja la voz, te oigo perfectamente.

Bernie advirtió que la atención del resto de los prisioneros se volvía hacia la puerta. El capitán de las SS gritaba al civil, que tenía las manos alzadas y se estremecía con cada palabra. Llevaba una camisa blanca y un delantal blanco lleno de manchas, por lo que Bernie supuso que era el dueño del café. El capitán desenfundó el arma y le cruzó la cara con ella. El hombre cayó al suelo y se protegió la cabeza con las manos, rogando por su vida. El capitán le introdujo el cañón de la pistola en la oreja y pareció que iba a disparar, pero no lo hizo. Empujó al hombre al suelo con la bota y luego se volvió hacia sus hombres y empezó a gritar órdenes.

Los SS que guardaban la puerta hicieron señas a los prisioneros, moviendo sus armas:

—*Raus! Raus! Ausenseite!*

Los soldados norteamericanos se levantaron a trompicones y se apretujaron como una unidad en su trayecto hacia la puerta. Arrastrado por los hombres que le rodeaban, Bernie intentó aproximarse a uno de los granaderos para decir algo en alemán, pero no logró acercarse lo suficiente. Sin embargo, aunque lograra llamar su atención, ¿qué les diría? Solo llevaba los documentos de su identidad americana. No

sabía si las otras divisiones involucradas en la invasión tenían siquiera noticia de la existencia de su brigada. Sin Von Leinsdorf para respaldarle, ¿qué sucedería si no le creían?

Los hombres de las SS apiñaron a los prisioneros en el exterior. Ante el café pasaba una carretera principal que se cruzaba con otra más pequeña, que venía del norte y formaba una curva cerrada. Ambas arterias estaban colapsadas por vehículos militares alemanes: artillería, lanzaderas de cohetes, tanques, vehículos de reconocimiento y de transporte de tropas. Divisiones acorazadas completas avanzaban desde el norte y el este. Dos oficiales de las SS gritaban frenéticamente en la intersección, intentando dirigir las columnas a medida que confluían hacia el oeste. El tráfico se extendía en ambas direcciones hasta donde llegaba la vista.

En un prado al este del café, al sur de la carretera principal, un gran grupo de prisioneros norteamericanos, unos cincuenta hombres, se apiñaban entre la nieve pisoteada y la hierba muerta, vigilados de cerca por guardas de la Wehrmacht. Bernie y los soldados del café fueron conducidos al prado con ellos, de modo que acabaron formando una masa sólida. Los soldados alemanes que viajaban por la carretera maldecían y se burlaban de los norteamericanos al pasar junto al prado. Cuando uno de los enormes tanques tigre alemanes aminoró la marcha para maniobrar en la curva cerrada, un oficial —Bernie creyó que se trataba de un general— se puso de pie en la torreta del tanque y gritó a los prisioneros en un seco inglés:

—¿Qué os parecemos ahora, *Amis*? ¡Os queda mucho para llegar a Tipperary, muchachos!

Los otros hombres de las SS que viajaban en el tanque del general se echaron a reír y saludaron burlescamente a los norteamericanos. Un corpulento sargento americano que estaba delante de Bernie les mostró el dedo, lo que solo hizo que los alemanes riesen con más ganas.

—Está bien saber que ya han resuelto ese problema de moral que tenían desde que les echamos de Francia a patadas —dijo el norteamericano, desafiante, acercándose a la carretera y gritándoles—: ¡Nos veremos de nuevo, capullos prusianos! ¡Idos a la mierda!

Algunos de sus compañeros avanzaron unos pasos para interceptarlo y hacerlo regresar al grupo. Algo se cocía en el ambiente que no era del agrado de Bernie. Los alemanes experimentaban una euforia beligerante que parecía temeraria e impredecible. Bernie se abrió paso hasta el extremo meridional de la multitud, alejándose de la carretera, y miró de nuevo hacia el café.

Creyó distinguir una chaqueta verde norteamericana entre los soldados de camisa negra. Se aproximó unos pasos. Cuando el SS que le bloqueaba la vista se apartó, vio a Von Leinsdorf cerca de los soldados, con el casco americano apoyado en la cadera; charlaba con dos oficiales de las SS, que se echaron a reír con uno de sus comentarios. Era evidente que Von Leinsdorf no había tenido problemas para explicar su identidad.

Bernie avanzó hacia el café, agitando los brazos para llamar la atención de Von Leinsdorf. Alzó el casco por encima de la cabeza, la señal de su brigada para alertar a otras divisiones alemanas, e intentó gritarle, pero el tráfico de la carretera le impedía hacerse oír. Dos soldados de la Wehrmacht se dirigieron hacia él tan pronto como se apartó del grupo. Bernie alzó el casco aún más mientras seguía avanzando, esperando que los soldados reconocieran la señal.

—*Ich bin deutsch! Ich bin ein deutscher Soldat!* —exclamó tan alto como pudo.

Von Leinsdorf nunca miró en su dirección. Estrechó la mano de los oficiales y se separaron. El capitán de las SS dio nuevas órdenes a los granaderos, que corrieron hacia el prado mientras él entraba con Von Leinsdorf en el café. Bernie señaló a Von Leinsdorf cuando los dos guardias se abalanzaron sobre él.

—*Der ist mein dominierender Offizier! Ich muß mit ihm sprechen!*

El primer soldado le golpeó en el estómago con la culata del fusil; Bernie se dobló por la cintura. El segundo le golpeó detrás de la oreja. Bernie cayó al suelo y se cubrió la cabeza.

No hubo más golpes. Por un momento, pensó que le habían comprendido. Cuando se atrevió a mirar, los soldados estaban atentos a la carretera. Los granaderos de las SS entraban en el prado, gritando órdenes a todos los alemanes de la zona. Los dos soldados le arrastraron de vuelta al grueso de los prisioneros y lo soltaron en el perímetro del grupo.

Bernie oyó ruido de cristales rotos en el interior del café; poco después salieron llamas de las ventanas. El capitán de las SS sacó a empujones al dueño del establecimiento, lo arrojó al suelo ante la puerta y le pateó, pistola en mano.

Los granaderos del café hicieron señas a dos vehículos de transporte de tropas. Estos se detuvieron en el arcén. Una docena de *Waffen-SS* armados hasta los dientes saltaron de los camiones, escucharon a los granaderos y luego se desplegaron a lo largo de la valla que delimitaba la extensión del prado. Bernie oyó un disparo y se volvió hacia el café; el dueño intentaba correr calle abajo, con una cómica falta de equilibrio. El capitán de las SS disparó su arma por segunda vez, entre carcajadas, más para divertirse que para dar en el blanco. Bernie no supo si Von Leinsdorf se había marchado, pero ya no estaba a la vista.

Los americanos del prado se revolvían, intranquilos. Bernie percibió en el ambiente la violencia que se avecinaba. Cuando los hombres de las SS se volvieron hacia ellos, supo exactamente lo que iba a suceder. Se apartó lentamente de la parte trasera del grupo, de la masa de prisioneros que había entre él y los guardias apostados junto a la carretera. Luego se agachó y echó a correr hacia la línea de árboles que se extendía por detrás del prado, a quince metros de distancia.

Uno de los *Waffen-SS* desplegados a lo largo de la carretera avanzó unos pasos, desenfundó la pistola y disparó tres veces a un soldado raso americano que estaba en la primera fila del grupo. El soldado cayó al suelo, agarrándose el pecho con expresión de sorpresa y pidiendo ayuda a gritos.

Pareció que el tiempo se detenía; nadie se movió en ambos bandos. Los prisioneros que estaban cerca del soldado norteamericano retrocedieron horrorizados, mientras este se desplomaba.

Bernie buscaba apoyo para sus pies, intentando ganar tracción con cada paso. Tenía la sensación de que corría sin moverse de sitio; las piernas, pesadas, no le respondían. Cuando los primeros disparos silbaron en el prado, todo cuanto pudo oír fue su propia respiración jadeante. Un súbito destello de intuición le hizo comprender la lógica de las SS:

«No quieren prisioneros. Están avanzando muy rápido y no quieren que nada les retrase...».

El prado se llenó de balas. Los artilleros de las ametralladoras emplazadas en los vehículos detenidos en la carretera giraron los cañones hacia el prado y abrieron fuego. Cuando las primeras hileras de prisioneros se desplomaron, los sorprendidos americanos que había detrás se dispersaron en todas direcciones, pero el incesante fuego de los granaderos de las SS cubría todos los ángulos. A medida que se extendía el pánico, el prado se llenó de gritos de angustia y terror. Muchos intentaron seguir a Bernie hacia el bosque, pero no lograron alcanzarlo. Solo un puñado adelantó unos veinte pasos antes de ser interceptado y de verter su sangre en la nieve. Unos pocos de la primera fila ni siquiera se movieron; se quedaron de pie, indefensos. Otros se hincaron de rodillas y rezaron mientras esperaban la muerte.

Bernie alcanzó la línea de árboles. Las balas rebotaban en los troncos y las ramas que le rodeaban, zumbando como avispones. No sabía si alguno de los tiradores lo tenía en su punto de mira, pero no se atrevió a volverse para comprobarlo y se internó en la arboleda más densa hasta quedar sin aliento. Corrió casi un kilómetro sin detenerse, hasta que finalmente cesó el fuego.

Cayó de rodillas y apoyó las manos en el suelo. En el prado ya solo se oían disparos dispersos y ráfagas ocasionales. Los asesinos de las SS caminaban entre los cuerpos y remataban a los supervivientes. Se volvió y quedó inmóvil por completo, pero no oyó ni vio que nadie le siguiera por el bosque.

Allí la nieve era más profunda, una masa inclinada de polvo frío. Helado hasta la médula, al borde del colapso, Bernie empezó a temblar descontroladamente. Apoyó la espalda contra un tronco, se abrazó el torso e intentó respirar hondo. No sentía las manos ni los pies y le dolían las costillas, donde los soldados le habían golpeado. Algún profundo instinto animal le dijo que debía mantenerse en movimiento o su cuerpo se extinguiría. Se obligó a seguir avanzando, teniendo como única orientación el rastro de huellas que dejaba atrás.

Empezó a nevar de nuevo; las ráfagas de nieve se espesaron y dieron paso a un intenso chaparrón. Bernie anduvo por el bosque durante casi otro kilómetro hasta que oyó tráfico e intentó orientarse. Una fila ininterrumpida de vehículos alemanes se desplazaba ante él, de derecha a izquierda; si se dirigían al oeste, él avanzaba hacia el norte. Apartado de la carretera, a la derecha, vio el extremo de una pequeña aldea.

Avanzó sin salirse de los árboles hasta que pudo distinguir con claridad los primeros edificios.

La población parecía desierta. Unas pocas casas habían sido alcanzadas por las bombas. Una estructura seguía ardiendo. Se le ocurrió la vaga idea de arrastrarse hasta un sótano abandonado, encontrar algo de calor y quizás algo que comer... pero sabía que no podía arriesgarse a cruzar la carretera a plena luz del día. Fue entonces cuando el monótono zumbido de un avión, más lento y bajo que cualquiera de los que había oído aquel día, pasó por encima de su cabeza.

Poco después, una lluvia de papeles empezó a flotar a su alrededor. Alzó la cabeza: cientos de páginas blancas caían como gigantescos copos de nieve. Agarró una al vuelo, la sostuvo ante su cara y se esforzó en enfocar la vista.

Era una octavilla ilustrada, escrita en inglés. Mostraba el dibujo de dos hombres atractivos vestidos con esmoquin que abrazaban a tres mujeres de una sexualidad exagerada, ataviadas con vestidos de noche, enjoyadas y con botellas abiertas de champán en la mano. Junto a estas figuras decadentes, y ajenos a ellas, tres soldados norteamericanos rodeaban el cadáver de otro soldado, tendido en la nieve. El título que había bajo el dibujo rezaba: VUESTRO PRIMER INVIERNO EN EUROPA.

«LA TRANQUILIDAD HA TERMINADO», se leía en el titular de la octavilla.

Puede que ya lo hayáis advertido: cuanto más os acercáis a la frontera alemana, mayores son sus pérdidas. Es lógico. Ellos defienden sus hogares; vosotros haríais lo mismo.

El invierno está a la vuelta de la esquina, lo que disminuye el apoyo de sus fuerzas aéreas. Eso supone un peso mayor sobre sus espaldas, la infantería. Por consiguiente, tienen más bajas.

Ahora solo están a kilómetros de la frontera alemana. ¿Sabéis por qué lucháis?

Bernie se echó a reír amargamente. De algún modo, aquel absurdo le aligeró lo suficiente para seguir avanzando. Quedaban al menos dos horas de luz y se instaló a esperar entre unos árboles. Su posición elevada le ofrecía una perspectiva de la calle principal de la aldea. No comprendía por qué le resultaba tan familiar.

Entonces se descubrió mirando fijamente algo que colgaba de uno de los edificios que supo que reconocía, incluso antes de recordar dónde lo había visto antes.

Un cartel con la forma de un gran cerdo rosado.

El puente de Amay, Bélgica
 17 de diciembre, 15:00 horas

Earl Grannit sacó el mapa alemán trazado a mano y lo comparó con el puente que cruzaba la población de Engis, pero no coincidía. Subió al *jeep*, donde le esperaba Ole Carlson, y continuaron avanzando por la carretera que recorría la orilla izquierda del Mosa.

—Hay otro puente a dieciséis kilómetros al sur —dijo Carlson, que había estado estudiando su mapa reglamentario—. La población se llama Amay.

Su avance hacia el oeste, por las carreteras que salían de Malmédy, había sido lento. En cada control se encontraban con soldados que sabían menos que ellos y que les retenían con preguntas sobre la ofensiva nazi. El cuartel general del Primer Ejército todavía no había filtrado órdenes coherentes a las compañías. Los oficiales actuaban basándose únicamente en su propia autoridad, sin tener una visión de conjunto. No había consenso en cuanto a las intenciones de los alemanes, el objetivo del ataque o a cómo iban a responder los Aliados.

Doblaron una curva y el puente de Amay, construido en el siglo XIX, apareció por primera vez ante ellos. Grannit ordenó a Carlson que detuviera el *jeep*. Desplegó de nuevo el mapa y lo comparó con la escena que tenía delante.

—Es este.

Carlson estiró el cuello para mirar.

—¿Crees que los alemanes ya están aquí?

—No lo sé, Ole. Sigamos y lo preguntaremos.

—Pero... ¿y si ya han tomado el puente?

—Entonces preguntaremos de una forma más sutil.

En la entrada oriental del puente había una sección de soldados a cargo de una batería antiaérea. Una única ametralladora calibre cincuenta y algunos sacos de arena completaban sus defensas, otro punto que concordaba con el mapa. Cuando llegaron al puente, Grannit hizo señas al sargento al mando, le mostró sus credenciales y preguntó qué órdenes había recibido desde que empezó la ofensiva.

—Mantenemos en alerta —respondió el sargento, con una mejilla hinchada por una bola de tabaco—. Incrementar las patrullas. La compañía dijo que enviaban refuerzos, pero no hemos visto ni una escuadra. Creíamos que erais vosotros.

—¿Cómo se llama el nuevo vicepresidente? —preguntó Carlson.

—¿Qué?

—El nuevo vicepresidente. Su nombre.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Solo para saberlo —replicó Carlson, con la mano en la culata de su arma.

—Harry S. Truman, de mi estado natal, Misuri —dijo el sargento, escupiendo algo de tabaco—. ¿Qué leches te pasa, amigo?

—Creo que está bien, Earl —dijo Carlson.

—Gracias, Ole.

Grannit explicó al sargento lo que había sucedido en Malmédy. Otros hombres de la sección se acercaron para escuchar. Aunque Grannit no abundó en detalles, aquellas eran las noticias más completas que oían desde el inicio del ataque.

—¿Qué apoyo tienen al otro lado del río? —quiso saber Grannit.

—¿Apoyo? Nada de nada. Se supone que todo tiene que estar delante de nosotros. Nosotros somos el apoyo, hermano.

—¿Entonces qué hay ahí atrás?

—Vacas, granjas y un montón de belgas cabreados.

—¿Adónde conduce esta carretera?

—Una vez que has cruzado, a unos veinticinco kilómetros al oeste se une a la carretera principal. De ahí a Bruselas hay solo sesenta y cinco kilómetros y otros cincuenta a Amberes.

Grannit mostró al sargento el mapa trazado a mano.

—¿Se te ocurre en qué ángulo tendría que mirar el puente para dibujar esto?

—Desde esas lomas, lo más probable —dijo el sargento, señalando unas colinas bajas al este—. ¿De dónde habéis sacado esto?

Grannit hizo oídos sordos.

—Durante los últimos dos días, ¿han pasado por aquí *jeeps* con tipos que decían ser del 12.º Ejército?

El sargento sondeó a su sección.

—No les suena, teniente.

—¿Sabéis cómo subir hasta ahí, muchachos? —inquirió Grannit, mirando la colina que tenían detrás.

—Claro, patrullamos la zona continuamente —respondió el sargento, antes de ordenar a uno de sus hombres que se subiese al *jeep* con Grannit y Carlson—. Duffy os llevará.

Tardaron diez minutos en alcanzar la cima por una empinada carretera en zigzag. Grannit se apeó y caminó a lo largo del risco hasta encontrar un claro entre los árboles que ofrecía una vista del puente. Cotejó con el mapa. Los ángulos y las perspectivas encajaban a la perfección. Grannit hizo señas a Ole y al soldado.

—Separaos y registrad la zona.

A escasa distancia, Carlson encontró huellas de unas ruedas que se habían salido de la carretera. Las siguieron unos quince metros bosque adentro y, en un pequeño claro, encontraron los restos de un campamento; envoltorios de raciones de comida y

algunas colillas mojadas. Grannit las examinó.

Lucky Strike. La marca que había encontrado en el control de Elsenborn, fumados hasta el final.

—Estuvieron aquí. Antes de que empezara el ataque. Ese es el motivo de los uniformes americanos, por eso cruzaron las líneas. Enviaron equipos para que reconocieran estos puentes sobre el terreno.

—¿Por qué?

—Porque es aquí donde se dirigen. Les importa un bledo Malmédy o Lieja o Spa...

—Earl...

—Esta no es una cuestión de recuperar territorio o de entretenernos; van a cruzar el río y marchar directamente hacia la costa...

—Oye, Earl —interrumpió Carlson—. Viene un *jeep* por la carretera del río.

Carlson le tendió sus prismáticos de campaña. Grannit los afianzó en el hombro de su compañero, encontró la carretera y luego distinguió un Willys, rumbo al sur, que reducía la velocidad a medida que se acercaba al puente.

Había cuatro hombres en el *jeep*.

Grannit corrió hacia el suyo, gritando a los otros que le siguieran.

Waimes, Bélgica

17 de diciembre, 16:30 horas

El tráfico fue aminorando a medida que empezó a atardecer; ahora los vehículos alemanes pasaban en grupos y no en un flujo ininterrumpido. Bernie podía ver el reflejo de sus faros delanteros en un granero del extremo, inmediatamente antes de que torcieran a la derecha y saliesen de la aldea. Esperó a que el granero quedara a oscuras y luego salió corriendo de entre los árboles hacia la carretera. El granero volvió a iluminarse poco antes de que llegase a la calzada. Tenía diez segundos para cruzar la carretera y ocultarse en las sombras, detrás del granero.

El vehículo que se aproximaba dobló la esquina a gran velocidad, antes de que Bernie hubiera cruzado el centro de la calzada. Bernie se apresuró, salió del otro carril y corrió hacia el granero. Los faros lo iluminaron brevemente en el preciso instante en que aplastaba la espalda contra la pared, pero el vehículo de reconocimiento alemán que le pasó por delante no vaciló. Bernie recuperó el aliento y luego se arrastró por detrás del granero hacia la aldea.

Oyó pasos en la nieve y voces que hablaban en alemán a la vuelta de la esquina y se quedó paralizado. Dos soldados caminaban alrededor del edificio, delante de él, con los fusiles al hombro. Bernie estaba a punto de salir a su encuentro y hablarles en alemán cuando vio en sus uniformes la insignia del doble rayo de las SS. Entonces le asaltaron las imágenes de los tiradores en el prado. Se aplastó de nuevo contra la

oscuridad y esperó a que se perdieran de vista.

Se deslizó cautelosamente por un callejón, bajo una luz cada vez más tenue, hasta que dio con la carnicería de *Frau Escher*. Tanteó la puerta trasera, pero estaba cerrada y dentro no había luz. Bernie rodeó uno de los lados hasta encontrar una ventana a nivel del suelo que daba al sótano. Se agachó, rompió el vidrio con el codo, apartó las esquirlas, introdujo el brazo para abrir la cerradura y alzó el marco. Se echó boca abajo para colarse marcha atrás por la abertura, tanteando con el pie hasta dar con el suelo del sótano.

Cuando alcanzó el piso, Bernie sacó su mechero, lo encendió y esperó a que sus ojos se adaptaran a la luz débil y vacilante. Estaba en un almacén de suelo sucio, con una pila de leña y un surtido de latas, cajas y herramientas amontonadas contra la pared. Se dirigió a la única puerta de la estancia, la abrió con sigilo y pasó a un corredor cubierto de linóleo sucio y mellado.

A la izquierda, un tramo de escalera sin barandilla conducía a la primera planta y terminaba en una puerta. Frente a él, al fondo de la habitación donde se encontraba, había una segunda puerta. En la penumbra del sótano pudo distinguir al menos una tercera, posiblemente un armario. Empezó a subir la escalera, que crujió sonoramente bajo sus pies. Estaba a punto de alcanzar la puerta de arriba cuando oyó que algo se movía abajo, en la habitación del fondo del pasillo.

Bernie se detuvo y escuchó, con la respiración contenida. Poco después oyó el ruido de nuevo. Un leve roce, alguna masa sustancial que cambiaba de posición en el suelo. Parecía pesada y con vida. Un animal, probablemente. Quizá la carnicera guardase ganado vivo ahí abajo. Recordó la carcasa inidentificable que había visto antes, suspendida en el matadero de la mujer. Intentó borrar aquella imagen de su mente mientras posaba la mano en el pomo de la puerta.

Un gemido grave y fúnebre, proveniente de la habitación de abajo, le provocó escalofríos. Sobrecogido, Bernie se volvió hacia el sonido; la llama osciló en el aire y le quemó la mano. Soltó el mechero, que repiqueteó por el hueco de la escalera; la llama se apagó a medida que caía y el sótano se sumió en la oscuridad más absoluta.

El sonido de nuevo. Bernie comprendió que se había equivocado; no era un animal. Un sonido terrible, de dolor y desesperación... únicamente una voz humana podía expresar semejante sufrimiento.

Bernie se quedó inmóvil, intentando orientarse en la oscuridad. Se volvió con cuidado y alargó el brazo hacia delante, en dirección a la puerta que había en lo alto de la escalera. Localizó el pomo, lo giró. Cerrado. Se inclinó hacia delante y empujó con todo el peso de su cuerpo. La puerta parecía sólida e inflexible. No podría atacarla con éxito en la oscuridad.

Otro gemido lastimero de la habitación de abajo.

Pese al frío, se notó la frente empapada en sudor. Le temblaban las manos. Temiendo perder el equilibrio, se sentó un escalón más abajo con la intención de tranquilizarse.

¿Quién estaba en aquella habitación? ¿La mujer, *Frau* Escher? Tal vez los SS la habían lastimado o, peor aún, la habían abandonado, moribunda, a su suerte.

Haciendo uso de pies y manos, se deslizó un peldaño abajo, después otro, hasta llegar al suelo. Tanteó a gatas, alrededor de la escalera y por detrás de los escalones, intentando visualizar el lugar donde había caído el encendedor. Avanzó por el suelo con las manos extendidas, para abarcar toda su superficie.

Una de sus manos entró en contacto con algo suave y carnoso. La retiró de inmediato, con un gruñido de asco. Se oyó otro gemido procedente de la habitación del final del pasillo. Mucho más intenso y próximo. En aquella oscuridad absoluta, fue como si el sonido le atravesara.

¿Qué había tocado? Esperó, pero nada se movió hacia él. Extendió la mano de nuevo en otro ángulo; primero despacio, luego cada vez con mayor desesperación a medida que el miedo le atenazaba, hasta que su pulgar rozó algo metálico. Lo persiguió con dedos frenéticos y finalmente se apoderó del encendedor. Intentando dominar el pánico, probó a encenderlo una, dos veces, pero no logró chispa alguna. Agitó el mechero, tomó aire, esperó y volvió a intentarlo. La llamita brotó y se mantuvo, un punto de luz en un océano de oscuridad.

La geografía del lugar se hizo nuevamente visible. Bernie se volvió en todas direcciones hasta lograr fijar su posición, mientras sus ojos asimilaban toda la información en instantáneas.

La escalera. El breve pasillo. La puerta por la que había entrado desde el almacén. La segunda puerta al final del pasillo.

Debajo de la escalera, cerca de donde estaba agachado, una pila de huesos roídos y gastados.

Junto a ellos, el objeto que había rozado en la oscuridad: una mano humana.

Bernie retrocedió por el suelo, intentando alejarse de la cosa, hasta que dio de espaldas contra una pared. El corazón le latía con fuerza y la adrenalina le inundaba las tripas. Se puso en pie sin darse cuenta. Cuando la espalda volvió a topar con la pared, la puerta que estaba detrás se abrió. Bernie se volvió al oír el chirrido de los goznes.

Se apartó de la puerta, sosteniendo el encendedor en alto, esperando que la llama penetrara en la penumbra del interior. Dos formas alargadas yacían en el suelo del pequeño espacio. Bernie avanzó un paso y vio que vestían uniformes verde oliva. Uno permanecía inmóvil y supo instintivamente que no quedaba vida en su interior. El otro se movió un poco, pareció advertir su presencia, gimió de nuevo y alzó débilmente un brazo en su dirección. El brazo terminaba en un negro muñón sanguinolento.

Una puerta se cerró arriba con un golpe seco. Oyó unos pasos pesados que cruzaban la habitación, justo encima de su cabeza, y el sonido de algo sólido que se arrastraba por el suelo. Las llaves de la puerta de lo alto de la escalera tintinearón. Bernie apagó el encendedor, salió de la pequeña habitación donde yacían los dos

cuerpos y retrocedió por el pasillo hasta el almacén. Se ocultó tras la puerta, dejándola entreabierta para observar.

La puerta de lo alto de la escalera se abrió y un haz de luz amarilla descendió hasta el pasillo. Primero vio su sombra; luego la mole de la mujer apareció en el descansillo, tapando la luz casi por completo. Descendió dos peldaños y se volvió para alcanzar algo. Empezó a bajar la escalera arrastrando un cuerpo por los pies, boca arriba. Bernie vio las botas negras y la chaqueta verde de un soldado norteamericano. La cabeza fue golpeando con fuerza cada peldaño, a medida que la carnicera tiraba del cuerpo como si de un saco de cemento se tratase, jadeando por el esfuerzo y murmurando por lo bajo en alemán.

—*Sehen Sie, Amis, wie Sie es jetzt mögen.*

Cuando el cuerpo cayó contra el suelo del sótano, la mujer advirtió que la puerta de la habitación de los soldados estaba abierta. Soltó los pies del cuerpo que acababa de arrastrar hasta abajo y entró en la pequeña estancia. Tiró de una cuerda que encendió una bombilla desnuda del techo, haciéndola oscilar. Bernie vio un suelo de cemento con un desagüe en el centro y sangre seca en las paredes. Colgando de una cuerda, aparentemente para secar, había una piel estirada y veteada. La mujer se inclinó sobre el soldado que seguía con vida y le golpeó con la bota, lo que provocó otro gemido.

—¿Tú abres esta puerta, *Ami*? ¿Tú abres esta puerta? ¿Qué te dicho? Igual te quito la otra mano, ¿sí?

Volvió al pasillo. Bernie cerró la puerta con sigilo y se apoyó en la pared, sintiéndose débil y enfermo. Pensó en identificarse, con la esperanza de que le recordara del otro día, pero lo que había visto en aquella habitación lo hacía impensable. No en aquel oscuro sótano infernal, no con un uniforme americano. Ella había cruzado una frontera de la que los seres humanos nunca regresaban. Oyó que la mujer subía pesadamente la escalera.

Bernie echó un vistazo a su alrededor, débilmente iluminado por la ventana rota. La hilera de herramientas apoyadas contra la pared. Una pala. Un pico. Una pequeña hacha clavada en un pedazo de madera, bajo la ventana. Se movió hacia el hacha y percibió un movimiento por el rabillo del ojo.

Los brillantes ojos de ella, azules y vacuos, le miraban a través de la ventana rota. Luego, un instante después, habían desaparecido.

Bernie intentó desclavar el hacha, pero estaba profundamente hundida en el madero. La pila de leña se derrumbó a su alrededor y los maderos rodaron por toda la habitación. Avanzó entre ellos, sus manos encontraron la pala y abrió la puerta del almacén. Oyó los pasos de ella retumbando en la planta de arriba. Cerró la puerta, corrió bajo de la escalera y apoyó la espalda contra la pared.

Primero vio su sombra, reflejada en el suelo del sótano por la luz amarilla, su figura de pie en lo alto de la escalera. Sostenía en la mano un cuchillo de carnicero.

—¿Tú vienes a robar mi comida otra vez, *Ami*? —gritó la mujer al almacén

cerrado—. ¿Cómo esos otros?

Bernie no se movió. Ni siquiera sabía si estaba respirando.

—Puede que te encierro aquí abajo. Vemos si te gusta una semana, ¿sí? ¿No comida? ¿No agua? ¿Te gusta eso, *Ami*? ¿Con tus amigos aquí?

Ella esperó, después bajó un escalón. Bernie oyó crujir los clavos bajo su peso.

—Están todos en un prado, *Ami*. Todos muertos. Todos tus amigos. Nosotros hemos encargado bien de ellos, ¿eh? Como yo encargaré de ti. Tú vienes a nuestro pueblo. Tú matas mi ganado. Tú llevas mi comida. Veremos si te gusta.

Descendió otro peldaño. A través de los escalones abiertos, Bernie veía ahora la parte trasera de sus botas y los gruesos tobillos.

—Sal, *Ami*. Tengo algo para ti —dijo la carnicera, cambiando el tono a una cancioncilla juguetona—. Tienes hambre, ¿sí? —Ven, amigo. Te preparo algo bueno.

Cuando la mujer alcanzó el tercer escalón, Bernie pasó los brazos entre los peldaños, la agarró por el gordo tobillo derecho y tiró de él con todas sus fuerzas. El pie izquierdo de la mujer se salió del escalón y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero afianzó la pierna izquierda y casi logró liberar el tobillo de las manos de Bernie. Dio un saltito a la izquierda e intentó bajar al siguiente escalón. Bernie torció el pie que aún sostenía entre las manos y el cuerpo de la carnicera dio un giro en el aire. *Frau Escher* se tambaleó hacia delante, con los brazos extendidos, y aterrizó pesadamente sobre la escalera con un sonoro aullido. Fue resbalando hasta caer al suelo del sótano, encima del soldado muerto.

Bernie agarró el mango de la pala, salió de detrás de la escalera y esperó. La mujer gemía, el pecho agitado por la respiración entrecortada. Bernie avanzó cautelosamente hasta tener una visión completa de la mole que yacía en el suelo. Se detuvo y tomó aire.

La mujer volvió repentinamente a la vida y se abalanzó sobre él como un perro rabioso, cuchillo en mano, farfullando incoherencias. Bernie retrocedió a trompicones, hasta darse de espaldas contra otra puerta, que se abrió por el embate y le hizo caer en una habitación estrecha, flanqueada de estanterías a ambos lados. La mujer se arrastró tras él. Bernie cerró la puerta de una patada; la hoja de madera golpeó a la carnicera en la cara, pero eso no impidió que siguiera avanzando. Bernie se desplazó hacia atrás, derribando estanterías entre ellos. Los botes de cristal estallaron encima y alrededor de la mujer, que no cesó en su avance. El aire se llenó de un olor nauseabundo; Bernie intentó no pensar en el contenido de los botes. Se puso en pie, rodeó los estantes de la derecha y se arrojó contra otra puerta que vio ante él. La puerta se abrió. Bernie la cerró y pasó el cerrojo en el preciso instante en que ella lanzaba toda su masa corporal contra la hoja de madera. La pared se estremeció. La mujer chilló y volvió a golpearla, luego enmudeció.

Bernie miró a su alrededor. Estaba de nuevo en la primera habitación, por donde había entrado. Observó el pasillo a través de la rendija de la puerta. Podía ver la escalera. Echó un vistazo a la ventana que había roto, pero calculó que no tenía

tiempo de encaramarse y escapar por ella.

Bernie echó a correr hacia la escalera y *Frau* Escher surgió de entre las sombras para interceptarle. Bernie intentó saltar al tercer peldaño, pero tropezó con el borde del escalón y cayó de bruces. *Frau* Escher recortó distancias y alzó el cuchillo de carnicero. Bernie se volvió, escudándose en la pala, que recibió el impacto del cuchillo; saltaron chispas, el metal resonó contra el metal. Bernie tomó impulso y le asestó un palazo en un lado de la cabeza, pero ella no pareció inmutarse.

Bernie subió otro peldaño, esquivó otra cuchillada y embutió la pala en la masa carnosa de la mujer para mantenerla a distancia. *Frau* Escher apartó la pala de un manotazo y le asestó otra cuchillada, que le rozó la cadera e hizo saltar astillas del peldaño del que Bernie acababa de apartarse.

Aunque Bernie atacó de nuevo con la pala, no logró imprimirle fuerza. *Frau* Escher apenas notó el impacto en las costillas y además logró atrapar el mango de la pala bajo el brazo; giró el cuerpo y se la arrancó de las manos. La pala cayó al suelo. Bernie se volvió y empezó a gatear frenéticamente escalera arriba.

Había una silueta recortada en el umbral, en lo alto de la escalera. Bernie vio un brazo que le apuntaba, con una pistola en la mano. Se arrojó al suelo del descansillo, apartó la cabeza y por el rabillo del ojo vislumbró la figura de pesadilla de la carnicera subiendo la escalera tras él, cuchillo en alto. Luego oyó el cortante estallido del arma; dos, tres, cuatro disparos que resonaron en la habitación.

Las balas detuvieron a la mujer en la escalera, y empezó a brotarle sangre del pecho. *Frau* Escher miró a Bernie con incredulidad, se tambaleó y con un débil gemido cayó por un lado de la escalera, estrellándose ruidosamente contra el suelo.

Bernie sintió una mano en el hombro. Alzó la cabeza para mirar.

—Dios mío, Brooklyn —dijo Von Leinsdorf—. Te dejo solo un momento y mira en qué líos te metes.

—Qué cojones. Qué cojones...

Von Leinsdorf bajó la escalera. Entró en la habitación del final del pasillo donde la carnicera ocultaba los cuerpos. Un instante después, Bernie oyó otro disparo.

El puente de Amay

17 de diciembre, 16:30 horas

Grannit cambió bruscamente de marcha y la caja de cambios del Willys rechinó como protesta. Las ruedas traseras coleaban en cada curva. Habían tardado diez minutos en subir la colina; de bajada, habían llegado al río en cinco.

Mientras aceleraba hacia la cabeza del puente, vieron el otro *jeep* aparcado en el control. Sus cuatro pasajeros seguían sentados. Un oficial hablaba con el sargento a cargo del puente desde el asiento trasero.

—¿Quieres reducir un poco la velocidad, Earl? —pidió Carlson.

—¿Quieres conducir, Ole? —replicó Grannit, mirándole con fastidio.

—Solo pensaba que nos convendría aminorar para que no nos descubrieran.

—¿Quieres que me detenga en el arcén y te pones al volante?

—No.

—¿Por qué no paro aquí mismo y tú nos llevas a la velocidad adecuada?

—Olvídalo. Lo siento.

—Dios, pondrías nervioso hasta al café...

Earl Grannit frenó antes de doblar la última curva y llegó al control del puente diez segundos más tarde. Saludó despreocupadamente al sargento mientras se situaba frente al otro *jeep*, cerrándole el paso. Un capitán que ocupaba el asiento del copiloto del segundo *jeep* se volvió a mirarlos, sonriendo con amabilidad.

—¿Todo bien, sargento? —preguntó Grannit.

—Este es el capitán Harlan —dijo el sargento, volviéndose hacia los recién llegados—. ¿Lo he entendido bien, señor?

Harlan asintió con un gesto. Grannit saltó del *jeep* y saludó.

—¿Cómo ha ido el día? ¿De dónde venís, muchachos? —preguntó Harlan a Grannit, devolviendo el saludo.

Ninguno de los cuatro hombres parecía nervioso. Dos calzaban botas sin polainas, como el alemán muerto que habían encontrado, y otro no llevaba el cinturón reglamentario. Solo uno de ellos lucía la insignia de la unidad en el hombro. Sin perder de vista sus movimientos, Grannit se desplazó casualmente alrededor del *jeep*. Advirtió que las letras inscritas en el capó parecían recientes; no estaban gastadas ni mostraban rasguños. Había cuatro bidones atados a la parte trasera del vehículo.

—Hemos estado cerca de Lieja esta mañana —dijo Grannit, sacando un paquete de tabaco—. ¿De dónde viene usted, señor?

—Ayer estábamos en Eindhoven, Holanda. Cuerpo de Comunicaciones, Tercera

División Acorazada. A medianoche recibimos órdenes de bajar aquí. Fue un infierno poner a todo el cuerpo en la carretera.

Grannit intentó encender un cigarrillo, pulsando el mecanismo del encendedor deliberadamente a destiempo.

—¿Han visto alemanes durante el trayecto?

—Ni uno. Supongo que el grueso de sus hombres estará todavía en el este. El asunto no es tan grave como lo pintan.

—¿Adónde se dirigen? Oiga, ¿tiene fuego? —preguntó Grannit.

—El capitán Harlan sacó su Zippo plateado.

—Dijeron que nos querían a todos en Malmédy para medianoche. Nuestro oficial ordenó que nos desviásemos al oeste y nos dirigiéramos a Bastogne. Buscamos el modo de volver a la carretera principal, solo nos hemos parado para preguntar el camino...

Cuando el capitán estaba a punto de encender el Zippo, Grannit se lo arrebató de las manos. Desenfundó su 45 con la otra y la sostuvo a unos centímetros de la cabeza del capitán.

—Diga al conductor que entregue las llaves a mi compañero —indicó Grannit.

Al otro lado del *jeep*, Carlson había sacado el arma y cubría al conductor. El sargento y su sección se aproximaron, apuntando con sus armas a los otros hombres del *jeep*. Ninguno de ellos se movió.

—¿Pero qué pasa? ¿Cuál es el problema? —preguntó Harlan.

—Hágalo —insistió Grannit.

El conductor miró a su capitán, que hizo un gesto de asentimiento; luego extrajo las llaves del contacto y se las entregó a Carlson.

—¿Quiere pensar en lo que está haciendo, teniente? —dijo Harlan—. No se busque problemas...

—Bajen todos. Soltad las armas. De rodillas en la calzada.

Los hombres del *jeep* obedecieron.

—No haga nada de lo que pueda arrepentirse, teniente —continuó Harlan—. Es evidente que se ha producido un malentendido. Sé que hay mucha tensión en el ambiente...

—Deje en el suelo su pistola y mándela hacia aquí —ordenó Grannit.

El capitán hizo lo que se le decía.

—¿Quiere comprobar una vez más nuestra documentación? ¿Nuestras cartillas militares? Ya hemos mostrado nuestros pases a los compañeros, ¿qué más necesita?

Grannit enfundó el Colt y retiró la tapa del Zippo. En el interior habían ocultado un pequeño vial de cristal que contenía un líquido transparente. Grannit lo extrajo y lo olfateó.

Almendras amargas.

Harlan vio el vial en manos de Grannit y sus ojos le traicionaron.

—*Sprechen Sie deutsch*, capitán? —preguntó Grannit.

Von Leinsdorf ayudó a Bernie a subir la escalera y lo depositó en un sofá de la sala. Antes de encender la luz, cerró con llave la puerta que daba al sótano y bajó las persianas. Dispuso en la mesa un surtido de paquetes de comida del ejército norteamericano y abrió dos botellas de cerveza que encontró en la cocina. Bernie comió y bebió con avidez.

—¿Estás muy malherido? —preguntó Von Leinsdorf.

—Estoy bien —replicó Bernie, con voz ronca—. Me funcionan todas las piezas. Esa mujer no me ha sacado ni un pedazo.

Sus ojos se cruzaron con los de Von Leinsdorf. Le sostuvo la mirada, para asegurarse de que le creía. Leinsdorf pareció satisfecho; se arrellanó en la silla, pasó una pierna por encima del reposabrazos y encendió un cigarrillo.

—Te perdí en esa niebla —dijo.

—Una patrulla americana me sacó de ahí —explicó Bernie, masticando galletas con queso—. Un árbol me noqueó.

—Nunca he visto una sopa de guisantes como esta, ni siquiera en Londres. Al menos me ha permitido recuperar nuestro *jeep*. —Von Leinsdorf golpeó el cigarrillo en la esfera de su reloj, mientras observaba a Bernie devorando las raciones.

—¿Adónde te llevaron?

—Baugnez.

—¿Estabas en Baugnez?

—Sí. Justo antes de que llegaran los tanques.

—Esa era nuestra columna principal, la Primera División Panzer de las SS, al mando del *Obersturmbannführer* Peiper. *Die Leibstandarte*. ¿Sabes quiénes son, Brooklyn?

—La escolta de Hitler.

—Cinco mil hombres. La élite del ejército. La punta de lanza de la invasión.

—¿Es por eso que no hacen prisioneros?

Von Leinsdorf se inclinó hacia delante.

—¿Viste lo que sucedió?

—Joder si lo vi; me metieron en el prado con ellos, casi me matan.

—Joder, Brooklyn, ¿y por qué no les has dicho quién eras?

—Lo intenté. Pasó tan rápido que apenas tuve la oportunidad. Te vi ahí fuera, pero no conseguí atraer tu atención. Escapé al bosque cuando empezaron a disparar.

—Y recordabas este lugar.

—Un buen hotel de cuatro estrellas. ¿Cómo me has encontrado?

—No te buscaba. En el café vi a nuestro contacto de la *Abwehr*; dijo que habían dejado aquí el paquete por la mañana, así que vine a buscarlo. Una suerte para ti, muchacho.

—¿Así que está aquí?

—Iba a echar un vistazo cuando te oí retozando con tu chica. Dios, vaya pedazo

de bestia. ¿Qué hacía esa mujer ahí abajo?

Bernie se encogió de hombros, intentando rechazar el recuerdo, pero Von Leinsdorf leyó algo en su rostro.

—No me dirás que arrastró esos cuerpos hasta aquí por un motivo culinario...

—No quiero ni pensar en eso.

—Ni yo. Pero hace que uno se pregunte por la comida que nos sirvió la otra noche...

—Tampoco quiero hablar de ello.

—*La spécialité maison*: la receta secreta de *Frau Escher*.

—Cierra el pico.

—Su marido nunca se alistó en el ejército —continuó Von Leinsdorf, ahogando la risa—. Lo que estaba en el mostrador debía de ser él.

—No me hace puta gracia —dijo Bernie, apurando la cerveza—. Podría haber acabado hecho una salchicha.

—Es por eso que siempre pasamos por aquí corriendo, de camino a Francia. Nadie viene a Bélgica por la comida.

Von Leinsdorf intentó contenerse, pero solo consiguió que la carcajada surgiese con más fuerza.

—¡Cállate!

A medida que el alcohol penetraba en su sistema, Bernie sintió que se relajaba y empezaba a reír.

—Lo que explica el interés de la señora por el bueno de Preuss —siguió Von Leinsdorf—. No era deseo, sino hambre.

—Había mucho que amar...

—Y ella quería poner toda la carne en el asador...

Bernie se desplomó en el sofá y golpeó los puños en la mesa hasta caer rodando al suelo. Ambos rieron hasta que se les llenaron los ojos de lágrimas.

—Oh, mierda —murmuró Von Leinsdorf, secándose los ojos.

—Joder.

—Joder, joder, joder. Hostia.

—¿Y qué hacemos ahora? —preguntó Bernie cuando hubo controlado la risa.

—Voy a encontrar el paquete —anunció Von Leinsdorf, poniéndose en pie y disponiéndose a buscar por la habitación.

—¿Estás en contacto con comandancia?

—No, hablé con algunos hombres de Peiper. Dicen que Skorzeny y el resto de nuestra brigada están atascados en la frontera.

—¿Qué les retiene?

—Problemas logísticos en todo el frente. Hemos cruzado las líneas, pero las tropas no llegan al frente. La mitad de nuestras divisiones sigue en Alemania.

—¿Qué ha pasado?

Bernie le siguió a la cocina, donde Von Leinsdorf rebuscaba en los armarios.

—No han llegado los cargamentos de combustible, así que van cortos de gasolina. El tráfico es excesivo para estas carreteras de pueblo y el mal tiempo las ha convertido en pistas de patinaje. Los americanos han volado algunos puentes clave cuando se retiraban; otros no soportan el peso de los tanques. Ahora las carreteras están tan congestionadas que el combustible no puede llegar a las posiciones de vanguardia. Aparte de eso, todo marcha estupendamente.

—Vaya pifia.

—Sí, una cagada. Pero los americanos se han rendido siempre que hemos llegado hasta ellos. Más de diez mil, solo el primer día. Divisiones enteras.

—Por eso no quieren prisioneros, para no retrasar la marcha. Por eso acribillaron a esos hombres.

—Tal vez.

—¿Tienes idea de cómo van a reaccionar los americanos cuando se enteren?

—Esto es la guerra. Pasa continuamente.

—No, a los americanos no les pasa.

—Es la naturaleza de la bestia. En el frente ruso ninguno de los bandos hace prisioneros.

—Tengo que darte una noticia: Esto no es Rusia y tus colegas de gatillo fácil de las *Waffen-SS* no pueden ir por ahí matando a prisioneros americanos con impunidad...

—Cálmate, Brooklyn...

—¿Qué me calme? ¿Sabes lo que eso supone si nos capturan con estos uniformes? Si había dudas de si acabaríamos ante un pelotón de fusilamiento, olvídalas. Estamos de mierda hasta el cuello. Nos disparan desde ambos bandos, hemos perdido a la mitad de nuestra brigada...

Von Leinsdorf pasó al taller que había detrás de la cocina y siguió buscando.

—Lo primero que te enseñan en el ejército: los planes solo son útiles hasta el momento en que te enfrentas al enemigo.

—He aquí un plan: ¿Por qué no regresamos a Alemania? Lo digo en serio. Si nuestra brigada ni siquiera ha cruzado la frontera, ¿qué cojones hacemos? Podemos deshacernos de estos uniformes y largarnos de aquí.

—Estás hablando de desertar.

—Eso es solo una palabra. No significa nada. Nada tiene sentido aquí fuera, todo es un puto caos y, por lo que he visto, tan solo consigue que la gente se vuelva loca. No tenemos que volver a ese puente, ¿verdad?

—No.

—Bien, entonces no veo el motivo de acabar muertos por nada, ¿no crees?

—No sería por nada, Brooklyn. Te olvidas de que tenemos un segundo objetivo.

A Bernie le dio un vuelco el corazón. Von Leinsdorf abrió el armario donde la mujer ocultaba la radio, metió la mano detrás, rebuscó y sacó un sobre grande. Lo abrió y miró dentro.

—Y ahora, con esto, podemos seguir adelante.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí?

Von Leinsdorf le mostró a Bernie cuatro pases de alto nivel del Cuartel General Supremo de los Aliados, del ejército de Estados Unidos.

—¿Por qué los necesitamos? —preguntó Bernie—. Ya nos los dieron antes de cruzar la frontera.

—Tenían un error de impresión. En el documento de nuestro equipo había una palabra mal escrita, pero no se descubrió a tiempo. Estas son versiones corregidas; no podemos utilizar las antiguas.

—¿Usarlas para qué? ¿Por qué hablamos de ello siquiera? Larguémonos de aquí.

Von Leinsdorf lo agarró del cuello del uniforme.

—Puedo ser tu amigo, Brooklyn. Pese a nuestras diferencias, después de lo que hemos pasado juntos, me gustaría pensar que lo soy. Pero no vuelvas a sugerir eso.

Von Leinsdorf lo soltó y devolvió los pases al sobre.

«Amigo». No era una palabra que Bernie hubiese utilizado en relación a Von Leinsdorf. En ciertos momentos había sentido que podían llevarse bien, e incluso llegar a entenderse; y aquel hombre acababa de salvarle la vida. Pero había una pregunta en el aire: ¿Era la misión la que le exigía tamaña violencia —siete muertos en dos días— o simplemente era la excusa para darse el gusto?

—El otro objetivo. ¿Vas a decirme qué es?

—¿Por qué debería confiar en ti, Brooklyn? ¿Tú confías en mí? Después de lo de Schieff y Preuss, no lo creo.

—Un tipo pilla un resfriado cerca de ti y acaba con una bala en la cabeza.

Von Leinsdorf le apuntó con un dedo.

—Ponían en peligro nuestra misión. Nada más importa. De todos modos, ahora ya no los necesitamos.

—¿Qué significa eso? ¿Que me necesitas y por eso sigo con vida?

—Plantéalo como quieras. No puedo completar la misión sin ti. Carga el *jeep*, voy a utilizar la radio.

Cuando Bernie salió de la habitación, Von Leinsdorf usó la radio para contactar con los otros jefes de grupo, Gerhard Bremer y William Sharper. Ambos equipos habían evadido la captura durante los primeros días de la invasión y habían recogido de la *Abwehr* sus pases corregidos. Von Leinsdorf les indicó que debían dirigirse al sur y penetrar en Francia, como estaba previsto, y proseguir con el segundo objetivo.

El grupo de Karl Schmidt no respondió, pero Von Leinsdorf lo consideró una ventaja; aquel hombre era un intelectual pusilánime y un quejoso crónico. Estarían mejor sin él. No habría sido de ayuda allá donde se dirigían.

El puente de Amay

17 de diciembre, 19:00 horas

Grannit y Carlson confinaron a los cuatro prisioneros detrás de los sacos terreros del puesto de artillería, bajo la vigilancia del destacamento a cargo del puente. Carlson comunicó por radio con el cuartel general para informar de los arrestos. Grannit registró el *jeep*. Tras reunir las pruebas que había encontrado en una caja de munición vacía, regresó junto a los prisioneros.

—Tú estás al mando, ¿verdad? —preguntó a su capitán.

El hombre asintió con un gesto.

—Vamos a dar un paseo —añadió Grannit, señalando el puente.

El alemán se puso en pie y echó a andar delante de él. Ole Carlson salió corriendo de la tienda de la radio y les alcanzó cuando se acercaban al puente:

—El mando dice que los llevemos a Interrogatorios del Primer Ejército. Quieren al contraespionaje en el asunto, tenemos que trasladarlos ahí lo antes posible...

—No tardaré mucho —le interrumpió Grannit.

—Han dicho que no quieren esperar, Earl...

—Dame unos minutos. Y prepárate para ese otro asunto del que hemos hablado.

Carlson miró largamente al alemán que caminaba junto a Grannit.

—Lo que tú digas.

Carlson desenfundó su pistola y regresó junto a los otros prisioneros; Grannit indicó al alemán que continuase. Este siguió a Carlson con la vista, preocupado. Grannit le empujó para que avanzase, indicándole que no se volviese. Cuando llegaron al centro del puente, casi había oscurecido por completo.

—Para aquí.

Grannit depositó la caja de municiones en el suelo, entre ambos; encendió una linterna y la enfocó hacia el alemán. Tenía un rostro alargado e inteligente y en aquel preciso instante intentaba conferirle una expresión de determinación.

—Dejemos algo claro. En ese *jeep* hay bastante material para colgarte cinco veces. A menos que te creas capaz de hacer pasar esto por *souvenirs*. —Grannit sostuvo en alto un par de brazaletes rojos con esvásticas—. Yo hago las preguntas y tú las respondes, ¿comprendido? ¿Cómo te llamas?

—Kart Heinz Schmidt.

—¿Graduación?

—*Obersturmführer*. Teniente.

Grannit sostuvo en alto las placas de identificación que había retirado antes del

cuello del hombre.

—¿Quién es el capitán Ted Harlan?

—No tengo ni idea.

—¿Lo has matado?

—No.

—¿Por qué llevabas estas placas?

—Me las dieron. Supongo que eran de un prisionero de guerra norteamericano.

—¿Con qué unidad estás?

—150.^a Brigada Panzer.

—¿Quién es el oficial al mando?

Schmidt titubeó unos instantes.

—El coronel Otto Skorzeny.

Grannit conocía el nombre por informes militares, pero no mostró reacción alguna.

—Bien, Karl, ¿qué te trae por Bélgica? ¿Turismo? ¿Unas pequeñas vacaciones?

—¿Puedo fumar un cigarrillo, por favor?

Grannit le tendió un paquete. Schmidt prendió una cerilla con manos temblorosas.

—Entiendo que, según los acuerdos de la Convención de Ginebra, de la que forman parte nuestros dos países, solo estoy obligado a facilitarle información que ya ha solicitado. Nada más.

Schmidt intentó mirarle a los ojos con convencimiento. Grannit se le acercó un paso.

—He aquí la verdad: No sé una mierda de procedimientos militares. Formo parte de una división especial de investigación y hacemos las cosas de otro modo, así que te lo pondré tan claro como el agua: te han pillado detrás de nuestras líneas vestido con uniforme americano. El libro dice que eso te convierte en espía y que todo vale. ¿Os han enseñado lo que significa esa frase, teniente? ¿Todo vale?

Schmidt negó con la cabeza. Grannit se le acercó otro paso, de modo que sus narices casi se tocaban.

—Significa que me importa una mierda. Así que dime lo que quiero saber o voy a hacerte daño. Empezaré con una pregunta fácil. ¿Cuántos hombres componen tu escuadra? ¿Cuántos hombres había contigo en el *jeep*?

—Tres —respondió Schmidt, algo confundido.

Grannit giró la linterna hacia el extremo del puente, encendiéndola y apagándola. Poco después se oyó un disparo, seguido de un grito, y luego otro disparo. Grannit se volvió de nuevo hacia Schmidt.

—Creo que ahora son dos.

A Schmidt le temblaron levemente las rodillas. Empalideció y retrocedió un paso.

—¿Quieres un adelanto de lo que te espera en los próximos días? La Inteligencia Militar te interroga, te hacen un consejo de guerra y luego te ponen ante un pelotón de fusilamiento; lo del consejo de guerra es pura formalidad.

Schmidt retrocedió otro paso y se tambaleó al notar el murete del puente en la espalda.

—Nadie en este lado te va a defender, ni a nadie le va a importar lo que te pase, y nadie de tu lado se va a enterar siquiera. La única opción que tienes es cooperar y decirnos todo cuanto sabes. Si no cantas de lo lindo, ahorraré trabajo a los demás arrojándote del puente ahora mismo.

Karl Schmidt se acuclilló, con la cabeza baja y la respiración entrecortada.

—No me pareces un tipo estúpido —continuó Grannit—. Tampoco quiero presionarte si no es necesario. Tú no eres un soldado, ¿verdad Schmidt?

Schmidt negó con la cabeza. Grannit se arrodilló a su lado y bajó la voz, irradiando comprensión.

—Me lo imaginaba. ¿Tienes familia?

—Sí. Mujer y dos niños. Gemelos. Aún no han cumplido los diez años.

Grannit sacó una libreta y una pluma y esperó.

—Es en ellos en quienes deberías pensar ahora. No puedo prometerme más que esto: haré lo que esté en mi mano por ayudarte.

Schmidt se frotó los ojos, esforzándose en recuperar la compostura.

—Nosotros, los que entramos vestidos con uniformes americanos, formábamos parte de una brigada especial. Nuestra compañía tenía que reunirse aquí.

—¿Para capturar el puente?

—Y otros dos cercanos, a medianoche.

—¿Dónde está el resto de la brigada, entonces?

—No lo sé. Nos enviaron delante para reconocer el terreno. Cuando llegasen los otros, nuestra misión era asegurar los puentes para la ofensiva principal. Teníamos tanques. Algunos capturados a los americanos. Panzers y Panthers camuflados para parecer tanques Sherman. También tenemos artillería motorizada, armas antitanque, tres secciones de morteros, un grupo de reconocimiento acorazado, una columna completa de suministros...

Grannit apenas podía escribir lo bastante rápido para no quedarse atrás.

—¿De cuántos hombres estamos hablando?

—Calculo unos dos mil. También iban a participar paracaidistas del ejército regular, para apoyarnos en los puentes. Se suponía que las columnas principales alcanzarían esta posición en un día. Esta noche.

—El principal objetivo sería Amberes.

Schmidt le miró con cierta sorpresa.

—Así es. Si todo se cumplía según el plan, dijeron que caería en una semana.

El alemán prosiguió, mientras Grannit seguía escribiendo:

—Quiero que sepa que no me dejaron otra opción. No soy del partido nazi; ni siquiera me alisté. Desprecio lo que le ha sucedido a mi país. Es solo que hablaba su lengua, ¿comprende? Trabajaba como traductor antes de la guerra, en una editorial de Berlín; estudié inglés en la universidad. Amenazaron a mi mujer y mis hijos. Me

hicieron trabajar como oficial de Inteligencia; tenía que leer periódicos e interpretar informes, nunca hasta ahora había estado cerca del frente...

—Me aseguraré de que queda constancia de eso —dijo Grannit—. ¿Cuántos hombres más de su compañía cruzaron las líneas? ¿Cuántos había en los *jeeps*?

—¿La unidad de comandos? No sé, quizás unos ochenta hombres.

—Todos en equipos de cuatros hombres.

—Sí, así es como nos organizaron.

—¿Unos veinte equipos en total?

—Eso creo.

—¿Todos tenían el mismo objetivo?

—¿Respecto a los puentes? Sí, pero diferentes responsabilidades. Algunos de reconocimiento; otros entrenados para el sabotaje, otros con tareas de demolición.

—Estoy buscando a otro equipo. —Grannit describió los dos soldados a quienes había seguido la pista en el hospital y que había perseguido en el *jeep*—. Tengo que encontrar al teniente al mando de esa escuadra. ¿Sabe de quién le hablo?

La expresión de Schmidt se endureció.

—Sí, lo sé. Creo saber exactamente de quién se trata.

—¿Cómo se llama?

—Nunca supe su nombre alemán; utiliza el nombre americano Miller, teniente George Miller.

—¿Qué más puede decirme de él?

—Es un SS. Creo que venía de Dachau.

—¿Dónde está eso?

—Es el centro de formación de las SS. Cerca de Munich. Grannit anotó el nombre, se guardó la libreta en el bolsillo y ayudó a Schmidt a ponerse en pie.

—Podemos seguir hablando de camino. Has hecho lo correcto, Schmidt. Has hecho lo correcto.

—¿Qué opción tengo? ¿Qué opción tenía desde el principio?

Grannit no respondió. Al aproximarse a la cabeza del puente, movió la linterna y, cuando llegaron al puesto de artillería, Carlson ya esperaba detrás del volante de un pequeño vehículo de transporte con el motor en marcha. Custodiados por dos soldados del puente, los otros tres alemanes estaban sentados en la zona de carga. Ninguno estaba herido. Schmidt miró a Grannit, este no supo si aliviado o enfadado.

—¿Te tragaste que iba a disparar a un prisionero de guerra? —preguntó Grannit—. ¿Dónde demonios te crees que estás, en Rusia? Sube.

Señaló a Schmidt el asiento trasero del *jeep* capturado. Después Grannit se llevó al sargento del puente a un lado y le confió lo que Schmidt acababa de contarle sobre el ataque inminente.

—Contacta por radio con la unidad y diles que te envíen refuerzos rápido. Quizá vengan muchos, quizá no, pero debes resistir en el puente.

—Sí, señor.

Grannit subió al *jeep* junto a Schmidt. Uno de los soldados del puente se puso al volante y ambos vehículos partieron hacia el norte por la carretera que bordeaba el río.

—Creían realmente que podían conseguirlo —dijo Grannit, al cabo de un rato.

—Lo esperaban.

—Pero tú no.

—La esperanza es todo lo que les queda —respondió Schmidt, encogiéndose de hombros—. Miró el río unos instantes, con una expresión lastimera en el rostro. — ¿Depende de usted? ¿Que yo viva o muera?

—Yo tendré algo que decir al respecto.

—¿Pero la decisión es suya?

—¿Por qué quieres saberlo?

—Nuestra brigada tenía que tomar ese puente —dijo Schmidt, sin dejar de estudiar la reacción de Grannit—. También nos dieron un segundo objetivo.

Grannit esperó.

—¿Por qué no me dices cuál era?

—Esperaré. A hablar con sus superiores —manifestó Schmidt, mirándolo atentamente.

—¿Por qué no decírmelo ahora?

—Usted ha optado por salvarme la vida y se lo agradezco. Pero necesito hablar de esto con alguien que pueda ofrecerme una garantía más sustancial.

Waimes

17 de diciembre, 22:00 horas

Antes de partir, Von Leinsdorf vertió el queroseno de todas las lámparas de la casa e incendió la carnicería de *Frau* Escher. La principal columna panzer del *Oberstürmführer* Peiper había seguido su avance hacia el oeste; la aldea estaba desierta. La niebla empezaba a espesarse y nevaba de nuevo cuando prosiguieron su camino hacia el sudoeste. Von Leinsdorf estudió un mapa de carreteras a la luz de la linterna.

—He preparado café —dijo después, sosteniendo un termo en alto—. Tienes que beber mucho.

Le sirvió una taza. Bernie se tomó el intenso brebaje mientras conducía y sintió que se le despejaban los sentidos. Von Leinsdorf le entregó un nuevo casco.

—¿Qué es esto?

—Algunos americanos nos han visto. Vamos a cambiar de unidad.

—Joder, ya me había acostumbrado a Jimmy Tenella.

—No tienes que cambiarte el nombre, solo dame tu casco.

Así lo hizo Bernie y Von Leinsdorf lo arrojó fuera del *jeep*.

—Ahora estamos en el 291.º de Ingenieros de Combate. Nuestro oficial al mando nos envía al sur con partes de guerra, antes de retirarse de Malmédy —explicó Von Leinsdorf, mostrándole un tubo de documentos del ejército estadounidense.

—¿Y se supone que debo recordar todo eso?

—Más te vale, estimado compañero, o de lo contrario estaremos bien jodidos.

—¿Adónde vamos?

—Tú conduce, yo te guiaré. La buena noticia es que podemos ir por carreteras secundarias durante todo el trayecto. Aquí gira a la izquierda.

Von Leinsdorf volvió a enfocar el mapa con la linterna. Bernie miró de reojo y vio que el teniente ya no tenía el cabello rubio, sino de un tono amarronado.

—¿Qué te has hecho en el pelo?

—Otro de los secretos de *Frau* Escher. Tinte de cabello en el cuarto de baño.

Von Leinsdorf se calzó unas gafas cuadradas de montura negra que alteraban drásticamente su apariencia, haciéndole parecer años mayor.

—¿De dónde has sacado ese material?

—De abajo.

Bernie se quitó el casco a todo correr.

—Dios, ¿esto es de uno de los fiambres del sótano?

—Los que nos dieron en Grafenwöhr tenían un sello equivocado en el interior, ¿lo ves? —Leinsdorf le mostró una insignia en el borde interior del nuevo casco—. Hay un sello distinto para oficiales y suboficiales. Los nuestros parecían iguales. Yo que tú me lo pondría, puede haber francotiradores ahí fuera.

No sin cierta inquietud, Bernie volvió a ponerse el casco en la cabeza.

—Supongo que también has perdido el fusil; hay otro M1 atrás. ¿Qué opinas de esto? —añadió Von Leinsdorf, iluminando con la linterna un brutal cuchillo de caza—. La mujer lo llevaba atado al muslo.

Bernie puso cara de asco.

—¿Le has registrado los muslos?

—Agradece que no lo usara contigo. Si alguien nos detiene o damos con un control, enséñales esto. —Le entregó otro pase a Bernie—. Si preguntan algo más, me los pasas a mí.

—¿Entonces para qué me necesitas?

—Por si nos sueltan alguna pregunta cabrona de béisbol o sobre quién se está tirando a la ratita Minnie. Entonces intervienes tan rápido como puedas. Estás al día en esos temas, ¿verdad, Brooklyn?

Bernie se tragó la frustración y siguió conduciendo con las manos atenazadas al volante, consumido por la ansiedad. Llegaron al río Ambleve cerca de la medianoche y cruzaron un antiguo puente de piedra salpicado de balazos. La carretera que se extendía hacia el sur les internó en un bosque sombrío. Árboles ancestrales coronaban la carretera; sus ramas se entrecruzaban en lo alto, creando un dosel envuelto en la niebla. Los árboles desnudos adquirían un brillo plateado sobrenatural, como extremidades humanas entrelazadas en la bruma. La visibilidad se redujo a unos pocos metros.

Bernie tuvo que frenar súbitamente para evitar chocar contra un transporte de tropas quemado. Una bomba había alcanzado el depósito de combustible y las ruedas se habían fundido literalmente en la calzada. Era imposible identificar los cadáveres calcinados del interior como americanos o alemanes. Los esquivaron y avanzaron lentamente. Bernie creyó ver una hilera de hombres que cruzaban la carretera corriendo delante de ellos y desaparecían en el bosque, pero no logró distinguir qué uniformes vestían. Von Leinsdorf se agachó en el asiento del copiloto, con el fusil en alto. Una salva de balas salió de aquel punto de la niebla y destrozó el espejo retrovisor. Leinsdorf devolvió el fuego, vaciando el cargador. Bernie pisó el acelerador, asumiendo el riesgo de chocar con otro posible obstáculo oculto entre la densa niebla.

A las tres de la mañana salieron a una llanura rocosa y Von Leinsdorf dijo a Bernie que siguiera las indicaciones hacia Bastogne. El fragor de la artillería se intensificó a medida que se aproximaban. Pasaron un puesto de control en las afueras de la localidad y entraron en una fortaleza atrincherada en el centro de la población. Unos policías militares les dirigieron hacia el mando central del Cuerpo VIII y

aparcaron a la vuelta de la esquina. A su alrededor, compañías de fusileros cavaban trincheras y fortificaban posiciones para morteros y ametralladoras. Bernie se cambió la chaqueta que llevaba por otra con la insignia del 291.º de Ingenieros.

—Pégate a mí y no hables con nadie —le indicó Von Leinsdorf.

Con el tubo de documentos en la mano, Von Leinsdorf mostró en la puerta su pase corregido de alto nivel. Les enviaron a la oficina de señales. El centro de mando, instalado precipitadamente en una antigua catedral, bullía de actividad frenética y los oficiales competían a gritos para hacerse oír. Instalada en una de las capillas que flanqueaban la nave principal, una batería de operadores de radio, télex y telégrafos retransmitían nuevas informaciones. Von Leinsdorf observó el panorama unos instantes, para hacerse una idea de la estructura del mando.

—Mantén la cabeza baja; aparenta que estás ocupado —advirtió a Bernie.

Bernie sacó un bloc y empezó a escribir. Sus manos apenas podían sostener la pluma. Un sargento del cuerpo de señales les gritó, señalando el tubo de documentos.

—¿Tiene algo para nosotros, teniente?

—Ya están entregados. Esperamos informes para el Doce —respondió Von Leinsdorf.

—No esperéis mucho, o quizá no puedas volver a salir —dijo el sargento.

Escuchando las conversaciones, Bernie se enteró de que las fuerzas alemanas avanzaban rápidamente por el norte y el sur de Bastogne. El estado de ánimo de la sala rozaba el pánico; la sensación de invasión inminente alteraba los agotados nervios de los allí presentes. Von Leinsdorf estudió a los operadores de radio, se decidió por un pequeño cabo que parecía al límite de la extenuación y en cuanto lo vio recibir una llamada, se le acercó con el tubo de documentos. Tuvo que gritar para hacerse oír entre el alboroto:

—Maldita sea, nos dijeron que el general Bradley estaría aquí. Tengo que entregarle esto en persona.

—¿Bradley? Tenía que estar aquí hace una hora, pero hemos perdido la carretera principal que nos une con Luxemburgo.

—Dios, ¿me está diciendo que no vendrá?

—Quizá le traigan por aire más tarde, o lo devuelvan a Francia. Ike quiere reunirse con él y con Patton...

—¿Y dónde demonios será eso?

—Puede que en Verdún, puede que en París... Aún no lo han decidido.

—¿Y para cuándo cojones lo han previsto?

Bernie se aproximó, escuchando y observando a Von Leinsdorf, alarmado por su súbito interés en los movimientos de Bradley.

—No creo que antes de mañana, y ya puede olvidarse de llegar a Luxemburgo antes, señor, ahí abajo está plagado de alemanes...

—Entonces a la mierda, cabo; debo llegar a Francia hoy mismo. Necesito saber qué rutas siguen abiertas y si va a ser Verdún o París.

—Estaré al tanto, señor.

—¿Dónde está su oficial de señales? Necesito las putas contraseñas.

—Estamos a punto de emitir la lista de hoy.

—Bien, por mí no se entretenga —dijo Von Leinsdorf.

Cuando el operador de radio volvió al trabajo, Bernie advirtió que Von Leinsdorf retrocedía para comprobar si alguien había estado escuchando. Todos los hombres estaban muy ocupados y nadie había prestado atención. A unos diez pasos de distancia, Bernie vio a un grupo de oficiales apiñados alrededor de un general sulfurado que gritaba airadamente. Una bomba estalló fuera, lo bastante cerca para hacer caer una polvareda del techo y atenuar momentáneamente las luces. Von Leinsdorf aprovechó el apagón para hurtar la lista de contraseñas de la mesa del operador; Bernie la vio en su mano cuando las luces se restablecieron. El alemán se la guardó en el bolsillo, echó un vistazo a su alrededor, se percató de que Bernie le observaba y le guiñó el ojo.

«Está loco. Disfruta con esto».

Hasta que encontrase el modo de detenerle, Bernie se había resignado a las consecuencias del sabotaje, el reconocimiento e incluso el espionaje. Aquello, al menos, le permitía no tener que matar norteamericanos.

Hasta entonces no se le había ocurrido la opción del asesinato.

La emisora de télex que había a sus espaldas volvió repentinamente a la vida, sobresaltándole.

Bernie se inclinó para leer el mensaje. Era una señal urgente para el cuartel general del Primer Ejército en Lieja. El encabezado lo identificaba como de neutralización de emergencia, el nivel más elevado de alerta de seguridad que tenían los Aliados.

Centro de interrogatorios del Primer Ejército Lieja

18 de diciembre, 4:00 horas

El contenido de la cartera, del jeep y de los bolsillos de Karl Schmidt descansaba sobre la mesa entre él y el mayor Moran, del 301.º Destacamento del Cuerpo de Contraespionaje. Las muñecas de Schmidt estaba esposadas y atadas atrás, a los barrotes del respaldo de la silla; todavía vestía la camiseta y los pantalones de su uniforme americano. El mayor Moran hacía las preguntas, mientras que Earl Grannit y un equipo de oficiales de Inteligencia observaban a través de una ventana camuflada en la habitación contigua. Desde allí, un estenógrafo transcribía la conversación, que se desarrollaba en inglés, aunque había un traductor presente por si surgía la necesidad. Un magnetófono en marcha garantizaba que no se pasara nada por alto durante la revisión y la transcripción.

En un cinturón para guardar dinero Schmidt había llevado dos mil dólares

estadounidenses auténticos, mil libras esterlinas falsificadas y pequeñas cantidades de monedas y billetes belgas, holandeses y franceses. Los soldados norteamericanos en Europa no solían llevar efectivo; en su lugar, se les suministraban unos vales impresos llamados «dinero de invasión», un detalle que había escapado al escrutinio del oficial de Intendencia de Skorzeny. Oculta en la parte trasera del *jeep* encontraron una radio de onda corta de origen alemán. También hallaron diez comprimidos de Pervitin (energizante con base de cafeína); un surtido de armas ocultas, entre ellas puños americanos, granadas de mano y un estilete; el manual de campaña de un oficial norteamericano, y una edición de bolsillo inglesa del Nuevo Testamento. Escondidos en una lata vacía de combustible descubrieron fusibles, detonadores y casi tres kilos de nipolita, un explosivo plástico maleable.

Otros bidones contenían cuatro uniformes alemanes reglamentarios y varias armas más exóticas, entre ellas un garrote elaborado con cuerdas de piano y un silenciador. Grannit se interesó por este último, un cilindro plateado que se deslizaba limpiamente sobre el cañón del M1911 automático americano de Schmidt. También encajaba en un subfusil compacto, que se convertía en un fusil automático con la adición de una culata y una mira telescópica. Entre la munición encontraron un cargador de siete balas cuyas cabezas contenían un compuesto venenoso de aconita, diseñadas para estallar al contacto y causar una muerte segura.

Debido a su experiencia en fraudes, Ole Carlson trabajó con dos oficiales en el examen de los mapas y documentos de Schmidt. Había entre ellos versiones creíbles de los pases de alta seguridad que emitían las fuerzas aliadas.

Al principio del interrogatorio, el teniente Schmidt repitió la información que había proporcionado a Grannit sobre la unidad de comandos conocida como *Einheit Stielau*. El interrogatorio de los otros tres miembros de su escuadra había confirmado lo esencial de la historia de Schmidt. Sin embargo, ninguno de ellos admitió saber nada de un segundo objetivo, ni siquiera después de someterlos a un severo maltrato físico.

El mayor Moran no había recurrido aún a la coacción con el locuaz Schmidt, cuando las negociaciones se encallaron en lo referente al segundo objetivo. El alemán se ofreció a revelar lo que sabía, pero solo si se le daban garantías por escrito de que no sería ejecutado por espía. El mayor Moran lo rechazó. Un nervioso y emocionalmente destrozado Schmidt se negó a decir nada más.

Moran salió furioso de la habitación y ordenó a sus hombres que se lo sacaran a golpes. Earl Grannit solicitó que lo dejaran un momento a solas con Schmidt. El mayor aceptó. Grannit entró y tomó asiento frente al alemán, en la silla que había ocupado Moran.

—No importa con lo que les tientes, Karl. Ellos no pueden prometerte eso.

—Pero no es justo. Desde el mismo momento en que nos llevaron a ese campamento, tuvimos que obedecer órdenes o nos disparaban. No he cometido actos de espionaje, no he matado americanos, no he cometido ningún crimen...

—No es decisión mía. Por lo que sé, puede que digas la verdad, pero ahora mismo tienes que intentar algo mejor.

—¿Como qué?

—Diles que irás a patrullar con ellos, ayúdales a encontrara los otros comandos. Sabes a quién o qué buscar, ¿verdad?

—¿Me dejarían hacer eso?

—Por supuesto. Pero primero debes decirles lo que quieren saber. Ya hemos interrogado a tu escuadra al respecto. Ellos dicen no saber nada de un segundo objetivo...

—No lo saben porque nunca se lo dije. Se nos ordenó que no habláramos...

—¿De dónde venía esa orden?

—Del oficial al mando, el que se hacía llamar teniente Miller, el hombre por quien me ha preguntado antes. Deben creerme, por favor; les digo la verdad, pero estoy luchando por salvar la vida.

—Déjame ver lo que puedo hacer —respondió Grannit, tras titubear unos instantes.

Earl Grannit salió de la habitación y pasó por delante de Moran y sus hombres.

—Tengo que mear —anunció.

Se dirigió a la habitación donde Ole Carlson examinaba los documentos de Schmidt.

—Estas falsificaciones son de alta calidad —dijo Carlson—. No puedo encontrar un solo error que las ponga en evidencia...

Grannit se agachó y le susurró:

—Ven a la otra habitación. Cuando haya vuelto con Schmidt, espera mi señal y luego consígueme un minuto a solas con él.

Carlson le miró con asombro y le siguió de vuelta a la habitación de observación, donde los oficiales de contraespionaje estudiaban a Schmidt a través del falso espejo. Grannit encendió un cigarrillo.

—¿Y bien? —preguntó Moran, de un humor de perros—. ¿El alemán nos toma el pelo?

—No lo creo.

—Ya está bien de hacer el gilipollas con ese cabrón. Si se guarda información, haremos que la suelte.

—Tengo un buen presentimiento respecto a ese hombre, mayor. Necesitamos trabajarle con cuidado...

—Sí, ya, que le jodan. Creo que no dice más que gilipolleces, que se tira un farol...

—Con todos los respetos, no estoy de acuerdo...

—¿Y quién le ha convertido a usted en el puto experto?

—El coronel Otto Skorzeny ha montado su unidad. ¿Les suena el nombre a usted y a sus colegas? ¿Cree que Hitler les ha mandado aquí a jugar a cinco lobitos?

—Entonces agarre una porra y sáqueselo a golpes. Así es como le gusta trabajar a la policía de Nueva York, ¿no? ¿O prefiere una manguera?

Grannit desenfundó su pistola y puso una bala en la recámara.

—¿Por qué no le voy metiendo balas hasta que lo cante todo? ¿Para eso me daría su conformidad, mayor? Le haré confesar hasta el asesinato de Lincoln, si eso es lo que quiere. ¿Es así como pretende sacar partido a nuestra única baza?

—Tiene cinco minutos —contestó Moran.

Grannit apagó el cigarrillo en la jamba de la puerta y regresó a la sala de interrogatorios. Se sentó, echó un vistazo al falso espejo y se frotó el puente de la nariz. Al ver la señal, Carlson tropezó con el pie de alguien y derramó su café encima de los pantalones de Moran. Durante la confusión que siguió, Grannit se inclinó hacia delante y desconectó el micrófono oculto que había bajo la mesa.

—De acuerdo, Karl, ya tengo el trato —dijo Grannit.

—¿No van a procesarme por espía, me tratarán como a un prisionero de guerra?

—Tienes mi palabra.

Schmidt se inclinó hacia delante y apoyó la cabeza entre las manos; los hombros le temblaban de la emoción. Grannit calculó que tenía menos de un minuto, antes de que los listillos de contraespionaje entraran a conectar de nuevo el micrófono.

—Ahórralo para cuando te reúnas con la familia, Karl; vamos escasos de tiempo. Ahora bien, tendrás que hacer esas patrullas que hemos acordado, les he dicho que estabas dispuesto...

—Sí, por supuesto...

—Y todo esto queda entre tú, yo y el oficial al mando, porque es contrario a las normas. No puedes mencionarlo, ni siquiera a él, cuando entren aquí, ¿de acuerdo?

Schmidt levantó la cabeza.

—Sí.

—¿Cuál era su segundo objetivo? Preguntó Grannit, mientras alargaba el brazo por debajo de la mesa y volvía a conectar el micrófono.

—Después de los dos primeros días, teníamos que avanzar hacia el sur. Entrar en Francia.

—¿Cuántos hombres?

Schmidt no pestañeó. Razonó que si exageraba el alcance de la amenaza, sus probabilidades de obtener clemencia aumentarían, y que la mentira adecuada podía salvarle la vida.

—Todos nosotros. Ochenta hombres. Toda la compañía de los comandos de Skorzeny. Teníamos que reunirnos en Reims el día diecinueve, en un cine, y después continuar al sur, hacia París.

—¿Qué hay en París?

—Nos reuniríamos en el Café de la Paix con nuestro contacto local y luego seguiríamos hasta Versalles. Ese era nuestro objetivo.

—¿Cuál?

—Atacar el mando del cuartel general aliado.
A Grannit se le hizo un nudo en la garganta.
—Y matar al general Eisenhower.

Cuartel General del Cuerpo VIII, Bastogne, Bélgica

18 de diciembre, 7:00 horas

—Díos mío, mira esto.

El operador del télex arrancó el cablegrama y se lo tendió al de radio que estaba a su lado antes de que Bernie lograra leerlo.

—Hostia.

La reacción del cabo llamó la atención de Von Leinsdorf. Se acercó y consiguió echar un vistazo antes que Bernie, a quien sonrió antes de devolver el papel.

—Léalo, cabo —dijo Von Leinsdorf.

—¡Prestad todos atención! —El cabo se puso de pie en la silla y leyó en voz alta —: Cuartel General del Primer Ejército, alerta de emergencia para todas las unidades de Bélgica, Luxemburgo y Holanda. Se advierte de la presencia de comandos alemanes vestidos con uniformes americanos y que conducen vehículos americanos en la zona de combate, por detrás de las líneas aliadas...

Bernie se quedó paralizado. Se hizo el silencio en la habitación. Los soldados se congregaron a su alrededor mientras el cabo continuaba:

—Asimismo se advierte de la posible presencia de una brigada también disfrazada, equipada con tanques Sherman y artillería móvil, detalles a continuación...

Se organizó un gran revuelo y el cabo se apresuró a llevar el cable a la mesa del oficial. La noticia del boletín se extendió por toda la sala, generando un considerable alboroto.

Bernie retrocedió hasta una pared para alejarse del tránsito e intentó hacerse invisible. Miró a Von Leinsdorf, que le indicó la puerta con la cabeza, y Bernie se dirigió hacia allí. Ante ellos había dos sargentos primeros que intentaban evitar que la gente saliese y organizar una mayor vigilancia de la puerta. Von Leinsdorf sujetó a uno del brazo.

—Joder, es increíble, ¿verdad? —le preguntó.

—Yo los creo capaces de todo.

—Pero ¿cómo vamos a reconocerlos? ¿Cómo podemos distinguir a esos cabrones? Nazis vestidos con nuestros uniformes, ¿y si estuvieran delante de nuestras narices?

—Los reconoceríamos, señor. No pueden fingir algo así.

—Dios, espero que tenga razón. Apueste hombres aquí, compruebe la

identificación de todo el que salga o entre. Tenemos que asegurar nuestro perímetro, comuníquelo a la policía militar, vamos, rápido.

—Sí, señor.

El sargento salió a toda prisa. Von Leinsdorf agarró a Bernie del codo y le hizo cruzar la puerta.

—Sigue andando. No pares.

Los policías militares que estaban fuera oían la noticia en aquel instante. Von Leinsdorf les gritó:

—El oficial los necesita dentro, paso ligero, ¡vamos, moveos!

La noticia se extendía y pasaba de hombre a hombre ante ellos. Bernie esperó que alguien advirtiera su presencia, los detuviese, acabase con aquello, y una parte de él deseaba incluso que eso sucediera. Cuando llegaron a la calle, un nuevo fuego de artillería, cuyos obuses se acercaban progresivamente a la aldea, iluminó el cielo matinal.

—Han atrapado a uno de los nuestros, probablemente a alguien de los equipos de reconocimiento —dijo Von Leinsdorf.

—¿Cuánto crees que saben?

—Su alerta no menciona el Segundo Objetivo. Así que seguimos adelante.

—¿Hacia dónde?

—Reims, Francia.

—¿Qué tenemos que hacer allí?

—¿En Reims? Iremos al cine.

Al doblar la esquina, vieron en el aparcamiento a un policía militar que examinaba los números de unidad de su *jeep*. Von Leinsdorf se llevó la mano al cinturón mientras seguían avanzando.

—¿Qué hace ahí, cabo? ¿No sabe lo que sucede? —preguntó Von Leinsdorf.

—¿Son del 12.º Ejército? —preguntó el policía militar.

—Así es —respondió el alemán, mostrándole el tubo de documentos mientras subía al *jeep* e indicaba a Bernie que se pusiera al volante—. Y allí volvemos, tenemos que entregar esto al Viejo.

El policía militar impidió que Bernie pusiera el motor en marcha.

—¿Por dónde habéis venido?

—Norte —contestó Bernie—. Las dos carreteras de Luxemburgo están cerradas, por si no lo sabes.

—Eso iba a deciros. La carretera del norte también está cerrada, si pensaban volver por allí.

—¿Entonces cómo salimos de aquí? —inquirió Bernie.

—Tendrás que dirigirte al oeste. ¿Puedo ver tu pase de carreteras, soldado?

Bernie echó un rápido vistazo a Von Leinsdorf antes de entregar el pase. Ambos esperaron, mientras el policía militar lo enfocaba con la linterna. Bernie advirtió que Von Leinsdorf se agachaba en su asiento, en busca del cuchillo de caza.

El policía militar se tomó su tiempo para examinarlo y luego lo devolvió.

—Mejor salid zumbando, los alemanes están a punto de rodearnos.

—Buena suerte —dijo Von Leinsdorf.

—¿Ha dicho que pasaba algo dentro?

—Nada de lo que preocuparse.

Bernie pisó el acelerador y salieron de Bastogne rumbo al oeste.

Lieja

18 de diciembre, mediodía

No apagaron las grabadoras hasta que Earl Grannit hubo sonsacado todos los detalles a Karl Heinz Schmidt. Menos de tres horas después, despojado de su uniforme y vestido como prisionero de guerra, Schmidt fue entregado a un equipo de oficiales de Información que empezaron a patrullar las principales carreteras del sur y el oeste del frente usando a Schmidt como sabueso, en busca de elementos de lo que el alemán había denominado Operación *Greif*.

Problemas en las comunicaciones impidieron que Interrogatorios del Primer Ejército pudiese notificar al contraespionaje de Reims la última revelación de Schmidt: que los equipos de asesinos alemanes habían acordado reunirse en un cine de la ciudad la noche del 19 de diciembre. Earl Grannit y Ole Carlson salieron de Lieja al mediodía para comunicar la noticia en persona.

En el *jeep*, Carlson estudiaba el pase de alto nivel falsificado. De pronto, lo golpeó contra su pierna y exclamó:

—¡Lo tenía delante de las narices! Ahí está el fallo.

—¿Dónde? —preguntó Grannit.

—Este es papel con filigrana expedido por el gobierno de Estados Unidos; la falsificación es tan perfecta que me parece increíble que los alemanes no hayan visto el error, es tan evidente una vez lo descubres...

—¿Descubrir qué, Ole?

—Han invertido la posición de las letras u y a de «cuartel». La puñetera palabra está mal escrita —explicó Carlson, mostrándole el papel.

—Comunica por radio. Asegúrate de que la noticia llegue a la frontera. Con un poco de suerte, los atraparemos antes de que crucen.

Carlson manipuló la radio para intentar captar una señal.

—Van a ejecutarlo, ¿verdad? A Schmidt.

—En efecto, Ole. ¿Cuál es el problema?

—Le prometiste que no lo matarían.

—Ni siquiera sabemos si dice la verdad. Puede que se lo haya inventado todo para salvar el cuello.

—A mí me parecía muy creíble. ¿Cuántos equipos crees que han enviado?

—Él ha dicho ochenta hombres.

—Están lo bastante desesperados para intentar algo así. Schmidt ha dado muchos detalles. Creo que dice la verdad y que lo metieron en esto sin que él supiera de qué se trataba...

—Todos los chicos malos tienen una historia triste detrás, Ole.

—Solo digo que me parece injusto que le ejecuten, porque nos ha ayudado y le dijimos que eso no iba a pasarle si hablaba...

—Un tipo cruza nuestras líneas en tiempo de guerra, vestido con nuestro uniforme, confiesa que tiene órdenes de asesinar a nuestro oficial general y a ti te da lástima...

—Le hemos mentado, Earl.

Grannit no respondió.

—¿Cómo te sientes al respecto? —insistió Carlson.

Grannit le dirigió una mirada prolongada.

—¿Te parezco preocupado?

El teniente Karl Heinz Schmidt no vería a sus otros compañeros del *jeep* hasta dos días antes de Navidad. Esa noche, llevaron a sus celdas a un grupo de enfermeras alemanas que les cantaron villancicos en su lengua.

El amanecer del día siguiente, víspera de Navidad, se hizo salir a los hombres de sus celdas, los ataron a postes y fueron ejecutados por un pelotón de fusilamiento norteamericano. Las protestas de Schmidt acerca de un acuerdo secreto con el contraespionaje, que supuestamente debía salvarle la vida, no fueron escuchadas.

Al mediodía del 18 de diciembre el Cuartel General del Primer Ejército ya había abandonado sus dependencias en el hotel Britannique de Spa y se retiraba al noroeste, hacia Lieja. Los camiones de suministro de la zona tenían órdenes de llevarse las reservas de combustible y de municiones y de destruir todo lo que no pudiesen trasladar, para evitar que cayese en manos enemigas. La ofensiva alemana había sorprendido por completo al Primer Ejército y la escasez de hombres obligaba a enviar de inmediato al frente a todos los cuerpos disponibles. En los alrededores de Malmédy, entre ellos se contaban empleados y cocineros sin experiencia de combate, que se hacían llamar «comandos de cantina». El oficial al mando del Primer Ejército, el general Courtney Hodges, emitió una última orden antes de retirarse hacia Lieja. Se ofrecía a todo el personal militar aliado encarcelado por un consejo de guerra una única posibilidad de amnistía, si se presentaban voluntarios para unirse a las unidades que luchaban en una defensa cada vez más desesperada.

La tarde del 18 de diciembre, el cabo Eddie Bennings y otros veintiséis miembros del 724.º Batallón de Ferrocarriles aceptaron la oferta. Fueron liberados en Lieja; les dieron armas y los subieron a un camión rumbo a Malmédy.

Quince minutos después de que se le asignara una compañía en primera línea del

frente, Eddie Bennings se cortó intencionadamente el brazo con la bayoneta, lo que resultó en una cantidad impresionante, aunque inconsecuente, de sangre. Fingió un mareo y el médico le acompañó a un hospital móvil de campaña. Bennings entró, escapó por el fondo de la tienda en cuanto estuvo solo, corrió casi un kilómetro por la carretera hasta el cobertizo donde se almacenaba el combustible y salió de allí con dos bidones de gasolina; hizo el puente a un *jeep* aparcado y partió hacia el sur, rumbo a Francia.

A medida que el día avanzaba, la alerta de los comandos de Skorzeny paralizó el campo de batalla norteamericano. La policía militar cerró todas las intersecciones importantes que se hallaban bajo control aliado. Con una vigencia inmediata, en los controles se prohibió el paso de todo hombre alistado u oficial que no estuviera al corriente de la contraseña. El tráfico fue acumulándose tras las barreras y, durante las horas críticas de la ofensiva, el movimiento de las tropas americanas se estancó por completo. Se retrasaron los refuerzos, cientos de soldados acabaron bajo custodia e informes importantes se retuvieron durante horas. En todas las barracas aparecieron carteles con información de los impostores. Un ejército de hombres que nunca había tenido razón alguna para desconfiar de su uniforme se miraba ahora con paranoia y desconfianza. Como los rumores que se habían propagado por el campamento nazi de Grafenwöhr, las especulaciones sobre los objetivos de la 150.^a Brigada Panzer se extendieron por todo el campo de batalla. Ni el mismo Otto Skorzeny se hubiera atrevido a esperar que la mera mención de sus comandos crease semejante caos en las filas aliadas.

El boletín que informaba de la presencia de espías alemanes tras las líneas aliadas no fue la única noticia desconcertante de aquel 18 de diciembre. A última hora de la tarde del 17 de diciembre, una patrulla norteamericana encontró tres supervivientes de la masacre de Baugnez en la encrucijada del pueblo y los trasladaron de inmediato al hospital de Malmédy. Dos periodistas de la revista *Time* se vieron con los supervivientes, escucharon su historia y la hicieron llegar al cuartel general de Lieja. Al caer la noche, el Estado Mayor del Primer Ejército comunicó que fuerzas invasoras de las SS habían asesinado a un grupo considerable de prisioneros norteamericanos desarmados. Se propició que los periódicos de Estados Unidos (que no habían publicado una sola línea sobre la ofensiva de las Ardenas debido a la prohibición impuesta por el Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas) diesen una amplia cobertura al incidente. Muchos compararon la matanza con el ataque japonés a Pearl Harbor. El sentimiento antialemán alcanzó sus cotas más altas desde el inicio de la guerra; se disparó la adquisición de bonos y el alistamiento de voluntarios.

Todos los estadounidenses leyeron la noticia de la «masacre de Malmédy» antes de que se recuperaran los cuerpos de las ochenta y seis víctimas bajo una gruesa capa

de nieve, en el prado de la encrucijada de Baugnez.

Cuartel General Supremo Aliado, Versalles
18 de diciembre, 10:00 horas

El general Eisenhower pasó la mañana con su Estado Mayor en la sala de los mapas, intentando encajar cincuenta informes inconexos en una visión coherente de la invasión. Había una parte muy clara: en el ataque ya se habían identificado veinticuatro divisiones de la Wehrmacht y de las *Waffen-SS* que avanzaban hacia las posiciones aliadas en tres amplias columnas. Aunque por el norte y el sur la ofensiva se había encontrado con una resistencia norteamericana improvisada aunque eficaz, en el centro, por el corazón de las Ardenas, los Aliados no habían resistido. A medida que las fuerzas aliadas se desmoronaban y retrocedían ante el embate del *Kampfgruppe* Peiper, decenas de miles de tropas de la Wehrmacht y de las SS se unían desde atrás. El ataque alemán se extendía hacia el sur y el oeste como agua acumulándose en un recipiente, creando en el mapa una mancha rotunda, centrada alrededor de la población de Bastogne.

Durante aquellas primeras horas inciertas, Dwight Eisenhower mantuvo una notable constancia de ánimo. Nunca había dirigido una unidad en el campo de batalla, pero sabía que la primera obligación del mando era dar ejemplo a los hombres que le rodeaban. Pese a las preocupantes posibilidades que presentaba el ataque, no mostró ni un instante de nerviosismo; su actitud tranquila se contagió a todo el Cuartel General Supremo y de allí fue bajando por toda la cadena de mando. Cuando empezó a dibujarse el retrato de la batalla, la mente táctica de Eisenhower dio un salto intuitivo hacia las intenciones de su enemigo. Tomó una espada alemana capturada, señaló el centro del mapa y luego la desplazó hacia el oeste, hasta Amberes.

—Esta ofensiva por el centro pretende dividir nuestros ejércitos y aislar a los británicos al norte. Las columnas de los flancos solo están ahí como pantalla de la ofensiva principal.

El general Strong le preguntó cómo deseaba responder. Eisenhower se acercó al mapa y trajo de nuevo la espada al centro del río Mosa.

—Si les mantenemos a esta orilla del río, les pellizcamos en los márgenes y confinamos la columna central a este corredor, quizá podamos ahogarlos.

La punta de la espada acabó reposando en un entramado de carreteras que se cruzaban al sur y al este del Mosa. Eisenhower ordenó de inmediato a sus divisiones de reserva, la 82 y la 101 aerotransportadas, que se dirigieran a toda prisa a Bastogne.

Al serle imposible llegar hasta Bastogne, el general Omar Bradley convocó al general George Patton en el Cuartel General del 12.º Ejército en la ciudad de

Luxemburgo. Le comunicó que la ofensiva de su Tercer Ejército por el río Saar, que debía iniciarse en cuestión de días, había sido oficialmente suspendida. Bradley también ordenó a Patton que tres de sus divisiones marchasen hacia las Ardenas en las veinticuatro horas siguientes.

Durante la reunión, Eisenhower mandó aviso a sus dos comandantes superiores: se reunirían el día siguiente en la ciudad fortificada de Verdún, a medio camino entre sus respectivos cuarteles generales, para ultimar su respuesta a la ofensiva de las Ardenas. Al anochecer, antes de separarse, Bradley pensó que Patton estaba en lo cierto al afirmar que su ataque programado no seguiría adelante.

—Qué demonios, Brad. Aún estaremos matando alemanes.

Al este de la frontera alemana, en el cuartel general de Ziegenberg, la noticia de los éxitos de los dos primeros días de invasión alentó al Estado Mayor de la Wehrmacht. Se habían recuperado cientos de kilómetros de territorio belga y miles de soldados norteamericanos se habían rendido. La columna panzer del *Oberstürmbannführer* Peiper se abría camino implacablemente hacia el Mosa.

La verdad era más compleja. La primera mañana, después de que una importantísima unidad de paracaidistas aterrizase a quince kilómetros del objetivo fijado, la más septentrional de las tres columnas panzer había encontrado una resistencia enconada y no lograba avanzar. Su incapacidad para mantener el ritmo de marcha al oeste fijado por la columna central de Peiper, dejaba a la columna septentrional desprotegida y vulnerable al ataque si los Aliados conseguían reagruparse. El avance de Peiper hacia el Mosa se había convertido en una carrera contra el tiempo.

Desde que se había iniciado la ofensiva, el principal grupo de combate de la 150.^a Brigada Panzer de Otto Skorzeny había quedado atrapado tras el inmenso atasco que llegaba hasta el Muro Occidental. Pese al trabajo de sus equipos de comandos, el éxito de la Operación *Greif* dependía de que la fuerza principal lograra abrir una clara brecha durante las primeras horas. Los tanques americanos de Skorzeny no llegarían a suelo belga hasta la madrugada del 17 de diciembre. Poco después, el segundo de Skorzeny, el teniente coronel Hardieck, intentaba evitar el atasco tomando carreteras secundarias. Su *jeep* Willys pisó una mina en una pista forestal que los equipos de reconocimiento no habían limpiado. Hardieck, su chófer y su ayudante fallecieron al instante.

El coronel Skorzeny decidió tomar personalmente el mando de su brigada, pero las carreteras estaban tan congestionadas que se vio obligado a abandonar el *jeep* y caminar dieciséis kilómetros para alcanzar la vanguardia de sus tropas. Para entonces, el amanecer del 17 de diciembre, viendo imposible que sus tanques alcanzaran el río al anochecer, como estaba previsto, Skorzeny estuvo a punto de suspender la Operación *Greif*. Solo la alentadora información, proporcionada por sus comandos,

de que los puentes del Mosa seguían sin defensa evitó que diese la orden.

Después de consultarlo con su Estado Mayor, decidió mantener el primer objetivo un día más.

La medianoche del 17 de diciembre, tras hablar con Von Leinsdorf por radio, los otros dos equipos de comandos por él reclutados para ejecutar el Segundo Objetivo cortaron la comunicación con el cuerpo de Skorzeny y se dirigieron al sur, hacia Francia. En el atardecer del 18 de diciembre, vestidos como una escuadra de policías militares, el equipo del *Untersturmführer* de las SS Gerhard Bremer se hallaba a unos sesenta kilómetros al norte de la frontera francesa. Tras verse involucrados en un tiroteo, el equipo de William Sharper se vio obligado a pasar la noche en el sótano de una taberna abandonada. El retraso les puso dos horas por detrás de Bremer, cuando aquella mañana emprendieron nuevamente la marcha hacia el sur.

Ninguno de ellos sabía que habían arrestado al equipo del teniente Karl Schmidt, que este había confesado y que la alerta se extendía entre las tropas norteamericanas.

Río Lomme, Bélgica

18 de diciembre, 11:00 horas

Bernie aminoró la marcha cuando se acercaron al campamento de un batallón americano situado treinta kilómetros al oeste de Bastogne. Los puestos de seguridad avanzados estaban desiertos, las puertas exteriores estaban abiertas de par en par y el campamento parecía abandonado; habían dejado el vivac y los puestos de artillería del batallón. La vanguardia alemana todavía no había llegado hasta allí, pero el fuego de artillería que se oía en el sudeste sugería que se acercaba rápidamente. Los dos hombres registraron las tiendas en medio de un silencio sobrecogedor, en busca de raciones de alimentos y suministros.

Los americanos se habían marchado precipitadamente. En las mesas de la cantina había numerosos desayunos sin comer y en los hornillos aún humeaban los botes de café caliente y las gachas de avena. Von Leinsdorf se sirvió café y una tostada y luego llenó una mochila con raciones de comida y medicamentos. En el exterior, exprimieron los pocos litros de gasolina que quedaban en el depósito del campamento y ataron cuatro barriles extra a la parte trasera del *jeep*, el suficiente combustible para internarse en Francia. Para cuando terminaron, ya se oían los tanques alemanes que avanzaban por detrás, a apenas un kilómetro de distancia.

Al poco de salir del campamento, se acercaron a un río donde divisaron una sección de ingenieros norteamericanos trabajando en el extremo más alejado de un antiguo puente de piedra. Bernie dirigió el *jeep* al acceso oriental y tuvo que frenar en seco cuando, de pronto, cuatro soldados aparecieron de entre los arbustos y les cerraron el paso, apuntándoles con sus fusiles.

—¿Cuál es la contraseña? —gritó el cabo al mando.

—Dios, casi me ha dado un ataque al corazón —replicó Bernie.

—La contraseña es «sello» —respondió Von Leinsdorf—. ¿Cuál es la respuesta?

—Pólvora —dijo el hombre.

—Incorrecto —declaró Von Leinsdorf.

Aquella respuesta pareció confundirles y deliberaron ruidosamente durante unos instantes.

—Un poco de rapidez, por favor. Llevamos despachos importantes —dijo Von Leinsdorf.

—Los alemanes nos pisan los talones —añadió Bernie.

—Calma, vaqueros. ¿Es «humo»?

—En efecto. Y ahora apartaos de nuestro camino.

Otro de los soldados avanzó un paso para preguntar:

—¿Cuál es la capital de Illinois?

—Springfield —respondió Bernie.

—Respuesta equivocada, registradlos.

Los otros soldados avanzaron hacia el *jeep*. Von Leinsdorf se puso en pie y desenfundó el arma.

—¡Es Springfield, joder! ¿Pero qué coño os pasa? —gritó Bernie.

—La capital de Illinois es Chicago.

—¿Y quién dice eso? —preguntó Bernie.

—Él —dijo el cabo, señalando a uno de sus hombres.

—¿Y él es de Illinois?

Preguntaron al hombre, que negó con la cabeza.

—Es un puto imbécil; no es Chicago, sino Springfield —insistió Bernie.

Los soldados discutieron acaloradamente entre ellos y no lograron tomar una decisión, pero tampoco salieron de la carretera.

—Maldita sea, no tenemos tiempo para esta mierda —dijo Von Leinsdorf—. ¿Nos estáis interrogando? Ni siquiera sabíais responder a la contraseña. ¿Qué demonios hacéis aquí? ¿Es vuestro campamento el que acabamos de pasar?

—Sí, señor, somos la última compañía que ha salido. Tenemos órdenes de volar este puente. Esperamos que los alemanes aparezcan en cualquier momento.

—No me digas, Einstein. Acabo de decirte que nos pisan los talones —se burló Bernie.

—Podemos ayudarlos, somos ingenieros —propuso Von Leinsdorf.

—Eso no depende de nosotros, señor. Pregunte ahí —dijo el cabo, señalando el extremo más alejado del puente.

—Entonces apartaos del puto camino —replicó Von Leinsdorf.

Finalmente los soldados se hicieron a un lado.

—Es Springfield, en serio, os lo digo por si alguien pasa por aquí y vuelven a preguntarlo —dijo Bernie.

Cuando llegaron al otro extremo del puente, Von Leinsdorf señaló tres vehículos aliados y le ordenó que se detuviera.

—¿Para qué demonios...?

—Porque te lo digo yo. Ven conmigo y mantén la boca cerrada.

Bernie siguió a Von Leinsdorf por un camino empinado que discurría entre la base del puente y la orilla del río. Media docena de ingenieros norteamericanos trabajaban abajo, plantando cargas de M85 y alargando las mechas hasta la orilla occidental por debajo de la arcada del puente.

—¿Cómo podemos ayudar? —gritó Von Leinsdorf.

—¿Sois técnicos? —preguntó el sargento al mando.

—Así es.

—Podéis montar las dos últimas cargas —dijo el sargento, señalando una pila de

material de demolición amontonado contra la piedra.

Von Leinsdorf abrió una de las cajas y dio a Bernie dos mochilas de nueve kilos repletas de paquetes de cargas. Clavaron dos varas entre las piedras, en la base del terraplén, y colgaron las mochilas en ellas. Al otro lado del río, Bernie vio otras seis mochilas ensartadas bajo el puente, conectadas por mechas que volvían al extremo occidental.

—¿Qué hacemos aquí? —susurró Bernie.

—Dame el ensamblaje —dijo Von Leinsdorf.

Bernie vio que Von Leinsdorf parecía unir la pinza del cable del detonador a la carga de la mochila, pero en el último momento plegó el conector por debajo de la pinza con unos alicates, ocultándolo bajo un pliegue de lona. Luego unió la mecha a la línea principal que se extendía hacia la orilla.

—¡Aquí vienen! —gritó uno de los soldados al otro lado del puente. Bernie se asomó por la arcada y miró hacia el oeste, pero estaba demasiado abajo para ver algo.

—Larguémonos de aquí —dijo.

—Calma, vaquero —replicó Von Leinsdorf, que siguió trabajando pausadamente.

Repitió el procedimiento con la segunda mochila. Los otros ingenieros ya habían concluido su trabajo y pasaban los cables a medida que retrocedían a la orilla oriental. Von Leinsdorf tendió el suyo al sargento encargado de unir todas las conexiones. Bernie siguió a los ingenieros que subían por el camino y al mirar de nuevo el río vio una hilera de vehículos alemanes de reconocimiento que avanzaban por la carretera, a un kilómetro de distancia.

En lugar de conectar sus cables a la mecha principal, el sargento se detuvo a comprobar las conexiones de las mochilas. Von Leinsdorf, que había echado a andar detrás de Bernie, vaciló al ver que el hombre se detenía. Indicó a Bernie que siguiera andando. Bernie advirtió que el sargento estaba a punto de descubrir los cables del detonador no conectados. Von Leinsdorf desenvainó el cuchillo y avanzó hacia el sargento con el arma pegada a la pierna.

—¡Vamos, sargento! ¡Están acercándose al puente! —gritó Bernie.

Al volverse, el sargento vio a Von Leinsdorf a tres metros de distancia con el cuchillo en la mano. El alemán siguió andando, intentando no parecer amenazador.

—Lo he comprobado todo dos veces, sargento.

—Deténgase donde está —ordenó el sargento.

El sargento apuntó a Von Leinsdorf con su pistola. Este se volvió hacia Bernie, esperando que reaccionase. Bernie levantó su fusil muy despacio, sin saber a quién apuntar.

—Vienen los alemanes, sargento, ¿cuál es el problema? —preguntó Bernie.

—Suelte ese cuchillo, teniente. Ahora mismo —ordenó el sargento.

—Vamos, Brooklyn. ¿A qué esperas? —preguntó Von Leinsdorf, mirando hacia atrás.

—Contaré hasta tres y dispararé —dijo el sargento—. Uno, dos...

Von Leinsdorf soltó el cuchillo y levantó las manos.

—Por Dios, ¿por qué está tan nervioso, sargento? ¿He jodido las conexiones? Yo no...

—Dé media vuelta y empiece a andar.

—¿Brooklyn?

—Suelta el arma, muchacho, o dispararé. Hablo en serio.

Bernie bajó el fusil y lo sostuvo pegado al costado mientras avanzaba hacia ellos.

—Le hemos mentado, ¿vale? No somos ingenieros, pasábamos con el *jeep* y vimos la situación. Él no pretendía joderla, solo intentábamos ayudar.

El sargento vaciló. Parpadeó, exhausto y ansioso, intentando decidirse.

—Por el amor de Dios, ¿qué va a hacer, disparar a uno de los suyos? —preguntó Bernie—. ¿Con los jodidos alemanes encima de nosotros?

—Lo arreglaré si me indica cómo hacerlo —propuso Von Leinsdorf.

—He dicho que se quede donde está.

Bernie echó una rápida ojeada hacia atrás, a la carretera, donde los ingenieros estaban ocupados en conectar los cables de la carga al detonador.

—Se nos acaba el tiempo...

El silbido de un proyectil de tanque surcó el aire. Estalló contra la superficie del puente, por encima de ellos, llenándolo todo de polvo. El impacto derribó al sargento contra la base del puente. Von Leinsdorf recogió el cuchillo y se abalanzó sobre él; sujetó el brazo del sargento que sostenía el arma y lo golpeó repetidamente contra la roca hasta obligarle a soltar la pistola. Después alzó el cuchillo con la otra mano y se lo clavó en el pecho. Rodaron ambos hacia abajo, entre el barro, Von Leinsdorf tapándole la boca al sargento hasta que dejó de moverse.

Bernie apuntaba a la maraña de cuerpos, incapaz de obtener un blanco claro durante el forcejeo. Finalmente, la inmovilidad del sargento le ofreció una perspectiva clara de Von Leinsdorf. Su dedo se posó en el gatillo; era la segunda vez que lo tenía en el punto de mira.

«El modo en que cortó el cuello de ese fusilero en la cabaña».

Bernie había buscado excusas al comportamiento de Von Leinsdorf después de que este le salvara la vida. Se repetía que el teniente solo había matado porque la guerra o su propia supervivencia así lo exigían.

Pero no ese. No el pobre muchacho aterrorizado en la cabaña.

«Primero tienes que averiguar cuál es la misión. Si lo matas ahora, habrá otros ahí fuera que intenten seguir adelante, sin que sepas cómo detenerlos».

Von Leinsdorf alzó la vista del hombre muerto, vio el cañón apuntándole y la incertidumbre en la mirada de Bernie. Levantó las manos mientras se ponía en pie, sin miedo, invitándole a que le disparase.

Otra bomba silbó en su dirección. Bernie dio media vuelta y corrió hacia la carretera, mientras Von Leinsdorf se lanzaba al suelo. El proyectil cayó a la izquierda del puente. Cubierto de polvo, pero indemne, el teniente alemán recuperó su cuchillo,

cortó toda la línea de cables y echó a correr camino arriba.

La columna de tanques panzer avanzaba por la carretera desde el oeste. El resto de los soldados había retrocedido medio kilómetro y gritaban a los ingenieros que se apresurasen. Bernie encendió el motor de su *jeep* y puso las ruedas en dirección contraria al puente. Se inició un fuego de armas ligeras. Las balas empezaron a silbar entre los ingenieros, que seguían conectando el detonador.

—¡Olvidadlo! ¡Fuera de aquí! —les gritó Bernie.

Vio a Von Leinsdorf saliendo a todo correr de debajo del puente, con el uniforme cubierto de polvo.

—¿Dónde está el sargento? —gritó a su vez uno de los ingenieros.

Bernie apretó el acelerador, mientras Von Leinsdorf saltaba al vehículo en marcha por uno de los lados. Se alejaban patinando cuando otro proyectil impactó en la carretera, detrás de ellos. El resto de los norteamericanos se dispersó en todas direcciones. Bernie miró fugazmente a su espalda, hacia donde el último ingeniero bajaba el émbolo del detonador. Cuando nada sucedió en el puente y un segundo proyectil aterrizó junto a ellos, los ingenieros siguieron a los fusileros que huían entre los árboles. Bernie dobló la curva derrapando y dio gas, desesperado por alejarse del puente.

Von Leinsdorf se dejó caer en el asiento del copiloto, a su lado. Le temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué te pasa, estás herido? —preguntó Bernie.

Von Leinsdorf se volvió hacia él y Bernie vio que estaba riendo.

—¿Qué es tan divertido?

—¿Por qué no le has disparado cuando tenías la oportunidad?

—¿De qué coño hablas? Te estaba apuntando todo el tiempo con una pistola.

—Te he salvado la vida, lo mínimo que podías hacer era devolverme el favor...

—No tenía un blanco claro. Dios, ¿qué se suponía que debía hacer? No tendríamos que haber parado, para empezar.

—Mantener ese puente abierto puede ser un factor determinante para toda la ofensiva. ¿No se te había ocurrido? —preguntó Von Leinsdorf, sacando un cigarrillo.

—Como si me importara una mierda.

Von Leinsdorf le fulminó con la mirada, antes de desenfundar su pistola y apuntarle en la cabeza.

—Para a un lado. Sal de la carretera y para ahora mismo.

Bernie hizo lo que se le ordenaba. Dobló por el primer camino que encontró, que quedaba oculto desde la carretera por una densa arboleda. Leinsdorf le indicó que se detuviera junto a las ruinas de una antigua iglesia rural. Bernie mantuvo ambas manos en el volante y los ojos en la carretera.

—Lo siento. No quería decir eso.

—¿Tienes problemas para disparar a un americano, Bernie? Antes de continuar: ¿De verdad eres un soldado alemán?

—También podría haberte disparado a ti —musitó Bernie, mirando la pistola de reojo—. ¿No se te ha ocurrido?

—Oh, ya. ¿Y qué habrías hecho después? ¿Cuánto crees que hubieras durado en la sala de interrogatorios de Contraespionaje? ¿Qué historia triste les contarías, Brooklyn? ¿Que este nazi disfrazado de americano te había tomado como rehén y te había obligado a conducir por toda Bélgica? Hasta ahí ningún problema de credibilidad... Pero díganos, soldado, ¿cómo explica estos documentos falsificados y los uniformes alemanes que hay en el *jeep*?

—Vale, ya he captado el razonamiento.

—El razonamiento es que te harían cantar en menos de una hora. Delatarías hasta a tu madre. No tienes agallas. —Von Leinsdorf parecía asqueado—. Sal del coche.

—Dijiste que necesitabas mi ayuda, no puedes hacer esto sin mí...

—Sal ahora mismo.

—Oye, baja el arma, ¿vale?

—Retira las manos del volante.

Bernie mantuvo la cabeza baja y se aferró al volante hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—¿Solo porque no he matado a ese tío? Los otros soldados habrían oído el disparo. ¿Y si venían a por nosotros? Tenían a diez hombres ahí arriba, no había tiempo, los panzer se nos echaban encima. Hice lo que consideré mejor.

Von Leinsdorf pareció dudar. Tras ellos se oía fuego pesado. Los alemanes habían cruzado el puente.

—No pedí estar aquí. No he pedido nada de esto. Ni siquiera sé lo que estamos haciendo —dijo Bernie.

Bernie miró de reojo y apenas reconoció a aquel hombre. La máscara de persona civilizada había desaparecido. Lo que vio en su lugar era algo frío, duro y despreciativo.

—Estoy harto de tus excusas. Sal del coche.

—¿Por qué?

—Porque no quiero mancharlo de sangre.

Bernie se apeó y se apartó del coche caminando hacia atrás. Von Leinsdorf le siguió con la pistola alzada hasta el pequeño cementerio de la iglesia. Las bombas caídas entre las viejas lápidas habían levantado el suelo y dispersado fragmentos de restos humanos y ataúdes comidos por los gusanos.

—Intenta apreciar el soberbio grado de tu insignificancia. Estás aquí porque un político pronunció un discurso y otro agitó su sable; así es como hombrecillos como tú acaban luchando en sus guerras.

—No tiene nada que ver conmigo.

Von Leinsdorf le empujó para que avanzase.

—No importa lo que opines al respecto, ni tampoco lo que opines de cualquier otra cosa. Esto es un negocio y el negocio de la guerra es matar. Es un trabajo, como

hornear pan o la carpintería...

—¿Es eso lo que te han enseñado en Dachau?

—No tuvieron que enseñarme nada. Lo aprendes por ti mismo o no puedes seguir adelante. A estas alturas ya deberías saberlo. Esa es la lección.

Bernie retrocedía; su teniente avanzaba directamente hacia él.

—¿Qué lección?

—Que no tiene importancia. —Von Leinsdorf enroscó el silenciador al cañón de la pistola—. Valoras tanto tu lamentable e insignificante vida... Dime, ¿por qué? ¿Qué has hecho con ella hasta ahora? ¿Qué hay en ella que merezca ser salvado?

—No lo sé. Yo solo soy yo.

—¿Y cómo puedes saber quién es ese? Yo también me crié en dos países, pero nunca lo olvidé. Tú has estado demasiado ocupado escondiéndote toda tu vida, haciéndote invisible, convirtiéndote en un don nadie, para que nadie advirtiera tu presencia. Porque sientes vergüenza de lo que eres.

Bernie se quedó sin respuesta. Ni siquiera pudo presentar razonamiento alguno; le ardía el rostro por las dolorosas verdades que aquel hombre había descubierto de él.

—Nada de eso importa. Eso es lo que no sabes. No tienes idea de lo barata que es la vida. No tienes ni la menor idea. De lo que descubres cuando llegas al fondo. No hay honor, ni dignidad, ni moralidad, ni espíritu. Solo sangre y carne. La vida es una mierda. Una mierda.

Von Leinsdorf se inclinó hasta quedar a tan solo unos centímetros de la cara de Bernie, un rostro perturbado y esquelético por debajo de los rasgos agraciados. Bernie cayó de rodillas en el osario, junto a unos huesos dispersos.

—Este mal llamado «don» que tan valioso consideras no es más que un reflejo, un insecto que se arruga al menor movimiento. No hay majestad alguna en él. Puedes desmontar a un ser humano tan fácilmente como a un reloj. En el campo de Dachau trabajaba con un médico, el doctor Rasher; ¿te suena el nombre?

Bernie negó con la cabeza.

—Organizaba nuestra investigación. Identificaba lo que podíamos aprender de esos sujetos. Cómo reaccionan al calor, al frío, a la presión y al dolor, a las heridas y a la pérdida de sangre. Es asombroso lo poco que se resistían. Se entregaban, eso es lo que aprendí: matar es lo más fácil del mundo.

Rozó la oreja de Bernie con la pistola y este dio un respingo.

—Y los judíos estaban agradecidos por ello. Porque, a cierto nivel, son conscientes del mal que arrastran. Lo judío es una infección. Un virus genético. Una vez entra en el flujo sanguíneo de una sociedad, o de un individuo, el único remedio es la erradicación. Esta es nuestra contribución eterna a la ciencia. Hemos encontrado la cura.

Von Leinsdorf se arrodilló junto a Bernie y le sujetó de la barbilla.

¿Crees que tus manos están limpias? Tu padre trabaja para IG Farben. Ellos producen el gas que utilizamos para matarlos. A todos, Bernie. Los estamos matando

a todos.

Bernie estaba paralizado. Apenas podía respirar.

—Yo no soy distinto. Simplemente he tenido la ventaja de verla muerte más de cerca. ¿Crees que valoro mi propia vida?

Von Leinsdorf se apuntó a la cabeza.

—¿Esta serie interminable de humillaciones y miserias? Acabaría con ella ahora mismo, si no tuviera esta misión. Y, si muero en servicio, al menos sabré que ha servido para algo superior a mí. ¿Puedes tú decir lo mismo?

—Cree en lo que te apetezca —dijo Bernie, tan tembloroso que apenas podía hablar—. No es asunto mío.

—Si no has aprendido la lección en ese sótano, no creo que lo hagas nunca. Lo que viste ahí abajo era un juego de niños. Abre los ojos, tío. Pronúnciate. Esto es mucho más real que lo que la vida podrá ofrecerte jamás. No sobrevivirás otro día sin decidir quién eres o por qué asuntos vale la pena morir.

—¿Por qué hacerlo tu problema?

—Porque tengo que cargar contigo. —Von Leinsdorf llevó el cañón al pecho de Bernie—. ¿Qué voy a hacer si no? Si te mato ahora, nadie llorará tu muerte. Nadie se enterará siquiera. Los animales limpian tus huesos y algún día pasa un campesino y los arroja a esas tumbas. Todo rastro de ti, todo recuerdo, habrá desaparecido. Incluso tu familia olvidará. Como si nunca hubieras existido.

Bernie vio una desolada oscuridad en los ojos de Von Leinsdorf. Intentó serenar la voz y hacerlo regresar a la realidad.

—Dijiste que me necesitabas. Para completar la misión.

—La próxima vez que tengas la oportunidad de matarme, aprovéchala. Si eres capaz de llegar a matar a alguien.

Von Leinsdorf dejó caer los hombros bruscamente, hastiado, como si hubiese perdido interés en lo que pretendía hacer. Después, un cambio. De nuevo la eficacia. Retiró el silenciador y lo dejó caer en su bolsillo antes de levantar a Bernie del suelo, rodearlo con el brazo y ayudarlo a regresar al *jeep*, utilizando ahora el tono con que se dirige una afectuosa reprimenda a un amigo desmandado.

—No creo que seas un cobarde físico, Brooklyn, sino un cobarde moral. Pero si algún día encuentras el coraje para matarme, te matarás a ti también. Te encontrarán tarde o temprano, tus amigos americanos. Morir en el campo de batalla es una cosa; la ejecución es mucho peor. Te lo digo por experiencia. No es la muerte, sino saber cuándo, dónde y cómo. Ese es el infierno.

Bernie no respondió; la parálisis de su cuerpo se enfriaba. Von Leinsdorf subió de nuevo al *jeep*.

—Conduce.

Regresaron marcha atrás a la carretera principal. Viajaron en silencio durante cierto tiempo.

«Tiene razón en algo —reflexionó Bernie, mirando a Von Leinsdorf de reojo—.

He pasado demasiado tiempo pensando en mí, preocupándome por mi propia vida. Ya no volverá a suceder».

«Descubriré lo que se propone, se lo iré sacando poco a poco. Y entonces, incluso aunque me mate, encontraré el modo de detenerle».

Cuartel General Supremo Aliado, Versalles
18 de diciembre, 13:00 horas

La noticia del interrogatorio de Karl Schmidt llegó finalmente por télex cuando el general Eisenhower acababa su reunión en la sala de los mapas. Su jefe de Contraespionaje presentó apresuradamente el informe después de confirmar dos veces su contenido con el Primer Ejército. Con su calma característica, Eisenhower echó una ojeada al despacho donde se aseguraba que ochenta comandos alemanes, vestidos con el uniforme de Estados Unidos y cuyo objetivo era asesinarle, quizás estuvieran ya en París.

—Otro rumor disparatado —replicó mientras devolvía los papeles.

Fue el único oficial del Cuartel General Aliado que reaccionó así. Pese a las protestas de Eisenhower, su jefe de Seguridad ordenó que los aposentos del general se trasladaran de la confortable mansión donde se alojaba al palacio Trianón, dentro del recinto de Versalles. A Ike le gustaba disfrutar de su privacidad y cuando no trabajaba quería estar a solas. Sus oficiales creían que eso se debía a la relación de Ike con su ayuda de campo británica, la teniente de la sección femenina del ejército británico y exmodelo Kay Summersby. Cuando Eisenhower se negó a trasladarse, el jefe de su Estado Mayor le dijo que, en lo referente a su seguridad, debía acatar las órdenes como cualquier otro soldado. Cuando terminaba el día, el único general con cinco estrellas de Estados Unidos, comandante de todo el escenario de guerra aliado en Europa, se había convertido, en la práctica, en un prisionero de sus propios ejércitos.

Durante las veinticuatro horas siguientes, el palacio Trianón se transformó en una fortaleza. Se alzaron dos vallas de alambrada alrededor del perímetro y se instalaron tanques y ametralladoras a intervalos de cien metros alrededor del recinto. Se establecieron controles de carreteras a lo largo de kilómetros en todas direcciones y se instauró un nuevo y complejo sistema de pases de un día para otro. Se añadió un pelotón de policías militares al equipo de seguridad habitual del general y a partir de entonces sus traslados se realizaron en un sedán blindado con las ventanillas tintadas, que nunca tomaba dos veces la misma ruta. Acostumbrado a dar largos paseos en solitario por los jardines de Versalles, Eisenhower fue confinado al edificio con las cortinas echadas, por si algún francotirador lograba penetrar en el recinto, mientras los soldados patrullaban el terreno. Las protestas de Ike —que aquellos hombres podían prestar mayor servicio a la contienda luchando en el frente—, cayeron en saco roto.

—Esto será lo que siente uno cuando es presidente —farfulló Eisenhower a un

miembro de su Estado Mayor.

Al anochecer, ya había oficiales de Contraespionaje vestidos de paisano apostados en el Café de la Paix, el restaurante que Schmidt había identificado como punto de encuentro de los asesinos. Se ocultaron ametralladoras en los callejones próximos y la fotografía de Otto Skorzeny se pegó en todas las paredes y farolas de la ciudad. La vigilancia vecinal organizó patrullas en busca de agentes alemanes disfrazados. Cualquier soldado norteamericano de aspecto sospechoso que merodease por la zona era detenido e interrogado.

Los oficiales de Seguridad intentaron usar un cebo humano para descubrir a los asesinos. Uno de los oficiales del Estado Mayor de Eisenhower, el teniente coronel Baldwin Smith, que guardaba un parecido sorprendente con su algo calvo comandante, se ofreció a trasladarse a la casa de campo que había sido la residencia de Ike. Durante los siguientes días vistió uno de los uniformes del general y fue trasladado en el Cadillac de Eisenhower por los itinerarios habituales. El propio Eisenhower no fue consultado ni informado de la sustitución.

Las secuelas de la confesión del teniente Schmidt afectaron a los soldados aliados en toda la cadena de mando. Aunque dio la contraseña correcta en el puesto de control, el general norteamericano Bruce Clarke pasó seis horas bajo custodia cuando un policía militar excesivamente perfeccionista decidió que el hecho de que el general hubiera situado a los Chicago Cubs en la American League probaba que era un espía alemán. Cuando regresaba a su propio cuartel general, el general Omar Bradley tuvo que detenerse media docena de veces y responder numerosas preguntas sobre el Medio Oeste, el equipo de fútbol americano Nôtre Dame y el estadio de los St. Louis Cardinals.

El mariscal de campo británico Bernard Montgomery, recién llegado a Bélgica procedente de Holanda, fue obligado a detenerse en un control norteamericano próximo a Malmédy. Como medida de precaución habían retirado de su *jeep* todas las graduaciones e insignias, lo que levantó sospechas. Furioso al ver cuestionada su autoridad, y para colmo por un americano, el autoritario Montgomery ordenó a su chófer que siguiera adelante a media conversación. Los policías militares respondieron disparándole a las ruedas, persiguiéndole y retirándole el arma. Mantuvieron bajo custodia al oficial británico de mayor rango de la guerra durante tres horas, hasta que un coronel canadiense identificó al iracundo Montgomery. Exasperado por los habituales aires de grandeza de Montgomery, parece que a Eisenhower le encantó escuchar con todo detalle el relato de su calvario.

A los soldados de los controles ya no les bastaba con las contraseñas y, con el paso de los días, sus preguntas fueron ganando complejidad. Las cuestiones referentes a deportes, cómics y chismorreos de Hollywood eran las más frecuentes. Ciertos policías militares más imaginativos intentaron desenmascarar a los presuntos asesinos exigiéndoles que recitasen poemas que incluyeran muchas erres o uves dobles, cuya pronunciación resultaba difícil para los alemanes nativos. El

trabalenguas «R con R cigarro, R con R barril, rápidos corren los carros rumbo al ferrocarril» era uno de los favoritos.

Pese a todas las alteraciones que ocasionaron, estas precauciones iban a resultar sumamente beneficiosas.

La frontera francesa

18 de diciembre, 21:00 horas

Tras conducir toda la tarde, Earl Grannit y Ole Carlson entraron en Francia por un cruce altamente custodiado, al norte de la ciudad de Givet. Grannit se identificó ante los policías militares a cargo del control y se aseguró de que hubieran recibido el boletín referente a los comandos de Skorzeny. Los policías le demostraron que circulaba ampliamente y que se habían impuesto controles más restrictivos. El tráfico del lado belga de la frontera sufría un atasco de medio kilómetro.

Antes de proseguir hacia Reims, Grannit y Carlson entraron en la cantina para servirse una comida rápida. Mientras esperaban la comida, tomaron café junto a una ventana que daba al almacén de suministros del puesto.

—¿Tienes esposa, Earl?

—¿Para qué quieres saberlo?

—No sé, es que nunca te lo he preguntado.

—La tuve.

Carlson esperó.

—¿Eso es todo?

—Sí.

—¿En qué trabajaba tu padre?

—Tenía una gasolinera —respondió Grannit.

—¿Tienes hermanos?

—¿Qué es esto, un interrogatorio?

—Solo intento charlar un poco.

—Tenía una hermana —Grannit divisó algo al otro lado de la ventana—. ¿Has traído los prismáticos?

Carlson se los entregó. Grannit enfocó un *jeep* americano aparcado junto a un surtidor de gasolina, a medio kilómetro de distancia. Había dos policías militares junto al *jeep*; uno de ellos llenaba el depósito. Desde aquella distancia y ángulo, le fue imposible leer el número de unidad del *jeep*.

—Ve a preguntar al control si una pareja de policías militares ha cruzado durante la última hora.

—Allá voy.

Carlson salió de inmediato por la puerta que comunicaba con las oficinas fronterizas.

Grannit observó a los policías militares del surtidor. Examinó el vehículo, en busca de detalles que le recordasen al *jeep* de Schmidt. Nada le resultó extraño. Carlson regresó poco después.

—Han pasado hará unos veinte minutos. Tenían la contraseña y pases de alto nivel...

—¿Ha comprobado si la grafía era correcta?

—Ha dicho que conocía ese detalle por el boletín y que «cuartel» estaba escrito correctamente. Esos policías militares le han explicado que pertenecen al Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas y que están trabajando en el caso Skorzeny.

—Así que lo conocían y lo mencionaron antes de que se les preguntara.

—Eso me ha dicho.

Grannit vio a un tercer policía militar que regresaba junto a los que ya estaban en el *jeep*.

—De todos modos, son tres.

—¿Creías que podían ser los tipos que buscamos?

—No, Ole, creía que era Eleanor Roosevelt —replicó Grannit, bajando los prismáticos.

—La habrías reconocido por los dientes, incluso a esta distancia —bromeó Carlson.

Algo llamó la atención de Grannit cuando bajaba los prismáticos que hizo que volviera a utilizarlos. Un cuarto policía militar salió de un edificio cercano y se encaramó al *jeep*.

—Un momento... ¡Mierda, son cuatro!

—Pero sus pases eran válidos...

—Retenlos en la barrera, lo comprobaremos nosotros mismos. Rápido.

Carlson regresó a toda prisa al puesto de control. Grannit salió al patio por la puerta trasera de la cantina; el *jeep* se alejaba de los surtidores de gasolina rumbo a la salida más próxima, una puerta abierta en una verja metálica que se hallaba a unos cien metros de distancia. Grannit empezó a correr tras ellos.

—Date prisa, Ole.

Cuando el *jeep* se acercaba a la salida, Grannit vio que el policía militar de la garita respondía al teléfono, salía al exterior y cerraba la puerta de la verja con el *jeep* ya muy cerca. El policía se aproximó para hablar con los ocupantes del vehículo.

El *jeep* giró bruscamente marcha atrás y se dirigió rápidamente hacia otra salida. El policía militar corrió tras ellos. Grannit sacó la pistola.

—¡Eh! ¡Eh!

El *jeep* se dirigía a toda velocidad hacia Grannit. Este bajó el arma y vació el cargador. Los disparos destrozaron el parabrisas y el retrovisor, pero el *jeep* consiguió esquivarle. Ole y los policías militares del puesto fronterizo salieron, corriendo y armados, del edificio principal y cruzaron el patio en dirección a la puerta. Una ametralladora abrió fuego, persiguiendo la trayectoria del *jeep* con sus balas, aunque

sin llegar a tocarlo.

Sin tiempo para desenrollar la puerta de tela metálica, dos guardias arrojaron una cadena de minas a lo largo de la abertura. El *jeep* aceleró al alcanzar la puerta abierta y pisó las minas a ochenta kilómetros por hora. Las minas detonaron e hicieron estallar las ruedas delanteras. El depósito de gasolina, de gran tamaño y lleno de combustible, explotó en una bola de fuego; el *jeep* saltó por los aires y aterrizó boca abajo, envuelto en llamas.

Los cuatro pasajeros, entre ellos su jefe de escuadra, el *Untersturmführer* de las SS Gerhard Bremer, murieron al instante.

Pont-Colin, Bélgica
19 de diciembre, 6:00 horas

Bernie Oster y Erich Von Leinsdorf pasaron la noche acurrucados en el *jeep*, con las puertas cerradas, la capota puesta y arropados con mantas. Bernie seguía con demasiado frío para dormir. Habían conducido desde Bastogne rumbo al oeste hasta que anocheció, siempre por carreteras secundarias; dieciocho horas para cubrir ochenta kilómetros entre campos vacíos y poblaciones devastadas o abandonadas. En dos ocasiones habían tenido que internarse en bosques frondosos para evitar los refuerzos norteamericanos que llegaban desde Francia. Con los prismáticos, Bernie había identificado el águila de la 101.^a Aerotransportada a en sus mangas.

La nieve cayó ininterrumpidamente durante toda la noche, envolviendo el bosque en el silencio. Por primera vez desde el inicio de la ofensiva, habían dejado atrás el frenesí de la batalla. Con las primeras luces, descendieron por una cresta boscosa desde donde se veía el pequeño puesto fronterizo que Von Leinsdorf había seleccionado en su mapa. Había dos soldados franceses a cargo de la garita y la barrera que atravesaba la pista de tierra. No se observaba tráfico en ninguna dirección.

Von Leinsdorf buscó sus documentos de viaje en la mochila.

—Yo hablaré —dijo a Bernie.

Bernie tocó el claxon e hizo luces al acercarse a la barrera, alertando así a un soldado francés de mediana edad que salió de la garita para recibirles. Von Leinsdorf le tendió los papeles en cuanto lo vio salir, hablándole en francés a toda velocidad. Cuando el soldado preguntó la contraseña, Von Leinsdorf se la dio de inmediato. Bernie no entendía ni una palabra, pero era evidente que oír un francés fluido en boca de un airado oficial americano desconcertaba a aquel hombre.

—*Je porte des expéditions importantes pour le chef du personnel américain* — dijo Von Leinsdorf, alzando el maletín.

A continuación saltó del *jeep*, con el rostro congestionado, profiriendo ciertas palabras que Bernie comprendió sin necesidad de traducción. Atemorizado y disculpándose, el francés le indicó que tenía que mostrar los documentos a su superior.

—Espera aquí —indicó Von Leinsdorf a Bernie.

El centinela le condujo a sus barracones, un blocao achaparrado que se hallaba a veinte metros de la garita. El francés seguía disculpándose, tropezando mientras andaba hacia atrás. Von Leinsdorf le indicó con un gesto que continuara caminando.

Mientras le seguía, alargó el brazo hacia el cinturón.

Bernie encendió un cigarrillo y esperó a que ambos hombres entraran en el blocao; luego se apeó del *jeep* y corrió hacia la garita. Buscó algo para escribir y garabateó una nota en inglés, hasta que vio abrirse la puerta del barracón.

Erich Von Leinsdorf apareció con una cesta y una botella de vino. Bernie esperaba en la garita, leyendo un papel junto ala ventana.

—¿Qué haces ahí dentro?

—Mira esto. Han cambiado las contraseñas —dijo Bernie. Von Leinsdorf echó un vistazo al télex de las autoridades americanas.

—¿Quién es Dizzy Dean?

—Es un lanzador de los St. Louis Cardinals.

—Bien hecho, Brooklyn. Por fin has aportado algo.

Von Leinsdorf se encaminó al *jeep*. Al seguirle, Bernie distinguió un cuerpo caído en el umbral del blocao.

—Al menos los putos gabachos saben comer —comentó Von Leinsdorf, tendiéndole la cesta—. En marcha.

Von Leinsdorf subió al vehículo. Bernie le señaló una mejilla.

—¿Qué? —El alemán se la limpió. La mancha de sangre pasó a la mano—. ¿Ya está?

Bernie asintió con un gesto y encendió el motor mientras Von Leinsdorf rebuscaba en la cesta.

—No es exactamente una cena de Navidad, pero servirá. Fruta y queso, una *baguette*. Supongo que ya se habrán comido el *foie gras*. ¿Es tu primera visita a Francia, Brooklyn?

—Sí.

—Un país precioso, una gente horrible —recitó Von Leinsdorf, mordisqueando una manzana.

Un teléfono empezó a sonar en la garita cuando se alejaban.

La frontera en Givet

19 de diciembre, 6:00 horas

La masa carbonizada del *jeep* no se enfrió lo suficiente para proceder a su inspección hasta la medianoche. Trajeron focos para iluminar el patio. La preocupación por si habían matado a cuatro policías militares continuó hasta que, casi al amanecer, Earl Grannit encontró unos uniformes alemanes quemados dentro de un bidón, además de varias armas personalizadas similares a las halladas en el *jeep* de Karl Schmidt. Ole Carlson llamó a Grannit para que viese un pedazo de papel humeante que había recogido de entre los restos.

—Uno de sus pases de alto nivel del Cuartel General Supremo.

La parte superior estaba chamuscada y era imposible leer la palabra «cuartel».

—Los guardias que los dejaron pasar afirman que estaba bien escrita.

—Quizá no leyeron bien. Tú tampoco lo viste al principio, y eso que lo estabas analizando —dijo Grannit.

—No sé. Hay algo que no me cuadra.

Grannit pidió al capitán al mando que se asegurase de que los otros puestos fronterizos tenían información actualizada de los dos hombres que buscaban. El capitán le mostró un gran mapa de la frontera franco-belga que colgaba de la pared de su despacho.

—Hay seis pasos fronterizos entre aquí y el extremo occidental de Luxemburgo, a menos que crucen a pie —apuntó el capitán.

—Pasarán por uno de los pasos fronterizos, no pueden abandonar su *jeep* —respondió Grannit, observando el mapa—. Hemos venido a toda hostia, no pueden llevarnos mucha ventaja...

—Nuestros refuerzos entran en Bélgica por estas carreteras. Probablemente se habrán quedado en este corredor, lo que nos deja cuatro fronteras.

—¿Tiene policía militar en todas? —quiso saber Grannit.

—Tenían que llegar a los puestos por la mañana. Puede que aún no hayan cubierto todos los pasos.

Uno de los policías militares a cargo de los teléfonos regresó para confirmar que tres pasos fronterizos habían recibido el boletín y que los policías militares habían llegado a lo largo de la noche. No se había detenido a ningún comando alemán. El segundo policía militar seguía al teléfono.

—¿Qué sucede, hijo? —le preguntó Grannit.

—No puedo comunicar con Pont-Colin.

—¿Dónde está eso?

—Un pequeño paso fronterizo a treinta y dos kilómetros al sur —respondió el capitán—. Principalmente utilizado por el tráfico local, bajo control francés.

—Consígueme un mapa. Tráete el desayuno, Ole.

El tiempo fue mejorando a medida que Bernie salía de las colinas y cruzaba por última vez el Mosa, que serpenteaba hacia el sur por los altiplanos del norte de Francia. En la carretera de Reims el tráfico era un flujo ininterrumpido de militares americanos que se dirigían al norte, hacia Bélgica.

—¿Qué quieres ser cuando termine la guerra, Brooklyn?

—Alguien vivo.

—Aparte de eso.

Bernie miró de reojo. Con la barriga llena y una carretera abierta por delante, el voluble alemán parecía ahora relajado, como si hubiera olvidado las desagradables amenazas pronunciadas horas antes. Miraba el cielo nublado recostado en el asiento,

con un pie en el salpicadero y las manos detrás de la cabeza. Bernie decidió darle conversación.

—En teoría, tendría que haber ido a la universidad. Para averiguarlo.

—¿Dónde?

—Pensaba ir a la Universidad de Nueva York. Para estudiar ingeniería, o algo así.

—Sí, habría encajado contigo. Qué estupenda, la vida universitaria. Yo habría ido a la universidad de Inglaterra; Cambridge, King's College. Ese era el plan.

—Creía que siempre habías estado en el ejército.

—¿Antes de la guerra? No. La política, la diplomacia, ese era mi camino. La paz entre las naciones. Servir al bien común. Lo debo a la influencia de mi padre.

Bernie vislumbró un matiz de sensibilidad en su rostro.

—¿Dónde está ahora?

—Murió. Poco después de retirarse.

—¿Cómo era?

—Un hombre decente. Aunque tenía menos talento que ambición. Necesitaba trabajar para tener una razón para vivir. —Von Leinsdorf encendió un cigarrillo, impaciente por cambiar de tema—. ¿Tu padre está vivo?

—Frankfurt ha sufrido graves bombardeos. No sé nada de mi familia.

—Algo terrible, perder a un padre.

Von Leinsdorf parecía sincero, como si aún poseyera algún vestigio de humanidad.

—A ambos nos han privado de la vida que supuestamente nos pertenecía, Brooklyn. Los hombres de nuestra edad deberían tener cosas más agradables en mente. Tendríamos que estar en la ciudad, paseando en coche con un par de chicas bonitas.

—¿Qué ciudad? —preguntó Bernie, volviéndose hacia él.

—París no es un mal sitio para empezar. ¿La conoces?

—No.

—Quizá, cuando terminemos allí, podemos bajar al Rivoli y elegir un par de jovencitas con vestidos de verano. Cena con champán en el hotel Meurice, baile, un espectáculo a medianoche en Pigalle. ¿Qué te parece?

—Me parece muy bien.

«Así que vamos a París. Después de Reims. Ahora solo me falta el objetivo».

Von Leinsdorf alzó la vista al cielo.

—Parece que va a llover.

—¿Cuántas escuadras trabajan en esto con nosotros? —preguntó casualmente Bernie.

—Cinco en total. Gira a la derecha —Von Leinsdorf le indicó una señal cuando se acercaban a una intersección.

La señal de la derecha rezaba: REIMS 60 KM.

La nieve dejaba de caer cuando Grannit y Carlson aparcaron a medio kilómetro del paso de Pont-Colin, en el lado francés de la frontera. Después de dejar la carretera principal cinco kilómetros más abajo, no se habían cruzado con ningún vehículo a lo largo de las curvas que subían la colina.

Cubrieron el resto del trayecto a pie, con las armas preparadas. Grannit se encaramó a la ventana del blocao y vio en el suelo los cuerpos de dos soldados franceses. Indicó a Ole que comprobara la garita antes de entrar a examinar la escena.

Las gargantas de los hombres habían sido cortadas de forma brutal y eficaz; ninguno de ellos había opuesto resistencia. El corte lo había producido una hoja dentada, como la de un cuchillo de caza. Grannit encontró una huella en un charco de sangre.

La bota de combate de un soldado norteamericano.

—Estuvieron aquí hace menos de una hora —dijo al salir.

—Por aquí solo ha pasado un juego de ruedas —añadió Carlson, señalando unas huellas en la nieve. Aparcaron aquí. Parece un Willys.

—Dos pares de huellas van al blocao, solo vuelve uno. El otro tipo entró ahí.

Grannit siguió el segundo par de huellas hasta la garita. Recorrió el reducido espacio con la vista mientras Carlson le observaba desde atrás.

—Pasa algo con estos dos —apuntó Grannit. Uno se encarga de matar. El otro espera en el *jeep*, fuera del hospital. Igual que aquí. La misma pauta.

Grannit se fijó en un boletín sobre la brigada de Skorzeny que estaba pegado en la pared, junto a la ventanilla del guardia. Sacó la chincheta y vio dos agujeros en el papel.

—Tenían el boletín de alerta delante de las narices, ¿porqué no los detuvieron? —preguntó Carlson.

—Posiblemente no podían leer en inglés. Mira eso.

En el dorso del papel, alguien había garabateado apresuradamente las palabras «REIMS» y «CINE».

—Schmidt dijo algo de un encuentro en una sala de cine de Reims —recordó Carlson.

—El segundo tipo escribió esto.

—¿Por qué?

—No lo sé. Contacta con el mando por radio. Tendrá que venir alguien a limpiar esto.

Corrieron al *jeep* y Grannit se puso al volante. Carlson manipuló la onda corta de alta frecuencia, pero no consiguió más que interferencias.

—Malditos montes —rezongó.

—Creo que nunca te había oído maldecir antes, Ole.

—Esos tipos me hacen perder los estribos —replicó Carlson, sonrojándose.

—Sigue probando. Sabemos adónde se dirigen y no hace mucho que pasaron por aquí. Necesitamos controles de carretera cada quince kilómetros entre Charleville y

Reims.

Verdún, Francia

19 de diciembre, 11:00 horas

El sonido de disparos bajo su ventana despertó al general Eisenhower en plena noche. Su ayudante salió en pijama y a toda prisa de sus nuevos aposentos en el palacio Trianón y encontró al jefe del Estado Mayor de Eisenhower, Walter Bedell Smith, corriendo de un lado a otro con su carabina. Smith y otros cuatro soldados vaciaron sus fusiles en un seto donde uno de los policías militares de guardia había creído oír a un intruso. No apareció ningún asesino alemán, pero al alba hallaron el cuerpo acribillado de un gato callejero. Eisenhower convocó a los miembros de su ampliada escolta, les reprendió, les dijo que se tranquilizaran y que sacaran el dedo del gatillo. No ayudaban al esfuerzo bélico negándole una buena noche de sueño. Al cabo de seis horas, en su hogar de Fort Benning, su esposa Georgia, Mamie, recibió la llamada de un periodista preguntándole si le gustaría comentar la noticia de que habían disparado a su marido. La señora de Eisenhower pasó un día frenético al teléfono, intentando seguir la pista de la falsa noticia.

La escolta motorizada de Eisenhower partió hacia Verdún a primera hora de aquella misma mañana, armada hasta los dientes. El general Patton ya le esperaba cuando la comitiva llegó a las once. Demorado por los controles de carretera instalados para apresar a los asesinos, el general Bradley apareció unos minutos más tarde. Se reunieron en una espartana sala de piedra caldeada por una vieja estufa con panza, parte de los antiguos barracones franceses que daban al sangriento campo de batalla de la Primera Guerra Mundial. El mariscal de campo británico Montgomery envió a un oficial subalterno en su lugar. Las noticias que les llegaban de las Ardenas conferían un aspecto cada vez más preocupante a la batalla. Una docena más de poblaciones había caído y los americanos se rendían a millares. Eisenhower advirtió el ambiente cargado de la sala.

—Caballeros, en esta mesa solo habrá caras alegres. De ahora en adelante, consideraremos nuestra situación como una oportunidad que se nos brinda, y no como un desastre.

—Joder, dejemos que esos hijos de perra lleguen a las puertas de París. Luego nos los merendaremos y escupiremos sus huesos —farfulló Patton.

Las carcajadas rompieron la tensión. Eisenhower señaló los objetivos de la ofensiva alemana en un gran mapa extendido sobre la mesa. No debía permitirse bajo ninguna circunstancia que sus tanques amenazaran Amberes. El Mosa era su última línea de defensa. Solicitó ideas a sus generales, recordándoles que debido al mal

tiempo tendrían que arreglárselas sin el reconocimiento ni el apoyo de la aviación. Solo Patton ofreció una respuesta detallada. Propuso tres planteamientos completamente distintos, anticipándose a cualquier contingencia que Eisenhower pudiese considerar. Ambos se conocían desde hacía treinta años y eran conscientes de sus talentos complementarios, el de comandante estratega y el de táctico en el campo de batalla. Patton siempre había esperado la llegada de una guerra para poder interpretar con Eisenhower los papeles de Stonewall Jackson y Robert E. Lee, y por fin había llegado el momento. Su dominio de la dinámica de la batalla y su visión de cómo aplacar el avance alemán asombraron a todos los presentes.

—Explícanos tu propuesta, George —dijo Eisenhower.

—El primer Ejército ataca por su flanco norte. Mis tres divisiones del tercer Ejército atacan desde el sur. Si conseguimos retenerlos ahí, paralizaremos su ofensiva.

Con el puro, señaló en el mapa la mancha que se formaba alrededor de Bastogne.

—¿Cuándo podrán llegar allí? —preguntó Eisenhower.

—Dos días —respondió Patton—. Ese hijo de puta ha metido la cabeza en un picador de carne. Y esta vez yo tengo la manivela.

La carretera a Reims

19 de diciembre, mediodía

—¿Qué otros jugadores de béisbol debería conocer?

—¿A qué te refieres?

—¿Sobre quién más pueden preguntar? Como Dizzy Dean.

—Creía que era para eso que me necesitabas.

—Por si te has ido a mear.

—Bueno, en Estados Unidos todo el mundo conoce a los Yankees. Puedes adorarlos u odiarlos, pero suelen ganar la mitad de las ligas.

—De acuerdo, ¿quiénes juegan en el equipo?

—Bill Dickey es su *catcher*. Tiene mucho talento. El mejor lanzador es Red Ruffing. Spud Chandler también tiene un buen brazo. Joe Gordon en la segunda base; Phil Rizzuto es su *shortstop*, el jugador que intenta interceptar la bola entre la segunda y la tercera base. Le llaman *Scooter*. No sé quién juega de tercera base este año...

—Concentrémonos en lo que sabes. ¿Cuál es tu equipo favorito?

—¿El mío? De cajón. Si eres de Brooklyn, son los Brooklyn Dodgers, así de fácil.

—Bien, ¿y quién juega en el equipo?

—Vale. Hay un tío que tienes que conocer. Es el más grande. El exterior central de los Brooklyn Dodgers, el mejor bate del juego.

—¿Quién?

—Joe DiMaggio —dijo Bernie, estudiando su reacción.

—Sí, he oído el nombre. DiMaggio. Exterior central. Brooklyn Dodgers.

—Así es.

A lo lejos distinguieron las luces centelleantes de una fila de vehículos norteamericanos. Se dirigían hacia el norte a toda velocidad.

—Para a un lado —dijo Von Leinsdorf.

Bernie se detuvo en el arcén. Von Leinsdorf apoyó los prismáticos en el parabrisas y miró la carretera que se extendía ante ellos. Cuando los bajó, señaló un camino de tierra que atravesaba la carretera a escasa distancia.

—Toma ese camino.

—¿Qué pasa?

—Están instalando un control.

Bernie entró en el camino, mientras Von Leinsdorf estudiaba el mapa.

—Gira la primera a la izquierda. Es un camino paralelo al río. Cruzaremos mucho más abajo, entraremos en Reims desde el norte.

—¿Y si también han bloqueado esa entrada?

—Primero lo primero.

—¿Qué ha pasado? ¿Crees que han encontrado a esos guardias en la frontera?

—Solo conduce, Brooklyn.

Grannit y Carlson corrían rumbo a Reims. Se habían levantado controles de carretera, según las órdenes. Ya habían pasado tres, pero no se había detenido ningún *jeep* que respondiera a la descripción.

—¿Estás divorciado, Earl?

—¿Qué interés tienes en el tema?

—Has dicho que tuviste esposa. Solo siento curiosidad.

—¿Es el divorcio una puta rareza?

—Sí, en Dakota del Sur.

—El matrimonio y el trabajo de policía se llevan tan bien como las cerillas y un depósito de gasolina.

—Siento saberlo.

—Me las arreglo bastante bien sin tu compasión.

—Yo tengo novia estable —dijo Carlson, al cabo de un rato.

—Ya me lo has dicho. ¿Vas a casarte con ella?

—Lo estoy pensando.

—No me digas que vas a meterte a policía después de esto.

—También lo he estado pensando. Me estoy acostumbrando al trabajo, ¿sabes?

—Yo también me estoy acostumbrando a las granadas de mano, pero no pienso hacer carrera en ello.

—¿Pues qué crees que debería hacer?

—Casarte con tu chica. Seguir con los seguros.

—No es que tengamos muchos asesinatos por allí. Aquello no es la capital del vicio, ¿sabes?

Grannit se lo quedó mirando.

—¿Seguirás como bombero voluntario?

—Eso creo.

—Pues cuando sientas la necesidad de emociones fuertes, incendia un granero. Luego puedes correr a apagarlo. Véndele antes un seguro al granjero y ganas por partida doble.

—¿Cómo no se me habrá ocurrido?

—Sigue a mi lado, y verás. Soy un experto en temas trascendentales.

Entre carcajadas, Carlson disminuyó la velocidad al aproximarse a un control. Puesto que ambos coincidían con la descripción de la alerta que ellos mismos habían emitido —dos norteamericanos en un Willys—, tardaron un cuarto de hora en convencer a los policías militares de que no eran los hombres más buscados por todos los soldados americanos de Francia.

Bernie y Von Leinsdorf bordearon la ciudad de Reims y llegaron a un puente no vigilado que les llevó a la otra orilla del Aisne, por donde también discurría un canal de navegación. Empezaba a lloviznar cuando pasaron el monumento conmemorativo de una batalla de la Primera Guerra Mundial acaecida en el terreno que se interponía entre los dos cuerpos de agua. El camino continuaba hacia el sudoeste, en paralelo al canal. Cuando apareció la carretera que llevaba a Reims, Von Leinsdorf echó otro vistazo con los prismáticos a la carretera secundaria que conectaba ambas vías.

—Hay otro control —dijo.

—Tenemos la contraseña de hoy, ¿no?

Von Leinsdorf echó una ojeada al camino y vio una ambulancia militar francesa aparcada ante un café de carretera. Era primera hora de la tarde, la hora de comer.

—Aparca fuera de la calzada, junto a esos árboles.

Bernie obedeció. Al llegar junto a la arboleda, Von Leinsdorf pisó el pie que Bernie apoyaba en el acelerador. El *jeep* aceleró bruscamente y chocó contra el árbol, arrugando el capó y enviando al cielo una columna de humo.

—¿Por qué demonios has hecho eso? —preguntó Bernie.

—Déjalo todo así. Mantén la boca cerrada.

Caminaron bajo la lluvia hasta el café donde estaba la ambulancia. Von Leinsdorf entró y buscó con la mirada a los conductores que comían en una mesa; eran los únicos clientes.

—*Il y est eu un accident* —dijo en un tosco francés con acento norteamericano—. *D'une juste la route. Veuillez nous aider.*

Los conductores les siguieron fuera, haciendo preguntas en un parco inglés que Von Leinsdorf, en su fingida urgencia, hizo cuanto pudo por evitar.

—¿Dónde está? —preguntó uno de los conductores.

—*Nous vous montrerons* —respondió Von Leinsdorf—. Les llevaremos allí.

Los conductores les indicaron con gestos que subieran a la ambulancia y recorrieron el camino hasta que Von Leinsdorf indicó que giraran a la derecha, donde el *jeep* se había estrellado contra el árbol. La ambulancia se detuvo a unos metros de distancia; los conductores echaron a correr hacia el vehículo.

Von Leinsdorf les siguió y disparó a uno en la nuca, con su pistola con silenciador. Al oír la detonación ahogada, el otro conductor se volvió a tiempo de ver a su compañero desplomarse al suelo. Al descubrir la pistola en manos de Von Leinsdorf, se hincó de rodillas y suplicó por su vida, mientras rebuscaba en la cartera las fotografías de su esposa e hijos.

—Hablas con el nazi equivocado, *mon frère* —dijo Von Leinsdorf, volviéndose hacia Bernie—. Este se cree que somos americanos de verdad... ¿Quieres cerrar el pico? *Mettez ceux partis*. ¡Silencio!

El hombre enmudeció. Von Leinsdorf desenroscó el silenciador y se lo mostró antes de guardarlo.

—¿Lo ves? No voy a dispararte.

—¿Pero qué diablos haces? —preguntó Bernie.

—Necesitamos vivo a uno de ellos —aclaró Von Leinsdorf, antes de señalar al muerto—: Ese es de tu talla, este es mejor para mí. Intercambia los uniformes. Rápido, antes de que se manche demasiado de sangre. No hagas preguntas.

Bernie se arrodilló junto al cadáver. Von Leinsdorf se volvió hacia el superviviente.

—*Enlevez votre uniforme. Rapide!*

El hombre se desabrochó la túnica. Von Leinsdorf hizo lo mismo.

—No te preocupes, *mon ami* —dijo el alemán, con una sonrisa tranquilizadora—. *Je n'vais pas vous tuer*. Amigos, ¿sí?

El conductor esbozó una tétrica sonrisa mientras se vestía. Bernie se puso el uniforme del otro conductor e introdujo las extremidades inertes del cadáver en su uniforme verde del ejército de Estados Unidos.

—No le pongas la chaqueta, déjasela encima de la cara. Mete todo en la ambulancia —ordenó Von Leinsdorf, mientras se ponía la chaqueta del otro conductor—. Y trae una camilla.

El segundo conductor acababa de vestirse con el uniforme de Von Leinsdorf cuando Bernie regresó con la camilla. Von Leinsdorf bromeó con el conductor porque el uniforme le venía algo estrecho de cintura.

—Demasiadas *pommes frites*, ¿eh? Cómetelas sin mayonesa la próxima vez, imbécil. Pon al muerto en la ambulancia —indicó a Bernie; luego hizo señas al conductor para que echase una mano—. *Aidez-la*.

Bernie y el francés colocaron al conductor muerto en la camilla y la metieron en la parte trasera de la ambulancia. Von Leinsdorf vio que Bernie había amontonado los bidones que contenían su equipo en un rincón.

—Tápalos con una manta. Y pon otra camilla junto a esta. Cuando Bernie hubo terminado, Von Leinsdorf señaló al conductor la segunda camilla.

—*Couchez-vous, monsieur, s'il vous plaît.*

Ansioso por complacer, el conductor se echó. Von Leinsdorf dijo a Bernie que le atara con las correas de la camilla mientras cerraba las puertas traseras.

—Sabes algo de primeros auxilios, ¿verdad, Brooklyn?

—Un poco.

Von Leinsdorf extrajo una botella de entre las medicinas que había en un baúl.

—Inyéctale media jeringuilla, solo lo bastante para atontarlo.

Bernie sujetó la botella. Morfina. Preparó la jeringuilla y luego se arrodilló ante el segundo conductor, que miró la aguja con ansiedad.

—No pasa nada; esto no dolerá —le tranquilizó Bernie.

—*Il ne blessera pas du tout* —tradujo Von Leinsdorf.

El francés se tensó con el pinchazo y fue relajándose a medida que la morfina penetraba en su torrente sanguíneo. Von Leinsdorf le dio unos golpecitos en el hombro.

—Pero me temo que esto sí.

Apoyó el silenciador contra la mejilla del hombre y apretó el gatillo. La bala le perforó la boca y salió por el otro lado. Chorreando sangre, el conductor chilló y forcejeó con las correas, hasta casi volcar la camilla. Bernie intentó tranquilizarle.

—¿Por qué coño le has disparado?

—Si no está herido, ¿por qué íbamos a llevarle al hospital? —preguntó Von Leinsdorf.

—El otro lo está.

—El otro está muerto. ¿Por qué íbamos a necesitar la sirena para ir al depósito de cadáveres?

—Bueno, pero no tenías que dispararle en la boca, por el amor de Dios.

—¿Y tener a un soldado americano herido hablando francés en el control? Reflexiona. Por eso le hemos dado morfina. Reduce su sufrimiento, evita que vuelque la camilla. ¿Tú no hablarás francés por casualidad, Brooklyn?

—No.

—Pues mantén la boca cerrada en el control, o te dispararé también a ti.

Von Leinsdorf ocupó el asiento del conductor, puso en marcha el motor y condujo de nuevo hasta la carretera. Una vez allí, encendió la sirena y las luces de la ambulancia y pasó junto al café a toda velocidad. Doblaron una curva, siguieron la línea del canal y entraron en una rotonda, donde los vehículos se apartaron al oír la sirena.

Al sur de la rotonda se encontraba el control de carreteras norteamericano. Dos

policías militares salieron a la calzada y les indicaron que se detuvieran ante la barrera. Von Leinsdorf obedeció. Unos soldados instalaban una ametralladora. Otros policías militares registraban media docena de *jeeps* estadounidenses que habían apartado a un lado de la calzada. Uno de los policías militares corrió junto al asiento del conductor de la ambulancia y otro se dirigió a las puertas traseras. Tan pronto como el soldado llegó a su ventana, Von Leinsdorf soltó una parrafada en francés fluido, gritando para hacerse oír por encima de la sirena y gesticulando hacia la parte trasera del vehículo.

—Vale, tómatelo con calma, amigo. ¿Adónde vas?

—Hospital —respondió Von Leinsdorf, con un inglés precario—. Reims.

—¿Qué llevas a bordo?

El otro policía abrió las puertas traseras. Vio a Bernie, vestido con uniforme de conductor y con un paquete de sulfamida en la mano, ayudando a un hombre malherido, que gemía y estaba empapado en sangre.

—Soldados americanos. Accidente automóvil —dijo Von Leinsdorf—. *Un d'eux mort et l'autre est critique. Nous devons nous dépêcher!*

El policía recibió el visto bueno de su colega, que cerró las puertas traseras. Ambos hombres retrocedieron e indicaron a la ambulancia que pasara. Von Leinsdorf pisó el acelerador mientras la barrera se levantaba y partió rápidamente.

—¿Cómo le va? —preguntó Von Leinsdorf.

—Genial. Acaba de pedir un daiquiri.

—No morirá, es una herida superficial. Le necesitamos con vida, puede que nos crucemos con más controles.

—Pregúntale a él si le parece muy superficial.

—¿Quieres calmarte? No es más que un francés, por Dios. Tres de ellos no valen ni lo que un alemán. Por cierto, no sé si se ha fijado la tasa de cambio con los americanos. ¿Tú qué crees?

Bernie no respondió. Pasaron otra señal de tráfico: REIMS 20 KM.

Reims

19 de diciembre, 19:00 horas

Earl Grannit apartó las cortinas de la ventana del segundo piso para mirar el cine antiguo y ornamentado que había al otro lado de la calle. La llovizna, que no cesaba, había reducido el número de peatones en la pequeña plaza. Después de llegar a Reims a media tarde, Grannit y Carlson se habían presentado ante el comandante de la policía militar local, quien había puesto a su disposición un destacamento de veinte hombres. Seis agentes de paisano de contraespionaje, así como una sección del ejército regular, habían llegado una hora más tarde. Grannit los reunió a todos a las cinco de la tarde y les asignó sus respectivas tareas.

El ejército de Estados Unidos utilizaba tres cines del centro de la ciudad para proyectar películas a los soldados aliados que se encontraban en Reims. Los hombres de Grannit ya los tenían todos vigilados al atardecer. Grannit había elegido el punto de reunión más probable de los hombres de Skorzeny: la sala más grande y popular, situada junto al antiguo canal de navegación que dividía la ciudad. Un piso que daba a la pequeña plaza le servía de puesto de observación. Agentes de paisano tenían órdenes de circular entre la multitud que rodeaba cada una de las salas y la cuadrilla de soldados se había desplegado por todo el vecindario con órdenes de permanecer fuera de las calles hasta que los hombres de Skorzeny fuesen identificados. Una vez estos se hallaran dentro del cine, los soldados debían rodear el perímetro con controles de seguridad y cerrar así la red para atraparlos.

La primera sesión estaba programada para las siete de la tarde. Proyectaban un lujoso musical de Hollywood que tenía como objetivo que los soldados olvidasen sus penas. Siguiendo las normas de seguridad, la luz de la sala estaba atenuada, pero Grannit había ordenado que tanto el vestíbulo como la entrada estuvieran bien iluminados para facilitar la visibilidad, desde sus puestos al otro lado de la calle, de cualquiera que esperase en la marquesina.

Numerosos soldados de diferentes secciones de las fuerzas armadas pululaban por los alrededores, fumando y esperando la llegada de amigos o citas. «Todos del tipo de detrás de las líneas», pensó Grannit. Había aprendido que lo militar era como un iceberg; solo luchaba la pequeña porción que asoma a la superficie. Por cada soldado de infantería que luchaba en primera línea en las Ardenas había seis del tipo administrativo, como aquellos, que rellenaban solicitudes por triplicado y luego se iban al cine. El cuerpo de policía funcionaba igual; una fracción hacía el trabajo sucio y el resto iba detrás pasando la escoba. Quizá fuese un reflejo de la naturaleza

humana, de su ansia de burocracia y orden; y el lado en que uno acababa, una mera cuestión de suerte. Todos tenían un trabajo que hacer. El de unos era mucho peor que el de otros.

Grannit escrutaba la cara de los soldados con los prismáticos, en busca del rostro del «sargento Miller» que había atisbado brevemente en Bélgica. Un dibujo de aquel hombre, recreado por la memoria de Grannit, se había distribuido a todos los que participaban en la operación.

—Un tipo va a traerme pases de alto nivel del Cuartel General Supremo, para que pueda compararlos con las falsificaciones —dijo Ole Carlson, mientras comía de pie el almuerzo que les habían subido de un restaurante local.

—Bien.

—¿Crees que iremos a París, Earl?

—No lo sé, Ole.

—¿Has estado allí?

—No. ¿Y tú?

—No, demonios. Me encantaría verlo. Ver París y morirse; eso es lo que se dice, ¿no?

—No creo que sea tan literal.

—De todos modos, me imagino que nunca estaré tan cerca como ahora. — Carlson se asomó por encima del hombro de Grannit para mirar el cine—. Voy a bajar.

—Se supone que el encuentro tendrá lugar entre las nueve y las doce. Hasta la segunda sesión.

—Tengo que verme con el tipo de los pases; no quiero que se me pierda.

—Ya que vas, dile a ese policía militar que va por ahí meneando la porra como un detective de pacotilla que tiene el cerebro en el culo. O mejor aún, sácalo de ahí.

Grannit señaló al hombre en cuestión y Carlson se dirigió a la puerta.

—Será un placer, jefe.

Grannit barrió con los prismáticos todas las calles laterales y callejones que llegaban a la vieja plaza adoquinada. El barrio tenía una animada vida nocturna y numerosos bares de mala muerte que atraían un intenso tráfico militar. Los especuladores del mercado negro hacían su agosto en una zona abarrotada de compradores y vendedores en potencia. Grannit identificó al menos dos burdeles que funcionaban más o menos públicamente. Había leído en *Barras y estrellas* que, a raíz de la ofensiva de las Ardenas, en París se había prohibido el baile después del anochecer; sin embargo, los jóvenes de uniforme seguían necesitando beber, follar o ambas cosas.

Su *walkie-talkie* cobró vida; eran los policías militares que informaban desde los otros cines, situados aproximadamente a un kilómetro de distancia.

Aún nada.

Cuando entraron en Reims, Von Leinsdorf metió la ambulancia francesa en un garaje abandonado de una zona de almacenes próxima al canal. Ordenó a Bernie que volviera a intercambiar el uniforme con el del francés muerto. Mientras Bernie estaba de espaldas, mató al segundo conductor con una única bala silenciada, como si de un papeleo burocrático se tratase.

—Volvemos a ser soldados de Estados Unidos —dijo Von Leinsdorf mientras le desabrochaba la túnica al conductor y registraba ambos cuerpos en busca de dinero—. Ya era hora; necesito que me fumiguen, a este francés le urgía un baño. Intentas dirigir su país para que funcione adecuadamente y mira cómo nos lo agradecen.

Se vistieron en silencio. Bernie cubrió los cadáveres de ambos conductores con mantas; entretanto, Von Leinsdorf vació las medicinas y provisiones del baúl en una mochila.

—Deja el resto. Volveremos a buscarlo.

—¿A qué hora tenemos que encontrarnos? —preguntó Bernie.

—A las nueve.

—Solo son las cinco. ¿Qué haremos hasta entonces?

—Tantas preguntas, Bernie... Siento una falta de confianza en mi liderazgo. No oyes ninguna queja de ellos, ¿verdad? —Von Leinsdorf señaló a los franceses.

Después se puso las gafas de montura negra, se enderezó el casco y abrió la parte trasera de la ambulancia. Cuando estaba de espaldas, Bernie se escondió una jeringuilla y un botellín de morfina en el bolsillo.

—¿Me llevo el fusil?

—Vamos al cine, Bernie.

—¿Quién sabe? Igual es un *wéstern*. —Bernie se apeó de un salto y cerró las puertas de la ambulancia. Entonces le llegó un tufo desagradable y olisqueó su uniforme—. Genial, ahora huelo como un puto cadáver.

—Podríamos acicalarnos un poco —dijo Von Leinsdorf, tendiéndole un pase de setenta y dos horas—. Alegra esa cara, se supone que estamos de permiso.

Salieron a la calle vacía y a la llovizna ininterrumpida cuando se apagaban las últimas luces del día. Von Leinsdorf consultó un mapa con su linterna y echaron a andar hasta encontrarse en una zona comercial, salpicada de cafés y tiendas. Otros soldados estadounidenses de servicio entraban y salían de los comercios, por lo que no se sintieron fuera de lugar. Von Leinsdorf llevó a Bernie a uno de los cafés, donde pidieron sándwiches y café en francés y pagaron en francos. Se concentraron ávidamente en la comida, la primera que probaban en todo el día.

—Quizá nos será útil que sepan de nosotros, Brooklyn. Él se habrá escondido. Y será más fácil de encontrar.

—¿Encontrar a quién?

—Eres insistente —dijo Von Leinsdorf, admirando su sándwich—. Eso te lo reconozco.

Su mesa tenía vistas al mercado abierto del otro lado de la calle. Von Leinsdorf

miraba constantemente en esa dirección. Bernie descubrió que observaba a una joven que andaba por el mercado cargada con una bolsa de la compra.

—Sígueme en un par de minutos. Y, Bernie, no me hagas volver a buscarte.

Bernie le vio cruzar la calle y entrar en el mercado. Bajó por un pasillo como un comprador preocupado comprobando las verduras y luego chocó con la mujer. La bolsa de la joven cayó al suelo. Deshaciéndose en disculpas, Von Leinsdorf agachó para ayudarle a recoger los artículos que había volcado. Poco después conversaba con ella, le llevaba la bolsa y pagaba sus comestibles en el mostrador. Bernie se acabó el sándwich, se guardó lo que había dejado Von Leinsdorf y les siguió cuando salían del mercado.

Von Leinsdorf cargó la bolsa calle abajo. Cuando cayó un chapuzón, el alemán abrió el paraguas de la mujer y lo sostuvo mientras ella se arreglaba el pañuelo que le cubría la cabeza. Manteniendo siempre una distancia respetuosa, sujetó el paraguas con el brazo extendido, dócil y educado como un joven pretendiente. Entretanto Bernie caminaba por la otra acera, con la espalda encorvada y la lluvia cayéndole en el casco, unos veinte metros por detrás de ellos.

Pasadas dos manzanas, se detuvieron ante un edificio. Bernie se ocultó entre las sombras de un callejón cercano. Intentó elaborar un plan pero se sentía vacío, frío, miserable y su cabeza se negaba a ofrecer ninguna idea clara. Por sus gestos y su lenguaje corporal, era evidente que la mujer estaba invitando a Von Leinsdorf a subir. Él se negó, ella insistió, él aceptó caballeramente y luego esperó mientras la joven rebuscaba las llaves y abría la puerta. Von Leinsdorf echó un rápido vistazo a Bernie —sabía exactamente dónde se encontraba— y la siguió al interior.

Poco después se encendió una luz en la ventana del tercer piso. Unas cortinas atenuaron rápidamente el resplandor. Bernie consultó su reloj: las seis menos veinticinco. Al cabo de tres minutos, Von Leinsdorf apareció de nuevo en la puerta e indicó a Bernie que se acercara. Bernie corrió por la calle hasta el portal.

—Vamos, rápido —dijo Von Leinsdorf, cerrando la puerta tras ellos—. Silencio. Sube la escalera, nadie nos ha visto.

Bernie le siguió por una chirriante escalera hasta la tercera planta y cruzó la puerta del piso, que Von Leinsdorf había dejado entreabierta con un librito de cerillas. Von Leinsdorf la cerró en cuanto estuvieron dentro. Los muebles, de buen gusto y modernos, tenían un aspecto más próspero que lo sugerido por la fachada del edificio.

—Esto nos servirá. Nos servirá bastante bien. ¿Quieres una taza de té? Ella acababa de poner la tetera al fuego.

—¿Dónde está el baño?

—Detrás de esa puerta, pasado el dormitorio.

Bernie abrió la puerta del dormitorio. La mujer yacía en la cama boca arriba, con las piernas desmadejadas, un pie descalzo y los ojos sin vida mirando al techo. Von Leinsdorf la había estrangulado con el pañuelo color melocotón que antes llevaba en la cabeza, y que seguía tensado alrededor del cuello. La sangre acumulada teñía su

rostro de un granate amoratado, los pequeños capilares que rodeaban los ojos estaban reventados. Entumecido por dentro, Bernie la cubrió con una manta y luego pasó al cuarto de baño. Cerró la puerta y abrió el grifo, la primera agua corriente que veía desde hacía días.

La austeridad de la estancia le pareció irreal. Un lavabo, un sanitario, toallas de mano, una pastilla de jabón. La mujer que los había usado yacía muerta a menos de tres metros de distancia. Vislumbró su propio rostro en el espejo y al principio no reconoció quién le devolvía la mirada, una cara mugrienta y unos ojos que pertenecían a alguien mayor, a un hombre vacío por dentro. Cuando se lavaba las manos, coágulos de sangre seca cayeron en la porcelana, tiñéndola de rojo al contacto con el agua.

Von Leinsdorf le esperaba con una taza de té caliente.

—Esto te hará regresar de entre los muertos, Brooklyn. Menuda espabilada era esta. Hasta tenía azúcar y nata de verdad en la nevera.

Bernie sujetó la taza, mientras Von Leinsdorf entreabría las cortinas para observar la calle. Sentado en el sofá y hundido en los cojines, tomó un sorbo de té. El sabor intenso y amargo le produjo un escalofrío. Miró a Von Leinsdorf, a apenas un metro de distancia. Acarició con la mano libre la jeringuilla que guardaba en el bolsillo.

«Clávasela y sal en busca de ayuda. Asegúrate de que los americanos se lo lleven. Pueden hacerle hablar, sonsacarle el objetivo. Tienen que hacerlo. ¿Hay bastante morfina para dejarle inconsciente? ¿Me matará antes de que le haga efecto?».

Advirtió que Von Leinsdorf le estaba hablando.

—Nuestra noche empezó de forma muy prometedora, pero pronto supe que no teníamos ningún futuro —decía el alemán, mirando hacia el dormitorio.

—¿De qué hablas?

—Había otro hombre en su vida. Sus ropas están en el armario.

—¿Ropas? ¿De quién?

—Verás, no he tenido la oportunidad de preguntarlo. Pero date un baño y ponte ropa limpia; tienes razón, hueles a tumba.

—¿Y qué me pongo? Se supone que somos soldados.

—Esto es lo hermoso del asunto, Brooklyn. El caballero que visitaba a nuestra dama era un soldado de Estados Unidos. Su uniforme está en el ropero. Recién planchado por su puta francesa. Un sargento del Cuerpo de Intendencia.

Von Leinsdorf alzó una gorra caqui y la hizo girar sobre su índice, mirando la insignia del sargento.

—No era excesivamente ambiciosa, para dedicarse a perseguir soldados. Sin duda se acostó con varios de los nuestros antes de que los yanquis aparecieran con mejores cigarrillos.

—Quizá te viese como una oportunidad para subir de categoría.

—Francamente, no daba la talla para un oficial de grado. —Prepararé algo más de comer. A fin de cuentas, yo he pagado estas cosas. Acábate el té.

Von Leinsdorf se marchó a la cocina. Bernie se quedó mirando fijamente un ejemplar de la revista *Life* que había sobre la mesa. El general De Gaulle ocupaba la portada con pose heroica; miraba en la distancia el futuro idealizado de Francia, o al menos el suyo propio. Bernie también oía el tictac de un reloj, con mucha más intensidad de la que era de esperar. Una inquietante sensación de desazón le oprimió el pecho; se notó el corazón alterado, el cuerpo le ardía. Dejó la taza bruscamente en la mesa y se levantó, tambaleándose. La cara de De Gaulle se deformaba. Las siluetas de los objetos que había en la habitación empezaron a girar ante sus ojos; el aire se volvió pastoso. Von Leinsdorf pronto apareció a su lado, sujetándole del brazo.

—No te resistas, Brooklyn, he metido algo en el té —dijo con voz distorsionada—. Dormirás unas horas. No puedo permitir que escapes mientras estoy en el cine. Volveré con los otros, si los encuentro. Muy amable de tu parte. En todo caso, te vendrá bien descansar.

Von Leinsdorf le ayudó a echarse en el sofá. Bernie ya estaba inconsciente cuando la cabeza tocó los cojines.

La primera sesión terminó a las ocho y media; una oleada de soldados salió del cine y se distribuyó entre los bares y restaurantes cercanos. La lluvia había cesado y el aire nocturno se caldeaba levemente bajo un manto de nubes. Del río ascendían volutas de niebla que oscurecían la plaza. Carlson y el resto de los hombres apostados en el terreno examinaban los rostros de los soldados que salían del cine camino a sus placeres nocturnos, mientras Grannit vigilaba desde su punto de observación. Nadie divisó a su «teniente Miller».

Se produjo una breve calma en el tránsito callejero antes de que los uniformes volvieran a poblar la plaza para la sesión de las nueve de la noche. Grannit se sirvió otra taza de café. Ole y los cinco sargentos de la policía militar regresaron al piso para llevar a cabo una última sesión informativa.

—Que vuestros hombres se mantengan ocultos hasta que vuelva a formarse una multitud —indicó Grannit—. Seguid fuera, vigilad la calle. Cuando la sesión esté a punto de empezar, rodead el cine y apostad a alguien en cada salida, dentro y fuera. A los cinco minutos de película, apagaremos el proyector, encenderemos las luces y anunciaremos que nos encontramos ante un caso de seguridad. Entonces procederemos por números. Les sacaremos fila por fila al vestíbulo y comprobaremos las identidades de los soldados, una a una.

—¿Y si alguien sale huyendo?

—Lo reducimos. Si saca un arma, disparadle.

Grannit les siguió escaleras abajo. La niebla era tan espesa que le era imposible distinguir los rostros desde la ventana.

Al ver a los policías militares en un control fronterizo, el desertor norteamericano William Sharper había abandonado el *jeep* y, con su grupo, había penetrado en Francia a pie la noche anterior. Tras pernoctar en un granero, un granjero francés de mediana edad, que parecía encantado de participar en el esfuerzo bélico ayudando a los norteamericanos, les había recogido en su coche por la mañana. Antes de llegar a la carretera principal, Sharper estranguló al hombre y arrojó su cuerpo a un campo. Se vistió con la ropa del granjero, se agenció su cartera y su pase agrícola de carreteras y entró con su cargamento de pollos en Reims. Sus tres hombres estaban detrás, ocultos entre las aves. Sharper conocía la ciudad lo suficiente para llegar al mercado de los granjeros, abandonar el camión y mezclarse entre los habitantes de la ciudad.

Al mediodía encontró el cine que había sugerido como lugar de encuentro. Llevó a sus hombres a un burdel cercano y les indicó que se hicieran pasar por soldados libidinosos de servicio, su misión más fácil hasta entonces. Pagó ocho horas con cuatro chicas y la escuadra pasó el resto del día arriba, follando, descansando y durmiendo. Sharper puso tanto dinero americano en la mesa que la *madame* accedió a lavarles los uniformes mientras se relajaban. Le pareció extraño que aquellos americanos no pidiesen vino ni licor, pero los dólares calmaron su curiosidad.

A las ocho y media Sharper y sus hombres salieron rumbo al cine, situado a menos de tres manzanas de distancia, con sus uniformes recién lavados y planchados.

Reims

19 de diciembre, 20:40 horas

Von Leinsdorf caminó despacio hasta el centro de la plaza donde estaba la sala de cine y se detuvo en los márgenes de la multitud. Sacó un cigarrillo y echó un vistazo, por si distinguía alguna presencia policial fuera de lo habitual. La niebla se espesaba en la orilla del río, a medida que los soldados hacían cola ante las taquillas. Había dos policías militares en la entrada del vestíbulo, pero no le parecieron fuera de lugar. Un soldado estadounidense se materializó de pronto de entre la niebla y le ofreció fuego para el cigarrillo.

—Otra película de Judy Garland —dijo el hombre, señalando el cine con un gesto—. Louis B. Mayer la hace trabajar como un perro tirando de un trineo. ¿Sabe que ni siquiera mide metro y medio?

—Lo habré leído en alguna parte.

—No es mi talla. Una monada, si lo que buscas es una nena sin cintura y el culo de un niño de diez años. ¿A usted qué le parece, sargento?

—No es Marlene Dietrich.

—¿Me toma el pelo? Marlene Dietrich se la comería como si de un muslo de pollo se tratara. Y luego escupiría el hueso.

Von Leinsdorf avanzó para intentar librarse del hombre, pero este dio un paso hacia delante y le tendió la mano. Pequeño e inquieto, llevaba galones de cabo y masticaba chicle mientras fumaba.

—Eddie Bennings, cabo Eddie Bennings. ¿Cómo le va esta noche?

—Bien, gracias.

—Una noche libre en Francia, aire puro, sin balas en el horizonte, ¿qué podría ir mal? Veo que pertenece al Cuerpo de Intendencia.

—Así es.

Von Leinsdorf distinguió, entre la niebla, a William Sharper y sus tres hombres pasando ante los policías militares y entrando en el vestíbulo del cine.

—Esa es también mi línea de trabajo. Vengo de Bélgica, por eso aprecio la paz y la tranquilidad que se respira por aquí. —Luego, bajando la voz, Bennings añadió en tono conspirador—: Mi batallón hace muchos negocios con el Cuerpo de Intendencia.

—¿Ah, sí?

—Y siempre buscamos buenos amigos con los que hacer negocios... ¿Va a ver la película?

—Sí.

—Deje que me encargue de las entradas. Invito yo... No tendría que hacer cola, sargento.

El hombrecillo persistente empezaba a atraer el interés de Von Leinsdorf.

—¿Qué clase de negocios?

—Iré a por las entradas, luego charlaremos. A ver si le interesa. Vuelvo ahora mismo.

Von Leinsdorf se dirigió a las puertas del vestíbulo mientras Bennings saltaba la cuerda para hacer cola.

Cuando Bernie abrió los ojos, un gato se le restregaba contra la barbilla y ronroneaba. En cuanto recobró la conciencia, el animal le saltó del pecho y se fue a la cocina. Bernie intentó ponerse en pie y la habitación empezó a girar con violencia. Avanzó bruscamente, tropezó con una mesa y vomitó al caer al suelo. Echado de espaldas, respiró hondo varias veces, abriendo y cerrando los ojos mientras esperaba que el techo se estabilizase. A medida que fue recuperando su maltrecho hilo de pensamiento, recordó dónde estaba, alzó el reloj para consultar la hora y esperó a que las manecillas se aquietaran. Las nueve menos veinte.

—Mierda.

Se puso en pie, fue a la cocina y metió la cabeza debajo del grifo. Dejó que el agua fría le corriese por el cuello hasta que empezó a despejarse. Echó un rápido vistazo a la habitación. El uniforme de campaña de Von Leinsdorf estaba amontonado en el suelo del dormitorio; el uniforme caqui que colgaba del ropero de la mujer había desaparecido.

Recordó que Von Leinsdorf había mencionado un cine junto al canal. Un recuerdo del mapa de la ciudad emergió a la superficie. Bernie se encaminó a la puerta.

Eddie Bennings dio la entrada a Von Leinsdorf y ambos entraron en el vestíbulo, mezclándose entre la multitud.

—¿Busca a alguien? —preguntó Bennings.

—He creído ver a un conocido.

—¿Quiere un refresco, palomitas, o algo así, sargento?

—No gracias.

—No he pillado su nombre.

—Dick Conelly.

—Bien, Dick. ¿Quiere que le hable de mi propuesta antes o después de la película?

—Ahora está bien —dijo Von Leinsdorf, escudriñando el vestíbulo por encima del hombro de su interlocutor.

—Como iba diciendo, trabajamos con muchos tipos de Intendencia. Es un arreglo de primera.

—¿Podrías ser algo más específico?

Bennings bajó la voz y habló por un lado de la boca, como un gánster.

«Este ha visto demasiadas películas de Jimmy Cagney», pensó Von Leinsdorf.

—Nos movemos en el sector del excedente de oferta y demanda. Necesidades cotidianas. Un trago, un cigarro, algo que recuerde a casa, lo que sea. Les rascamos la espalda, ellos rascan la nuestra; todos salen ganando, incluido el pobre soldado que no busca más que un poco de alivio.

Von Leinsdorf localizó a Sharper junto a una puerta de la sala; sus tres hombres entraban justo delante de él.

—¿Quiere que le ponga música? —preguntó Bennings con impaciencia.

—Creo que he captado la idea. ¿Me disculpas un momento, Eddie? Quiero saludar a un amigo.

—Espero no haberle ofendido, sargento.

—No tendrás un pequeño robo en mente, ¿eh, Eddie? —preguntó Von Leinsdorf, con una pícara sonrisa de admiración.

—Son tiempos difíciles. ¿Es algo tan terrible?

—Todo lo contrario. Son buenas referencias. Ahora vuelvo. Von Leinsdorf daba un paso hacia Sharper cuando Bennings le agarró del brazo.

—Oh, mierda. Espere un momento. No se mueva, sargento.

Bennings se alejó de las puertas, luego echó otra ojeada.

—Es él. Joder. Me las he visto con ese tipo hace poco, es un poli.

—¿Quién?

Bennings señaló con la cabeza a un hombre que consultaba la hora en el vestíbulo. Von Leinsdorf sintió que todo su cuerpo se tensaba. Era el soldado que había visto junto al lecho de Mallory en el hospital de campaña... el soldado que les perseguía.

El alemán volvió a inspeccionar el vestíbulo con otros ojos y distinguió media docena de hombres, con y sin uniforme, con esa misma mirada fría. Se volvió de espaldas a la puerta. Aunque estaba convencido de que el americano no le reconocería a simple vista debido a su cambio de aspecto, la cosa podía cambiar si sus miradas se cruzaban.

—Yo diría que me está buscando —dijo Bennings.

—¿Y eso por qué?

—Ahora mismo no hay tiempo para contar esa historia.

La música atronó desde el auditorio y las luces empezaron a atenuarse. Von Leinsdorf vio que Sharper entraba en la sala, ajeno a su presencia y a la de la policía aliada. En el lado del vestíbulo más próximo a ellos, uno de los policías militares uniformados entró en los aseos.

—Ve al servicio y espera en uno de los retretes —dijo Von Leinsdorf.

—¿Para qué?

—Creo que yo también lo conozco. Ráscame la espalda, Eddie, y yo rascaré la tuya.

Eddie se encaminó a los servicios, cuidando de no volver el rostro hacia las puertas del vestíbulo.

En el exterior, con la respiración entrecortada, Bernie Oster se puso a hacer cola ante la taquilla.

Ole Carlson salió del auditorio para encontrarse con Grannit en el vestíbulo.

—¿Crees que han venido?

—Pronto lo sabremos. ¿Has visto al tipo de los pases?

—Sí, tengo uno aquí. Sigue sin encajar, deja que te lo muestre...

Grannit consultó su reloj.

—Hablaemos más tarde. ¿Están todos en sus puestos?

—Lo comprobaré en la parte de atrás —respondió Carlson, alzando un *walkie-talkie*.

Entraron en la sala cuando la música empezaba y los últimos soldados estadounidenses se encaminaban a sus asientos.

Von Leinsdorf entró en los aseos de hombres, utilizó el urinario y luego se dirigió a una fila de lavabos para enjuagarse las manos. El policía militar se lavaba las suyas en la pila de al lado. Entonces oyeron música apagada proveniente de la sala.

—Parece que va a empezar la sesión —comentó Von Leinsdorf.

El otro único soldado de la estancia acabó de secarse las manos y salió. Cuando el policía militar alargaba el brazo hacia la toalla, Von Leinsdorf, desde atrás, le deslizó el garrote vil de cuerda de piano alrededor del cuello. Tirando con fuerza con ambas manos, levantó al hombre del suelo y lo arrastró a uno de los retretes. El policía militar pataleó e intentó resistirse, llevándose las manos a la garganta. Su casco cayó al suelo, la puerta del retrete se cerró tras él. Von Leinsdorf pudo calcular anticipadamente el instante exacto en que el hombre se daría por vencido. Contó mentalmente y, al llegar a diez, el policía militar dejó de resistirse.

La puerta se abrió lentamente y ahí estaba Eddie Bennings, mirando a Von Leinsdorf con ojos como platos. El cuerpo sin vida del policía militar se desplomó sobre el retrete tan pronto Von Leinsdorf retiró el garrote vil y se lo guardó en el bolsillo. Había tirado con tal violencia que el alambre había rebanado la garganta del muerto y un hilo de sangre le manaba de la ella.

—Hostias —musitó Bennings.

Von Leinsdorf lo metió en el retrete.

—Si quieres salir vivo de aquí, tienes que hacer exactamente lo que te diga, Eddie. ¿Es un problema para ti seguir órdenes?

—No esta noche.

Bernie Oster entregó su entrada al acomodador y pasó al vestíbulo; fue uno de los

últimos en entrar antes de que cerraran la taquilla. Las puertas que daban al auditorio seguían abiertas, la sesión había empezado y pasaban un noticiario. Al correr por la antesala, hacia su asiento, advirtió que varios policías militares se desplazaban a las puertas desde el exterior: no en fila, sino como un grupo organizado alrededor de un oficial alto situado en el centro del vestíbulo.

«Conozco a ese tipo», pensó Bernie, intentando situarle mentalmente.

Se dirigió al puesto de bebidas y pidió un refresco, manteniéndose de espaldas al hombre alto. La formación de policías militares empezó a cubrir todas las salidas del vestíbulo.

«Encontraron mi nota. Han tendido una trampa».

Dos hombres que salían de los servicios rumbo al auditorio llamaron su atención. Un soldado seguido de un policía militar con casco y brazaletes, que empujaba al soldado más bajo con la punta de la porra.

—Vamos, amigo, vuelve a tu asiento —dijo el policía.

Von Leinsdorf.

Ambos hombres entraron en el auditorio. Bernie les siguió. Al penetrar en la oscuridad, la pantalla iluminada le cegó momentáneamente: imágenes de la guerra en blanco y negro, destructores en el mar, cazas surcando el cielo. Recortadas contra las imágenes en movimiento, las siluetas de dos hombres bajaban por el pasillo hacia las primeras filas. Bernie esperó a que sus ojos se acostumbraran a la penumbra; sus dedos buscaron la jeringuilla que guardaba en el bolsillo.

«Acércate a él. Usa la morfina. Huye entre la confusión. Los policías militares están aquí, ellos se ocuparán del resto».

William Sharper, sentado en el pasillo de la derecha, reconoció a Von Leinsdorf cuando este pasó a su lado. Poco después susurró a uno de sus hombres que permanecieran sentados y se levantó para seguirle.

Grannit esperaba en el vestíbulo a que sus hombres se apostaran en las salidas. Volvió a consultar el reloj. Faltaban tres minutos para que interrumpieran la proyección. Los policías ya deberían estar en posición. Levantó el *walkie-talkie* para hablar con Carlson cuando oyó una conversación cercana.

—¿Dónde demonios está Whitey? —preguntaba un policía militar a otro.

—Sigue en el cuarto de baño —respondió otro, consultando su reloj.

—¿Por qué tarda tanto?

Grannit miró hacia la puerta de los servicios; una súbita corazonada le impulsó a entrar. La estancia estaba desierta. Se agachó y vio unas piernas en uno de los retretes, los pantalones de un hombre arrugados alrededor de los tobillos. Desenfundó el arma y se acercó. La puerta del retrete se abrió, colgando de una bisagra oxidada.

Ole Carlson llegó a la parte trasera del escenario, justo detrás de la pantalla, y enfocó la pared con su linterna. Había una pequeña puerta trasera, sin cerrar y sin

vigilancia, ni por dentro ni en el exterior.

—Maldita sea. ¿En qué estarán pensando?

Estaba a punto de llamar al vestíbulo con su *walkie-talkie* y gritar que acudiese alguien a cubrir la puerta de inmediato, cuando al volverse vio las enormes imágenes que se movían en la pantalla. Carlson no sabía que desde el otro lado de la pantalla era posible mirar una película: una imagen invertida, como si hubiera pasado al otro lado del espejo. El noticiario no había terminado. Ahí estaba Hitler y el canijo de Himmlery el gordo, cómo se llamaba... a veces se confundía entre Göring y Bormann. El público los abucheaba. Las burlas se transformaron en vítores cuando acabó el noticiario, el león de la MGM soltó un rugido y empezaron a aparecer los lujosos créditos en technicolor de la película de Judy Garland. No creía haber visto esa. Le gustaban las películas antiguas, como aquella; una ventana al sencillo mundo del Medio Oeste donde sus padres habían crecido.

Dos figuras aparecieron a la izquierda, unas siluetas negras recortadas contra la pantalla que andaban en diagonal hacia él. Carlson se llevó la mano a la pistola; entonces vio el casco de policía militar del segundo hombre y se relajó. El policía militar empujaba a un soldado, un tipo bajo vestido con un impermeable. No podía distinguir sus rostros y levantó la linterna.

—Este gracioso intentaba vender alcohol en la platea —dijo el policía militar.

Carlson enfocó con la linterna el rostro del hombre más bajo, que alzó un brazo para protegerse los ojos.

—Vaya, pero si es el cabo Eddie Bennings, del 724.º de Ferrocarriles. Menuda sorpresa —dijo Carlson.

Bennings siguió cubriéndose los ojos y no respondió. Por detrás de los hombres apareció otra figura, recortada contra la pantalla, a unos diez pasos de distancia.

—¿Es usted, teniente Miller? —preguntó William Sharper mientras se aproximaba—. ¿Teniente Miller?

El *walkie-talkie* de Carlson cobró vida. Se oyó la voz de Grannit.

—Está aquí, Ole. Miller está en el cine.

Carlson alargó el brazo hacia su pistola, pero primero tuvo que pasar la linterna a la mano izquierda. En aquel instante, el policía militar avanzó rápidamente hacia él. Carlson vio algo brillante en la mano del hombre, cada vez más cerca.

Grannit salió a toda prisa de los servicios y entró en el auditorio con el arma desenfundada y gritando a los policías militares del vestíbulo.

—¡Cerrad las puertas! ¡Cerrad las puertas!

A mitad del pasillo, Bernie sintió más que vio a un hombre que pasaba corriendo a su lado y casi lo derribaba al suelo. Lo siguió hasta que llegaron al extremo de la sala y las luces empezaron a atenuarse.

Detrás de la pantalla, Von Leinsdorf retiró el cuchillo del pecho del hombre;

después de clavárselo, lo había desplazado hacia arriba y dentro de las costillas, en el corazón, con la destreza de un cirujano. Al mirar al soldado cuando se desplomaba, reconoció la cara redonda y el corte de pelo. Ese hombre había estado en el hospital con el otro que acababa de ver en el vestíbulo. Se inclinó, rebuscó en el abrigo, sacó su placa y su documentación y se las guardó en el bolsillo.

—¿Teniente Miller?

Von Leinsdorf se volvió. William Sharper estaba ante él, ansioso e inquieto, intentando reconocerle en la oscuridad. Oyeron gritos procedentes del auditorio y pasos rápidos que se acercaban desde los pasillos. Von Leinsdorf puso el cuchillo ensangrentado en la mano de Sharper, desenfundó el arma de Carlson y le apuntó.

—¡Corre! —exclamó Von Leinsdorf—. ¡Corre!

—¿Pero qué demonios haces? —preguntó Sharper, antes de retroceder unos pasos, confundido, mirando de Von Leinsdorf a Bennings y de él al cuerpo tendido en el suelo.

—¡Es un nazi! ¡Aquí, es un puto nazi! —gritó Von Leinsdorf—. ¡Tengo al cabrón! ¡Lo tengo!

Sharper dio media vuelta y corrió hacia la pantalla, donde Judy Garland hacía su primera aparición, cantando y bailando en un pasillo. Sharper se detuvo en seco, sorprendido por la imagen, y luego utilizó el cuchillo para rajar la tela; cuando la cruzaba, Von Leinsdorf disparó tres veces.

Earl Grannit subía la escalera del escenario cuando Sharper emergió de la pantalla. Al oír los disparos, Grannit se volvió instintivamente, se arrodilló y disparó dos veces de cerca, haciendo que el hombre girase sobre sí mismo antes de caer en el suelo, gritando entre estertores. Policías militares con las armas desenfundadas lo rodearon desde todas direcciones. Uno le apartó el cuchillo de la mano de una patada.

La parte delantera del cine se vaciaba. Los soldados trepaban por los asientos para alcanzar las salidas del vestíbulo, donde policías militares con armas antidisturbios les cerraban el paso. Grannit subió al escenario, disparó un único tiro al techo y gritó:

—¡De aquí no se va nadie! ¡Apartaos de las salidas! ¡Que todos vuelvan a sentarse!

El proyector se apagó, cesó la música. Una hilera de policías militares y de agentes de paisano avanzaron desde el vestíbulo y las salidas para controlar la situación. Grannit saltó a la platea y examinó el rostro del soldado muerto. Tenía cinco balas, pero él solo había disparado dos veces.

¿Era Miller? Tal vez; no estaba seguro. Tenía la misma estatura, un cuerpo similar. ¿Pero el rostro? Echó un vistazo a la hoja dentada del cuchillo que aquel hombre había llevado en la mano, luego saltó al escenario y entró por el corte de la pantalla.

Ole yacía sobre su espalda a diez pasos de distancia. Un muchacho, un joven soldado, le sostenía la cabeza entre las manos.

—¡Necesitamos un médico! —chilló Grannit al auditorio—. ¡Traedme un

médico!

Se arrodilló junto a ellos. Ole lo reconoció y le buscó con una mano temblorosa. Grannit se la sujetó con fuerza. Echó un rápido vistazo a la herida, vio su gravedad y la rapidez con que Ole perdía sangre. La pistola de Carlson estaba a su lado en el suelo, todavía humeante.

—¿Le tenemos, Earl?

—Le tenemos. El mismo cuchillo que utilizó con los guardias de la frontera.

—Eso está bien. Lo tenía encima antes de que yo... fue tan rápido... es horrible cómo duele.

—Tranquilo, no hables, ahora viene ayuda...

—No comprendo qué diablos hacía Bennings con él...

—¿Bennings? ¿De quién hablas? ¿De Eddie Bennings?

—Oh, Dios. No me encuentro bien, Earl; no me encuentro bien.

El soldado sostenía la jeringuilla para que Grannit pudiera verla; una forma de preguntarle si debía usarla en Carlson. Grannit no se decidía.

—¿Eddie Bennings estaba aquí, Ole? ¿Es eso lo que intentas decirme?

—Eso creo. Nunca imaginé que un policía militar...

Con la mirada perdida, Carlson empezó a irse.

—¿Qué policía militar? ¿Quién? —Negó con la cabeza al soldado—. Morfina no. Aún no. Quédate conmigo, Ole. Quédate conmigo.

Ole volvió a enfocar la vista.

—Esos pases... quería decirte... de esos pases...

Carlson echó sangre por la boca. Sosteniéndole la nuca, Grannit la limpió con un pañuelo.

—No hables ahora.

—Me parece que no han visto el error... Los alemanes... siempre creen hacerlo todo mejor...

Grannit indicó al muchacho que inyectara la morfina. Este se inclinó sobre Carlson. En un instante de lucidez, los ojos de Ole se cruzaron con los de Grannit y le apretó la mano; luego la aflojó. Había muerto.

Reims

19 de diciembre, 21:20 horas

La jeringuilla se rompió al caer al suelo. Bernie bajó la cabeza y se tapó los ojos, conteniéndose para no llorar.

—¿Le conoces? —preguntó Grannit—. ¿Le conoces?

Bernie negó con la cabeza. Grannit alzó la vista. Detrás de ellos había una puerta abierta que daba a un callejón.

—¿Has visto algo, soldado? ¿De qué hablaba Ole?

—No estoy seguro de lo que he visto —dijo Bernie.

—¿Había alguien aquí, con él? ¿Un policía militar? ¿Otra persona? ¿Dos hombres, tal vez?

—Sí, eso creo.

—¿Por dónde se han ido, por esa puerta?

—He oído que la puerta se cerraba.

—¿Eres médico?

—No, señor.

Grannit se guardó las placas de identificación de Carlson en el bolsillo.

—Ven conmigo —dijo a Bernie, echando a andar hacia la puerta.

—¿Y él?

—No hay nada que podamos hacer por él ahora. Vamos.

Salieron al callejón. Grannit llevaba el arma desenfundada; miró en ambas direcciones y señaló hacia la izquierda.

—Ve por allí, da la vuelta a la manzana, nos encontraremos de nuevo aquí. Si ves algo, grita.

Grannit salió corriendo hacia la derecha. Bernie anduvo callejón abajo como un sonámbulo y la cabeza más espesa que la niebla.

Conocía a ese hombre. Ahora lo recordaba. Les había perseguido en el hospital y luego en motocicleta. No creía que él le hubiese reconocido. Al menos, no de momento.

Bernie llegó al final del callejón y miró en ambas direcciones. La visibilidad se reducía a veinte metros. Ni rastro de Von Leinsdorf.

¿Debía regresar, como le había ordenado el oficial, o seguir andando? La oscuridad era una gran tentación, al menos le brindaba una oportunidad: ahora que se había librado de los alemanes, podía desaparecer en la noche. En aquellos momentos todos buscaban a Von Leinsdorf. No obstante, en cuanto volviese al cine, los policías

militares se le echarían encima. Luego vendrían las preguntas que no podía responder y el pelotón de fusilamiento, tal y como Von Leinsdorf había predicho.

Podía usar el piso de la joven muerta, al menos aquella noche. Encontrar un mapa, averiguar cómo salir de la ciudad. ¿Pero para qué? ¿Para ir adónde? Su vida en Alemania había terminado, incluso aunque sus padres siguieran con vida. No podría poner un pie allí, después de lo que Von Leinsdorf le había contado de los campos de exterminio. Había oído rumores y había estado en contacto con nazis el tiempo suficiente para saberlos capaces de aquello. Von Leinsdorf solo le confirmó algo que había temido durante años.

Le embargó una gran sensación de vergüenza. Las pequeñas acciones impulsivas que había llevado a cabo en Berlín le parecían lamentables e inadecuadas. Podría haber hecho más, intentar enfrentarse verdaderamente a ellos pero, en última instancia, lo único en que había pensado era en su propia supervivencia. Cuando se enfrentara a la muerte, viniera cuando viniese, ¿cómo afectaría aquello a su alma inmortal? Si había fallado de una forma tan miserable, ¿qué más daba vivir o morir?

Llegó entonces al meollo del asunto: ¿Tenía Von Leinsdorf razón? ¿Nada de aquello importaba? ¿Cómo podría, en lo que le quedaba de vida, compensar todo en lo que había fallado, si no tomaba partido de una vez?

Divisó algo en un rincón del callejón y fue a recogerlo. Un brazalete de policía militar. Al lado, un casco y una porra arrojados a un cubo de basura. Habían huido por allí, Von Leinsdorf y el otro hombre, después de salir del cine. Bernie miró calle abajo. El piso de la joven estaba en aquella dirección. Era allí donde Von Leinsdorf iría en primer lugar.

«Para encargarse de mí. Otro cabo suelto. A menos que yo me encargue de él primero».

Oyó silbato de policías militares en las proximidades, pasos que corrían por otra calle. Tenía lugar una persecución y Bernie recordó: «También me buscan a mí».

Corrió de nuevo hacia el cine y se encontró con el oficial estadounidense al doblar la esquina. Le mostró el brazalete y le indicó dónde lo había encontrado. Bernie observó al oficial mientras este examinaba los otros objetos.

—Creo saber quién ha hecho esto —dijo Bernie.

—Hemos matado a ese hombre en la sala —respondió Grannit.

—No, señor. Creo que ha sido otra persona. Un policía militar. Le he seguido hasta el cine.

—¿Por qué?

—Le he visto antes, esta misma noche. Ha herido a una joven.

—¿Dónde?

—Los he visto en la ventana de un apartamento, mientras yo paseaba por la calle. No estoy seguro, pero puede que la haya matado. No sabía qué hacer, así que he esperado abajo. Él ha salido poco después.

—¿Adónde te dirigías?

—¿Yo? Iba al cine.

—¿Por qué no se lo has dicho a ningún policía militar?

—Le he visto entrar, luego lo he perdido en el vestíbulo. Después he creído verlo de nuevo, se iba detrás de la pantalla. Por eso lo he seguido hasta aquí.

Grannit se lo quedó mirando. Bernie no sabía si le creía o no.

—Creo que tenemos que volver a ese apartamento —añadió Bernie.

—Llévame hasta allí.

—Es por aquí.

Grannit llamó a un operador de radio y los tres echaron a andar a paso ligero, con Bernie en la delantera. Grannit se pasó la mayor parte de trayecto hablando por radio, gritando órdenes al equipo que estaba en el cine.

—¿Cómo te llamas, soldado? —espetó a Bernie en cuanto se despegó de la radio.

—Bernie Oster, señor.

—¿Unidad?

—291.º Batallón de Ingenieros.

—¿De dónde eres?

—De Brooklyn, señor.

—¿De qué barrio?

—Park Slope.

—¿Norte o sur?

Bernie lo miró, pero no logró descifrar la expresión de aquel rostro.

—Norte.

—¿Dónde vivías?

—En Union Street, entre la Sexta y la Séptima avenida. ¿Conoce Brooklyn, señor?

—¿En qué trabajaba tu padre?

—Trabajaba para Pfizer. Investigación y desarrollo. Era químico.

—¿Era?

—Está jubilado. Aquí a la derecha.

Bernie le llevó hasta el portal de la joven. Grannit ordenó al operador que solicitara ayuda y que esperase en la calle. Forzó la cerradura y Bernie le condujo a la tercera planta.

La puerta estaba entreabierta. Grannit desenfundó el arma, indicó a Bernie que guardase silencio y escuchó, antes de abrirla puerta lentamente.

Todas las luces estaban apagadas. Bernie no recordaba si las había dejado así. Grannit se sacó una linterna del cinturón y Bernie observó desde la puerta cómo el haz de luz recorría la vivienda. De algún modo, antes de completar el recorrido, aquel hombre supo que el piso estaba vacío. Entró a encenderla luz de la sala.

—Quédate junto a la puerta. No toques nada.

Bernie avanzó un paso. Grannit fue directamente al dormitorio. Bernie le vio levantar la manta que cubría el cuerpo de la joven. Lo estudió unos instantes, luego lo

—cubrió de nuevo con la manta y examinó el resto de la habitación. Recogió del suelo el antiguo uniforme de Von Leinsdorf. Estudió brevemente la chaqueta, arrancó algo del hombro y la dejó caer. El gato de la mujer muerta apareció de la nada y empezó a restregarse contra la pierna de Bernie, que dio un respingo e intentó apartarlo.

—Vete. Vete.

Grannit regresó a la sala, abrió la ventana y miró a la calle.

—¿Está muerta? —preguntó Bernie.

Grannit avanzó directamente hacia Bernie, le agarró del cuello, le metió el cañón del arma bajo la barbilla y amartilló el gatillo.

—¿291.º de Ingenieros?

—Eso es.

Grannit levantó la insignia que había arrancado del uniforme del dormitorio para que Bernie pudiese verla. La misma unidad.

—No me has dicho que erais de la misma unidad.

—Supongo que no me di cuenta...

—No pudiste ver nada desde la calle, las cortinas estaban echadas. Tú estabas aquí con él...

—No, solo después, cuando ya la había matado —reconoció Bernie con voz temblorosa—. Él me hizo subir.

—¿Qué estás haciendo en Reims?

—Teníamos que entregar unos despachos...

—No me mientas, joder. Dime lo que quiero saber o esparciré tus sesos por la pared.

—Vale, vale...

—¡Tu amigo acaba de matar a mi compañero, nazi de mierda!

Grannit lo sentó de un empujón y le apuntó con el arma. Convencido de que estaba a punto de morir, Bernie levantó las manos y cerró los ojos.

—Formas parte de la 150.^a Brigada Panzer. Tu oficial a es Otto Skorzeny.

Bernie abrió los ojos. Grannit se aproximó a él.

—Tu brigada tenía que tomar tres puentes del Mosa. Tu jefe de escuadra te dio un segundo objetivo en Francia. Tengo a tres de tus colegas atrapados en el cine, dispuestos a identificarte. ¿Quieres rebatir todo eso?

Bernie negó con la cabeza.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Se llama Von Leinsdorf. Erich Von Leinsdorf. Es teniente de las SS.

—Cruzaste nuestras líneas en Bélgica, cerca de Elsenborn, con él y otros dos hombres. Matasteis a tres soldados en la frontera.

—Él lo hizo. Él y uno de los nuestros, que resultó herido. Von Leinsdorf le disparó.

—¿Dónde dejasteis los cuerpos?

—Nos ordenó que los arrastráramos al bosque. Uno de vuestros hombres seguía

con vida, un sargento, así que intenté ayudarlo...

—¿Cómo?

—Le di morfina. Puse sulfamida y vendaje de presión en las heridas.

—¿Hiciste eso? ¿Adónde fuisteis después?

—Pasamos la noche cerca de Butgenbach. El día siguiente reconocimos el puente...

—¿Por qué estaban en ese hospital?

—Nuestro cuarto hombre estaba herido. Pasó un convoy americano y nos llevó allí.

—Donde Von Leinsdorf mató al sargento Mallory y a vuestro propio hombre.

—Eso creo...

—¿Eso crees? ¡Tú conducías el puto *jeep*!

—Nunca me contaba lo que iba a hacer, ni antes ni después. Nunca me contaba nada.

—¿Por qué vinisteis a Reims?

—Dijo que teníamos que reunirnos con las otras escuadras en ese cine. Es todo lo que sé.

—¿Por dónde han cruzado la frontera?

—Por las montañas, esta mañana. En un lugar llamado Pont-Colin. Mató a los guardias. Dejé un mensaje de alerta en la garita, yo intentaba detenerle...

Grannit le tendió una pluma y un pequeño bloc de notas.

—Escribe tu nombre.

—¿Cuál?

—El verdadero.

Bernie hizo lo que le pedía. Grannit recuperó el bloc y lo cotejó con un papel que se había sacado del bolsillo. Luego le mostró la nota que había encontrado en Pont-Colin, con las palabras «REIMS» y «CINE».

—Tú escribiste esto.

—Sí, señor.

—¿Por qué habéis entrado en Francia, cuál es vuestro objetivo?

—No lo sé.

—No me mientas, maldita sea...

—No lo sé, lo juro por Dios, nunca me lo dijo. Si usted sabe algo, ya sabe más que yo. Hay un segundo objetivo, pero nunca me contó qué era...

—¿Por qué?

—No confiaba en mí.

Grannit se acercó aún más y alzó la nota de nuevo.

—¿Por qué no confiaba en ti? ¿Por qué demonios escribiste esto?

—Porque soy norteamericano.

Grannit se lo quedó mirando fijamente. Oyeron numerosos vehículos que llegaban a toda velocidad. Grannit se asomó a la ventana, se llevó dos dedos a los

labios y emitió un silbido; luego hizo señas al operador de radio que esperaba en la calle.

«Es mi última oportunidad», pensó Bernie.

—Soy de Brooklyn, se lo juro. Nací allí, crecí allí. Mis padres son alemanes; emigraron a Nueva York y luego regresaron aquí hace seis años. Vivíamos en Frankfurt hasta que me reclutaron para el puto ejército. Reparaba coches en Berlín, nunca había entrado en combate, nunca he disparado a nadie; me metieron en esto porque hablo inglés. No nos dijeron de qué iba el asunto y mataron a todo el que no seguía el juego. Ni siquiera sabíamos adónde nos llevaban hasta que sucedió.

Grannit regresó a su lado.

—¿Qué barrio de Brooklyn?

—El norte de Park Slope, como le he dicho. Nací en el hospital de Brooklyn, en DeKalb. Fui a la escuela pública 109 de la avenida Snyder, tocando con Flatbush. La señorita Quinn fue mi maestra de tercero. Tenía que empezar en el instituto Erasmus Hall cuando nos trasladamos. Mi mejor amigo era Jackie Waldstein, del lado sur; su padre trabajaba para la destilería Rheingold de Bushwick. Cada día jugábamos en los campos de béisbol de Prospect Park que había junto a la caseta de los botes.

—¿Dónde vivías?

—En el 375 de Union Street. Acera sur, cerca de la Sexta Avenida. Un edificio grande, de color blanco, dos plantas y un soportal tan ancho como la fachada. Nos sentábamos ahí las noches de verano para escuchar a Jack Benny y Fibber McGee. El sábado iba con mis colegas al cine Loews Palace, junto a Grand Army Plaza. Sesiones matinales, todos los seriales, *Red Ryder*, *Flash Gordon*, cosas de críos. Tres veces a la semana bajaba en tranvía por Flatbush hasta Ebbets Field. La entrada costaba un cuarto de dólar para las gradas descubiertas de la derecha. Tallé mi puto nombre en una de las sillas con un cortaplumas. Si no teníamos dinero, miraba el partido a través del hueco que había en la puerta metálica del centro, a la derecha. Pillé una pelota nula de Cookie Lavagetto y me la firmó después del partido; mis padres todavía tienen la maldita pelota. Puedo nombrarle a todos los que alguna vez han jugado con los Dodgers.

—Pueden haberte enseñado todo eso —dijo Grannit, indeciso.

—Podrían, pero no lo hicieron; le juro que es verdad, lo he vivido.

Bernie oyó pasos que entraban en el edificio desde el portal.

—¿Dónde se come el mejor pastel de queso de Brooklyn?

—¿Pastel de queso? Junior's, en DeKalb con Flatbush; Jackie y yo solíamos ir ahí después de la escuela.

—¿Dónde hacía la compra tu madre?

—Había una verdulería en la esquina de Polhemus con Garfield; mi madre iba casi a diario...

—¿Cómo se llamaba?

—Solly; Verduras Solly. Había una Laundromat en la siguiente puerta, luego una

tienda de reparación de radios, luego una cafetería; era de dos hermanos griegos, un nombre largo con muchas vocales. De camino al trabajo, mi padre solía comprarles ese dulce pegajoso, ¿cómo lo llaman, *baklava*?

—Había una confitería enfrente, al otro lado de la calle.

—La conozco, la conozco, Foppiano's, un anciano italiano muy amable, tenía un bigote enorme y siempre llevaba el mismo viejo suéter gris; lo guardaba todo en botes de cristal detrás del mostrador. Palitos de zarzaparrilla, chocolatinas Van Houten y esos pequeños regalices que se llamaban Cuervos negros... Allí era donde me compraba los cómics... y la tienda no estaba directamente enfrente, sino en diagonal.

—Cuéntame algo que pasó en esa calle. Algo que solo pudiese saber alguien que vivía allí.

Bernie pensó frenéticamente.

—Cuando era pequeño... no sé, ¿tendría seis, siete años?... robaron en una gasolinera Esso. Dispararon a una chica, creo que era una adolescente. Lo recuerdo con mucha claridad; había policías por todas partes. Vi que la metían en una ambulancia y se la llevaban. Me impresionó mucho. Hubo sangre en la acera durante un par de días.

Parecía que a Grannit le habían abofeteado. Bernie supo que también lo recordaba. Los pasos ya se oían en el descansillo de la planta inferior. Los hombres llegarían a la vivienda en menos de un minuto.

—Usted es del barrio, ¿verdad? Es de Park Slope.

Grannit no habló, pero sus ojos lo confirmaron.

—Dios, usted sabe que digo la verdad, ¿qué más necesita oír?

—No sé qué más necesito oír.

—Por favor. Sé que no tiene que creerme, pero quiero ayudarle.

Esperó. Grannit simplemente se lo quedó mirando.

—Siento que él matara a su compañero; lo siento por todos los que ha matado. Pero no ha terminado y lo que queda será aún peor. Señor, tengo tantas razones como usted para quererlo muerto. Le conozco desde que se unió a la brigada; sé muchas cosas de él, sé cómo piensa. Si hay alguien en esta puta guerra que puede ayudar a detenerle, ese soy yo.

Grannit bajó el arma en el preciso instante en que tres policías militares entraban por la puerta.

—Miller ha estado aquí antes del cine —les dijo antes de señalar el dormitorio—. Mató a la mujer que vivía aquí, el cuerpo está ahí dentro. Llamad a la policía.

—¿De verdad quiere que los gendarmes se involucren en esto? —preguntó un policía militar con escepticismo.

—Os quedarán aquí y se encargaran del asunto. Ha sido un alemán quien la ha matado, que les quede claro; es el mismo tipo que buscamos nosotros. Un teniente de las SS, Erich Von Leinsdorf. Viste como un soldado de Estados Unidos y es uno de

los hombres de Skorzeny... que salga eso en la radio.

El policía militar miró a Bernie con extrañeza.

—Tenemos abajo a esos tres tipos, como nos pidió. Los del cine.

—¿Alguno de ellos ha hablado?

—Solo un poco. Dos de ellos apenas hablan inglés. El sargento que usted abatió era su jefe de escuadra.

—Se llamaba William Sharper; era un desertor norteamericano —intervino Bernie.

El policía militar que estaba al mando miró a Bernie con más perplejidad aún, y luego se dirigió nuevamente a Grannit.

—¿Todavía quiere que subamos a esos alemanes?

—No —respondió Grannit—. Entregadlos a Contraespionaje.

—¿Entonces quién es este? —preguntó el policía, mirando a Bernie.

—Es un testigo. Ha visto al asesino de cerca.

¿Adónde va, teniente?

—Voy a por él —dijo Grannit, agarrando a Bernie del brazo—. Y este se viene conmigo.

Reims

20 de diciembre, medianoche

Salieron del piso y subieron al *jeep* que los hombres de Grannit le habían dejado ante el portal. Grannit se puso al volante. Bernie le llevó al almacén donde habían abandonado la ambulancia francesa y le explicó cómo habían entrado en la ciudad. Los cuerpos de los conductores seguían dentro, pero las armas y los bidones con todo el equipo habían desaparecido.

—Seguramente regresó aquí después de dejarme inconsciente y antes de ir al cine.

Grannit quiso saber qué había en los bidones y Bernie le contó lo que había visto en tres de ellos: suministros, munición, uniformes alemanes. Había un bidón cuyo contenido, siempre protegido por Von Leinsdorf, era un misterio. Grannit respondió a una llamada por radio de los policías que estaban en el cine. Por lo que pudo oír, Bernie dedujo que Von Leinsdorf había evitado la captura. Grannit facilitó la dirección del almacén a sus hombres para que lo investigasen y luego dio por terminada la llamada.

Entonces Grannit le dio una bolsa que había en la parte posterior del *jeep*. Contenía una camisa de policía militar, cinturón, brazalete, polainas para las botas, un casco con letras blancas y una porra.

—Póntelo. En lo que a todos respecta, eres un policía militar que trabaja conmigo en una misión especial. Utiliza tu verdadero nombre, no hables con nadie, no respondas ninguna pregunta sin consultármelo antes.

—Sí, señor.

—No te pierdas de vista. Si corres, si tocas un arma, si haces un movimiento en falso, no esperaré al pelotón de ejecución; te mataré de inmediato.

—Comprendo.

Grannit esperó a que Bernie se cambiara de ropa.

—¿Cómo se llama, señor?

—Teniente Grannit. Eso es todo lo que necesitas saber.

—Sí, señor.

Cuando Bernie hubo terminado, Grannit le indicó el asiento del conductor.

—Te han enseñado cómo conducir un *jeep*. Llévame de vuelta al cine.

Cuando Erich Von Leinsdorf y Eddie Bennings salieron por la puerta trasera del

cine, el alemán torció a la derecha y ambos echaron a andar por un callejón. Von Leinsdorf había inspeccionado la zona antes de entrar. Tras dejar su equipo de policía militar en un callejón donde sabía que lo encontrarían, corrieron tres manzanas al oeste, saltaron una valla y salieron por una estrecha abertura que había entre los edificios.

—¿Adónde vamos, jefe? —preguntó Bennings.

—No hables, Eddie. Aún no hemos salido de esta.

Salieron en lo alto del canal de Aisne, apenas visible entre la niebla cinco metros más abajo. Oyeron los silbatos de la policía, gritos y hombres que corrían tras ellos en la bruma. Von Leinsdorf señaló una cuerda que colgaba de un aro de hierro fijado a un embarcadero de cemento. Eddie miró hacia abajo y vio un pequeño bote atado al final de la cuerda. Von Leinsdorf descendió detrás de Bennings, desataron el bote y cada uno sujetó un remo. Mientras los soldados de Grannit instalaban controles en todas las calles que daban a la plaza, ellos se alejaron bogando silenciosamente hacia el sur por las plácidas aguas del canal.

Se mantuvieron cerca de la orilla, remando sin salpicar. La niebla les impedía ver lo que sucedía arriba en la orilla, pero en dos ocasiones oyeron voces y motores cerca del canal. En ambos casos, alzaron los remos y se dejaron llevar a la deriva hasta que las voces y los vehículos se alejaron.

Remaron corriente abajo durante casi un kilómetro y luego Von Leinsdorf acercó el bote a la orilla izquierda, donde otro pequeño embarcadero apareció entre la bruma. Se dirigieron hacia allí, saltaron primero y luego amarraron el bote. Una breve escalera les llevó a lo alto del muelle.

Salieron a una calle tranquila situada bajo un puente que cruzaba el canal y el río adyacente. Un único coche no militar, un Renault negro del montón, estaba aparcado al otro lado de la calle. Von Leinsdorf sacó unas llaves y abrió el portaequipajes. Eddie Bennings se había calmado durante el trayecto en bote, impresionado por la actuación de su acompañante durante aquella difícil situación. Había conocido a unos pocos tíos con esa sangre fría en Nueva Jersey, hombres a los que siempre había admirado, pero no se había encontrado con nada semejante en el ejército.

—La verdad, Dick, no sé por qué te buscan, pero reconozco que me ganas de lejos.

—No he tenido tiempo de explicártelo. Resulta que trabajamos en la misma línea.

—¿Mercado negro? Ya me lo imaginaba.

—Tenía que sacarme a esos policías de encima. Si me atrapan... —Von Leinsdorf se pasó la mano por el cuello a modo de guillotina y luego sacó una maleta del portaequipajes—. No sé a ti, pero a mí no me interesan los pelotones de ejecución.

—Capto tu onda, hermano.

—Puede que estuvieran buscándonos a los dos en el cine. Ahora da lo mismo.

—Excepto que tú lo viste venir, organizaste lo del bote y dejaste aquí un coche para escapar.

—Más vale prevenir que curar, Eddie. Tenemos que librarnos de estos uniformes. Toma, sírvete tú mismo.

Von Leinsdorf abrió una maleta llena de ropa corriente. Ambos eligieron algunas piezas y se cambiaron junto al coche. Eddie vio un par de bidones en el asiento trasero.

—Entonces, Dick, ¿eres un desertor?

—Ahora sí. —Ambos se echaron a reír—. ¿Y tú?

—En Bélgica enchironaron a todo mi batallón por el asunto del mercado negro. Los alemanes cruzaron la frontera hace unos días y nos dijeron que nos sacaban del trullo si íbamos al frente a pescar unas balas. Yo dije vale, ¿por qué no me tomas las medidas del ataúd entretanto?

Ambos rieron de nuevo; Eddie en un *stacatto* agresivo, con la boca contraída como la máscara de una tragedia.

—Les di esquinazo antes de que se enteraran. Esta no es mi guerra, no tengo nada en contra de los alemanes. Pero llegar hasta aquí ha sido un follón de la hostia y esta sí se la debo a esos «frankfurts».

—¿Por qué te paraste en Reims?

—Es una zona que solía trabajar; hay mucho movimiento de mercancías en el canal. Pensé pasar por aquí y ver si podía ganarme unos dólares. —Eddie se probó un sombrero gris de fieltro y observó su reflejo en la ventanilla del coche—. El tipo que se nos ha acercado en el teatro, ¿era uno de los tipos con quién tenías que verte?

—No lo había visto en mi vida.

—Te llamó teniente Miller.

—Es evidente que me confundió con otro.

—Oye, era él o nosotros; no voy a quejarme.

—¿Quién era el otro poli, el del vestíbulo?

—Ese gilipollas me trincó la otra noche. División de Investigación Criminal, un verdadero capullo. Earl Grannit. Homicidios de Nueva York.

—¿Es un detective de la policía?

—Eso es. ¿También va a por ti?

—Nos ha presionado un poco. No sabía cómo se llamaba.

—Bueno, pues que le jodan. Se quedará con un palmo de narices. Iba a proponerte bajar a París, ¿qué te parece?

—¿Conoces el terreno?

—Llevo destinado allí desde agosto. Tengo la ciudad controlada. A nuestro batallón le salía el dinero por las orejas.

Oyeron sirenas a lo lejos; se dirigían al centro de Reims. Cuando Eddie se volvió, Von Leinsdorf alzó la pistola con silenciador, dispuesto a dispararle en la nuca.

—Nuestro tren tenía su área de mantenimiento al oeste de la ciudad, cerca de Versailles —dijo Eddie.

—¿Versalles? —preguntó Von Leinsdorf, bajando la pistola.

—Sí. Oye, tienes que visitar París. Es un carnaval. Un tipo con tu iniciativa puede forrarse al momento.

Von Leinsdorf escondió la pistola antes de que Eddie se volviese.

—Puede que los franceses libres, o De Gaulle, o el ejército de Estados Unidos crean que manejan el cotarro, pero a todos se les escapa de las manos. Y el único Dios que conocen en esa ciudad es el bendito dólar americano.

—¿Podrías presentarme a algunas personas?

—¿Tienes financiamiento para engrasar el asunto?

—Pues claro.

—Dick, hablo muy en serio. En un par de semanas podríamos dirigir nuestro propio negocio. Solo tú y yo, sin jefazos que nos sangren desde arriba.

—El ejército y la policía militar vendrán a por nosotros.

—Olvídalo, conozco sitios donde podemos escondernos durante meses. La poli local no quiere saber nada del mercado negro y además se les puede untar. Tú haces tus propias leyes. Hay zonas de la ciudad en que el ejército ni se atreve a entrar.

—¿Nos llevará esto hasta allí? —preguntó Von Leinsdorf, mostrándole algunos papeles que llevaba en el bolsillo.

—Pases de carretera, sellos de negocios regionales, *laissezpassers*. Sí, diría que lo tienes cubierto.

—Somos hombres de negocios daneses en busca de contratos de petróleo para la posguerra.

—Vamos allá. A hacernos ricos.

Se estrecharon la mano, subieron al Renault y se pusieron en marcha. Von Leinsdorf había colocado el vehículo a menos de cien metros de un puente que cruzaba el río y empalmaba con la carretera de París. El ejército no instalaría controles en ese puente hasta media hora más tarde.

Von Leinsdorf miró de reojo a Eddie mientras conducía. Aquel hombre le divertía; un delincuente común con hambre de dinero. Mucho más útil que Bernie Oster. Haber dejado con vida al joven norteamericano era una inconveniencia, aunque de escasa importancia. Brooklyn no tenía talento para sobrevivir mucho tiempo en territorio enemigo. Haría que lo capturasen o lo mataran. Y, aunque hablase, no sabía nada del Segundo Objetivo; el propio Leinsdorf se había encargado de eso. Sonrió. Eddie le devolvió la sonrisa.

Todo el mundo necesitaba un poco de suerte, de vez en cuando.

Bernie estaba detrás del hombro derecho de Earl Grannit con la boca cerrada, tal y como se le había ordenado. Algunos policías militares le dirigieron miradas de curiosidad —¿dónde había estado él toda la noche?—, pero nadie dijo ni una palabra. Grannit estaba al mando y él era el hombre de Grannit.

Grannit había reunido a todos sus policías militares y a los hombres de

Contraespionaje en el vestíbulo del cine, hecho una verdadera furia. El asesino y un probable cómplice habían desaparecido en la noche. ¿Cómo era posible que nadie les hubiera visto, o seguido, o arrestado, cuando salieron de la sala de proyecciones? Eran cuarenta hombres buscando a tan solo uno, pero el «teniente Miller» se había esfumado sin dejar rastro.

Bernie percibió la frustración de los otros oficiales en el silencio que siguió. Tenían a un desertor y miembro de la brigada de Skorzeny muerto, y a tres hombres de su escuadra vivos; ¿aquello no la calificaba como una buena noche de trabajo? Puede que otros agentes alemanes hubiesen huido, pero nadie había visto a esos dos asesinos fantasma, ni detrás del escenario ni fuera de la sala de proyecciones. Ni siquiera los tres alemanes que habían capturado sabían nada de ellos.

Para el resto de los hombres allí reunidos, era evidente que William Sharper había asesinado al policía militar y a Ole Carlson. Sharper había muerto con el cuchillo que había matado a Carlson en la mano y le habían disparado con el arma de Carlson. Incluso se parecía al dibujo que Grannit había hecho circular entre los agentes.

Un oficial del servicio de Inteligencia del ejército puso palabras a sus reservas:

—Incluso si el teniente Miller estaba aquí y ha escapado, ¿qué puede hacer un único alemán solo en Francia?

—Para empezar, Carlson no disparó a Sharper; no tenía residuos de pólvora en la mano —respondió Grannit—. El cuchillo que Sharper llevaba en la mano había matado a dos guardias fronterizos franceses antes, esta misma mañana. Un oficial de las SS llamado Erich Von Leinsdorf mató a esos dos hombres. Hoy ha entrado en Reims en ambulancia, ha matado a los conductores, a una civil y a nuestros dos hombres aquí, esta noche. Lo ha organizado para que Sharper pareciese el culpable, lo ha matado y después se ha largado, así que no me digas lo que este hombre es capaz o no de hacer.

Bernie se preguntó si alguien lo consideraría la fuente de aquella información y, en tal caso, si se cuestionaría cómo había llegado hasta él.

—Quiero que este dibujo de Von Leinsdorf llegue por télex a todos los controles de Francia. Quiero que se instalen más controles de carretera en todas las vías y caminos que salgan de Reims. Cubrid las estaciones de tren y de autobús y visitad puerta por puerta todos los edificios de esta parte de la ciudad. Ahora mismo.

Grannit salió de la reunión hecho una furia; Bernie lo siguió. Pasaron veinte minutos con el equipo de repatriación para asegurarse de que Ole Carlson sería enviado de vuelta a casa, en lugar de acabar bajo una cruz blanca en un cementerio francés. Grannit escribió una carta al padre de Ole para que acompañase el ataúd. Estaban a punto de subir al piso que Grannit utilizaba como puesto de observación cuando oyeron el resuello de un motor diésel que avanzaba entre la bruma del canal. Bernie siguió a Grannit hasta el borde del agua. El policía encendió un cigarrillo y caminó por la orilla, observando entre la niebla un remolcador que transportaba carbón corriente abajo.

—Ha utilizado un bote —masculló Grannit, furioso consigo mismo por no haberlo pensado antes—. Maldita sea, ha usado un bote.

—No abandonará —dijo Bernie—. No se detendrá hasta que usted le haya matado.

—¿Adónde se dirige? Dime la opción más probable.

—París, creo. Me dijo que había estado allí; habla francés como un nativo. Creo que se propone matar a alguien. Alguien importante, pero no sé a quién.

Grannit silbó y dos policías militares salieron corriendo de la sala de cine. Grannit ofreció un cigarrillo a Bernie mientras esperaban. Bernie lo aceptó, y también el encendedor.

—No sé a quién busca Von Leinsdorf, pero ese es su próximo movimiento —añadió Bernie.

Grannit no respondió y se volvió a los policías militares en cuanto llegaron.

—Registren el canal en ambas direcciones. Cortad los puentes. Ha usado un bote.

Los policías echaron a correr hacia el cine, usando los silbatos para convocar a más hombres.

—Ahora estará a mitad de camino —dijo Bernie.

—Va a por el general Eisenhower. Ese es su objetivo.

Bernie sintió que le abandonaban las escasas fuerzas que conservaba. Le flaquearon las piernas y casi cayó de rodillas.

—Dios mío.

—No lo sabías.

—No, señor. No me contaba nada. No sé qué decir, es culpa mía. Todos están locos; podría haberle detenido, tendría que haberle matado cuando se presentó la oportunidad.

Grannit solo se lo quedó mirando.

—¿A cuántos hombres se les asignó esta misión?

—Dijo que había cinco escuadras, pero yo solo vi cuatro.

—¿No era toda la unidad de comandos?

—No, no, era un grupo pequeño. Cuatro equipos de cuatro hombres cada uno. ¿Cuántos quedan?

—Sin contarte a ti, uno.

—¿Un equipo?

—Solo él.

Grannit sacó las llaves del *jeep*. Bernie vio que Grannit pensaba entregárselas para que él condujera. También vio que Grannit sabía que él sabía que Grannit pensaba en eso. Grannit se guardó las llaves en el bolsillo y arrojó el cigarrillo.

—París —dijo.

Versalles
19 de diciembre

En cuanto el general Eisenhower regresó al cuartel general aliado tras la reunión en Verdún, las fauces del equipo de seguridad que le protegía de los asesinos de Skorzeny volvieron a cerrarse. No se le permitiría salir de nuevo del recinto protegido.

Aquella mañana aparecieron por primera vez en los periódicos estadounidenses titulares que hablaban de la «Batalla de las Ardenas», término que rápidamente pasaría a definir toda la ofensiva alemana. Puesto que el frente norteamericano continuaba deteriorándose, Eisenhower tomó la controvertida decisión de poner al mariscal de campo Montgomery al frente de la mitad septentrional de la batalla. Al hacerlo, transfirió la autoridad de dos grupos americanos que llevaban largo tiempo a las órdenes del general Bradley a un oficial británico que disgustaba, de forma casi unánime, a la cúpula del Estado Mayor estadounidense. Incapaz de comunicarse con sus generales en aquella parte del campo de batalla, Bradley ya estaba más que ocupado defendiendo el sector sur de las Ardenas mientras esperaba a Patton. Pese a ello, reaccionó con furia ante lo que percibía como una bofetada a su actuación e intentó presentar su dimisión. Eisenhower la rechazó, argumentando que los alemanes tenían rodeadas las divisiones americanas en Bastogne. La lucha entraba en sus horas más decisivas y Bradley era imprescindible.

Hasta hacía muy poco, y durante muchos años, Bradley había sido el oficial superior de Eisenhower, por lo que su pérdida de autoridad fue un golpe difícil de digerir, sobre todo porque sabía que Ike compartía su antipatía hacia Montgomery.

Cuando Bradley accedió a quedarse, Eisenhower hizo gestiones para que le concedieran la cuarta estrella, como muestra de gratitud. Aunque Montgomery dirigió su nuevo cometido con eficacia, los conflictos que surgieron entre las cúpulas de los estados mayores casi lograron el objetivo de Hitler de romper la delicada alianza aliada. A lo largo de todo el proceso, Eisenhower guardó su compostura sobrenatural, contuvo a Montgomery y mantuvo ambos ejércitos unidos mediante su fuerza de voluntad y su discreción.

Tres horas antes del amanecer del 21 de diciembre, la 150.^a Brigada Panzer entró finalmente en combate en las Ardenas bajo el mando de Otto Skorzeny. Tras comprobar que el plan de la Operación *Greif* —tomar los puentes del Mosa— nunca

se materializaría, Skorzeny se presentó voluntario con su brigada para capturar mediante un ataque frontal la ciudad de Malmédy, donde los Aliados llevaban a cabo una defensa tenaz, aunque improvisada. Sus diez tanques, Panther alemanes camuflados como Sherman americanos, lideraron el ataque desde el sudoeste. No gozaron del beneficio de la sorpresa; desde hacía días, se esperaba un ataque en las Ardenas perpetrado por fuerzas alemanas camufladas como americanas. Durante la aproximación, los tanques activaron un tendido de cables que iluminó el cielo nocturno con bengalas. Bajo la luz artificial, cañones americanos atrincherados en el extremo más alejado de un arroyo abrieron fuego y destruyeron cuatro de los tanques. Dos más fueron eliminados cuando vadeaban el arroyo. Desde el amanecer hasta primera hora de la tarde, reagrupada bajo el mando de Skorzeny, la brigada se abrió camino hasta las afueras de la ciudad, defendida principalmente por el 291.º Batallón de Ingenieros de Combate. Cuando dos compañías americanas de Infantería llegaron como refuerzo, Skorzeny evaluó su precaria posición desde una colina que dominaba el campo de batalla y, muy a su pesar, ordenó a su brigada que se retirase. Ninguno de sus tanques y menos de la mitad de su infantería lograron sobrevivir.

Aquella noche, cuando se dirigía al cuartel general alemán instalado en las proximidades de Ligneuville para dar el parte, el vehículo blindado de Skorzeny fue atacado por fuego de artillería americano y acabó volcado en una zanja. Skorzeny salió despedido del coche. Fragmentos de proyectil le acribillaron la pierna y una astilla del tamaño de un pequeño lápiz le perforó la frente por encima del ojo derecho. Le causó una grave hemorragia y le partió un pedazo de carne que quedó colgando, entorpeciéndole la vista. Tras ser trasladado al cuartel general, rechazó la anestesia y la recomendación del médico de que fuera a un hospital para ser intervenido; exigió que le cosieran la frente para poder regresar a la batalla. Dirigiría lo que quedaba de sus tropas en varias acciones durante dos días, antes de que la infección de la herida casi le dejara ciego y forzara su evacuación a un hospital alemán.

Para Skorzeny y lo que quedaba de la 150.^a Brigada Panzer, la ofensiva de las Ardenas había concluido.

París, Francia
20 de diciembre

La Ciudad de la Luz se había vuelto fría y oscura. Aunque la Liberación de París en agosto por parte de los Aliados había elevado el ánimo de los que sufrieron la ocupación alemana, el éxito inicial de la ofensiva en las Ardenas había caído como un jarro de agua fría. Entre los rumores que circulaban a falta de noticias fehacientes, el espectro de las columnas nazis desfilando de nuevo por los Campos Elíseos era excesivamente fácil de imaginar. Miles de civiles que habían regresado y empezaban a establecerse en la ciudad huyeron de nuevo, presas del pánico.

Para quienes se quedaron, en vísperas de lo que se recordaría como el invierno parisino más frío de la época moderna, escaseaba el combustible para caldear las viviendas y apenas había alimentos más que para cubrir las necesidades básicas. Las inestables líneas de gas provocaban explosiones accidentales que causaban muertes cada semana. Los toques de queda y la prohibición de iluminación nocturna, que pese a estar ya en vigor se aplicaron más rigurosamente con el inicio de la batalla de las Ardenas, vaciaron las calles. El sistema eléctrico fallaba al menos dos veces por noche y la oscuridad absoluta encubrió la campaña de terror de los franceses libres que habían resistido a los nazis durante la ocupación y que ahora buscaban vengarse de los colaboracionistas. Tras solo dos meses en el poder, el gobierno provisional del general Charles de Gaulle se había enfrentado repetidamente con el alto mando aliado, que retenía *de facto* el control sobre París como zona de guerra, dando lugar a conflictos que estrangulaban la circulación de productos y de servicios básicos. Cualquiera con medios para remediar las carencias personales o domésticas no tenía más alternativa que traficar en el mercado negro.

Cada manzana de cada calle de cada *arrondissement* generaba un intermediario, alguien que sabía de alguien que podía relacionar a cualquiera con la creciente marea de productos ilegales que inundaba la ciudad como un mar invisible. Ciudadanos emprendedores viajaban en tren a Normandía y volvían con maletas llenas de jamones españoles, quesos ingleses y sacos de café de Marruecos. Tanto daba que uno fuera el soldado americano que quería vender su ración diaria de cigarrillos a un traficante de Lucky Strikes en la estación de metro de St. Denis, o el chef que intentaba conseguir cincuenta kilos de ternera para un restaurante de tres estrellas en la Rue Royale; cualquier trato era posible si se engrasaban las ruedas adecuadas. En el ecosistema darwiniano que había surgido de la noche a la mañana para satisfacer tales demandas, la crueldad y la falta de escrúpulos garantizaban el éxito.

Montmartre, París
20 de diciembre

Con la misma regularidad que un banquero, el hombre conocido solo como Ververt pasaba todas las noches, de las ocho de la tarde hasta las dos de la madrugada, en una mesa junto a la cocina del club de jazz que regentaba en la Rue Clichy, al pie de Montmartre. Fumaba un cigarrillo tras otro, saboreaba una copa lechosa de pastís cada hora y mantenía la vista alerta para supervisar lo que sucedía en su terreno. Un enjambre de esbirros se encargaba de las interferencias, controlando a todo suplicante que solicitaba una audiencia con el jefe. Por lo general, eran capaces de atender la mayoría de los problemas o peticiones pero, de vez en cuando, ciertos asuntos merecían la atención personal de Ververt. Como los dos mil dólares en efectivo que tenía delante en la mesa.

Ververt señaló un par de sillas. Los dos hombres miraban y se movían como americanos. Soldados sin uniforme, probablemente desertores, como tantos otros que le buscaban. El público que escuchaba «*le jazz Américain*» del cuarteto del escenario estaba compuesto por el habitual surtido de militares aliados, más de la mitad de público, como todas las noches. Ninguno sabía que pagaba por licor y cigarrillos robados al ejército de Estados Unidos, que en teoría podían adquirir a un precio mucho más bajo en su club de oficiales o en el economato militar.

—¿Siempre hace tanto frío en París en esta época del año? Voy a quejarme a mi agente de viajes —dijo el hombre más bajo, frotándose las manos, antes de preguntar a un camarero—: ¿Qué tal una taza de café?

Ververt advirtió que el más alto, que no había hablado, era el que mandaba, aunque dejaba que hablase el otro. El segundo hombre hizo un gesto negativo al camarero. Sus ojos se cruzaron un instante con los de Ververt, antes de apartarlos respetuosamente.

«Este es interesante», pensó el francés.

—¿Hablas inglés, verdad? —preguntó Eddie Bennings.

—Hablo dólares —replicó Ververt.

—Es la lengua universal. Trabajamos con el mismo diccionario, amigo.

Ververt miró los dos mil dólares sin hacer el menor ademán de recogerlos.

—¿Qué intentas decirme?

El hombre se inclinó hacia él con la familiaridad que los americanos confundían con *savoir-faire*.

—Creo que hacías negocios con algunos de mis antiguos socios. El capitán John Stringer y otros oficiales del 724.º Batallón de Ferrocarriles.

Ververt se lo quedó mirando sin responder, hasta que Eddie se sintió en la obligación de mostrar un súbito interés por una caja de cerillas.

—No conozco a nadie con ese nombre —dijo Ververt, haciendo una pausa para encender el siguiente cigarrillo con la colilla del antiguo— y, aunque así fuera, y resultase que hace poco le han arrestado junto con todos los hombres de su batallón, ¿por qué iba a contártelo?

—Porque le necesitabas. Ha dejado un hueco en tu cadena de suministros. Yo trabajaba para él, muy de cerca. Le llevaba las cuentas, por lo que conozco de tu volumen de negocios. Nunca nos presentaron, pero así es como supe de ti.

Ververt paseó la vista de un hombre a otro, mientras llegaba el café de Eddie.

—Os he juzgado mal.

—¿Cómo dices?

—Creí que erais de la policía militar. Es un alivio saber que no sois agentes de paisano —dijo Ververt. Luego añadió, volviéndose hacia Von Leinsdorf—: Es una gran desventaja en mi negocio. Me creo todo lo que me dicen.

Eddie pareció confundido por el cinismo impasible de aquel hombre y miró a su compañero.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ververt al otro hombre.

Von Leinsdorf, que miraba al escenario, pareció no oír la pregunta.

—¿Y esta música negra?

—Llevan tocando así en Montmartre desde hace veinte años. *Le tumulte noir*; los turistas vienen a escucharlo. Forma tanta parte de París como nuestro desprecio por ellos.

—Creía que los alemanes habían acabado con eso.

—Cuando los nazis se hicieron con el poder, decidieron que era música degenerada. Una conspiración negro-judía para minar la moralidad de los franceses, como si tuvieran alguna, pero sobre todo una amenaza más concreta para la moralidad de los alemanes. Como sabrá, la suya está más consolidada como una cuestión de carácter público.

—Esa sí que es buena —dijo Eddie.

Ververt le echó una ojeada antes de volverse de nuevo hacia Von Leinsdorf.

—Mi teoría personal es que a los alemanes les recuerda la época dorada del *jazz*, París en los años veinte, y la vergüenza que sufrieron en Versalles. De ahí viene todo el asunto de los nazis. Estamos pagando el haberles hecho comer mierda. Por eso prohibieron el *jazz* americano durante la ocupación. Los últimos cuatro años solo hemos tocado «*jazz francés*».

—¿La liberación cambió eso?

—Ahora los locales nunca tienen bastante. Y a los soldados, los americanos, también les gusta. Y les gustan nuestras mujeres —dijo Ververt, mirando hacia el público—. Sobre todo a los negros.

—¿Entonces por qué llamarlo *jazz* americano? —preguntó Eddie—. A mí me suena igual.

—Estos días, si llamase «americana» a la mierda de caballo, podría vender

bocadillos de mierda de caballo. París se cansará pronto de vosotros, ya veréis. Los liberadores se convierten muy pronto en ocupadores.

—¿Vienen británicos por aquí? —preguntó Von Leinsdorf.

—Todo el mundo viene a Montmartre. Aquí hemos creado una fantasía: el pecado puede envasarse, ocupar el mismo espacio y venderse igual que un chicle. Eso atrae a una parte fundamental de la naturaleza humana, sea nazi, americana, británica, burguesa, de la resistencia o colaboracionista.

—No veo a ningún inglés.

—No se les permite llevar sus uniformes —informó Ververt—. Muestran cierta preocupación por no ser vistos en una *boite de nuit* que trafica en el supuesto mercado negro.

—Eso es ser inglés; siempre pasándose por el lado del decoro —dijo Von Leinsdorf—. No aprueban el sexo prematrimonial porque creen que si empiezan así pueden acabar bailando.

Ververt soltó un bufido, lo más parecido a una risa que podía permitirse.

—¿No tienen su club de oficiales? —preguntó Von Leinsdorf de forma casual.

—Han tomado posesión de Maxim's. ¿Lo conoce? Está en la Rue Royale.

—¿Quién que haya estado en París no conoce el Maxim's? —replicó Von Leinsdorf, encogiéndose de hombros con suficiencia francesa.

—Ahora no es lo mismo. Hace poco los gendarmes arrestaron al *maître*, Albert, un personaje local muy conocido y querido.

—¿Por qué motivo?

—Por hacer extensivas a los nazis las mismas cortesías que había mostrado al *haute monde* durante veinticinco años. Eso no era colaboracionismo, sino hospitalidad. Una parte esencial de su negocio.

—Seguro que esos mismos gendarmes que arrestaron a Albert habían estado colaborando con los nazis en el Maxim's durante los últimos tres años. Y lo detuvieron únicamente para evitar que Albert testificara en su contra durante las represalias.

—¿Lo ve? *Exactement!* Los peligros de la Liberación.

—Eso es lo que cabe esperar en momentos así —aseveró Von Leinsdorf—. *Égalité, liberté, hypocrisie.*

Ververt recogió los dos mil dólares que había en la mesa.

—El dinero no sabe de política. Sobrevivirá a la ideología.

—Oh, sí, ¿pero sobreviviremos nosotros, amigo mío?

Ververt emitió un bufido de apreciación y se embolsó el efectivo.

—Vuelva mañana por la noche. A las siete, antes de que abramos.

Von Leinsdorf se puso en pie para irse y Eddie le siguió. Sabía que Von Leinsdorf había establecido un vínculo con Ververt y que había conseguido aquello a lo que habían venido, pero no comprendía cómo o cuándo había sucedido.

—¿Dónde tienen los británicos el comedor de oficiales? —preguntó Von

Leinsdorf.

—En el Hotel Meurice. Rue de Rivoli.

—El Meurice. Oh, sí. Se puede ir andando desde el Maxim's.

—Veo que lo ha entendido.

Ververt hizo un gesto a sus esbirros, que acompañaron a Von Leinsdorf y Eddie a la salida. Von Leinsdorf inspeccionó la habitación angosta de techo bajo mientras avanzaban entre la multitud de diferentes razas, que incluía varias parejas interraciales. Todos los ojos estaban puestos en el diminuto escenario, donde un cuarteto, sudoroso bajo las luces, caldeaba el ambiente; los negros al saxo y el contrabajo, los blancos al piano y la batería.

—Oye, Dick, ¿quieres una copa? —preguntó Eddie, poniéndose a su lado en la salida, exultante por el éxito conseguido—. Dicen que invita la casa.

—Yo no bebo con negros —espetó Von Leinsdorf.

El rótulo de neón que había fuera, LE MORT RAT, proyectaba una estridente luz roja sobre la acera húmeda. Se subieron el cuello de los abrigos y echaron a andar por el entramado de callejuelas adoquinadas y empinadas hacia el apartamento que, a unas manzanas de distancia, Eddie había alquilado aquella mañana, nada más llegar.

—Tengo que reconocer que no podría habernos ido mejor —dijo Eddie, rompiendo el silencio—. ¿Has visto la cicatriz de su cara? Seguro que no se la hizo cocinando.

—Es un chulo corso y un traficante de drogas, y te cortará el cuello a las primeras de cambio.

—Pero resulta que, según nuestros libros, el hijo de puta siempre pagaba puntualmente los productos recibidos.

—Una cosa es hacer tratos con el ejército, Eddie; tu uniforme lo mantenía a raya. Pero él sabe que no tenemos ningún apoyo detrás. ¿Seguro que tus hombres en la estación pueden entregar el material?

—Todo irá como la seda. Es el tren de Navidad, el premio gordo de los premios gordos. Raciones de lujo para toda la infantería americana de París.

—Y la línea secundaria pasa por Versalles.

—Sí, me la he trabajado yo mismo. No te apures, esto está cantado. Si nos anotamos el punto, podremos retirarnos a la tierra de las tetas y la miel.

—Sí. El Sueño Americano. Hedonismo y pereza.

Eddie no captó la ironía.

—Qué maravilla, tío.

36 Quai des Orfèvres, París

20 de diciembre, 22:00 horas

Earl Grannit y Bernie Oster llevaban dos horas sentados en un banco del

tenebroso vestíbulo del cuartel general de la policía parisina. Oían el tic-tac de un enorme reloj eléctrico justo encima de sus cabezas, donde también había un tablón lleno de anuncios oficiales. La placa de Grannit no había causado excesiva impresión en los funcionarios agobiados que había tras las mesas o que andaban apresuradamente por los pasillos. Los norteamericanos fueron testigos del flujo constante de sospechosos que gendarmes uniformados traían a las dependencias para iniciar los trámites de su saturado sistema judicial. Detrás del vestíbulo, en los cubículos de los detectives, el repiqueteo de numerosas máquinas de escribir se entremezclaba con el sonido de voces que gritaban en francés.

—Un negocio floreciente —dijo Bernie.

Grannit encendió otro cigarrillo, se inclinó hacia delante y se pasó una mano por la cara. Parecía agotado.

—Usted era poli. En Nueva York.

—Así es.

Bernie echó un vistazo a la habitación mientras hacía girar su casco de policía militar.

—¿Es diferente aquí?

—La misma mierda que cae por una cloaca distinta.

—Nunca había estado en una comisaría de policía. Parece un trabajo infernal.

—El mundo es un lugar infernal.

—¿Las personas nacen malas? ¿Por eso acaban metidos en la mierda?

—Es una elección. Todos tenemos la posibilidad de elegir.

Bernie titubeó antes de decir:

—Von Leinsdorf trabajó en un campo de exterminio.

—¿Qué?

—Dachau es un campo de exterminio. Allí matan a la gente. Judíos en su mayoría, también otros. No sé cuántos, quizá millones en toda Alemania. ¿Se conoce esto en nuestro país?

Grannit negó con la cabeza.

—Al principio los sacaron; los deportaban a campamentos. Todos lo sabíamos; nadie hizo nada. Entonces empezaron con eso y nadie quiso darse por enterado.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Dos años, tal vez.

—¿Von Leinsdorf te lo ha contado?

Bernie hizo un gesto afirmativo. De pronto se sintió embargado por la emoción.

—Yo quiero ser una buena persona. Pero estaba en ese ejército. Hice lo que pude, pero no fue bastante. No veo el modo de arreglarlo.

Llegó un empleado en su busca. Les guio por un laberinto de cubículos hasta una puerta que rezaba LE COMMISSAIRE. El empleado llamó; desde el interior, alguien les invitó a entrar.

Un hombre fatigado de mediana edad encendía una pipa tras el escritorio. Se

protegía del frío con un jersey tejido a mano que no le sentaba bien. Les indicó que se acercaran, señalando unas sillas que había frente a su mesa. En un pequeño letrero del abarrotado escritorio se leía: INSPECTEUR GEORGES-VICTOR MASSOU.

—Mis disculpas. Ha llevado tiempo encontrar a alguien de graduación que hable inglés. Acabo de volver. ¿En qué puedo ayudarles?

Grannit le mostró sus credenciales y presentó a Bernie solo como su adjunto. Desplegó la hoja con el dibujo de Von Leinsdorf y se la tendió a Massou.

—Tenemos razones para creer que este hombre se encuentra en su ciudad desde anoche. Es un soldado alemán que se hace pasar por americano; forma parte de la brigada de comandos de Otto Skorzeny.

—Sí. Los famosos asesinos del Café de la Paix. Todos estamos al corriente. Hubo rumores de que algunos paracaidistas habían aterrizado anoche en las afueras de la ciudad. No verificados. —De entre el desorden de su escritorio, el comisario localizó otro papel en que aparecía la fotografía de Skorzeny—. El café se encuentra bajo vigilancia constante. Por lo que había entendido, es su ejército el que se encarga de la investigación.

—Hemos hablado con la seguridad del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas y también con el jefe de la policía militar de París. Han trasladado a Eisenhower al Trianón y lo tienen custodiado bajo estrictas medidas de seguridad. Puesto que solo queda un hombre, creen que la situación está controlada. Pero yo no opino lo mismo.

—¿Por qué?

—Estamos en el caso desde que empezó, hace seis días. El individuo que buscamos es mucho más peligroso de lo que creen o quieren admitir. Ellos son militares, no oficiales de policía.

—Como usted.

—Nueva York, Homicidios. Ese es su departamento, ¿verdad?

Massou asintió y dio una bocanada a la pipa; su mirada se aguzó mientras los observaba a través del humo. Bernie vio desaparecer la educada formalidad del comisario, sustituida por los mismos ojos desapasionados y escrutadores que había visto en Grannit. Un acuerdo franco entre colegas de profesión. Massou volvió a recoger el esbozo de Von Leinsdorf y lo miró con más detenimiento.

—Hábleme de este hombre.

Grannit facilitó una descripción de Von Leinsdorf y sus crímenes, sin mencionar la intervención de Bernie. Massou escuchó sin hacer comentario alguno, tomando alguna nota de vez en cuando. Cuando hubo terminado, Grannit le tendió al comisario una fotografía y la ficha de antecedentes penales de Eddie Bennings.

—Von Leinsdorf se encuentra probablemente en compañía de este hombre, un desertor americano que trafica en el mercado negro.

—¿Y este sabe a quién tiene al lado? —preguntó el comisario, mirando la fotografía de Eddie.

—No hay modo de saberlo. Creemos que ambos hombres están en la ciudad.

—Entonces tendrá idea de la cantidad de sitios donde pueden haberse escondido, ¿no? Una ciudad de diez millones de habitantes, sumida en este caos. Montmartre, le Marais, Montparnasse. Y batimos nuevos récords a diario. Unos quinientos asesinatos desde la Liberación en agosto. ¿Han tenido algún período así en Nueva York?

—No mientras estaba allí.

—Las cifras parecen insignificantes comparadas con las del campo de batalla, ¿pero en ciudades como la suya o la mía? Catástrofe, el fin de la civilización. ¡Barrios enteros donde no hemos podido recuperar nuestra autoridad! París adquirió algunas características lamentables durante la época de los alemanes. Por desgracia, a la policía le pasó lo mismo.

Sonó el teléfono de su mesa.

—He estado retirado estos últimos años y solo he vuelto hace tres meses... Disculpen un momento. —Massou respondió al teléfono—. *Oui? Oui, oui, mon cher.* —Tapó el auricular con la mano y susurró, antes de volver a la llamada—: La señora Massou. *Oui, cher, oui, un cassoulet serait beau. Oui, superbe. J'attends avec intérêt lui. Pas trop tard, j'espère. Est-ce que je puis apporter quelque chose? Oui, cher. Au revoir.* —El comisario colgó—. Por favor, *pardon.* Era «aquella a quien hay que obedecer», ¿comprenden?

—Le creo.

—Si experimentase su cocina, lo entendería del todo. —De pronto se volvió hacia Bernie—. Usted no es policía.

—No, señor —Bernie echó un vistazo a Grannit y se corrigió—: Militar, no civil.

—Para los militares es distinto; si se hace este trabajo al servicio de una nación se puede tener cierta sensación de legitimidad. —Massou rellenó meticulosamente su pipa y la encendió de nuevo—. Verá, el teniente y yo no formamos parte de la sociedad decente. Y nunca lo haremos. Puede que tenga esposa, un hogar agradable, un viejo gato que me hace compañía, pero el resto del tiempo estamos inmersos en estos actos de violencia. Estudiamos el resultado final para reconstruir las pasiones que lo crearon. En ocasiones encontramos a los responsables.

—Los llevan ante la justicia —subrayó Bernie.

—Los llevamos allí. Lo que sucede después pertenece a otro departamento. El asesinato ha tenido, y siempre tendrá, un lugar en el corazón del hombre, pero a ninguna persona decente le interesa verlo, solo quieren que se haga el trabajo. Siguen apareciendo cadáveres, de diferentes formas, día tras día, por lo que no existen las victorias duraderas. Seguimos adelante, en efecto, pero el trabajo conlleva cierta tristeza de espíritu.

Grannit mantuvo la cabeza baja, moviéndola de vez en cuando en señal de asentimiento. Massou los observó a ambos, no sin cierta simpatía. Parecía saber que había algo fuera de lugar entre ellos, pero decidió no investigarlo por cortesía profesional. Volvió a fijar sus ojos acuosos y cálidos en Bernie.

—Esta es la primera vez que ve tales cosas.

—Sí, señor —respondió Bernie, preguntándose qué más sabría ese hombre de una sola ojeada. Tuvo la sensación de que no podría ocultarle nada durante demasiado tiempo.

—Los romanos tenían una frase para ello. Si necesitas atrapar al diablo, pon a un diablo tras él. —Se volvió hacia Grannit y le tendió una tarjeta—. Haré lo que pueda. Me localizará en este número, a cualquier hora, siempre y cuando las líneas funcionen. ¿Dónde se hospedan?

—No hemos llegado a eso.

Massou escribió apresuradamente una dirección en un bloc.

—Este hotel está a la vuelta de la esquina. Muy pequeño, muy discreto, una cocina estimable. Si me perdona la indiscreción, teniente, creo que ambos necesitan una comida decente y algo de sueño. Llamaré mientras van de camino —dijo el comisario, arrancando la hoja y tendiéndosela a Grannit.

—Gracias.

—Estoy seguro de que haría lo mismo por mí.

París

21 de diciembre, 10:30 horas

Caminando desde Montmartre hacia el río, Von Leinsdorf dobló una esquina y se encontró ante la ópera de París. Se detuvo a mirar el edificio, que parecía un grandioso pastel de bodas blanco; echó un vistazo alrededor de la plaza y sonrió al pensar en lo que estaba a punto de hacer. Cruzó el bulevar, se sentó y pidió un café en el Café de la Paix. Escrutó la plaza y las calles de los alrededores e identificó a dos operativos de paisano entre la multitud.

«Buscan al teniente Miller, sin duda», pensó, divertido.

Cuando llegó su café, brindó en silencio por el coronel Otto Skorzeny y los miembros ausentes de la 150.^a Brigada Panzer. Ninguno de los hombres encargados de vigilar la plaza miró en su dirección. Von Leinsdorf sabía que podía pasarse todo el día ahí sentado sin que nadie le prestara atención.

Vestía un abrigo conservador, traje y sombrero oscuros, y llevaba un bastón con empuñadura de marfil. Se había teñido el cabello de gris acero y a su barba de tres días, teñida del mismo color, sumaba un bigote blanco de lo más presentable. Cuando se puso en pie para marcharse, dejó unos francos sobre la mesa junto a la edición matinal de *Le Monde*, abierta por una página acordada de antemano. Si a alguien se le ocurría echar un vistazo, habría visto unas pocas palabras en francés garabateadas con prisas en uno de los márgenes. Parecía una lista de la compra. Von Leinsdorf se alejó con una cojera pronunciada, apoyándose en el bastón. La medalla de veterano que lucía en la solapa, adquirida en una tienda de segunda mano de Montmartre, databa de la Gran Guerra. Al doblar la esquina, avistó a dos soldados norteamericanos en la azotea de un edificio adyacente, con una ametralladora que apuntaba al café. Uno de los soldados reprimía un bostezo. Von Leinsdorf les saludó discretamente con el sombrero y se marchó cojeando.

Le asombró que en las amplias avenidas de la ciudad no hubiese indicios de la Navidad que se avecinaba. No se veía ninguna de aquellas elegantes mujeres de cuello de cisne en las galerías comerciales ni en los restaurantes de postín. Había pasado dos navidades en París, la primera cuando era niño con su familia y hacía dos años con las SS, que utilizaban los viajes a París como una forma de recompensar a los suyos, una atracción turística para los que destacaban por encima de la media. La ciudad siempre había vestido sus colores más brillantes durante estas fiestas. Ahora parecía gris, anodina y sin vida. Caminando por la Place Vendôme, alzó la vista a la estatua de Napoleón que coronaba la columna central, modelada a partir de un cañón

prusiano fundido, capturado en Austerlitz.

«Los franceses nos vencieron en esa ocasión —recordó Von Leinsdorf con rencor—. Bueno, eso fue entonces».

Dobló a la derecha en la Rue de Rivoli y se sentó en un banco junto a los jardines de las Tullerías, frente a la entrada del hotel Meurice. Una hilera de banderas aliadas ondeaba en formación; un viento áspero desplazaba vertiginosamente las nubes del cielo. Había numerosos vehículos militares de oficiales británicos y estadounidenses aparcados delante, cuyos banderines restallaban en la avenida. La última vez que Von Leinsdorf había estado allí, el hotel era el cuartel general del ejército alemán. Una bomba había destruido dos de los arcos (ahora cubiertos de andamios, en proceso de restauración) que atravesaban su fachada clásica del siglo XIX.

Recordó la primera vez que subió esos escalones, orgulloso e impresionado, de la mano enguantada en piel de su padre. Entonces aún era un diplomático de alto rango y les habían tratado como miembros de la realeza; les habían mostrado los lugares de interés y habían paseado por la ciudad en un vehículo con chófer. Los días más felices que había conocido su familia, apenas un año antes de que todo terminara en un solo día.

Pasados doce años, cuando los alemanes tomaron Francia, él había regresado como oficial de las SS de permiso, algo conseguido por sus propios méritos. Todos en ese hotel, en París, le habían mostrado un respeto que, hasta poco antes, había creído que le sería negado para siempre. Con aquella visita había llegado la seguridad de que, por fin, había dejado atrás la deshonra de su padre.

«El ruido de la silla al caer al suelo en la habitación de al lado».

La sonrisa servil y rastrera de su anciano padre, el aleteo de sus manos siempre que un superior doblaba la esquina. Cuán patético y fracasado parecía cuando le descubrieron. Aquella imagen aún le ponía enfermo. Las lágrimas afeminadas de su padre cuando confesaba el secreto que había ocultado a su esposa y a sus hijos durante todos aquellos años; todo lo que creían de él era una mentira. Cuando hacía las maletas para partir al exilio, sin afeitarse, encogido, sollozando mientras doblaba cada cuello y cada arruga como un sastre del gueto, la vida ya le había abandonado. La vergonzosa herencia del judío, visible desde lejos.

Von Leinsdorf se había jurado que olvidaría a aquel hombre. Que cortaría esa cicatriz de su alma.

«El crujir de la cuerda cuando entró y lo vio colgando de la viga. Los ojos suplicantes del viejo encontrándose con los suyos, las manos agarradas al cuello, poniendo fin a su vida con una última vacilación. Von Leinsdorf no se movió. Lo vio morir y luego dio media vuelta y salió de la habitación».

Nadie se había esforzado tanto en borrar un recuerdo. ¿Por qué regresaba ahora? ¿Porque París había caído? ¿Significaba eso que todo su trabajo había sido inútil? Este hotel, el lugar del único triunfo que había conocido, volvía a encontrarse en manos del enemigo; los norteamericanos y los británicos se paseaban por la ciudad

orgullosos y creyéndose justificados en su derecho, como si la guerra ya hubiese terminado.

Pronto oirían de él al respecto.

El ruido de un autobús interrumpió su ensoñación. Estudió el hotel, tomando nota de la seguridad del exterior, de las pautas del tránsito que pasaba por sus puertas. Al cabo de veinte minutos cruzó la calle y subió la escalera, apoyándose en el bastón.

Tartamudeando en un excitado francés y un inglés precario, dijo a los guardias que habían encontrado en su barrio una bomba alemana sin estallar. Estos le explicaron que debía comunicarlo a la policía local o a las oficinas del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas que se encontraban junto a la Place Vendôme. Con el orgullo herido de un indignado veterano de la Gran Guerra, su diatriba consiguiente le produjo dificultades respiratorias. Los guardias lo ayudaron a entrar en el vestíbulo para que se recuperase, prometiéndole que se le permitiría hablar con el primer oficial disponible. Después de traerle un vaso de agua, se olvidaron rápidamente de él. Von Leinsdorf se acomodó en una silla que le ofrecía una buena perspectiva de los ascensores y de la recepción. Y se dispuso a observar el flujo constante de oficiales británicos que entraban y salían del hotel.

Esperaba a un oficial de una edad y una estatura determinadas. Este entró apresuradamente en el hotel a las once treinta y cinco, cargado con dos maletas y un maletín. Von Leinsdorf se levantó de su silla y pasó renqueando junto al mostrador de recepción, enjugándose la cara con un pañuelo, en el preciso instante en que el teniente británico, recién llegado de Londres, se identificaba, recibía las llaves de la habitación 417 y cargaba su equipaje hasta el ascensor.

Von Leinsdorf esperó cinco minutos antes de entrar en una cabina del vestíbulo del hotel y llamar a la habitación 417.

—¿Sí?

—¿Hablo con el teniente Pearson? —preguntó Von Leinsdorf.

—Sí.

—Llevo una hora llamándole. Soy el mayor Smyth-Cavender, del Cuartel General Supremo. ¿Dónde diantres está?

—Literalmente acabo de llegar, señor.

—¿Algún problema con el vuelo?

—Ha habido cierto retraso, señor.

—Sí, bueno, la RAF tiene sus problemas. Nosotros también la hemos cagado ahí abajo y tenemos un follón de horarios verdaderamente espantoso. ¿Cómo ha encontrado sus habitaciones?

—Muy bien, espléndidas.

—Aventajan de forma aplastante a una maldita madriguera de zorro, ¿verdad?... Escuche Pearson, muchacho, puesto que no estamos apurados, ¿qué le parece si nos encontramos en Maxim's? ¿Sabe dónde está?

—No, señor.

—Está cerca del hotel, pregunte en recepción. Es, por ahora, nuestro club de oficiales. Le invito a una copa y a almorzar; haré las veces de comité de bienvenida. ¿Qué le parece las doce y cuarto?

—Faltan solo diez minutos, señor.

—Solo le llevará cinco llegar hasta allí. Puede deshacer el equipaje después.

—Sí, señor. Ahora mismo salgo, señor.

Después de colgar, Von Leinsdorf se deslizó a hurtadillas hasta una escalera de servicio, bajó al sótano y se desplazó por un largo pasillo, siguiendo el olor de vapor hasta dar con la lavandería. Estaba desierta. Se desprendió de su abrigo y su americana en una zona de almacenaje y los sustituyó por la chaqueta, los guantes y la gorra de un mozo del hotel. Entró en la zona de lavandería y rebuscó entre una hilera de uniformes limpios y planchados, listos para entregar. Tras encontrar lo que buscaba, salió sosteniendo el uniforme delante de su cara. Esperó el ascensor de servicio, siguió a una empleada argelina que empujó un carro de ropa blanca en su interior y pulsó la cuarta planta. La empleada salió primero. Von Leinsdorf se desplazó por el pasillo en dirección contraria, mirando los números de las habitaciones, antes de fingir que buscaba algo en el bolsillo y soltar un gemido.

—*Merde, j'ai oublié ma chef de passage. Cher, ouvriez-vous une salle pour moi satisfaire?*

—*Quelle salle?*

Von Leinsdorf fingió que consultaba una etiqueta pegada al traje.

—*Quatre cents dix-sept.*

—*Oui, oui* —respondió la empleada cansinamente.

La mujer le condujo hasta la habitación en cuestión y llamó dos veces a la puerta.

—Limpieza —anunció.

Al no recibir respuesta, abrió la puerta con su llave. Von Leinsdorf le tendió disimuladamente un billete de cinco dólares. La empleada se lo guardó en el bolsillo y se alejó, intuyendo que quizás era mejor no saber nada más de aquel asunto.

—*Merci beaucoup, chéri.*

Von Leinsdorf entró y cerró la puerta con llave. Colgó el traje en un gancho, bajó las persianas y encendió una lámpara. Puso las dos maletas de Pearson encima de la cama, las abrió, buscó rápidamente en su interior y sacó el neceser. Abrió el maletín y ojeó las cartas y documentos que contenía; le satisfizo lo que encontró.

Entró en el cuarto de baño, se quitó la camisa y la chaqueta y examinó su rostro en el espejo. Tras desprenderse del falso bigote, limpiarse el gris del cabello y el maquillaje de la cara, utilizó la navaja y el jabón de Pearson para afeitarse. Se cubrió el ojo izquierdo con un parche negro que se guardaba en el bolsillo y luego se volvió hacia el uniforme que acababa de robar en el sótano.

—Pearson, muchacho, cuánto lo lamento. Tenía un pie en la puerta cuando ha

llamado nuestro G2 con la catástrofe *du jour* —dijo Von Leinsdorf.

—¿No sucede siempre lo mismo? —respondió Pearson, levantándose de la mesa para estrechar la mano del mayor.

«Inexperto, menor de treinta años, mano débil y sudorosa. Perfecto».

—No le han hecho ningún favor con esta mesa. A esta zona la llamamos Siberia Exterior.

—¿Ah, sí? —Pearson miró a su alrededor, como si esperase que alguien lo prendiese y se lo llevara de allí.

—No le asuste pagarse una mesa mejor. El servicio aquí no es el mismo desde que los gendarmes arrestaron a Albert, el *maître*, por crímenes imaginados. Con tanto lloriqueo, cualquiera diría que prefería alimentar a los nazis. Quizá le daban mejores propinas. ¿Su primera visita a París?

—Así es, señor.

—No es lo que era, ni tampoco lo que volverá a ser. —Von Leinsdorf llamó a un camarero chasqueando los dedos—. Es preferible que me deje pedir a mí, estimado muchacho, o acabará con una bota estofada en el plato. *Garçon*, tráiganos un Burdeos decente, no el bodrio que se sirve en la barra; uno de los Lafitte del 38 que apilabais en el sótano antes de que llegasen esos bárbaros alemanes. Este es el teniente Pearson; acaba de cruzar el charco. Trátenle excepcionalmente bien; es un hombre importante, lo verán con frecuencia. Ambos tomaremos *tournedós* al punto. *Salade vert après, c'est ça?*

Como esperaba, Pearson mostró un respetuoso silencio ante aquella actuación intimidante. Von Leinsdorf tomó un pedazo de pan. Vislumbró su propia imagen, fraccionada y multiplicada, en los espejos biselados de las paredes y, por un instante, se preguntó a quién estaba mirando.

—Todo es género del mercado negro, por supuesto, pero uno no puede permitirse ser moralista; un ejército viaja sobre su estómago. ¿Qué sabe de nuestro G2? ¿Lo conoce personalmente?

—¿Al general Strong? No, señor.

—¿Dirige un negocio de primera. Uno de nuestros mejores hombres; incluso se lleva bien con los americanos. Conoce a su segundo, el general de brigada Betts?

—Solo por correspondencia, señor.

—Un hombre capaz, ese Betts. Así que le han traído a bordo para calcular la utilización del petróleo o algo por el estilo, si lo he entendido bien.

—Para analizar y aumentar la eficacia del transporte y de la distribución del petróleo, en efecto, señor.

—En anticipación a nuestra entrada en el salón de Hitler.

—Creo que ese es el incentivo subyacente, señor.

—Parece fascinante. ¿Formado en la academia militar de oficiales? ¿Sandringham?

—En realidad no, señor. Soy de la compañía British Petroleum. Me han

trasladado temporalmente.

—Su pérdida es nuestra ganancia; somos afortunados de tenerle entre nosotros. ¿Cómo están los ánimos en casa? Con todo este asunto de las Ardenas, hace una semana que no he podido echarle el guante a *The Times*.

Charlaron de Londres, de la guerra y de los exquisitos desafíos de la distribución nacional de petróleo hasta que llegó su botella. Von Leinsdorf tuvo que esforzarse en mantener abierto su ojo descubierto y aparentar interés por aquel pelmazo insulso. Cuando sirvió a Pearson la segunda copa, vació dentro el contenido de un pequeño vial que ocultaba en la palma de la mano.

Mientras comían el plato principal, Von Leinsdorf animó al hombre a que divagase acerca de las riquezas sin explotar de Oriente Medio mientras él engullía rápidamente su plato, al estilo inglés, intentando terminar su primera comida decente desde hacía días antes de que la droga hiciera efecto. Cuando Pearson soltó el tenedor, quejándose de mareos y vértigo, Von Leinsdorf pasó de inmediato a su lado y le ayudó a ponerse en pie. Rechazó los ofrecimientos de ayuda por parte del personal y, tras reconvenirles por haber servido a su hombre una ternera cuestionable, acompañó a Pearson a la calle y cuatro edificios más abajo, hasta la entrada lateral del Hotel Meurice. Para entonces, Pearson ya reía y murmuraba incoherencias; Von Leinsdorf pasó entre los guardias disculpándose con un breve movimiento de cabeza.

—Demasiado *vin rouge* —dijo.

Recogió la llave de recepción, entraron solos en un ascensor y subieron a la cuarta planta. Pearson no se tenía en pie cuando llegaron a la puerta de la habitación 417. Von Leinsdorf lo transportó al interior, lo dejó sobre la cama, puso el cartel de NO MOLESTAR y cerró la puerta con llave.

Île de la Cité, París

21 de diciembre, 10:45 horas

Grannit abrió los ojos y automáticamente buscó a Bernie Oster. Lo encontró sentado al borde de una cama al otro lado de la habitación, su mano derecha esposada al cabezal, un cigarrillo en la izquierda. El mismo Bernie había sugerido las esposas antes de que se acostaran, antes incluso de que Grannit hubiese considerado la posibilidad.

Durante unos instantes, ninguno de ellos pudo reunir la energía suficiente para hablar. Grannit consultó su reloj; eran casi las once de la mañana. La fatiga que una noche completa de sueño solo había empezado a aliviar pesaba todavía más. Se arrastraron a la planta baja y la cocina del hotel les sirvió su versión de un desayuno americano: huevos revueltos y montañas de patatas fritas, panecillos de mantequilla con jamón oscuro y café solo cargado. Comieron en silencio y en abundancia, luego salieron a la Île de la Cité y fumaron cigarrillos en el viento cortante mientras contemplaban el río desde la baranda.

—¿Qué es esa iglesia grande? —preguntó Bernie.

Grannit echó un vistazo.

—Creo que es Nôtre Dame.

—¿Cómo va su equipo de fútbol? No veo el estadio, ¿está por aquí cerca?

Grannit estaba a punto de responder cuando vio la expresión de su rostro.

—¿Eres siempre tan gracioso?

—Hasta que llegué a Alemania. No se ríen mucho por allí.

Grannit se volvió a contemplar la ciudad.

—Sé que me tiene que entregar, pase lo que pase —dijo Bernie—. Quiero que sepa que no le pediré que no lo haga. No espero ningún agradecimiento. Simplemente no quiero morir sabiendo que ese hijo de puta sigue suelto.

—¿Por qué?

—Una vez me habló del general. Un hombre como él es mucho más importante. Yo no soy nadie. Lo que me pase no tiene ninguna importancia.

—¿Qué te dijo de París? —preguntó Grannit sin mirarle.

—Que había estado muchas veces. Es su ciudad preferida, pero no está loco por los franceses.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Dónde aprendió el idioma?

—En un internado inglés.

Grannit echó el cigarrillo al río.

—Eso le prepararía para las SS.

—Usted también tiene su lado gracioso, ¿eh?

—Será cosa del barrio —replicó Grannit, con lo más cercano a una sonrisa que Bernie había visto hasta entonces.

—No me lo había dicho. ¿De qué parte de Park Slope?

—Sur.

—¿En serio? ¿Qué hace su padre?

—Ciñámonos a Von Leinsdorf.

Bernie recordó algo.

—¿Puede hacer que los policías de los controles pregunten algo?

—¿Qué?

—Quién juega de exterior central con los Dodgers.

—Muchos tipos no lo saben, Ebbets Field es como una puerta giratoria...

—Lo sé. Hablé de eso con Von Leinsdorf. Cree que es Joe DiMaggio.

Grannit se quedó inmóvil; miró a Bernie, luego sacó el cuaderno y lo anotó.

—No está mal, chico. Cuéntame de París.

—Le van los sitios sofisticados. Arte, cultura, esas cosas.

—No creo que hoy haya ido al museo.

—Un momento. Mencionó un hotel que le gustaba. Me dio la impresión de que había estado allí. Un buen sitio para llevar a una chica a cenar si querías echar un polvo.

—¿Cómo se llama?

—No me acuerdo.

—Hay miles de hoteles en esta puta ciudad.

—Lo sé; era como el nombre de un tipo, creo... Dios, estoy tan cansado. Puede que si viese una lista...

Grannit regresó al interior del hotel. El conserje le dio una arrugada guía Michelin de antes de la guerra que guardaba tras el mostrador. Bernie empezó a ojearla mientras Grannit entraba a llamar al cuartel general de la policía militar. Volvía cuando Bernie alzó un dedo y señaló con la otra mano una página de la guía.

—Hotel Meurice.

Aquella mañana, antes de partir hacia el hotel Meurice, Von Leinsdorf había indicado a Eddie Bennings que se quedase en la buhardilla donde se alojaban hasta que él regresara por la tarde. Eddie le prometió que así lo haría, satisfecho de empezar el día con las raciones militares que habían subido del coche. A los diez minutos, impulsado por la tentadora vista de Montmartre y la capacidad de concentración de un colibrí, Eddie se había convencido de que necesitaba una taza de café para despejarse —qué demonios, estaba en París, solo saldría un momento— y luego vio esa panadería que recordaba, a la vuelta de la esquina, donde vendían unos

*brioche*s de mantequilla. De ahí salió en busca de un quiosco, donde adquirió el *Barras y estrellas* para ver si incluía los últimos partidos de béisbol universitario. El *tabac* que había junto al quiosco estaba abierto, así que compró un paquete de cigarrillos y, cuando vio el bar de al lado, pensó: «Qué cojones, después de lo que he pasado estos últimos días, ¿qué es una cerveza?».

Tres cervezas más tarde, después de intercambiar cumplidos con la camarera, una joven se sentó a su lado en la barra y ambos iniciaron una animada conversación sobre el entusiasmo de ella por todo lo americano. Embaucado por su adorable chapurreo en inglés, y olvidándose de que supuestamente era un comerciante danés en busca de contratos petrolíferos, Eddie confesó que era americano y al cabo de veinte minutos estaba echando un polvazo con la *mademoiselle* en una pensión de mala muerte.

El problema no empezó hasta veinte minutos más tarde, tras haber satisfecho sus necesidades físicas e intercambiado unos minutos de mutuo, aunque no del todo sincero, aprecio poscoital. Cuando Eddie se subía los pantalones, la joven dama reveló que el gozo que acababan de compartir no era tanto la expresión espontánea del afecto mutuo que él daba por supuesto, sino la transacción rutinaria de un antiquísimo negocio por la que ahora esperaba una remuneración. Eddie se ofendió argumentando, no sin razón, que para que dicho acuerdo fuese vinculante para ambas partes debía darse el requisito de que él, el comprador, hubiera recibido de ella, la vendedora, la notificación pertinente, previa al inicio de los servicios y sin duda antes de su conclusión; y que la respuesta a la mencionada propuesta fuese afirmativa. La muchacha, de diecisiete años, desnutrida y boba, arguyó que, deslumbrada por su personalidad americana, se le había olvidado mencionarlo y que, aunque ella daría por bueno considerar aquel breve encuentro como un regalito, el chulo que la esperaba en el *tabac* se lo tomaría con una perspectiva mucho más limitada. Eddie respondió que, en lo que a él concernía, aquello entraba en la categoría de «eso es tu problema, zorra». La sacudió para reafirmar su postura, se puso el abrigo y la abandonó en su lugar de trabajo.

El chulo vio que Eddie salía de la pensión y esperó unos minutos, mientras apuraba su primer café del día. Moreno y tirando a bajo, llevaba tatuado un cuchillo entre el pulgar y los dedos de la mano derecha. Cuando su chica no apareció, subió tranquilamente al apartamento. Horrorizado menos por la condición física y el estado de histeria de su pupila que por su incapacidad para recaudar efectivo, le propinó una paliza aún peor, le vació el monedero y regresó a la calle. Indignado con el gilipollas americano que se había saltado las convenciones del sector —la putilla afirmaba que el cliente se había largado sin pagar—, el chulo preguntó a la camarera si había visto hacia dónde se marchaba el hombre y luego corrió en esa dirección hasta divisar su abrigo en una calle cercana. Siguió al tipo hasta verlo entrar en el edificio de pisos que había a pocas manzanas del pie de la colina. Un plan para cobrarse la deuda tomó forma de inmediato.

Se desplazó cuatro manzanas al sur, a la comisaría de policía que había detrás de un club nocturno en la Rue de la Rochefoucauld. La bicicleta del policía corrupto al que sobornaba para proteger su negocio estaba en su aparcamiento habitual, bajo el farol azul. Por mucho que le afligiera meterse en la comisaría, por temor a que le confundieran con un chivato, lo que en realidad era, el chulo entró el tiempo justo para indicar al policía que quería hablarle. Se vieron en la esquina, donde el chulo contó al policía corrupto que un soldado americano, o probablemente un desertor, se había aprovechado de su chica. Aquella conducta encajaba con la de un aficionado del mercado negro que en tal caso estaría forrado de efectivo, un dinero que ambos, sin un esfuerzo ni un riesgo excesivos, podían birlar al muy cabrón. Acordaron hacer una visita al americano tan pronto como el policía acabase el turno y luego cada uno se fue por su lado.

De esta forma tan involuntaria, por una taza de café, el cabo Eduardo DiBiaso, alias Eddie Bennings, llevaría a cabo su única contribución de importancia al esfuerzo bélico aliado.

Hotel Meurice, París

21 de diciembre, 14:25 horas

A las dos y veinticinco de la tarde, antes de salir de la habitación 417, Von Leinsdorf llamó a un número del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas que había encontrado en la agenda del teniente Alan Pearson. Hablando como un convincente Pearson indispuerto, hizo saber que había enfermado durante el almuerzo y que tendría que pasar el resto del día en cama para reponerse. Esperando que no fuera mucha molestia, se presentaría al servicio la mañana siguiente. La secretaria le pidió que no colgase.

—Disculpe, solo quería comprobar los horarios programados, señor. Mañana nuestro G2 estará todo el día en los despachos de Versalles. Me temo que tendrá que desplazarse hasta allí.

—Lo que el general considere mejor —respondió Von Leinsdorf, intentando sonar neutral.

—¿Necesitará un chófer?

—Sí, si no les importa enviarme un coche.

Antes de colgar, la secretaria le explicó cómo y dónde debía presentarse para pasar las medidas de seguridad cuando llegase a Versalles.

Escoltado hasta el mismo interior de Versalles. Von Leinsdorf colgó el teléfono y se echó a reír con tantas ganas que tuvo que taparse la boca.

Earl Grannit y Bernie Oster entraron en el vestíbulo del hotel Meurice a las dos y media de la tarde. Tras repartir papeles con la cara de Von Leinsdorf entre los guardias de la entrada, hablaban con recepción cuando Von Leinsdorf salió del

ascensor, cargado con una pequeña maleta y un maletín, un abrigo doblado en el brazo y vestido con el uniforme del teniente Alan Pearson. Vio a Grannit y a Bernie al otro lado del atestado vestíbulo y se volvió rápidamente, tocándose los bolsillos como si hubiese olvidado algo antes de subir de nuevo por la escalera. Muy afectado por el descubrimiento, se detuvo en el hueco de la escalera para recapacitar antes de regresar corriendo a la cuarta planta. Reorganizó rápidamente la habitación 417 de un modo que esperaba resolviese aquel revés inoportuno, antes de bajar por una escalera trasera y salir por atrás. Recapacitó sobre aquel problema mientras se alejaba.

Habían encontrado el piso y la joven muerta en Reims, así como a Bernie Oster vivo de regalo. Tenía que ser eso. ¿Habría convencido a Grannit de que era un soldado norteamericano? Poco probable, pero ¿por qué, si no, seguía libre? Grannit y Bernie Oster juntos.

Regresó andando a la Place Vendôme. ¿Habría dicho a Bernie algo que les había puesto sobre la pista? ¿Qué hacían en el Meurice? ¿Habría mencionado que se alojó allí en su última visita a París? Quizá de pasada. Cuando estaba a una manzana de distancia, se volvió hacia el hotel, pero no vio otros policías ni militares. Habrían venido con más efectivos en caso de estar seguros de su presencia, como había sucedido en Reims.

Por tanto, los dos hombres habían venido solos. Siguió caminando, mientras intentaba sopesar cómo afectaba aquello a su plan del día siguiente. El teniente Pearson le había proporcionado una línea directa a su objetivo, pero la identidad se vería comprometida si se hacía un registro meticuloso del hotel. Tenía que asumir esa posibilidad; no podía arriesgarse a utilizar la identidad falsa.

Se planteó posibles soluciones. Pearson había eliminado su necesidad de Eddie Bennings —pensaba prescindir de él en cuanto volviese a Montmartre—, pero ahora tendría que mantener esa vía abierta. Y también al curso Ververt.

Se salió de la acera sin percatarse y se golpeó el pie contra la calzada. Sintió una alteración violenta, visceral, de su ser más íntimo y durante unos instantes se olvidó por completo de la misión. Al disiparse aquel tema obsesivo, de pronto cobró conciencia del entramado de las calles parisinas y de cuánto le recordaban a su rígida disciplina mental; líneas y ángulos rectos, precisión geométrica. Vio perfección y poder en su rigor limpio y sobrio. La civilización había alcanzado su apogeo en este milagro de orden y él no deseaba sino habitarlo para siempre, andar por aquellas amplias avenidas y calles disciplinadas. Sintió que si estos edificios, toda la gente, incluso las mismas calles desaparecían de su vista, se revelaría el profundo significado subyacente que apenas conseguía insinuarse, enmascarado por su realidad física. Pautas que desvelaban todas las incertidumbres de la existencia. Fue un momento de gracia, liberado del tiempo y de las circunstancias, trascendente y pleno, aunque ensombrecido por la creciente conciencia, más allá de su comprensión, de que se había cometido un acto espantoso hacia su persona. Una profunda oscuridad se abrió a su espalda, de la que surgieron formas espantosas de terror primigenio que se

abalanzaron sobre él. Se vio encerrado en un ataúd deforme, retorciéndose para escapar de manos invisibles. Le faltaba la cabeza, la misma que luego alzó la vista para mirarle desde el interior del maletín, y un horror hasta entonces desconocido le iluminó...

Sonó un claxon, un chirriar de frenos. El maletín cayó a la calzada. Había caminado sin ver hasta el centro de la calle y casi le había atropellado un *jeep* lleno de policías militares. Se disculpó con un gesto, recogió el maletín y siguió andando. Los policías se lo quedaron mirando y Von Leinsdorf notó que no le quitaban los ojos de encima hasta que se alejaron. Al volver a la realidad, la pesadilla se esfumó con la misma rapidez con que había aparecido. Von Leinsdorf vio el Café de la Paix al otro lado de la calle.

El periódico que había dejado en la mesa ya no estaba. En su lugar, un par de guantes y una bufanda azul.

La señal. Contacto. Su mente volvió a encontrar puntos navegables. Ahora podía encajar todas las piezas. Cruzó la calle y bajó al metro en la estación de Madeleine.

Grannit y Bernie pasaron veinte minutos con el director en recepción, quien les prometió que podrían interrogar a su personal y a los residentes del hotel. Había más de doscientos oficiales alojados en el Meurice, pero la mayoría se ausentaba durante el día. Grannit afirmó que estaban dispuestos a esperar hasta que el último de ellos hubiese quedado libre de toda sospecha.

Bernie tomó asiento cerca de recepción mientras Grannit telefoneaba al inspector Massou. No estaba en comisaría, por lo que dejó recado de que les llamase al hotel. Se reunió con Bernie poco después y esperaron a que se congregara el personal sin dejar de controlar la entrada, por si aparecía Von Leinsdorf.

Al subir la escalera de la estación de Abbesses, Von Leinsdorf oyó música coral, miró hacia arriba y vio una modesta iglesia gótica, St. Pierre de Montmartre, encaramada en el monte, justo por debajo del Sacré Coeur. Las voces le atrajeron. Aunque nunca había tenido sentimientos religiosos —siguiendo la línea del partido, solo creía en el Padre, no en el Hijo—, sintió la necesidad vehemente de escuchar aquella música. Se deslizó dentro y permaneció de pie al fondo de la iglesia. Debajo del altar, iluminado por la luz de las velas, un coro interpretaba una *chanson* medieval. La música antigua sació en él un ansia que no sabía que sufría. La misteriosa sensación de paz que le había sobrevenido mientras andaba por las calles regresó de nuevo, ensombrecida por el mismo negro presagio. Flaqueó un instante, empezó a sudar y tuvo que buscar apoyo en un banco.

«¿Qué es esto?».

Un sacerdote apareció a su lado. ¿Se encontraba bien?

Sí, sí. Solo necesitaba descansar.

Von Leinsdorf se sentó en el banco y dejó que sus ojos errasen por la capilla. Recordaba vagamente que esta era la iglesia más antigua de París. Una bomba había destrozado las ventanas de un lateral y por el hueco observó la tormenta que se avecinaba en el cielo del atardecer. Cerró los ojos un instante.

Cuando volvió a abrirlos, vio por las ventanas rotas que había oscurecido por completo. Consultó su reloj. Había pasado más de una hora. Miró a su alrededor, perplejo. La música había cesado, el coro se había ido. El mismo sacerdote hablaba con un gendarme al fondo de la iglesia. Von Leinsdorf se levantó rápidamente, recogió sus cosas y se marchó.

Montmartre

19 de diciembre, 18:30 horas

Eddie Bennings le oyó en la escalera antes de que entrara en la buhardilla. Von Leinsdorf vestía un abrigo largo y se dirigió de inmediato a la habitación trasera para cambiarse. Bennings, que lanzaba peniques contra una pared en la habitación principal, alumbrándose con la única lámpara de la estancia, no alcanzó a ver el uniforme británico.

—¿Dónde has estado, Dick? Empezaba a preocuparme.

—No hay nada de qué preocuparse —respondió Von Leinsdorf desde la otra habitación—. He estado organizando los preparativos. ¿Cómo te ha ido el día?

—Aburrido. Aquí sentado, tocándome las narices.

Bennings había decidido no mencionar su salida de la mañana. Hojeó el *Barras y estrellas* mientras esperaba y le daba conversación.

—¿Te has enterado de que no encuentran a Glenn Miller? Creen que su avión se ha estrellado en el Canal.

—¿Cuándo ha pasado eso?

Von Leinsdorf salió vestido con ropa de civil. Estaba cosiéndose una solapa en la parte anterior izquierda del abrigo. Bennings le miró sin curiosidad y volvió al periódico.

—No lo sé. Hace unos días. Cuando iba de camino a París para organizar un concierto de Navidad.

—¿Han sido los alemanes?

—Habrán sido ellos. Qué lástima, ¿no? ¿Sabes cuántas veces he follado gracias a la música de ese tipo? No tengo nada en contra de los alemanes, pero me gustaría poner las manos encima a los capullos que han hecho esto. Me muero de hambre, tío. No he salido en todo el día.

—¿De dónde has sacado el periódico?

—Lo he encontrado abajo.

—Así que has salido.

—Solo un momento, para comprar cigarrillos.

Von Leinsdorf fue a la ventana y miró entre las cortinas. Las nubes estaban bajas y empezaba a llover.

—¿Has hablado con alguien?

—No, por Dios. ¿Quieres comer algo? ¿A qué hora nos veremos con Ververt?

—A las siete.

—¿Qué hora es ahora?

—Las seis y media.

Había dos hombres al otro lado de la calle, frente al edificio. Ambos miraban la buhardilla. Von Leinsdorf apagó la lámpara y sacó los prismáticos para verlos mejor.

Un gendarme y un civil moreno, más bajo. Ambos desconocidos. No eran quienes esperaba.

—¿Algo va mal? —preguntó Eddie.

—Aún no lo sé.

—¿Qué me dices de llenar el estómago?

—Comeremos algo en el club.

Cuando salieron a la calle y empezaron a bajar las callejuelas serpenteantes que llevaban al club de Ververt, los dos hombres habían desaparecido. Llegaron diez minutos antes de lo acordado, dieron unos golpecitos en la ventana y esperaron que apareciese alguien. Von Leinsdorf sabía que les seguían, probablemente el gendarme y su compañero, pero no consiguió verlos. Uno de los hombres de Ververt abrió la puerta del club de *jazz* y ambos entraron.

Ververt estaba en su mesa junto a la cocina. Preguntó si tenían hambre, más hospitalario en esta ocasión, mientras uno de sus hombres servía una botella de vino tinto y una fuente de pan, queso y aceitunas verdes. Ververt les preguntó por su propuesta y escuchó con detenimiento, sin interrumpir, mientras Eddie exponía los detalles del tren de Navidad.

—¿Cuántos camiones necesitamos? —preguntó Ververt cuando Eddie hubo concluido.

—Depende de ti; podremos llenar dos o tres.

—¿Cuándo tienen que salir de París?

—Necesitamos que nos lleven a la estación —respondió Von Leinsdorf—. Deberíamos llegar allí a medianoche, así que tendríamos que estar en la carretera a las nueve. Haz que nos recojan en el metro de Invalides. Nos dejarán en el almacén y luego siguen hasta Versalles.

—Nos encontraremos a las tres, en la vía secundaria, cuando detengamos el tren para cargar —dijo Eddie.

—¿Cuánto tiempo llevará?

—Una vez esté el tren allí, no más de una hora. Los camiones deberían estar de vuelta en la ciudad al amanecer.

—¿Y qué pasa con la seguridad del tren? —preguntó Ververt, mirando su cigarrillo.

—Ese asunto lo tenemos cubierto.

—¿Y el dinero?

—Cincuenta mil. La mitad ahora, la mitad con la entrega.

Ververt arrojó el cigarrillo con un gesto de desprecio.

—No sé lo que estoy comprando.

—Tenemos que ocuparnos de los chicos del tren antes de que lo abran — argumentó Eddie.

—¿Por qué tiene que ser eso asunto mío? —preguntó Ververt.

—Porque de lo contrario no hay trato —intervino Von Leinsdorf.

Ververt se sirvió otra copa de pastís. Hizo una señal a uno de sus hombres, que depositó una caja fuerte gris en la mesa. Ververt la abrió y contó diez mil dólares americanos.

—El resto cuando acabemos de cargar los camiones —dijo.

El dinero permaneció largo rato en la mesa, entre ellos. Ververt cerró la caja fuerte para recalcar lo irrevocable de la oferta. Finalmente, Von Leinsdorf alargó el brazo y recogió el dinero.

—¿Café? —preguntó Ververt.

El policía corrupto y el chulo se habían quedado desconcertados con la llegada del segundo hombre a la pensión, al poco de que iniciaran la vigilancia. Supusieron que era otro desertor americano y decidieron modificar el planteamiento. En lugar de atacar la buhardilla, esperaron y siguieron a los hombres, cuando salieron del edificio, hasta un club de *jazz* regentado por un conocido gánster local. Por una ventana, vieron que se sentaban con Ververt. La relación con el gánster hizo que el chulo se cuestionara la sensatez de actuar contra ellos, pero el gendarme, que llevaba años cobrando sobornos del corso, se sintió más seguro que nunca respecto a su viabilidad como objetivos. Eran jugadores desconocidos sin estatus local. Probablemente Ververt pretendía timarles, por lo que muy bien podían tomarle la delantera.

Poco después de las siete, en el hotel Meurice, un mayor británico en bata se dirigió con paso decidido a recepción y presentó una ruidosa queja sobre un uniforme extraviado que había mandado a la lavandería el día anterior. Bernie y Grannit estaban al teléfono, llamando uno por uno a los oficiales residentes e investigando las tarjetas de registro, cuando oyeron la diatriba del mayor.

También lo hizo una camarera argelina que, en una fila de empleados, aguardaba el interrogatorio del jefe de seguridad del hotel. Avanzó un paso y dijo que recordaba haber visto a un mozo cargado con un uniforme de mayor en la cuarta planta. El enfado del mayor subió unos decibelios si él se alojaba en la segunda planta, ¿por qué demonios entregaban su uniforme en la cuarta? Él mismo respondió a esa pregunta: porque en aquel hotel el robo era galopante, debido a que aquella ciudad estaba plagada de malditos moros.

—Solo otro recordatorio de que África empieza en Calais —se le oyó decir.

El jefe de seguridad llamó a Grannit para que oyese el relato de la camarera y se interpusiera entre ambos.

La empleada, molesta por el racismo del mayor, mencionó que nunca había visto a ese mozo en el hotel, pero no que le había dado cinco dólares después de abrirle una habitación con su llave maestra. Tampoco logró recordar el número de la habitación.

Grannit y Bernie seleccionaron las fichas de registro de todos los oficiales de la cuarta planta. Aquel día se habían registrado cinco nuevas llegadas y Grannit llamó a cada una de las habitaciones desde la centralita. Dos de los oficiales se hallaban en sus habitaciones. Grannit se identificó y les pidió que bajaran al vestíbulo para responder a unas preguntas. Tres no contestaron. Las llaves de dos habitaciones estaban en sus casilleros, lo que daba a entender que los hombres se habían ausentado del hotel.

Faltaba una llave, la de la habitación 417, registrada a nombre del teniente Alan Pearson que, según la ficha, había llegado poco después del mediodía. Uno de los recepcionistas recordaba que el teniente Pearson había vuelto de almorzar poco después, con aspecto de haber bebido en exceso, acompañado de otro oficial británico que pidió la llave de la habitación 417 y le ayudó a subir.

—¿Quién era el otro hombre?

Un mayor, creía el empleado. Al insistirle en que diera detalles, solo recordó que el mayor llevaba un parche en el ojo, aunque no logró asegurar qué ojo cubría; eso es todo lo que recordaba de él.

—Precisamente por eso lo llevaba —dijo Grannit.

Poco después Grannit y Bernie subían en ascensor, acompañados del director y del jefe de seguridad del hotel.

Von Leinsdorf y Eddie Bennings regresaban colina arriba, con la cabeza gacha y el cuello del abrigo alzado debido al frío. La lluvia helada se convertía en nieve: algunos copos frágiles, alargados, planeaban aisladamente hacia el suelo. Von Leinsdorf se detuvo un momento a observarlos.

«Como las emisiones de la chimenea del crematorio».

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Eddie, volviéndose hacia él.

Von Leinsdorf siempre se había enorgullecido de su capacidad de aislar sus recuerdos del campo, de cercenar de su mente consciente todas las piezas no deseadas del pasado. Ahora se filtraban entre esos muros con una frecuencia alarmante. No sabía lo que eso significaba, pero le dejó intranquilo.

—Sí, muy bien.

Continuaron y doblaron la esquina para entrar en la estrecha entrada cubierta de su pensión. Von Leinsdorf empujó a Eddie hacia las sombras, contra la pared. De inmediato, los dos hombres que había visto frente al edificio se abalanzaron sobre ellos. Uno llevaba pistola y les gritó en francés.

—Habla en inglés —dijo Von Leinsdorf.

—Policía de París. Las manos contra la pared.

Von Leinsdorf avanzó un paso e introdujo las manos en los bolsillos de la gabardina.

—Primero me gustaría ver una placa.

—Haced lo que se les dice —dijo el policía, avanzando otro paso.

Eddie hizo ademán de volverse, pero Von Leinsdorf le detuvo con su voz:

—No haremos nada hasta ver una placa.

El policía pareció decepcionarse ante aquella falta de respeto. El chulo avanzó con un gruñido, abriendo la navaja que se había sacado del bolsillo.

—*Faites ce que'il dit, chien!* —exclamó, avanzando amenazadoramente hacia Eddie—. *Vous ne payez pas, ainsi nous vous faisons!*

—¿Qué coño te pasa?

—Dice que no le has pagado y que va a hacer que pagues —aclaró Von Leinsdorf—. ¿A qué se refiere?

Eddie tragó saliva, pero no respondió.

—Que nadie se mueva —dijo una clara voz con acento norteamericano—. Ninguno de vosotros.

Un hombre ataviado con trinchera y sombrero salió del pasaje que daba a la calle, justo detrás de Von Leinsdorf; sostenía con ambas manos un Colt del 45 y una linterna alineada contra el cañón. El gendarme se volvió irritado hacia el recién llegado.

—Esto es un asunto de la policía.

El hombre enfocó al gendarme con su linterna.

—Pon el arma en el suelo y hablaremos de eso.

—¿Quién demonios eres?

—Policía militar.

—Buenas noticias —dijo Von Leinsdorf, sacándose una placa del bolsillo—. También lo somos nosotros. División de Investigación Criminal.

La cabeza de Eddie iba de un lado para otro, para intentar mantenerse al corriente.

El oficial enfocó a Von Leinsdorf y la placa que sostenía con su linterna.

—Arrójala aquí. El resto deje las armas en el suelo y apartadlas de una patada. Ahora mismo.

Von Leinsdorf arrojó la placa a los pies del policía militar. El gendarme y el chulo dejaron la pistola y la navaja en el suelo y las alejaron con el pie.

—Rodillas y manos al suelo.

Los franceses obedecieron. Antes de recoger la placa de Von Leinsdorf, el policía militar enfocó a Eddie Bennings.

—¿Quién diablos eres tú?

—Voy con él —respondió Bennings, señalando a Von Leinsdorf.

—Un testigo que nos ayuda en nuestra investigación —dijo Von Leinsdorf—. Aquí tengo su documentación. Estos tipos son policías, como ellos dicen, más corruptos que el mismísimo diablo.

—En eso estamos trabajando —replicó el gendarme, señalando a Von Leinsdorf—. Ellos son unos desertores y trafican en el mercado negro...

Bennings vio que Von Leinsdorf se sacaba la pistola del bolsillo; poco después empezó el tiroteo en el estrecho pasaje.

El jefe de seguridad del hotel llamó a la puerta de la habitación 417 a las ocho menos cinco. Se identificó y anunció al teniente Alan Pearson que tenía que entregarle un mensaje urgente del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas. Grannit se encontraba a la izquierda de la puerta con el arma desenfundada. Bernie Oster y el director del hotel esperaban pasillo abajo. La puerta que había frente a Bernie se abrió; de pronto se encontró cara a cara con una mujer que salía. Esta miró alarmada su uniforme de policía militar y Bernie vio que un oficial se vestía en la habitación. Bernie se llevó un dedo a los labios y la mujer cerró la puerta sin hacer ruido.

Pearson no respondió. El jefe de seguridad insertó su llave con manos temblorosas, abrió la puerta y Grannit entró primero. Alan Pearson yacía en la cama, bajo una manta subida hasta la barbilla, con el rostro vuelto hacia el otro lado. Grannit le buscó el pulso en la carótida y luego apartó las mantas. El cuerpo de Pearson solo conservaba la ropa interior. Por el modo en que la sangre se había depositado, Grannit dedujo que llevaba al menos cinco horas muerto. Llamó a los otros y luego examinó los brazos del teniente.

—Ha estado aquí —dijo Grannit a Bernie, antes de volverse hacia el director—. Llame al inspector Massou, de la Prefectura de Policía.

—Le conozco —replicó el director, aliviado de tener un motivo para marcharse.

—Le ha matado con una inyección —afirmó Grannit, señalando una herida en el antebrazo de Pearson.

Por el rabillo del ojo vio que el jefe de seguridad se disponía a abrir un ropero situado al pie de la cama. Entonces distinguió un pedazo de tela que asomaba por un agujero, en la parte inferior del armario.

—¡No lo toque!

Grannit se acercó a examinar la puerta. La entreabrió y miró dentro, después se volvió hacia Bernie.

—Linterna.

Bernie le tendió la que llevaba en el cinturón. Grannit la usó para iluminar una línea de monofilamento que se extendía a lo largo de la abertura y luego continuaba hasta la base del armario, donde se conectaba al percutor de una granada de mano, pegada a un pequeño cuadrado de explosivo plástico de color gris oscuro que descansaba en la camisa del uniforme que había introducido por debajo de la puerta.

—Ha dejado algo para nosotros. Llame a los artificieros.

Al ver la granada, el jefe de seguridad empalideció y retrocedió a la salida. Poco

después le oyeron correr por el pasillo. Grannit cerró suavemente la puerta del armario y no retiró la mano. Se volvió hacia Bernie.

—¿Tendrá que sujetar la puerta hasta que lleguen los artificieros? —preguntó Bernie.

—Eso creo. El picaporte no parece muy fiable.

—¿Quiere que lo haga yo?

—Podrías buscar cinta adhesiva.

Bernie se volvió hacia la puerta, luego se detuvo.

—Si quisiera escapar, este sería un buen momento para hacerlo.

—Eso no voy a discutirlo.

—Voy a por la cinta.

Bernie acababa de salir de la habitación cuando sonó el teléfono de la mesita de noche. Grannit lo miró, miró el cadáver de Pearson sobre la cama, miró la puerta del armario y miró su reloj: las ocho y veinticinco. Bernie apareció poco después con un rollo de cinta aislante negra. Pegaron todo el rollo a la parte anterior del armario y luego se aseguraron de que la puerta no se abriría cuando la soltasen. Una vez convencidos de que la cinta aguantaría, retrocedieron hacia la salida. El teléfono junto a la cama volvió a sonar. Ambos intercambiaron miradas.

—¿Quiere que conteste? —preguntó Bernie.

Con un suspiro, Grannit avanzó y descolgó el teléfono, sin dejar de mirar el armario.

—Cuatro diecisiete.

—Me han dicho que llame. Soy el inspector Massou.

—Inspector, soy el teniente Grannit. Estamos en el hotel Meurice. Von Leinsdorf ha estado aquí.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, poco después del almuerzo.

El inspector Massou, que hablaba por teléfono desde un piso de Montmartre, se asomó al callejón de la pensión.

—Lo tenemos aquí. Vayan al vestíbulo, les enviaré un coche.

Montmartre

21 de diciembre, 21:20 horas

El coche dejó a Grannit y Bernie ante el portal de la pensión. La policía había acordonado la zona; sus furgonetas negras estaban aparcadas a lo largo de la calle y los faros encendidos, reflejados en los adoquines, iluminaban la noche. El inspector Massou les recibió cuando se apearon del coche y les condujo al edificio. Señaló una ambulancia que se alejaba.

—Dos muertos. ¿Es este uno de los hombres que buscan? —preguntó Massou, tendiendo a Grannit un par de placas de identificación.

Grannit las iluminó con su linterna. Eddie Bennings.

—Sí.

—Murió antes de que llegase la ambulancia.

—¿Dónde está Von Leinsdorf?

—El Contraespionaje del ejército llegó hace diez minutos. Lo tienen en el coche.

Massou indicó el primero de dos sedan negros con matrícula de Estados Unidos. La puerta trasera del primer coche permanecía abierta y bloqueada por un hombre, que hablaba con otro que estaba dentro del vehículo.

Cuando Grannit se dirigía al coche, el hombre cerró la puerta y echó a andar hacia él, seguido de su compañero. Ambos llevaban sombreros y trincheras con cinturón, el uniforme del Contraespionaje del ejército. Grannit les mostró su placa y siguió avanzando sin intención de detenerse.

—Eh, eh, soldado, ¿a qué viene tanta prisa? —preguntó el oficial de Contraespionaje.

—Tengo que ver a ese hombre.

—Contraespionaje se ha hecho cargo de esto —advirtió el oficial, mostrándole sus credenciales—. Mayor Whiting. Destacamento especial del Cuartel General Supremo.

Grannit enfocó con la linterna el pase de alto nivel. «Cuartel» estaba escrito correctamente. Se relajó.

Bernie corrió junto al sedán cuando este inició la marcha y vio a Von Leinsdorf en el asiento trasero. El alemán le observó unos instantes con una mirada inexpresiva, sin emoción, y luego apartó la vista antes de que el vehículo se alejara.

«Quizá no siente nada. Quizá no puede. Incluso cuando formen ante él para dispararle al corazón. En alguna parte de su alma enferma, agradecerá la bala».

Bernie indicó a Grannit que tenían al hombre que buscaban.

—Llevamos una semana tras él —dijo Grannit.

—Lo sé, teniente —replicó Whiting, indicando a su ayudante que tomase nota—. Tendrá un lugar destacado en nuestro informe.

—¿Adónde lo llevan?

—Será procesado e interrogado en las dependencias del Cuartel General Supremo. Después, dependerá del G2. Aprenderíamos su informe; venga mañana, a las ocho. ¿Adónde cree que se dirigía?

—Al palacio Trianón de Versalles. Donde se oculta el general Eisenhower.

—Les haremos saber que Ike puede volver al trabajo, gracias a usted. Buen trabajo, teniente.

Whiting estrechó la mano de Grannit y saludó antes de dirigirse al segundo sedán negro. Su ayudante se puso al volante; a su lado había un tercer hombre, un policía militar uniformado.

Massou se reunió con Grannit. Mientras el vehículo se alejaba, el comisario le mostró la escena del crimen.

—Un policía militar los encontró en plena discusión: sus dos hombres y un gendarme de París, de la comisaría local. Él es el otro muerto. Me han informado que le estaban investigando por presunta corrupción. El policía militar dice que sacó un arma. A los quince minutos del tiroteo ya estaban aquí los oficiales.

—¿Es el policía militar que acaba de irse con ellos?

—Querían que prestase declaración.

Grannit observó el sedán, que pasó junto a las furgonetas de la policía y se perdió de vista. Bernie estaba apartado, bajo el tejado, mirando las calles serpenteantes y estrechas que tanto le recordaban a Greenwich Village. La lluvia se había transformado en nieve.

—¿Le ha interrogado? —preguntó Grannit.

—Brevemente.

Massou pidió una linterna y recorrió el callejón con Grannit.

—El gendarme apuntaba a los dos fugitivos cuando llegó el policía militar. Se produjo cierta confusión. El policía dice que el alemán, Von Leinsdorf, le mostró una identificación falsa.

—¿Cómo lo interpreta usted?

Massou se encogió de hombros.

—El gendarme les esperaba aquí, bajo la escalera. —Con la punta del paraguas, señaló un par de colillas junto a la pared trasera—. Un robo, o algo más complejo. El policía militar oye voces, se acerca. Nuestro gendarme se asusta, se produce un tiroteo. Mueren dos hombres. Hay sangre en la pared, en el suelo. Pero tienen al monstruo que buscaban, ¿importa el resto?

—Supongo que no.

Uno de los hombres de Massou le trajo un vaso de cerveza.

—¿Quiere tomar algo? ¿Vino, coñac? ¿Quizás un café?

Grannit negó con la cabeza. Bernie también declinó la invitación de Massou.

—Mi agente no disparó su arma. Parece que el policía militar fue más rápido. La única otra anomalía es esta.

Massou se sacó del bolsillo una navaja abierta.

—Estaba en la calle. ¿Podría ser de Bennings, el americano muerto?

—Difícil de saber.

—Solo otra noche en Montmartre —dijo Massou cansinamente—. Atrapar a un asesino en medio de una guerra.

Grannit se agachó y enfocó con la linterna las manchas de sangre que había en el suelo, que le llevaron a un agujero en la pared de donde extrajo una bala con su cortaplumas.

—Es de un Colt —dijo mientras se la guardaba en el bolsillo—. El arma del policía militar.

Massou se terminó la cerveza y devolvió el vaso a uno de sus hombres.

—Debería echar un vistazo al apartamento.

Grannit y Bernie siguieron al inspector Massou hasta la buhardilla. El inspector les dijo que el conserje había confirmado que Von Leinsdorf y Bennings llevaban dos días alojados allí. Grannit echó una ojeada; encontró un bidón vacío en la habitación trasera y un ejemplar de *Barras y estrellas*, apenas nada de interés. Bajaron la escalera al cabo de unos minutos.

—¿Puedo hacer algo más por usted, teniente? —preguntó Massou, calándose el sombrero—. El final de la caza nunca es el esperado.

—No, en efecto.

El inspector estrechó la mano de Grannit y luego se volvió hacia Bernie con una mirada escrutadora, aunque amable.

—No es asunto mío, pero no eres policía militar, ¿verdad, joven?

Bernie miró de reojo a Grannit antes de responder:

—No, señor. No lo soy.

—Pregunto para satisfacer mi curiosidad personal. —Massou encendió su pipa y estudió a Bernie mientras hablaba—. El ojo inexperto puede llevarse la impresión de que lo que hacemos, nuestros métodos, difieren de los de quienes perseguimos solo en una cuestión de grado. Nuestra autoridad estará sancionada por la ley, pero parece tan brutal como la de los salvajes que acechamos. —Siguió mirando a Bernie, pero el resto pareció dirigido a Grannit—. En ciertos casos, quizás el tuyo, que dependen del juicio de otros, existen leyes de la naturaleza que en ocasiones sustituyen las de los hombres. Buena suerte.

Massou se despidió rozándose el sombrero. Cuando se dirigía a su coche, llegó un *jeep* de la policía militar. El conductor entregó algo a un hombre de la División de Investigación Criminal, que a su vez se lo entregó a Grannit.

—Para usted, señor —dijo el oficial, tendiéndole un sobre—. Ha llegado en la valija de Londres.

Grannit lo abrió. Dentro había una carpeta de papel manila. Examinó el contenido con su linterna, unos pocos artículos deteriorados de periódicos ingleses. Historias de mediados de los años treinta sobre la destitución de un alto diplomático de la embajada alemana, llamado Karl Von Leinsdorf. Había una fotografía del hombre, su esposa y un hijo adolescente. Bernie pudo ver la cara de Erich en la del muchacho, sonriente y despreocupado. Un artículo más breve, acompañado de una fotografía del padre, mencionaba el suicidio del diplomático en Estocolmo, unos meses después.

—¿Es él? —inquirió Grannit.

—Sí.

—No mencionan por qué su padre perdió el empleo.

—Por lo que sé, creo que descubrieron que era judío.

—No sé por qué le dan tanta importancia a eso. —Grannit cerró la carpeta—. Yo también lo soy.

A Bernie le llevó un instante asimilarlo.

—Le hemos detenido; eso es lo que importa.

—Tengo que entregarte, Bernie.

—Lo sé.

—Podemos esperar hasta mañana.

—Terminemos con esto ahora.

Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas, París

21 de diciembre, 23:00 horas

El mismo policía les trasladó en el asiento trasero del *jeep* a las dependencias de las Fuerzas Aliadas en la Place Vendôme.

—Me gustaría escribir a mis padres. ¿Me dejaría hacerlo antes de...?

El resto de la pregunta quedó en el aire.

—¿Dónde están?

—No lo sé. Ni siquiera sé si están vivos. Viven en Frankfurt, o al menos así era hace un par de meses. Me gustaría que supieran que intenté ayudar. Ayudar a los americanos.

Grannit se lo quedó mirando.

—Eso podemos hacerlo.

—Siempre creí que volvería a ver mi barrio. Sueño continuamente con Park Slope, ¿sabe? Ahí es donde voy siempre. ¿Cree que, muy en el fondo, si sueño con eso, significa que soy americano?

—Puede que sí, muchacho.

—Eso ya es algo —dijo Bernie, observando la ciudad que pasaba por la ventanilla—. Bonito lugar, ¿verdad? Ni siquiera parece que nadie viva en él.

—Nos sobrevivirá a todos.

—¿Tendrá que esposarme cuando entremos, Earl?

Grannit reflexionó unos instantes.

—No.

—Se lo agradezco.

Aparcaron frente a las dependencias del Cuartel General Supremo, un edificio bancario con unas columnas enormes en la fachada, requisado tras la Liberación. Grannit indicó a Bernie que saliera primero, luego le siguió. Hizo un gesto al conductor y el coche se alejó. Grannit tomó a Bernie del brazo y ambos subieron la escalinata de la entrada. Una brigada de policías militares armada hasta los dientes patrullaba en las puertas.

—No digas nada —le indicó Grannit—. Yo lo explicaré lo mejor que pueda. Cuando sopesen tu cooperación, quizá consigamos...

—No me prometa nada. Se lo agradezco, pero sé que no depende de usted. Aceptaré lo que tenga que pasar.

Grannit mostró su placa a los guardias cuando llegaron a lo alto de la escalinata.

—Tengo que hablar con el oficial al mando, quien sea que esté de guardia.

—¿En referencia a qué, señor?

—La 150.^a Brigada Panzer.

—Sígame.

Entraron en un vestíbulo mal iluminado y esperaron mientras el policía militar se dirigía a los despachos. Sin decoración alguna y con las ventanas cegadas, el frío mármol de la inmensa estancia se extendía hasta donde llegaba la vista. Se detuvieron a esperar junto a una de las columnas. Asistentes civiles y oficiales subalternos recorrían la habitación, que seguía en plena ebullición pese a ser casi medianoche. Todos llevaban el familiar pase azul del Cuartel General Supremo colgado de una cadena al cuello.

Bernie sintió que un escalofrío le recorría la espalda y cierto palpitar en la boca del estómago empezó a extenderse por todo el cuerpo. Parpadeó al percibir que tenía problemas para ver con claridad. Su cabeza daba vueltas a los días y las horas que le quedaban de vida. Von Leinsdorf también había tenido razón en eso: era peor saber cuándo vas a morir.

Advirtió que Grannit se tensaba repentinamente y sacaba del bolsillo un pedazo chamuscado de papel azul. Tras examinarlo unos instantes, se dirigió a uno de los oficiales que cruzaban la estancia. Lo detuvo, sujetó el pase azul del oficial y lo observó.

Las letras «u» y «a» de la palabra «cuartel» estaban invertidas.

Grannit detuvo a otra persona que pasaba para comprobar su pase, luego a otra y a otra. Bernie se le acercó cuando el último miembro del personal se alejaba. Grannit parecía perplejo.

—¿Qué pasa? —preguntó Bernie.

—Hay un error en los pases, pero el ejército no lo corrigió.

—¿En los azules?

—¿Te dieron uno de estos?

—Sí, y luego la *Abwehr* nos dio otros nuevos en Bélgica.

—¿Después de cruzar?

—Von Leinsdorf dijo que los falsificadores no habían descubierto el error a tiempo. Los nuevos eran los que debíamos utilizar.

—En que la palabra estaba escrita correctamente.

—Así es.

—Pero el de Schmidt no estaba corregido —argumentó Grannit.

—Lo atraparían antes de que pudiera recogerlos.

—Maldita sea, eso es lo que Ole intentaba decirme. Los jodidos pases.

—¿Qué ocurre con ellos?

—¿Cuántos equipos dijo Von Leinsdorf que trabajaban en esto?

—Cinco.

—Los hombres que se llevaron a Von Leinsdorf tenían pases corregidos —recordó Grannit—. Solo atrapamos cuatro de los equipos.

—Está diciendo que ese policía militar, esos tipos de Contraespionaje...

—Son el quinto equipo.

Un joven teniente salió para acompañarles al despacho del oficial al mando. Grannit lo agarró de los brazos.

—¿Han traído a un sospechoso del caso Skorzeny hará aproximadamente una hora?

—No lo sé...

—Bien, ¿cuánto puede tardar en enterarse, joder?

El joven teniente corrió hacia su despacho. Volvió a toda prisa con el oficial al mando, un capitán malhumorado que aseguró que no habían traído ningún operativo alemán del caso Skorzeny; él habría sido el primero en enterarse.

—¿Pueden habérselo llevado a otro sitio?

—Quizás a nuestras dependencias en Versalles.

—Tengo que usar su teléfono —dijo Grannit.

Metro Invalides, París

21 de diciembre, 23:00 horas

Los dos hombres de Ververt llevaban una hora aparcados ante la estación de Invalides, en el camión vacío de una panadería, cuando un sedán negro con matrícula militar de Estados Unidos se detuvo al lado. Se apearon dos hombres, uno vestido con uniforme de la policía militar y otro con ropa de civil, cargado con una maleta que acababa de sacar del portaequipajes. Uno de los hombres de Ververt abrió la puerta trasera del camión para que subieran. El sedán negro se marchó. Cerraron la

puerta trasera y el conductor arrancó en dirección oeste, hacia la carretera que flanqueaba el río y salía de la ciudad.

Depósito de cadáveres de París
22 de diciembre, 12:30 horas

El inspector Massou les esperaba en la entrada y acompañó a Grannit y Bernie a la sala de reconocimiento del sótano. Un ayudante retiró la sábana que cubría el cadáver, tumbado en una mesa. En otra mesa cercana yacía el cuerpo del policía francés.

—Este es el hombre que llevaba las placas de identificación de Bennings —dijo Massou.

Grannit contó cuatro heridas de bala en el pecho. Un disparo lo había atravesado. Había muerto rápidamente. Tenía la misma edad y una tez similar a la de Bennings, así como un cuchillo tatuado en el dorso de la mano derecha.

El forense mostró a Grannit las balas que había extraído del cuerpo. Coincidían con la que había sacado de la pared del callejón. Todas tenían las marcas características de silenciador que había visto en las balas que hirieron al sargento Mallory.

—Este no es Bennings —dijo Grannit.

Versalles

22 de diciembre, 3:00 horas

Eddie dormitó en la parte trasera del camión durante la salida de París, más lenta de lo previsto debido a la tormenta de nieve que azotaba la ciudad. Von Leinsdorf fingió que dormía, pero estuvo escuchando a los dos hombres de la cabina que hablaban en francés. Aunque apenas charlaron, Von Leinsdorf captó lo suficiente para saber que Ververt había ordenado que les matasen en cuanto la mercancía estuviese en el camión.

El alemán despertó a Eddie cuando se aproximaban a la estación de suministros de Matelot. Bennings les condujo hasta el punto de encuentro, cerca de la puerta trasera de la cochera. Tan pronto el camión se detuvo, Von Leinsdorf disparó a ambos franceses en la nuca con su pistola con silenciador.

—Qué diablos... —dijo Eddie.

—Tenían órdenes de matarnos, Eddie. Los he escuchado mientras conducían.

—¿Y qué coño haremos con Ververt ahora?

—Vivir con la esperanza de que nuestros caminos vuelvan a cruzarse y poder recompensarle. He acordado encontrarnos en el punto de recogida con los hombres que nos ayudaron en París. Se quedarán con la mercancía y nos pagarán al instante. Todo arreglado.

Preocupado por no tener una explicación satisfactoria de quiénes eran aquellos tipos, Eddie siguió a Von Leinsdorf hasta la estación. Los dos contactos de Eddie en el batallón de Ferrocarriles esperaban, como se les había indicado, al otro lado de la barrera. Eddie parecía ansioso, pero estaban acostumbrados a eso y en la penumbra de la cochera no pudieron ver el brillo pringoso del sudor que le empapaba el rostro. Los soldados los condujeron al tren de Navidad que esperaba en una vía secundaria, en el extremo de la estación. Von Leinsdorf les pagó con parte del dinero que había adelantado Ververt; después los soldados no mostraron el menor interés en las consecuencias de la transacción.

Von Leinsdorf aupó a Eddie al último vagón de mercancías, donde se encontraban los artículos de lujo, y el tren salió de la estación poco después de las doce y media. Eddie se apoyó en unas cajas de *whisky* que había en la esquina. Observó cómo Von Leinsdorf se sentaba, abría la maleta, encendía una linterna y empezaba a trabajar.

—¿Cuánto falta hasta el punto de recogida? —preguntó el alemán.

—Una hora, puede que más; depende del cambio de agujas. ¿Me invitas a un cigarrillo?

—¿Hay un millón en el vagón y me mendigas uno a mí?

—No es fácil librarse de las viejas costumbres.

Von Leinsdorf le arrojó un paquete de Luckies. Eddie rebuscó en los bolsillos.

—Mierda; ¿oye, tienes fuego?

Von Leinsdorf avanzó hacia él mientras sacaba el encendedor.

—Esto nos soluciona la vida en una noche, Eddie. Nos agenciamos nuestra parte, nos abrimos camino hasta Portugal y en Lisboa compramos un pasaje de vuelta a casa.

—Me muero por volver a Nueva York. Que se queden con la puta Europa, aquí están todos locos. Hay algunos tipos importantes que me gustaría presentarte en la ciudad, Dick. Tipos bien relacionados.

Cuando se inclinaba con el encendedor, el vagón dio un bandazo y Von Leinsdorf cayó encima de Eddie. Al enderezarse comprobó que Eddie le apuntaba con una pistola en la cabeza.

—Ahora dime qué coño pasa o no sales de este vagón.

—Eddie, Eddie, creía que nos entendíamos.

—Y una mierda. ¿Te meto en esto y ahora quieres quedarte con mi trabajo? No creerás que me he tragado lo de esos tipos nuevos...

—Te lo he explicado, Eddie; son colegas de mi antiguo equipo, puedes confiar en ellos...

—¿De dónde han sacado los uniformes, las placas, los coches, toda esa mierda? ¿Cómo la habéis conseguido?

—Tenemos los recursos de todo un ejército.

—De qué unidad eres y quiero la verdad.

—La 150.^a Brigada Panzer. Munich.

—Munich. Esa sí que es buena.

—No, en serio.

—No sé de qué coño hablas, pero llegaré al fondo de esto antes de que paremos el tren.

—¿Te importa que me cambie de ropa contigo? —preguntó Von Leinsdorf, con la atención puesta de nuevo en la maleta, mientras se desabrochaba la americana y se aflojaba la corbata.

—¿De qué coño hablas? Voy a dispararte dentro de un puto minuto, no te cambias nada.

Von Leinsdorf consultó su reloj.

—¿Cómo va la cadera, Eddie?

—¿Qué le pasa a mi cadera?

—Mírala.

Eddie bajó la vista. Tenía una jeringuilla clavada en la cadera derecha. Ni siquiera había notado el pinchazo de la aguja.

—¿Dios, qué has hecho? ¿Qué demonios has hecho? —preguntó Eddie.

—¿Puedes mover las piernas?

Eddie lo intentó. Parecía que cada una pesaba una tonelada; apenas podía cambiarlas de posición.

—¿Qué cojones...?

—Suelta el arma. De todos modos, tampoco te funciona la mano.

Eddie intentó apretar el gatillo, pero los dedos no se movieron. La pistola cayó al suelo. La parálisis se extendió de las extremidades al centro del cuerpo. Eddie jadeaba; los pulmones le dolían, faltos de aire.

—Qué... qué...

—No te resistas, Eddie; solo lo empeorarás. —Von Leinsdorf regresó del otro extremo del vagón con una nueva jeringuilla.

—¿Qué haces?

—La última te ha matado. Esta te mantendrá con vida.

La carretera a Versalles

22 de diciembre, 4:40 horas

Massou no apagó la sirena cuando salieron de la ciudad, aunque las carreteras estaban desiertas. Otro detective conducía a su lado, Grannit y Bernie estaban sentados detrás. Grannit le tendió un pase no corregido para que lo utilizara al llegar.

—¿Por qué corregir los pases? ¿Por qué lo haría Skorzeny? —se preguntaba Grannit.

—Es lo que dijo su compañero —respondió Bernie—. Los nazis siempre creen que lo hacen todo mejor; que su forma de hacer las cosas es la única buena y que la de los demás no sirve, pase lo que pase.

—Era nuestro error, pero tuvieron que corregirlo de todos modos. No pudieron contenerse, aunque fuera a delatarles. Jodidos arrogantes.

—Y les aseguro que, contrariamente a lo que hayan oído, tampoco consiguen que los trenes sean puntuales —intervino Massou.

Versalles

22 de diciembre, 5:15 horas

La nieve continuaba cayendo cuando el tren de suministros entró en la vía secundaria con cuarenta y cinco minutos de retraso. En cuanto el tren se detuvo, desengancharon los vagones que transportaban los artículos de lujo. El resto del tren reanudó la marcha hacia la vía principal, resollando hasta perderse de vista.

La puerta lateral del vagón se abrió. Von Leinsdorf saltó al suelo y volvió a cerrarla. El perímetro meridional del vasto recinto de Versalles se hallaba a menos de

cien metros de distancia, al final de una hilera de cipreses y de una carretera de servicio que seguía el exterior de la alambrada. Cargado con una pequeña mochila, Von Leinsdorf se dirigió a los árboles y luego medio kilómetro al sur. Examinó la doble hilera de cercado y alambre de espino que tenía ante sí y no vio movimiento alguno en toda la carretera.

Cruzó rápidamente, cortó una pequeña abertura en la doble alambrada y penetró en el recinto. Corrió a refugiarse bajo una arboleda. La nieve que caía en abundancia fue borrando rápidamente sus huellas, mientras él se internaba entre los árboles.

Versalles

22 de diciembre, 5:20 horas

Después de pasar el control de seguridad, Grannit y Bernie entraron en el despacho del jefe de la policía militar, una habitación espaciosa y con corrientes de aire en el palacio de Versalles. Grannit mostró el expediente de Von Leinsdorf al segundo oficial al mando y a un oficial subalterno de Inteligencia con aspecto de recién salido de la cama. Los hombres escucharon pacientemente mientras Grannit explicaba que una escuadra alemana que se hacía pasar por un equipo de oficiales del contraespionaje estadounidense había liberado a Von Leinsdorf de la custodia policial, en París. Posiblemente intentarían entrar en Versalles con Von Leinsdorf como prisionero, o quizás el alemán se haría pasar por el teniente británico que había asesinado en el hotel Meurice. Sin decirles cómo, Grannit también mencionó que esos hombres sabían que el general Eisenhower había sido trasladado de sus aposentos habituales al palacio Trianón.

Los dos oficiales parecieron tomarse en serio su informe y le garantizaron que la seguridad que rodeaba Versalles y al general se había elevado a niveles extraordinarios tras la amenaza inicial de los comandos de Skorzeny. Eisenhower había pasado cada minuto de los últimos días dentro del palacio Trianón, situado kilómetro y medio dentro del recinto. Los oficiales agradecían la nueva información, pero era inconcebible que ningún asesino, supuesto o real, pudiera poner en peligro la vida del general, independientemente del disfraz que llevase o de quién le acompañara. También mencionaron que, a lo largo de las últimas horas y gracias a los esfuerzos de la División de Investigación Criminal, el reciente arresto del último comando de Skorzeny en Reims había supuesto una reducción del nivel de alarma. El general estaba impaciente por reanudar su habitual agenda de trabajo. Con ello, el oficial demás rango indicó que aquel encuentro tocaba a su fin.

—Pueden pasar la noche aquí si lo desean, o cenar antes devolver a la ciudad —dijo el mayor.

Grannit supo que era una orden, no una invitación.

—¿Le importa que echemos un vistazo?

—¿Por el terreno? —preguntó el mayor—. Son las cinco de la mañana.

—El terreno abarca más de seiscientas hectáreas —intervino el oficial de Inteligencia—; tenemos un batallón al completo apostado alrededor del perímetro. Si una pulga entrase en la residencia de Ike, nos enteraríamos. ¿Creen que van a encontrar algo que se nos haya pasado por alto?

—No. Estoy agotado y creí que me ayudaría a dormir.

—¿Por qué no espera a que haya terminado la guerra y vuelve de turista? —preguntó el oficial de Inteligencia con impaciencia.

—No, de acuerdo —terció el mayor—; tan pronto como alguien se levante y esté disponible, les organizaremos una visita por el recinto. Que se ahorren el precio de una entrada.

Dos policías militares escoltaron a Grannit y Bernie por los largos pasillos del palacio hasta la cantina de los oficiales. El personal de cocina ya había dispuesto una mesa larga con desayunos tipo bufet para los más madrugadores. Grannit se sirvió unas tazas de café de un recipiente plateado y se acercó a Bernie, que esperaba de pie junto a un ventanal con vistas a los legendarios jardines. Las primeras luces del amanecer se asomaban al este. La nieve caía suavemente; se acumulaba en los escalones de la amplia terraza del exterior y confería al mármol de las columnas un resplandor sobrenatural. Bernie ojeó un viejo folleto turístico que incluía un mapa del terreno y luego volvió a mirar a los dos policías militares que estaban sentados en una mesa junto a la puerta.

—No van a dejarnos solos, ¿verdad?

—No.

—Puedo intentar distraerlos.

—No te la juegues, muchacho. Tienes mucho que perder.

—Así que vamos a dejarlo en sus manos. En manos del ejército y de los policías militares...

—Hemos hecho nuestro trabajo.

—No lo hemos terminado.

Grannit lo miró, sin mostrarse en desacuerdo. Comprobó, sorprendido, que el ventanal estaba abierto. Levantó el paquete de cigarrillos para que lo viesen los policías que les vigilaban desde la mesa y luego señaló la terraza. Los policías militares asintieron con un gesto. Grannit salió al exterior, seguido de Bernie.

Temblando de frío, encendieron sus cigarrillos bajo un pórtico de la terraza. Con la débil luz del amanecer, empezaron a distinguir la enorme silueta del palacio que se extendía a su alrededor. Al llegar, la oscuridad no les había permitido verla gigantesca escala de los edificios.

—Vaya choza —comentó Bernie, mirando el mapa que aparecía en el folleto—. Se la construiría algún pez gordo, pero de eso hace mucho tiempo, ¿no?

—Entonces la mano de obra era algo más barata.

—No había sindicatos.

—En Nueva York todavía estarían poniendo cemento.

Bernie sonrió. Los policías militares se unieron a ellos y les pidieron cigarrillos.

Eddie Bennings abrió los ojos con una sacudida. Estaba echado, a oscuras y no podía moverse, pero sentía algo frío y metálico en las manos. Lo identificó como su propia pistola automática. Oyó el motor de un coche que se aproximaba en el exterior y acercó el dedo al gatillo.

Los policías militares que patrullaban por el perímetro oyeron un disparo, luego otro. Se detuvieron a escuchar. Otro disparo. Parecían provenir de un vagón aparcado en un ramal, al sur de la alambrada. Se dirigieron hacia allí con el *jeep* y se aproximaron con precaución y las armas desenfundadas. Las puertas del primer vagón estaban abiertas; dentro había cajas de munición. Oyeron una voz ahogada procedente del segundo vagón; luego advirtieron que la puerta estaba entreabierta.

Los policías militares que custodiaban a Grannit recibieron una llamada por *walkie-talkie* sobre un tren abandonado, descubierto cerca del perímetro sur. El oficial comunicó que habían oído disparos y se disponían a investigar. Uno de los policías se mantuvo a la escucha mientras los oficiales avanzaban hacia el tren.

Grannit se acercó a escuchar.

Con las armas desenfundadas, los dos soldados abrieron lentamente la puerta trasera del vagón.

Si hubieran vivido lo bastante para registrarlo, habrían vislumbrado al cabo Eddie Bennings tendido en el suelo del vagón, atado de pies y manos, amordazado y con una pistola pegada a las manos con cinta adhesiva. Su cuerpo estaba rodeado por una cadena de pequeños ladrillos grises conectados mediante mechas. Eddie alzó la vista hacia los soldados y gritó por la mordaza cuando la abertura de la puerta cortó un pequeño cable que activó un detonador y prendió las mechas conectadas a los paquetes de explosivo plástico que rodeaban su cuerpo.

La explosión pulverizó de inmediato el cuerpo de Eddie Bennings, a los dos oficiales y el vagón. Produjo además otra detonación en el vagón contiguo, que transportaba todo un cargamento de munición de artillería. Una llamarada se alzó a sesenta metros del suelo y la onda expansiva destrozó las ventanas de las viviendas que se hallaban a cien metros al sur. A lo largo del perímetro de Versalles, los soldados americanos al frente de los cuarteles y controles vieron las llamas, oyeron las explosiones y abandonaron sus posiciones para investigar.

Los dos policías militares oyeron la explosión distorsionada por sus *walkie-talkies*. Al sur del horizonte, un resplandor de intensidad inusitada llamó la atención de

Grannit. Poco después, un estruendo amortiguado, como de artillería distante, reverberó por todo el llano paisaje. Bernie se volvió a tiempo de ver la llamarada que superaba la línea de árboles y oír una segunda explosión, más intensa. Los policías que les escoltaban se apresuraron escalera abajo hacia el lugar de la detonación, con las armas desenfundadas.

—¡Volved dentro! ¡Volved dentro ahora mismo! —les gritaron.

Grannit esperó a que los policías militares se perdieran de vista. Luego se sacó una pistola extra del bolsillo y se la entregó a Bernie.

—A la mierda —dijo mientras empezaba a bajar la escalera—. Trae el mapa.

Palacio Trianón, Versalles
22 de diciembre, 4:30 horas

El general Eisenhower despertó a las cuatro y media de la mañana tras una noche agitada. Se duchó, se vistió y bajó del apartamento que usaba como dormitorio al despacho. Su ordenanza le sirvió café mientras echaba una ojeada a los cables provenientes de las Ardenas que se habían acumulado durante la noche. Consultó su reloj; el contraataque del Tercer Ejército por el frente meridional de la ofensiva había empezado, pero pasarían horas antes de que los informes llegaran a su mesa. A las diez tenía programada una sesión informativa. Se asomó a la ventana para mirar la nieve que había caído a lo largo de la noche, preocupado por cuánta caería en Bélgica y si aquello dificultaría el avance de Patton.

Armado de una pluma y un cuaderno oficial, se dispuso a redactar la carta más importante que había escrito desde hacía semanas. La noche anterior, Eisenhower había anunciado su intención de emitir una Orden del Día, una prerrogativa de su cargo que no solía poner en práctica. Dirigida a cada uno de los soldados aliados de la escena europea, tenía como objetivo enviar un mensaje inspirador que elevase los ánimos en aquellos momentos cruciales. Había solicitado a su Estado Mayor que preparase un borrador para aquella mañana; pero había pasado toda la noche en vela, consciente de que debía escribir personalmente una comunicación de tal importancia. Sin embargo, las palabras se le resistían. Eisenhower podía oír lo que quería expresar, pero nada fluía.

Entonces vio en su mesa la orden, emitida durante la noche por el alto mando del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas, que bajaba el nivel de amenaza de los comandos de Skorzeny. Buenas noticias. Pidió a su ordenanza el sombrero, la bufanda y el abrigo. Iba a salir. Después de pasar tres días acorralado en aquel reloj de cuco del siglo XVIII, sabía que un paseo al amanecer por los jardines le aclararía las ideas.

Cuando la explosión atrajo a casi todo el equipo de seguridad al perímetro sur, Von Leinsdorf ya se había internado ochocientos metros en el recinto. Bajo un manto de espesas nubes, la nieve que cubría el terreno realzaba las primeras trazas del amanecer y hacía que la luz pareciese emanar desde el suelo. La tormenta había cesado pero la niebla seguía confiriendo al ambiente una textura granulada, como si

todo se viese a través de una gasa. Von Leinsdorf avanzaba entre la hilera de árboles, siguiendo el margen de una gran masa rectangular de agua helada que se extendía a su izquierda. Los bosques estaban desiertos, el aire inmóvil. Todo lo que oía era su propia respiración y el sonido afelpado de sus pisadas en la nieve. Había memorizado los mapas que Skorzeny le había entregado antes de iniciar la misión, pero la nieve había borrado todos los puntos de referencia de escasa altura y le resultaba difícil orientarse. Sabía que estaba bordeando el Gran Canal, pero solo cuando alcanzó su intersección perpendicular con otro cuerpo de agua logró situarse en la cuadrícula que había concebido mentalmente.

Se detuvo en el extremo de una línea de árboles, dobles filas simétricas de hayas y tilos, y miró en ambas direcciones. Los brazos del canal, una cruz majestuosa, se extendían en las cuatro direcciones hasta casi tocar el horizonte. Von Leinsdorf intuyó vagamente la silueta del palacio principal alzándose en una colina, kilómetro y medio a la derecha. Aquello implicaba que se dirigía al norte, hacia el palacio Trianón. No se veía ni un alma. Salió del abrigo de los árboles y cruzó el canal. Cuando se encontraba a medio camino, se detuvo en el hielo, repentinamente sobrecogido. Había alcanzado el centro geométrico del parque, donde el equilibrio perfecto y la majestuosidad de su arquitectura fluían a partir de aquel eje. Con una absoluta perfección formal, las líneas de todos los puntos del compás convergían en el punto donde él se encontraba. Pese a la urgencia de su misión, quedó maravillado por la inmaculada ordenación de espacio y ángulos, de tierra, agua y aire.

Tras la brutalidad y el caos de la última semana, su cabeza reverberaba armonía. El significado secreto que había detectado el día anterior, oculto en el diseño de los bulevares parisinos, se mostraba allí de forma más explícita. La precisión espiritual del paisaje se fundía en su mente con la convicción de que completaría la misión que se le había encomendado, y en aquel preciso instante supo que el destino le guiaría hasta el final.

Ocurriría aquí, a la vista del palacio donde, un cuarto de siglo antes, habían firmado el tratado que iniciaría la humillación lenta y prolongada de Alemania a manos de los Aliados y que pondría en movimiento la cadena de desastres que le habían traído a aquel lugar y aquel momento. Se respondería al insulto en su mismo origen. El sentido y la culminación formaban una unidad, incluso un único aliento; una exaltación que le elevaba el espíritu.

Los panzer marcharían sobre Amberes. Él completaría el Segundo Objetivo. La muerte del comandante americano dividiría fatalmente la alianza aliada.

Siguió avanzando por la orilla norte del canal. Al abrigo de la línea de árboles, se detuvo a abrir el maletín. Las identificaciones que llevaba le ayudarían a acercarse lo bastante al edificio para detonar el explosivo, pero estaba preparado por si surgía una mejor oportunidad. Encajó la culata de madera a la empuñadura del subfusil y luego acopló el silenciador y la mira telescópica al cañón. Deslizó el arma que acababa de montar en el bolsillo que había cosido en el frontal interior izquierdo del abrigo. Lo

abrochó, recogió el maletín y siguió andando.

Bernie intentaba no perder de vista a Grannit mientras corrían por los jardines nevados, entre estanques circulares y extraños árboles cónicos, amplios escalones y fuentes heladas. La larga avenida que se extendía ante ellos conducía a lo que parecía ser un canal helado que se perdía en el horizonte. Atravesaron el terreno que separaba una densa arboleda de otro estanque circular vacío, de mayor tamaño. Una escultura asombrosa que representaba una criatura divina arrastrada por caballos salvajes emergía de entre la nieve en el centro. Cuando llegaron al extremo del canal, al otro lado del estanque, Grannit se detuvo.

—¿Dónde está el Trianón? —preguntó a Bernie cuando este le alcanzó.

Bernie los situó rápidamente en el mapa, encontró el palacio y señaló el primero de dos caminos diagonales que partían del canal a la derecha, en un ángulo de cuarenta y cinco grados.

—Por allí. A poco menos de un kilómetro.

Grannit se volvió a mirar el punto donde había visto la explosión, calculando distancias y tiempo. Luego observó el canal; extrajo unos pequeños prismáticos del bolsillo y enfocó en aquella dirección.

En la prístina nieve, un único juego de huellas cruzaba el canal.

—Ve al Trianón tan rápido como puedas. Diles que él se acerca, ¡vamos!

Grannit desenfundó el arma y echó a correr por el segundo camino diagonal que discurría más cerca del canal. Bernie se mantuvo a su altura hasta que los caminos divergieron y él tomó el de la derecha. Corrieron al mismo paso, con Bernie mirando ocasionalmente a la izquierda hasta que los árboles que se interponían se espesaron lo suficiente para dificultar su visión. Bernie tropezó en un pedazo de hielo y, cuando recuperó el equilibrio, Grannit ya había desaparecido.

Grannit corría por el camino simétrico con la respiración entrecortada y los pulmones ardiendo debido al aire helado. Se detuvo brevemente al cruzarse con otra vía en diagonal que llevaba de regreso al centro del agua. Miró en ambas direcciones antes de seguir adelante; al final del sendero ya se vislumbraba el extremo norte del Gran Canal.

Von Leinsdorf se detuvo en el bosque, cerca de la orilla septentrional. A cincuenta metros del final del canal, una serie de fuentes vacías se recortaban contra una suave pendiente, enmarcadas a ambos lados por escalinatas curvas que conducían a la terraza y los jardines elevados que se encontraban detrás del Trianón. Una figura solitaria paseaba por la nieve en los jardines de aquella terraza; entraba y salía del campo de visión debido a la línea intermitente de árboles y setos. Von Leinsdorf soltó el maletín y extrajo el subfusil del interior del abrigo. Sin perder de vista al hombre,

siguió avanzando entre una pequeña arboleda, se dejó caer sobre una rodilla y enfocó por la mira telescópica.

Apareció la figura solitaria, con el rostro vuelto en la otra dirección. Un hombre de mediana edad con un gorro de oficial estadounidense, que caminaba con una leve cojera.

Grannit corrió hasta el final del sendero diagonal, donde alcanzaba el canal; vio que las huellas seguían hacia el norte y luego descubrió un maletín de piel en la nieve, miró dentro y supo quién lo había llevado hasta allí. Un movimiento en el campo nevado atrajo su atención a la derecha.

Un soldado con abrigo, arrodillado entre los matorrales, apuntaba la terraza septentrional con su fusil.

El oficial de la terraza se volvió y Von Leinsdorf vislumbró el rostro de Eisenhower. Cuando apretó el gatillo y escuchó el sonido apagado del silenciador, sintió un latigazo en la parte posterior del muslo izquierdo y una sacudida de intenso dolor le hizo perder el equilibrio. Su bala, desviada, derramó la nieve acumulada en una rama a la derecha del general. En aquel momento paralizado en el tiempo, cuando el sonido de un tiro reverberó en el frío aire, Von Leinsdorf comprendió que le habían disparado desde atrás. Al volverse, vio a un hombre que avanzaba hacia él, pistola en mano, y le disparó con el fusil. La bala impactó entre el cuello y el hombro izquierdo del hombre, derribándolo al suelo.

Bernie alcanzaba el final del sendero que llevaba al palacio Trianón y ya veía la alambrada y las defensas de artillería que rodeaban el edificio cuando oyó, a lo lejos y a su izquierda, un único disparo entre los árboles. Se detuvo y miró en ambas direcciones: luego se volvió a la izquierda, por donde se había marchado Grannit, y siguió corriendo.

Cuando Von Leinsdorf volvió a mirar la terraza, el general había desaparecido detrás de los setos. Salió cojeando de la arboleda, hacia la escalinata y las fuentes que ascendían desde el canal. Al llegar al pie de la escalinata, oyó gritos provenientes de la terraza. A su izquierda, detrás de las fuentes vacías, vio un hueco y recordó algo agradable de su estudio de los mapas.

Grannit consiguió ponerse en pie. El brazo derecho le colgaba, inútil, a un lado; tenía la clavícula destrozada y el dolor se extendía por todo el brazo, el hombro y el

cuello. Se inclinó con dificultad para recoger el arma con la mano izquierda y salió tambaleante tras Von Leinsdorf, siguiendo el rastro de sangre y pisadas que había dejado en la nieve. Al pie de la escalera, el rastro torcía a la izquierda, hacia unas fuentes vacías y una estrecha abertura de apenas un metro al pie de la pared trasera, donde el muro se encontraba con la base de la colina. Grannit avanzó hacia la abertura, se inclinó para mirar dentro y vio lisas paredes de ladrillo abajo. Se metió el arma en el cinturón y fue bajando por el hueco, agarrado al borde con una mano, hasta dejarse caer poco más de un metro, ahogando el grito de dolor que le produjo aterrizar en el suelo.

Se encontraba en un antiguo depósito de agua vacío, situado bajo las fuentes y terrazas. Una arcada baja se bifurcaba para crear el techo a partir de hileras de pilares cuadrados, manchados con las marcas del nivel del agua. Una distante fuente de luz iluminaba los cantos simétricos de los pilares que se extendían en ambas direcciones. El ambiente era gélido y estancado, como si nadie lo hubiese turbado desde hacía cien años. Grannit desenfundó el arma y se incorporó, casi por completo, en el centro de la arcada. Aguzó el oído, pero solo oyó una gotera constante y lejana. No vio sombras ni movimiento en ninguna dirección. Dejó el arma, encendió la pequeña linterna y la sostuvo entre los dientes antes de recuperar el arma del suelo.

El rastro de sangre continuaba ante él, en el liso suelo de piedra. El depósito se extendía hasta la oscuridad y parecía no tener fin. Grannit avanzó lentamente, siguiendo la sangre de pilar en pilar con la linterna. Notaba el brazo derecho muerto, como pendiente de una cuerda, y cada movimiento involuntario le producía un intenso dolor en todo el cuerpo que le cortaba la respiración. Siguió avanzando despacio, aproximándose cautelosamente al extremo de cada pilar antes de aventurarse a salir al descubierto.

Oyó pasos delante de él, en la oscuridad; luego un forcejeo, seguido de cerca por dos disparos atronadores y un gemido. Algo pesado cayó al suelo.

—¡Lo tengo! —Oyó que exclamaba una voz norteamericana—. ¡Tengo al hijo de puta!

El tenue haz de la linterna le permitió vislumbrar algo que se movía dos pilares por delante. Grannit se asomó, con la linterna en su mano sana, enfocó el rastro de sangre y lo siguió. Tenía la visión borrosa y no lograba enfocarla; sabía que estaba a punto de entrar en estado de *shock*.

—¡Necesito ayuda aquí abajo! Sigue vivo, ¡lo tengo!

Grannit vio las suelas de unas botas detrás del pilar. Avanzó otro paso y vio al hombre del abrigo gimiendo de dolor, retorciéndose en el suelo en medio de un charco de sangre cada vez mayor. De pie junto a Von Leinsdorf había un policía militar que apuntaba con su arma al cuerpo tendido en el suelo.

—¡Venid aquí, maldita sea! ¡Necesito ayuda!

Grannit se pasó el dorso de la mano por los ojos para intentar recuperar la visión. Sujetó la pistola con la mano izquierda, la sostuvo en la misma dirección que la

linterna y avanzó con el cañón alzado. Parecía que a Von Leinsdorf le habían disparado en la cara; estaba cubierto de sangre y se llevaba las manos a la cabeza con movimientos frenéticos, entre gemidos de dolor.

—¡No vuelvas a moverte, joder! —exclamó el policía militar, apuntando a Von Leinsdorf.

—¿Dónde le has dado? —preguntó Grannit.

—Cabeza y cuello, creo. Yo patrullaba por ahí abajo —dijo el policía militar, señalando al fondo en tinieblas—. Hay una puerta que conecta con el sótano; he oído el disparo fuera y he salido. Se me ha echado encima, por suerte he podido disparar.

—¿Está bien el general?

—Eso creo, me parece que lo tienen dentro. ¿Quién coño es este tipo? ¿Uno de esos alemanes?

—Así es —dijo Grannit, tambaleándose, mientras se apoyaba en un pilar.

—Dios, también estás herido. Vigílale, voy a buscar ayuda. ¿Dónde demonios están todos?

Grannit volvió a frotarse los ojos. Creía haber visto sangre en la pierna izquierda del policía militar, cuando este se había vuelto hacia la puerta del fondo.

—Espera.

—Vamos, estás herido...

—¿Quién es el exterior central de los Dodgers? —preguntó Grannit.

—¿Me tomas el pelo, joder?

—Contesta a la pregunta.

—Joe DiMaggio.

Grannit apretó el gatillo. Von Leinsdorf se echó al suelo y disparó tres veces su 45, que atronó en el espacio cerrado. La primera bala acertó a Grannit por encima de la cadera. El brazo sano se preparó para frenar la caída y el codo se rompió al golpearse contra el suelo. El arma y la linterna resbalaron a escasa distancia de su mano.

Von Leinsdorf dio un paso hacia la luz, sosteniendo el Colt con ambas manos. El disparo de Grannit le había rozado las costillas. Se palpó la sangre, como si evaluase la herida, mientras avanzaba lentamente hacia el policía, observándole con una mezcla de ira y curiosidad. Grannit intentó alargar el brazo izquierdo hacia el arma, pero no le respondían las piernas y la zona por debajo de la cadera resbalaba debido a la sangre, lo que impedía cualquier forma de tracción. Von Leinsdorf se detuvo a menos de un metro de distancia.

—¿Qué quieres? ¿Qué quieres? —preguntó.

Grannit no respondió, pero tampoco apartó la mirada.

Von Leinsdorf alzó el arma para dispararle a quemarropa cuando una serie de disparos ensordecedores, fundidos en una única ráfaga continuada, atronaron en el depósito.

Bernie vació el cargador a medida que avanzaba con paso firme hacia Von

Leinsdorf. Cada disparó le dio de lleno en la espalda. El alemán se tambaleó hacia delante, giró a la derecha mientras soltaba el arma, intentó sujetarse a un pilar y luego se deslizó de lado hasta el suelo. Alzó la vista y miró a Bernie con incredulidad. Bernie le aguantó la mirada sin parpadear, le apuntó a la cabeza y el gatillo volvió a sonar, el cargador vacío. Fue entonces cuando la luz oscura de los ojos de Von Leinsdorf se apagó por fin.

Bernie arrojó el arma y se arrodilló junto a Grannit. No le gustó lo que vio.

—Ya vienen. Se pondrá bien. Estarán aquí muy pronto.

—¿Cómo está el otro? —preguntó Grannit, indicando con un gesto al hombre del abrigo.

Bernie fue a comprobarlo. Era un joven policía militar.

—Ha muerto.

—Vete de aquí, antes de que te encuentren.

—No pienso dejarle.

—Vamos...

—Olvídelo. Olvídelo. No le dejaré solo.

Grannit cerró los ojos, esforzándose por respirar. Entonces oyeron gritos y pasos en el fondo del depósito, voces que atronaban en la piedra. Grannit se señaló el bolsillo izquierdo de la chaqueta.

—Aquí. Aquí dentro.

Bernie le ayudó a alcanzar el interior del bolsillo y sacaron las placas de identificación de Ole Carlson. Grannit las puso en la mano de Bernie, mantuvo la suya encima y apretó con fuerza.

—Estás conmigo, Bernie —dijo Grannit, a punto de desvanecerse—. Diles que eres mi compañero. Que vinimos aquí juntos. Hemos acabado el trabajo. Les dices eso.

—De acuerdo.

—Él ha dejado un maletín junto al agua. Asegúrate de llegar antes que nadie. Contiene documentos que puedes utilizar.

—Vale, Earl.

—Promete que lo harás.

—Lo prometo.

Grannit cerró los ojos, pero no aflojó la mano de Bernie hasta que llegaron los primeros soldados.

Más tarde, en la mañana del 22 de diciembre, el general Eisenhower emitió la Orden del Día a todas las tropas aliadas de Europa, su primer reconocimiento público de la gravedad y la escala de la batalla de las Ardenas.

El enemigo lleva a cabo un esfuerzo supremo para salir de la situación desesperada a la que le habéis abocado con sus brillantes victorias durante el verano y el otoño. Lucha con brutalidad para recuperar lo que habéis conquistado y utiliza todas las malas artes que tiene a su alcance para engañaros y mataros. Aunque el enemigo se lo juega todo, su incomparable valentía en esta batalla ha contribuido en gran medida a frustrar sus planes.

Pero no debemos contentarnos únicamente con rechazar el ataque.

Al salir de sus defensas, el enemigo nos ha brindado la oportunidad de convertir su gran jugada en la peor de las derrotas. Por ello invito a cada uno de los hombres de las fuerzas aliadas a sumar ahora nuevas cotas de valor, resolución y esfuerzo. Abracemos un único pensamiento —destruir al enemigo por tierra, aire, por todas partes—: destruirlo. Unidos por esta determinación y por nuestra fe inquebrantable en la causa por la que luchamos, conseguiremos, con la ayuda de Dios, la mayor de nuestras victorias.

Aquel mismo día, algo más tarde y por razones que nunca se han explicado adecuadamente, se ordenó la retirada del extraordinario dispositivo de seguridad que rodeaba al general Eisenhower en el palacio Triánón de Versalles. El general volvió a disfrutar de libertad de movimientos tras las líneas y entre su destacamento de tropas.

En la mañana del 23 de diciembre, el cielo amaneció despejado en Bélgica y en los bosques de las Ardenas. Por primera vez desde el inicio de la batalla, un combinado de fuerzas aéreas aliadas pudo despegar y entrar en combate contra los ejércitos invasores alemanes con un efecto devastador. En los tres días siguientes, elementos del Tercer Ejército de Patton alcanzaron a los exhaustos defensores americanos que habían resistido el encarnizado cerco de Bastogne. La última jugada de Hitler había alcanzado su punto culminante. En cuestión de días, su audaz ofensiva se convertiría en una retirada desesperada hacia la frontera alemana para salvar de la absoluta destrucción los restos de sus maltrechas divisiones. Aunque la lucha se prolongaría durante semanas y llegaría al Año Nuevo, generando en ambos bandos la tasa de bajas más elevada de toda la guerra, la iniciativa y el ímpetu se habían trasladado definitivamente al bando aliado. Menos de cinco meses después, en las

dependencias del Cuartel General Supremo de las Fuerzas Aliadas de las afueras de Reims, los comandantes alemanes firmarían oficialmente la rendición.

Tras observar los esfuerzos fallidos de su Estado Mayor por redactar una declaración satisfactoria que conmemorase aquel momento, con su modestia característica, el general Eisenhower resumió todo el esfuerzo de la guerra en una única frase: «La misión de esta fuerza aliada se ha completado a las 02:41, hora local, del 7 de mayo de 1945».

Brooklyn, Nueva York
4 de octubre de 1955, 14:00 horas

Todas las tardes, las enfermeras de cuidados intensivos del Hospital de Veteranos de la Séptima Avenida conducían las sillas de sus pacientes al lado oeste de la plaza, que daba al campo de golf, para que disfrutaran los últimos rayos del veranillo de San Martín. La retransmisión pormenorizada de la Serie Mundial de béisbol podía oírse desde infinidad de aparatos de radio; las voces de Red Barber y el joven Vin Scully describían la escena. Tras perder dos de los tres últimos campeonatos a manos de los odiados Yankees, los Brooklyn Dodgers volvían a jugar al séptimo y decisivo encuentro de la Serie.

Cuando Bernie llegó, esperaba encontrar a Earl en la plaza, pero al no verlo fue a su habitación. A cargo de la planta había una enfermera joven y amable que nunca había visto antes. Se encontraron ante la habitación, cuando Bernie se asomaba para mirar a Earl.

—¿Cómo está hoy?

—No se encuentra muy bien esta mañana —respondió la enfermera.

—Eres nueva, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

—Charlene. Llevo varias semanas aquí.

—Charlene, yo soy Bernie.

Bernie le tendió el pequeño ramo de flores que siempre traía para animar la habitación y preguntó si podía ayudarle a encontrar un jarrón. La acompañó a la sala de enfermería.

—¿De dónde eres, Bernie?

—De aquí. De Brooklyn.

—¿Ah, sí? Yo también. El señor Grannit no tiene muchas visitas.

—Yo vengo todos los domingos.

—Es por eso; no suelo trabajar los fines de semana.

—Pero hoy estamos de fiesta local, ¿verdad? Aunque sea martes.

—¿Bromeas? Me pongo histérica con cada lanzamiento.

—¿Quieres escuchar el partido con nosotros? Pondremos la radio en su habitación.

—Gracias, pasaré de vez en cuando. Creo que aquí todo el mundo tiene la radio encendida.

—Se dice que podrías recorrer Brooklyn de punta a punta sin perderte una sola jugada —comentó Bernie.

—Lo creo.

Le tendió un pequeño jarrón que había llenado con agua y Bernie metió las flores. La enfermera advirtió la grasa incrustada en las manos y debajo de las uñas. Regresaron a la habitación.

—¿Eres un pariente, Bernie?

—No, solo un amigo.

—Creo que el señor Grannit no tiene familia cercana, ¿verdad?

—No, que yo sepa.

Entraron en la habitación. Earl estaba incorporado en la cama, con la cara vuelta hacia la ventana. No pareció percatarse de su llegada. Charlene depositó las flores junto al cabezal. Bernie encendió la radio y surgió la música del espectáculo que precedía al partido, mientras Red y Vinny recitaban las alineaciones y el público llenaba las gradas del Yankee Stadium. Bernie acercó una silla a la cama.

—¿Qué crees, Earl? ¿Te parece que ha llegado el día? Creo que lo conseguiremos. Tenemos a Podres en el último juego. No podrán con él.

Earl tenía el brazo derecho doblado a un lado, inútil y atrofiado. Conservaba cierto movimiento en la mano izquierda para señalar objetos que necesitaba o quería. Bernie y el personal habían aprendido a interpretar la mayoría de sus peticiones. En aquella ocasión, cuando empezó el encuentro, Grannit gesticuló de un modo que Bernie no conseguía descifrar. Finalmente comprendió que Earl quería que le estrechara la mano mientras escuchaban. Earl le miró directamente a los ojos, algo que no solía hacer. Tenía las facciones torcidas debido a las sucesivas apoplejías que había sufrido y algunos días su mirada estaba muerta, pero en aquella ocasión Bernie vio una chispa de vida. Cuando Gil Hodges anotó una carrera en el cuarto y los Brooklyn se pusieron por delante, Earl palmeó la cama varias veces y asintió con la cabeza.

La victoria estaba asegurada. Podres era demasiado fuerte. Aquella vez iban a conseguirlo. Después de cincuenta y cinco años, por fin Brooklyn iba a ganar la Serie.

Tres semanas más tarde, dos días después de que Earl muriese, Bernie recibió en la gasolinera la llamada de un abogado, Jack Meyer, que trabajaba en un pequeño despacho cerca de la Grand Army Plaza, en el centro de Brooklyn. Le dijo que tramitaba la herencia de Earl y que tenía que hacerle algunas preguntas. Bernie acordó que le visitaría a la hora del almuerzo y fue al despacho en tranvía.

Meyer trabajaba solo en una habitación estrecha, en cuyas paredes se amontonaban carpetas de acordeón y papeles sueltos. Era un hombre rechoncho y medio calvo, de unos sesenta años, que recibió a Bernie con una sonrisa acogedora y le indicó la silla que había frente a su escritorio, el único lugar donde era posible sentarse.

—En primer lugar, le ofrezco disculpas por mi sistema de archivo. Voy algo atrasado con el papeleo.

Incómodo como siempre que se encontraba ante una figura de autoridad, Bernie aseguró que no tenía importancia.

—Si no le molesta que lo pregunte, ¿cómo conoció a Earl Grannit?

—Nos conocimos durante la guerra.

—¿Sirvieron juntos?

—No en la misma unidad. Pero fue allí donde nos conocimos.

—¿De dónde es usted?

—Brooklyn. Precisamente nos dimos cuenta de que éramos del mismo barrio.

La reticencia de Bernie se hizo palpable.

—No es mi intención curiosear, solo pretendo entender la relación —aclaró Meyer—. Conocía al padre de Earl y he sido el representante de la familia durante muchos años. Nunca oí que Earl le mencionase.

—No era muy hablador.

—No —replicó Meyer, con una cálida sonrisa—, pero sacaba el máximo partido de las palabras que se permitía pronunciar.

—Sí, señor. Después de la guerra, seguimos en contacto. Cuando tuvo la apoplejía, empecé a ayudar en la gasolinera. Soy mecánico.

—Comprendo.

—Earl lo pasó mal.

—Sé que le hirieron gravemente en la guerra. Le llevó años recuperarse.

—Verá, creo que nunca lo logró del todo.

—Es una bendición que su sufrimiento haya terminado. El asunto que trataremos hoy aquí es breve y simple. Si conocía a Earl tan bien como afirma, no le sorprenderá saber que manejaba sus asuntos con suma precisión.

Bernie esbozó una sonrisa.

—Tengo aquí su testamento. Se lo ha dejado todo.

Bernie no pudo articular palabra durante unos instantes.

—¿Perdone?

—Es su único heredero. No corra a mudarse a Westchester, no hay mucho, aparte de la gasolinera y unos pocos bonos del Tesoro.

—Yo creía... ¿No tenía más familia?

—Tenía una hermana.

—¿Dónde está?

—Fue asesinada. Hubo un robo en la gasolinera; algún matón vaciaba la caja y ella se cruzó en su camino. Pasó hace mucho tiempo, hará unos veinticinco años. La muchacha no tendría más que doce o trece años.

Bernie recordó nuevamente las vívidas impresiones de aquel día y se le llenaron los ojos de lágrimas involuntarias. Consiguió incluso distinguir a un joven policía entre la multitud que podría haber sido...

—Por lo que sé, Earl acababa de unirse a la policía. Ese día tuvo que hacer doble turno, cuando normalmente habría estado en la gasolinera. Un asunto terrible. Nunca encontraron al asesino. La familia no lo superó jamás. Al cabo de dos años, el padre de Earl murió de un infarto. Su esposa lo siguió un año después. Hay quien dice que ella se suicidó. ¿Nunca le contó nada de eso?

—No, señor. Nunca lo hizo.

—Bueno, no era un hombre fácil de conocer —dijo Meyer, comprensivo ante la emoción que mostraba Bernie.

Bernie se serenó antes de volver a hablar:

—No se imagina lo que hizo allí. Nadie sabe lo que Earl hizo, mucho más que cualquier hombre que conozco. ¿Le contó alguna vez lo que pasó?

—No. Y nunca se lo pregunté. Ni tampoco, cuando formalizaba este documento, y esto resulta algo extraño, encontré mención alguna de su hoja de servicio, Bernie. Ni cuándo se alistó o se licenció usted. En la Administración de Veteranos no consta nada. —Dejó que aquella información calase antes de proseguir con sus notas—. Sí conseguí verificar que su familia vivía en Park Slope, como usted dice. ¿Luego parece que se mudaron durante cierto tiempo, en el año 38? Ocho años después, vuelve al barrio. Solo. Vive en un apartamento de una habitación. Soltero. Ni rastro de su familia.

Meyer pareció esperar una explicación, pero cuando esta no llegó tampoco mostró decepción alguna.

—Los hechos son que Earl Grannit respondió por usted; y hasta ahí llega mi curiosidad. Tiene que firmar aquí. Y aquí.

Meyer dispuso dos copias del testamento ante él y le ofreció una pluma.

—Le debo la vida —empezó a decir Bernie.

—Por favor, no se sienta obligado a decir más. Es evidente que Earl también tenía sus razones.

Bernie firmó los documentos. Meyer los reunió con gesto experimentado y le acompañó hasta la puerta.

—De todos modos, uno espera que eso sea lo que hayamos aprendido de lo que sucedió allí; en aquellos negros momentos.

Meyer le miró por encima de las gafas; más allá del trato agradable, Bernie se preguntó cuánto sabía exactamente aquel hombre.

—¿A qué se refiere, señor?

—Por qué luchamos, y contra qué.

—Sí, señor.

—No todos los héroes regresan a casa con una medalla.

Se dieron la mano y Bernie salió a la tranquila calle arbolada. El viento era frío, las hojas empezaban a cambiar de tonalidad y regresó andando todo el camino hasta Park Slope.

Epílogo

El 19 de mayo de 1945, cerca de Salzburgo, Austria, donde había conducido sus comandos hacia los Alpes para formar una última defensa, el *Obersturmbannführer* Otto Skorzeny se entregó a las fuerzas estadounidenses. La noticia de la rendición del «hombre más peligroso de Europa» causó sensación en todo el continente, Estados Unidos y el resto del mundo. Cuando el general Eisenhower supo de la captura, envió a su jefe personal de seguridad para que se entrevistase con él y ordenó que un equipo de filmación del Contraespionaje del ejército registrara el interrogatorio. Eisenhower revisó personalmente las imágenes resultantes, pero su reacción nunca se hizo pública. Skorzeny pasaría los siguientes dos años en campos de prisioneros de guerra, primero en Nuremberg y luego en Dachau, a la espera de ser juzgado por crímenes de guerra. Aunque en los relatos periodísticos se le describió universalmente como «el hombre que intentó matar a Eisenhower», Skorzeny apaciguó hábilmente el alcance de las acusaciones a través de la prensa de habla inglesa. Encantador e imponente, sin duda el más carismático de los supervivientes de la jerarquía nazi, afirmó en decenas de entrevistas que nunca había intentado seriamente matar al comandante aliado, añadiendo, con una sonrisa maliciosa, que, de haberlo hecho, «nadie se habría quedado con la duda de cuáles eran mis intenciones».

Pese a trabajar de forma incesante durante dos años, los oficiales de las fuerzas aliadas no lograron descubrir ninguna orden escrita ni testigos oculares que testificaran la participación directa de Skorzeny en el complot para matar a Eisenhower. Skorzeny había recibido órdenes directas de Hitler y se había asegurado de no dejar ningún rastro escrito tras él. Los otros hombres con conocimiento directo del Segundo Objetivo habían muerto en combate o habían sido ejecutados por pelotones americanos. Solo el interrogatorio del desafortunado Karl Heinz Schmidt y otros pocos testificaban su existencia, pero tales archivos permanecerían clasificados por el Contraespionaje del ejército durante los siguientes cincuenta años.

El motivo era que, mientras se hallaba bajo custodia, tras semanas de infructuosos interrogatorios sobre la Operación *Greif*, Skorzeny recibió la visita del legendario Bill Donovan, jefe de la Oficina de Servicios Estratégicos, la predecesora de la CIA, que ocupaba el mismo cargo que Skorzeny en el bando americano. Donovan reconoció en Skorzeny un alma gemela y, pese a no conservarse registros de sus discusiones, parece que estas fueron afables y de gran alcance. Lo que ambos compartían, además del gusto por las artes del espionaje, era un serio temor hacia la Unión Soviética y sus planes respecto a Europa Oriental. Poco después de su encuentro, se abandonó toda búsqueda de cargos contra Skorzeny en relación al intento de asesinato de Eisenhower. Durante cierto tiempo, los frustrados fiscales consideraron la posibilidad de incluir a Skorzeny entre los numerosos soldados y oficiales responsables de la

masacre de tropas estadounidenses en las proximidades de Malmédy, pero la idea se desestimó debido a la evidente falta de pruebas.

Finalmente, en 1947 Skorzeny fue llevado ante un tribunal militar por una acusación menor: el despliegue de comandos alemanes disfrazados de soldados aliados durante la ofensiva de las Ardenas constituía un crimen de guerra. Periódicos de todo el mundo acudieron a cubrir el juicio. Con la ayuda de su tenaz abogado defensor, el teniente coronel Robert Durst, Skorzeny argumentó que ambos bandos de la guerra habían, en un momento u otro, usado la misma táctica. Si sus acciones se consideraban un crimen de guerra, todo esfuerzo aliado de características similares debía juzgarse del mismo modo. En el último momento, el abogado de Skorzeny llamó a un testigo sorpresa de la defensa, un condecorado héroe de guerra de la RAF que testificó que, durante la guerra, él y su unidad de comandos habían vestido uniformes alemanes en varias misiones. El tribunal absolvió a Skorzeny de todos los cargos. Posteriormente, un furioso y frustrado fiscal en jefe diría a la prensa: «Sigo pensando que Skorzeny es el hombre más peligroso de Europa».

Aunque técnicamente libre, Skorzeny permaneció bajo custodia americana mientras se debatía qué hacer con él. Los intentos de extradición por parte de la Unión Soviética y Checoslovaquia, para que respondiera a los cargos de crímenes de guerra ante sus propios tribunales —y donde se enfrentaba a la ejecución segura—, enturbiaron el asunto. Mientras se debatía en los tribunales, Skorzeny fue transferido a un campo de detención alemán a principios de 1948. Al cabo de unos meses, con la ayuda de agentes de la recién formada Agencia Central de Inteligencia, tres antiguos oficiales de las SS entraron en el campo disfrazados de policías militares estadounidenses y presentaron documentos falsificados que autorizaban el traslado de Skorzeny a la vista que se celebraría en Nuremberg al día siguiente. Los soldados americanos de servicio firmaron la liberación y Skorzeny salió de prisión custodiado por los falsos policías militares. Desapareció de inmediato. Cuando descubrieron su ausencia y registraron su celda, los oficiales encontraron una carta de Skorzeny, dirigida al tribunal alemán, en la que explicaba sus acciones:

Señor Presidente: Tras la rendición del ejército alemán, yo, como soldado, que es todo lo que era, me entregué libremente confiando en la justicia de los vencedores, sin hacer esfuerzo alguno por evadir mi responsabilidad. A lo largo de dos años intenté limpiar y restaurar el honor de mi nombre ante el mundo. El tribunal militar americano de Dachau me absolvió de todas las acusaciones y con ello declaró al público que yo había actuado y luchado tan solo como un soldado decente y que únicamente había cumplido con el deber hacia mi Patria. Pese a esta liberación oficial, permanecí bajo arresto. Las autoridades de Estados Unidos me ofrecieron la opción de un campamento de desplazados o un campo de internamiento alemán. Elegí el último, con la esperanza de encontrar solo justicia ante un tribunal alemán y tras haberme

preparado durante meses para tal proceso. No obstante, no permitiré que me sometan a una decisión sesgada por influencias externas, perdiendo así el honor que me fue restablecido por el tribunal norteamericano. Por estas razones, me retiro del proceso judicial alemán. Si se me ofrece la oportunidad de presentarme ante un tribunal alemán que solo responda ante la ley y que tenga la fuerza suficiente para resistirse al odio ejercido por fuentes externas, con la dignidad que merece la tradición judicial alemana, me pondré de inmediato a su disposición. Como alemán que luchó por su país, al igual que todos los alemanes, solo tengo un deseo: vivir con honor en mi Patria.

Atentamente,

OTTO SKORZENY

Retrospectivamente es evidente que, para el pragmatismo de Bill Donovan y la CIA, Skorzeny era más valioso como espía activo que como criminal de guerra muerto. Aunque rumores de su paradero lo situaron en diferentes puntos del planeta, uno de los fugitivos más buscados del mundo vivió durante los dos años siguientes en París, donde cenaba regularmente en el Café de la Paix. Documentos desclasificados recientemente confirman que a la sazón trabajaba para los Aliados occidentales, recogiendo información contra el Partido Comunista Francés. Cuando su identidad salió a la luz en Francia, publicó sus memorias y se trasladó a Alemania, donde vivió con un nombre falso durante años, antes de instalarse definitivamente en el Madrid fascista del general Franco. Pasaría los veinticinco años siguientes a caballo entre su papel de informante de la Inteligencia occidental y padrino de los supervivientes de las *Waffen-SS*, conocidos inicialmente como «La Hermandad» y después con el nombre más famoso de Odessa. Durante aquella época, gracias a su formación inicial como ingeniero, Skorzeny fundó una asesoría técnica y amasó una considerable fortuna personal. Amplió dicha fortuna con una serie de iniciativas empresariales menos edificantes, como el espionaje industrial, el asesinato por encargo y el tráfico de armas. A lo largo de aquellos años, Skorzeny llevó la vida de un *playboy* disoluto y galanteó con numerosas celebridades de la élite social y de la baja realeza, entre ellas, durante la época en que trabajó en Argentina como asesor del régimen fascista, Eva Perón. Concebida operativamente según el modelo de los comandos que Skorzeny dirigió en la Segunda Guerra Mundial, Odessa sigue siendo, en nuestros días, el prototipo original de la organización terrorista moderna.

Cuando finalmente sucumbió al cáncer en 1975, fue enterrado en un cementerio de Madrid. En las imágenes que se conservan del funeral, una banda interpreta *Deutschland Über Alles* y los envejecidos miembros de su organización ofrecen a su fallecido líder un prolongado saludo nazi, mientras el ataúd desciende a la tumba.

Una nota acerca de las fuentes

La 150.^a Brigada Panzer, la Operación *Greif* y todos los detalles de la instrucción en el campamento de Grafenwöhr están basados en hechos reales, muchos de los cuales estuvieron clasificados por la Inteligencia Militar estadounidense durante los cincuenta años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Mucho de lo que los Aliados supieron de los objetivos de la operación durante la batalla de las Ardenas, incluido el complot para asesinar al general Eisenhower, provino de un comando alemán capturado, llamado Karl Schmidt. Dos soldados nacidos en Estados Unidos tomaron parte en el ataque; uno era un desertor llamado William Sharper. Otro de los comandos alemanes, hijo de diplomático, había aprendido inglés porque creció en Inglaterra.

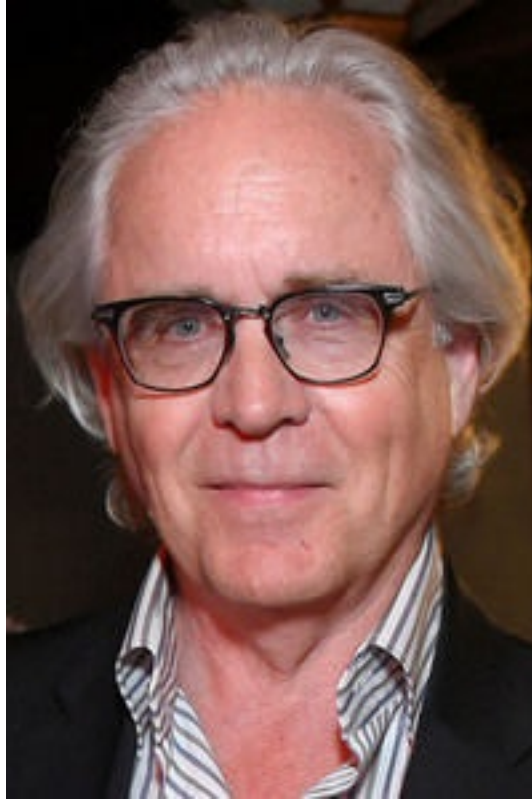
Menos de la mitad de los hombres que recibieron instrucción en Grafenwöhr y sirvieron en la 150.^a Brigada de Skorzeny sobrevivió a la guerra. La tasa de bajas entre el grupo de comandos, la Compañía Stielau, se aproximó al setenta y cinco por ciento. De los veinte miembros del grupo de comandos que participó en el Segundo Objetivo, dieciocho murieron en combate o fueron capturados y ejecutados por las fuerzas estadounidenses durante la batalla de las Ardenas.

Se desconoce la suerte de los otros dos hombres.

*Los Ángeles, California
Noviembre de 2006*

Agradecimientos

Muchas gracias a mi agente, Ed Victor; al editor en jefe Will Schwalbe; a mi editora, Gretchen Young, y a mi experta investigadora, Jennifer Bidwell.



Mark Frost. Nacido el 25 de noviembre de 1953, es autor de *La lista de los siete*, *El sexto mesías*, *The Greatest Game Ever Played* y *The Grand Slam*. Obtuvo un Writers Guild Award y una nominación a los Emmy por la aclamada serie de televisión *Canción triste de Hill Street*, fue cocreador y productor ejecutivo de la legendaria *Twin Peaks* y en el año 2005 escribió y produjo para Walt Disney Studios la película *Juego de honor* (*The Greatest Game Ever Played*).

Vive entre Los Ángeles y el norte de estado de Nueva York con su esposa y su hijo.